LIBRO dot.com

Cuentos Del Hogar

Antonio De Trueba

LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Índice

- **A María Josefa**
- **La guerra civil**
- **La casualidad**
- **El rico y el pobre**
- **El pecado natural**
- **El fomes peccati**
- **Los corretones**
- **La viña mágica**
- **Rebañaplatos**
- **El ama del cura**
- **Los exorcizadores**
- **Traga sardinas**
- **Al señor don Raimundo de Miguel**

Apéndice

****

A María Josefa

- I -

Recibí, amiga María Josefa, tu afectuosa carta, en que me encargabas que te enviase mi nuevo libro para que, en estas largas veladas, os podáis entretener con él junto a la lumbre; porque, como yo he dicho:
De las cosas del mundo, son las más dulces los cuentos que se cuentan junto a la lumbre; junto a la lumbre, donde hay cabezas rubias y ojos azules

Esta primera parte de tu petición es muy fácil de satisfacer, pero no así la segunda, aunque reducida a encargarme que si mi nuevo libro de cuentos no tiene Prólogo que le explique, como le tienen todos los precedentes, le supla con una carta en que te diga todo aquello que pueda contribuir a que leáis o escuchéis con más fruto los CUENTOS DEL HOGAR. En los Prólogos de los seis libros de cuentos que han precedido a éste, he dicho cuanto tenía que decir de este género de literatura, que tengo por importantísimo; por cuanto no hay materia que en él no se pueda tratar, ni hay género de composición literaria que tanto se preste como ésta a llevar lo útil y dulce, de que habla un tal Horacio, a todas las inteligencias y gustos. Si,

como se deduce de tu misma petición, has leído los Prólogos de mis otros seis libros de cuentos, ¿Qué quieres que te diga, María Josefa, qué quieres que te diga que tú no sepas?

- II -

Estoy seguro, amiga María Josefa, de que al leer el nombre de CUENTOS DEL HOGAR que he dado a mi nuevo libro, te figuras que he empezado por trazar un cuadro de familia, donde el venerable abuelo, sentado junto a la lumbre en el secular sillón forrado de vaqueta sujeta con clavos de ancha cabeza dorada, o en el patriarcal escaño de pies, brazos y espaldar laboreados por el candoroso artista campesino, se entretiene y entretiene con cuentos y más cuentos, que escuchan embobados sus nietecillos de cabecita rubia, carita sonrosada y ojillos inocentemente picarescos, y el resto de la familia ocupada en labores domésticas, y no menos atenta que la gente menuda, aunque haciendo aplicaciones y deducciones, mucho más graves y profundas de las que hacen los niños, de las narraciones del abuelo. Si esto te figuras, te encontrarás algún tanto chasqueada, porque quien cuenta los cuentos que te envío soy únicamente yo, desde la especie de tienda de campaña que he improvisado en Madrid como Dios me ha dado a entender para guarecerme con mi familia de la horrible tempestad de fuego y sangre y lágrimas y odio que ruge en aquellos amados valles de allende el Ebro, que tan pacíficos habían permanecido durante treinta años de perturbaciones y rebeliones casi continuas en el resto de nuestra patria.
Mi nuevo libro de cuentos, lo mismo sirve para ser leído junto a la lumbre, que en el vagón, o entre las flores del jardín, o bajo los frutales del huerto, o metido el lector entre sábanas en estas pícaras noches de enero asomando sólo la mano que sostiene el libro, y los ojos que recorren sus páginas. Si me preguntas por qué, siendo así, he dado a mi nuevo libro el nombre de CUENTOS DEL HOGAR, y conoces cuán exhausto estoy ya de calificaciones en materia de cuentos, y cuán estéril es mi ingenio para inventar otros, y cuánto puede contribuir un título llamativo a que el público agote pronto la edición de estos cuentos, y cuánta necesidad tengo de que esto suceda; si conoces todo esto,
¿Qué quieres que te diga, María Josefa, qué quieres que te diga que tú no sepas?

- III -

Tú, amiga María Josefa, me conoces como la madre que me parió, y sabes cuán moderado y tolerante he sido siempre en política, y cuán poca es mi afición a ocuparme en ella, y sobre todo a mezclarme en las parcialidades y escuelas en que el mundo político se divide. Así, estoy seguro de que te sorprenderá no poco el ver la pasión política que se ha escapado de mi pluma alguna que otra vez en algunos de los cuentos que te envío; pero tú también sabes cuál ha sido mi vida y cuáles mis vicisitudes en estos últimos años, y aun desde que, casi niño, abandoné por primera vez los valles nativos, para que el bando carlista no me obligara a tomar las armas en su favor, cosa que nos repugnaba profundamente a mis padres y a mí; tú sabes que a pesar de ser necesario carecer de sentido común, o carecer de todo sentimiento de justicia para suponerme afiliado en el bando que pugnaba por convertir en charco de sangre y lágrimas mis amados valles nativos, hubo quien me ofendiera con aquella suposición, y me atropellara en virtud de ella; tú sabes que el que ama como yo la tierra en que nací y conoce como yo la historia y el derecho de aquella tierra, no puede menos de aborrecer a los malvados o bestias que la han inundado de sangre y lágrimas y han pisoteado su derecho; tú sabes, en fin, que de aquella tierra, después de haberme calumniado y vejado unos, me despidieron otros a balazos, ¡a mí, que había sido recibido triunfalmente en ella, y que, sin temor a que se me acuse de vano y soberbio, puedo blasonar de que acaso soy entre todos sus

Librodot

hijos el que más servicios ha prestado con la pluma a la causa de Dios, de la patria y de la familia, y acaso el primero que ha cantado su gloria, su honra y su hermosura en ambos mundos y en todos los idiomas cultos de Europa! Tú, que sabes todo esto y mucho más que nunca podrá decirse, o no ha llegado aún ocasión de que se diga, no debes pedirme que te diga por qué la pasión política se ha escapado de mi pluma alguna vez en algunos, de los cuentos que te envío; porque
¿Qué quieres que te diga, María Josefa, qué quieres que te diga que tú no sepas?

- IV -

Tú querrás, amiga María Josefa, que no termine esta carta sin decirte si puede o no ofrecer algún inconveniente la lectura de este libro en el seno de tu familia, compuesta de inocentes niños, de muchachas casaderas, o poco menos, y de personas mayores. Desde luego te digo que estoy íntimamente persuadido de que este libro se puede leer sin inconveniente alguno en hogar tan honrado como el tuyo, y no dudo que tu marido y tú y los abuelitos seréis de mi misma opinión cuando le conozcáis.
La familia, tal como hoy está generalmente constituida, y tal como lo está la sociedad de que formamos parte, no puede vivir en la santa ignorancia en que viven y pueden vivir las monjas enclaustradas; porque es imposible que, como éstas, pase la vida exenta de todo contacto con el mundo, e indiferente a lo que forma, digámoslo así, el interés supremo de la Humanidad y la cadena que une y multiplica las generaciones. Es inútil
que quieras tener a tus hijos en completa ignorancia, por ejemplo, de lo que significa la palabra amor, porque apenas pongan el pie en la calle, y aun en su casa misma, verán u oirán algo que les haga adivinar aquella significación. En un libro mío que se está imprimiendo con el título de
Historia de dos almas, una negra y otra blanca, se narra cómo adivinan y se explican un niño y una niña de once a trece años el misterio del amor y la familia, observando cómo dos pájaros construyen un nido, tienen pajaritos, la pájara los abriga y cuida, el pájaro trae de comer a madre e hijos, y padre y madre acompañan y enseñan a los hijos cuando éstos se hallan en disposición de empezar a volar. Con esto quiero decir que hasta los irracionales hacen imposible la ignorancia de lo que la palabra amor significa en el corazón y aun en la familia.
Si alguna vez encuentras en el libro que vas a leer algo cuyo sentido no se te oculte a ti, que eres esposa y madre y por consecuencia has penetrado todos los misterios de la familia cristiana y honrada, continúa leyendo, que el concepto más malicioso es inofensivo para el que no le comprende, y el que le comprende no importa que le comprenda.
De todos modos, las malicias que encontrarás en los, CUENTOS DEL HOGAR son tan inocentes, que aunque se las confieses al señor cura en la Cuaresma próxima, creo no ha de echarte mucha penitencia por ellas.
Algo más y más claro quisiera decirte en este delicado, asunto; pero siendo tú discreta y esposa y madre, ya ¿Qué quieres que te diga, María Josefa, qué quieres que te diga que tú no sepas?

- V -

Algunos querrían, amiga María Josefa, que todos mis cuentos populares estuviesen bañados de misticismo tal que fueran la delicia, por ejemplo, de las piadosas mujeres cuya vida está enteramente consagrada a elevar a Dios cánticos y oraciones; pero tengo el sentimiento de no poder complacer a los que tal quisieran. Hay muchos modos de servir y honrar a Dios, aunque sin invocar su santo nombre más que en determinadas ocasiones en que el espíritu se aparta de

la tierra y se remonta al cielo; y como desgraciada o felizmente, los que le sirven y honran así, es decir, trabajando para servira la familia, a la Humanidad y a la patria, que también es servir a Dios, son muchísimos más que los que sirven y honran de otro modo, es decir, sólo elevándole cánticos y oraciones, el escritor que aspira al nombre popular tiene que desairar a los menos para complacer a los más.
Yo quisiera tener siempre el nombre de Dios en los labios, pero necesito resignarme a tenerle casi siempre solo en el corazón, porque si no, ¿cómo se quedarían atención y tiempo para cumplir los deberes puramente mundanos, pero no por eso menos santos e imprescindibles, de esposo, de padre y de ciudadano?
A deberes análogos a estos sacrificas tú, amiga María Josefa, la aspiración constante de tu alma a remontarse al cielo. Por tanto, en este asunto, como en los otros.
¿Qué quieres que te diga, María Josefa, qué quieres que te diga, que tú no sepas?

- VI -

Algo más te diré, amiga María Josefa, para redondear y hacerte más perceptible lo que temo no haber acertado a explicar con la suficiente claridad en los renglones anteriores.
Un día, hallándome en la merindad de Durango, no quise tornar a Bilbao, donde tenía mi hogar y mi familia, sin visitar antes el venerando, templo de Nuestra Señora de Arrate, que está en una montaña entre Vizcaya y Guipúzcoa, como lo da a entender aquella canta popular que, mal traducida por mí dice: Nuestra Señora de Arrate tiene la casa muy alta, para bendecir mejora Guipúzcoa y a Vizcaya.

Y con aquel piadoso fin me dirigí a Eibar, donde pensaba descansar para emprender en seguida la subida del santuario, que es penosa por lo larga y pendiente, y, permanecer allí algunas horas abstraído por completo de las cosas de la tierra, y ocupado sólo en las del cielo; pero apenas había llegado a Eibar, recibí una carta de mi mujer, que me decía: «Es necesario que vengas inmediatamente, porque los señores Diputados generales te necesitan con urgencia, y además la niña está hoy muy mal, y yo no estoy bien».
Lleno de inquietud emprendí precipitadamente la vuelta, aumentando mi sentimiento el no haber podido arrodillarme a los pies de la milagrosa imagen de la Virgen cuya intercesión había invocado con feliz éxito en muchas tribulaciones de mi vida. Cuando bajaba por los castañares de Bérriz, oí los piadosos cánticos que alzaban en el coro las monjas de un convento de Santa Clara, escondido entre el frondoso ramaje de aquellas
arboledas; y deseando descansar un poco, y no seguir mi jornada sin saludar a aquellas piadosas y sencillas siervas de Dios, que siempre habían acogido mi visita con alegría y bondad entrañables, me dirigí al locutorio del convento.
Conversábamos las religiosas y yo, y por más que mis interlocutoras no tuviesen pensamientos ni palabras más que para las cosas del cielo, que eran las que las habían llamado al claustro, yo no podía apartar el pensamiento de las cosas de la tierra, que eran las que me llamaban a
Bilbao.
-¡Ay, don Antonio!-me dijo la superiora-. ¡Dichoso usted, que puede escribir sin ocuparse, más que en las cosas del cielo!
-¡Ay, madre!-la contesté-. ¡Dichosas ustedes, que pueden pensar y hablar sin ocuparse en las cosas de la tierra!
Como no me es posible escribir libros sólo para las buenas religiosas de Bérriz, mis libros no pueden tener el baño de misticismo que algunos querrían. Si en el mundo domina lo humano, ¿cómo ha de dominar lo divino en los libros que para el mundo escribo? Y si a ti misma te

oigo quejarte con frecuencia de que los quehaceres domésticos te impiden oír misa todos los días, ¿Qué quieres que te diga, María Josefa,
qué quieres que te diga, que tú no sepas?

Madrid, enero, 1876.

La guerra civil

- I -

Tenía yo de ocho a diez años y casi deseaba que hubiese siquiera un poquito de guerra, porque siempre estaba oyendo hablar de ella, y envidiaba a los que la habían conocido.
-¿Qué es guerra?- había preguntado a mi madre.
Y ésta me había contestado:
-Hijo, Dios nos libre de ella; porque la guerra es matarse los hombres unos a otros.
-Pues mi hermano y yo no nos matamos ni matamos a nadie, y siempre está usted diciendo que somos muy guerreros y que damos mucha guerra.
Mi madre se echó a reír al oír esta observación mía, y lejos de rechazarla, pareció confirmarla dándome un beso apretado y chillado, que es cosa rica.
Este proceder de mi madre, que al parecer no podía influir en mi criterio, influyó no poco, pues me hizo dudar más y más de que la guerra fuese matarse los hombres unos a otros y los guerreros fuesen una especie de fieras.
Los chicos de la aldea me acusaban de collón, viendo, por ejemplo, que cuando se mataba el cerdo en casa, en vez de hacer lo que en tal caso hacían ellos, que era ayudar a sujetar las patas del pobre animal sobre el banco en que se le tendía para meterle el cuchillo, o encargarse de la faena de revolver con un palo la sangre que iba cayendo en la caldera, yo me escapaba de casa al castañar inmediato y allí me estaba llorando y tapándome los oídos para no oír los dolorosos gruñidos del cerdo, y no volvía hasta que éste había dejado de padecer, fausta nueva que me daba el humo del helecho o de la paja con que se le chamuscaba en la portalada.
Pues a pesar de esto, y a pesar de lo que me decía mi madre cuando le preguntaba qué era la guerra, la curiosidad infantil podía en mí tanto, que sentía no conocer la guerra más que de oídas. Esto que a primera vista parece inexplicable siendo yo tan collón como decían los otros chicos de la aldea, tenía una explicación muy sencilla: para mi madre podía ser la guerra matarse los hombres unos a otros, pero para mí era ir por la aldea muchos soldados con fusiles y sables muy relucientes y uniformes muy hermosos, y embobarme viendo sus formaciones y ejercicios y oyendo sus tambores y cornetas. ¡Ahí era nada todo esto para los chicos de una aldea por donde casi nunca parecía un soldado, y cuando por casualidad pasaba alguno le íbamos siguiendo hasta más allá de las últimas casas, y no nos cansábamos de hablar de él en muchas semanas!

- II -

Mi madre tenía entrañable cariño a su aldeíta natal, que estaba en la vertiente opuesta del valle, e iba a ella muchos días festivos, llevándome en su compañía. Un domingo de verano

oímos misa primera y emprendimos mi madre y yo aquel viajecillo de una legua antes que calentase el sol demasiado.
El señor cura, que había dicho la misa primera, llevaba el mismo camino para ir a su casa, y nos acompañó en el corto camino que separaba a ésta de la parroquia.
Era hacia el año 1830, y el señor cura nos dijo que algunos españoles emigrados en el Extranjero habían hecho en la frontera francesa alguna tentativa para entrar violentamente en España.
-¡Si tendremos guerra!- exclamó mi madre asustada.
-¡No lo quiera Dios! -dijo el señor cura-. Que la guerra civil es la peor de las guerras.
Llegamos frente a casa del señor cura; éste se quedó allí y nosotros continuamos nuestro camino.
-Madre -pregunté a la mía-, ¿qué es guerra civil?
-Guerra civil es la que no es con extranjeros, sino entre gente de una misma nación.
-¿Y por qué ha dicho el señor cura que esa es la peor de todas las guerras?
-¡Ya ves tú, pelear españoles con españoles, que es, como quien dice, pelear hermanos con hermanos, porque la tierra donde nacimos es nuestra madre!
-Pues a mí me parece que si los que pelean son todos españoles, es mejor que si fueran españoles y extranjeros, porque se entenderán mejor, harán menos daño a España, que es su madre y harán más fácilmente las paces.
-Hijo, eso parece que debiera suceder; pero sucede todo lo contrario.
Mi madre trató de darme más claras explicaciones de lo que era la guerra civil; pero la pobre, aunque era de claro entendimiento y de sabio corazón, juzgó aquella empresa superior a su elocuencia y renunció a ella, de modo que a mitad de camino todavía la iba yo moliendo con preguntas dirigidas a saber por qué era la guerra civil la peor de las guerras.
Para subir del valle a la aldeíta de mi madre había una cuesta muy pendiente y larga, que no bastaban a hacer grata ni los multiplicados rodeos del camino, ni la fresca sombra de los castaños, ni aun la alegría que mi madre y yo sentíamos siempre al terminarla viéndonos entre parientes y amigos, que corrían alborozados a nuestro encuentro. Al pie de aquella cuesta había una casa donde vivía una viuda con dos hijos mozos, y allí, a la sombra de unos hermosos nogales que amenizaban la portalada de la casa, nos sentamos a descansar antes de emprender la subida de la cuesta.

- III -

Martina, que así se llamaba la viuda, salió a saludarnos en cuanto nos vio llegar, y después de obsequiarme con pan y fruta, se sentó a nuestro lado en uno de los maderos labrados que había en la portalada.
Mi madre le preguntó por sus hijos Pepe y Agustín.
-Buenos, a Dios gracias -contestó-. No tardarán en venir, pues han ido a misa primera para quedarse en casa mientras yo voy a la mayor, y cuidar de que los ganados no entren en las heredades y hagan algún destrozo en la borona, que este año está muy hermosa.
-¡No tiene usted poca fortuna con lo buenos que le han salido esos
chicos!
-Es verdad que la tengo, y no me canso de dar gracias a Dios por ello. No porque yo lo diga, pero son unos muchachos que más trabajadores, más hábiles para todo, de mejor conducta, y sobre todo más amantes de su madre, no los hay en toda Vizcaya. Ellos, sí, tienen también su pero, como todos le tenemos en este mundo...
-Mujer, ¿qué pero han de tener esos chicos?

-Sí que le tienen; y sino por eso, crea usted que viviríamos en la gloria; y pocas casas estarían más desahogadas que la nuestra; pero ya sabe usted lo que es andar siempre con pleitos y cuestiones de justicia...
Por más que les predico a estos muchachos: «Es necesario, hijos, que dominéis ese pícaro genio y no seáis tan quisquillosos y tercos, pues vuestras terquedades nos cuestan un sentido, y el mejor día vamos a tener por ellas algún disgusto que me quite u os quite la vida»; por más que les digo esto, no puedo con ellos; pues por la cosa más tonta y sin sustancia arman una disputa entre sí o con el primero que llega, y tenemos la de Dios es Cristo. Yo no sé a quién han salido esos muchachos. Su padre, que esté en gloria, es verdad que no sabía leer y ellos han aprendido buena escuela y no pasan día sin leer algo en algún libro o en algún periódico; pero en cambio era un bendita a quien no se le oía una voz más alta que otra. ¿Que Fulano pensaba negro y él pensaba blanco? Pues le dejaba pensar como quisiera, y anda con Dios. ¿Que Mengano no se había portado bien con él? ¡Cómo ha de ser! Seamos indulgentes para que lo sean con nosotros, que en este mundo nadie es impecable. ¡Váyales usted con eso a estos chicos!
Pero, señor, ¿será posible que cuanto más saben las gentes han de ser más quisquillosas y guerreras, como les sucede a estos chicos míos?
-Ea, ahí los tiene usted.
-Y altercando, como de costumbre.

- IV -

En efecto, los hijos de Martina llegaban disputando entre sí y acompañados de otros de aquellas cercanías, que también venían de misa primera y tomaban parte en la disputa, unos dando la razón a Pepe y otros dándosela a Agustín.
Nos saludaron todas afectuosamente, y sentándose en los maderos, Pepe y Agustín volvieron a la disputa que al llegar habían suspendido para saludarnos.
-¡Pero hijos -les dijo Martina-, que siempre habéis de estar como el gato y el perro!
-Es que éste se empeña en llevarme siempre la contraria.
-Quien se empeña en llevármela a mí eres tú.
-Hijos, dejaos de disputas...
-Yo maldita la gana tengo de ellas si no me provocaran.
-Quien provoca eres tú.
-Tiene razón Agustín -dijeron algunos mozos.
-Quien la tiene es Pepe -replicaron los demás, excepto uno que no atribuía la razón a uno ni otro, y procuraba en vano hablar.
-Pero ¿por qué es la disputa? Por alguna tontería, ¿no es verdad?
-Sí señora, por una tontería de este terco.
-La tontería y la terquedad son tuyas.
-¡Vamos, hijos, no hay medio de entrar en razón con vosotros!-dijo
Martina.
Y añadió, dirigiéndose al mozo que se había abstenido de dar la razón a uno ni otro:
-Prudencio, ¿qué es lo que ocurre?
-Yo se lo diré a usted, Martina: lo que ocurre es que ni Agustín ni
Pepe tienen razón, y yo se lo hubiera probado inmediatamente si me hubieran dejado hablar...
-No te hemos dejado hablar -interrumpió Agustín a Prudencio - porque tú eres un pastelero, que siempre quieres quedar bien con Dios y con el diablo.
-Esa es la verdad -asintieron los de uno y otro bando.

-Pues ahora no tenéis derecho a hacerme callar, porque no hablo con vosotros. Alcancé a éstos al empezar la bajada de la cuesta, y ya venían disputando sobre quién era un caballero que anda de caza en los rebollares del otro lado del río. Pepe decía que era don Juan de Orrantia, el de Balmaceda, y Agustín que era don Pedro de Agüera, el de Castro; y unos dando la razón a Pepe, y otros dándosela a Agustín, estaban ya tan ciegos
y acalorados que les faltaba poco para venir a las manos. Me entero del motivo de la disputa, les digo que unos y otros están equivocados, y sin querer oír más se ponen furiosos contra mí, continúan la disputa, y esta es la hora en que aún no me han dejado meter baza para probarles en cuatro palabras que tan equivocados están unos como otros.
-Yo no estoy equivocado.
-El que no lo está soy yo.
-Tiene razón Pepe.
-La tiene Agustín.
-Sois unos indecentes.
-Los indecentes sois vosotros.
Entre Pepe y Agustín y sus respectivos parciales se armó tal barullo, y la irritación, los denuestos y las amenazas eran tales, que todo presagiaba una catástrofe, por más que Martina, mi madre, Prudencio y hasta yo mismo tratábamos de apaciguar a los contendientes.
Al fin Pepe dio una bofetada a Agustín, éste contestó con otra, y la lucha a bofetadas y a palos se hizo general.

- V -

Mi madre y yo nos separamos un poco del campo de batalla asustados y no sin haber experimentado algún daño. Únicamente esperábamos que Martina y Prudencio, que tenían más influencia que nosotros sobre los contendientes, y continuaban esforzándose por apaciguarlos, consiguieran poner término a la lucha; pero pronto se desvanecieron nuestras esperanzas cuando vimos a Prudencio vacilar de un garrotazo que le alcanzaron y los de un bando, y caer de otro con que le secundaron los del bando contrario.
Ya sólo Martina continuaba haciendo heroicos esfuerzos por restablecer la paz, pero no tardamos en verla también caer, si no de un garrotazo, de un empellón involuntario, y dar con la cabeza en los maderos tan terrible golpe que perdió el sentido, sin que en su ceguedad lo notasen los contendientes.
Mi madre y yo también, a pesar de mi collonería, corrimos en su auxilio y el de Prudencio, y los vendamos a ambos la cabeza con pañuelos, pues ambos la tenían rota.
Cuando el combate estaba a punto de terminar, no porque los combatientes se hubiesen convencido de su sinrazón, sino porque estaban agotadas sus fuerzas, Prudencio recobró el sentido y aun nos ayudó a llevar a Martina a casa.
-¡Qué terquedad la de estos hombres!-exclamó mi madre.
-¿Terquedad?- contestó Prudencio-. Aún no lo sabe usted bien. La disputa ha sido sobre si el cazador es don Juan o es don Pedro, y ni don Pedro ni don Juan pueden ser, pues los dos murieron, hace algunos meses.
Poco después mi madre y yo emprendimos la subida de la cuesta y vimos que unas vacas habían entrado durante la reyerta en una hermosa heredad habían arrasado el maíz.
-Mira, hijo mío, lo que ha sucedido- me dijo mi madre-: sin tener ninguna razón, y creyendo todos tenerla, han disputado, se han odiado y han peleado como Caínes. Ellos han perdido, pero más han perdido los que ninguna culpa tenían, que eran Martina y Prudencio, en quienes

Librodot

estaban el amor y la prudencia. ¡Las vacas han destruido un sembrado de borona, pero la reyerta le ha reemplazado con otro de odio! Hijo, ¿no querías saber lo que era la guerra civil?
-Sí, madre.
-Pues la guerra civil viene a ser eso.
-¡Maldita sea esa guerra! -exclamé. Y aquella maldición aún se escapa de mis labios, rebosando espanto e indignación.

La casualidad

- I -

Eran frecuentes mis escapatorias de la villa a la aldea natal, adonde me estaban siempre llamando la familia, los amigos, los recuerdos de la niñez y mi afición a la vida campesina.
Llegué a la aldea al anochecer de un día de Invierno, y como llegase cansado y hacía frío y la noche era obscura, me instalé inmediatamente junto al hogar, y siguiendo el consejo de mi padre y mis hermanos, reservé para la mañana siguiente la visita a los amigos y compañeros de la infancia, a pesar de lo muy grata que me era siempre esta visita y de mi impaciencia por hacerla.
Algunos amigos míos, menos egoístas y no más descansados que yo, pues habían pasado el día trabajando en sus heredades, arrostraron el cansancio y el frío y la obscuridad, para ir a verme tan pronto como supieron mi llegada.
Con tal motivo, aquella noche había gran tertulia en casa. Mis sobrinitos, que ordinariamente se acostaban al anochecer, con un huevo o una taza de leche casi todas las veces, y las demás con la añadidura de un azote que les daba su madre con toda la suavidad que permitía el caso, para corregir las mañas en que incurrían cuando el sueño les rondaba, estaban aquella noche despabiladísimos, y todas las amenazas de su madre
de que haría y acontecería con ellos si no se iban a acostar eran inútiles, pues poniéndose bajo la salvaguardia del tío y del abuelo, las desafiaban valerosamente.
Mis sobrinitos, que no tenían pelo de tontos, sabían muy bien que todo no había de ser aquella noche hablar de parejas de bueyes, de layadas, de veneras, de roturas, de caleros, de si el trigo tenía o no buena pinta, de si el hijo de Fulano iba a América y de si el hijo de
Mengano, que había ido hacía dos años, había mandado ya a sus padres tantas o cuantas onzas de oro. Todo esto les interesaba muy poco: lo que les interesaba era que se contase algún cuento o cosa parecida, y sabían muy bien que al fin el cuento o sucedido había de venir a amenizar la conversación. Su tío gustaba de cosas para ellos nada amenas, pero gustaba también de cosas que oían embobados, y los que se desvivían por
complacerle y obsequiarle siempre que iba a la aldea, no omitían nunca entre sus obsequios algún cuento o narración, que si no era cuento, lo parecía.
Recayó la conversación sobre si lo que ocurría en el mundo, sin intervenir en ello la voluntad del hombre, era toda obra de la voluntad de Dios, o era en parte obra de la casualidad.
La opinión general fue que todo era obra de la voluntad de Dios; pero no faltó quien se obstinase en sostener que si bien Dios tiene poder para hacer que sucedan o dejen de suceder todas las cosas, muchas veces no hace uso de su poder en pro ni en contra; y lo que sucede es puramente obra de la casualidad.

El que sostenía esta opinión era un tal Ciscorro (o Franciscón), cuya terquedad venía de familia, pues ya su abuelo y su padre fueron conocidos con el apodo de Cabezudos, que el mismo Ciscorro había heredado merecidísimamente.

Mi padre no era un sabio ni mucho menos, ni tenía pretensiones de competir en sabiduría con su hijo, que es cuanto se puede decir para encarecer su modestia; pero siempre había tenido, y conservaba aún, entendimiento claro, juicio recto y espíritu observador, y había vivido mucho, como que era ya casi octogenario.

-Yo creo firmemente -dijo mi padre- que todo lo que sucede en el mundo es obra deliberada de la voluntad de Dios, que ha tenido su razón para hacerlo, aun cuando nosotros no comprendamos por qué lo ha hecho. Una vez iba yo con el carro a traer castañas de los castañares de Sopeña. El día y la noche anteriores había llovido a mares, como que el agua se había llevado las presas de Lacilla y Labarrieta, y de resultas de aquel diluvio, todo era derroñadas. Iba yo montado en mi carro, y de repente se paran los bueyes en un sitio, donde la carretera no tenía más ancho que el del carro, y salir de ella e ir rodando hasta el río todo era uno.

Arreo a los bueyes, pero por más que tiraban, no daban un pase adelante.

Miro a la rodada y me encuentro con que el obstáculo con que tropezaba la rueda era un canto muy grande que había rodado de la ladera y se había detenido allí. Me bajo, aparto el canto y le hago rodar al río, entreteniéndome durante esta operación en pensar tontamente que muchas cosas no podían ser obra de Dios, sino obra de la casualidad, pues Dios es infinitamente bueno y sabio, como nos dice la doctrina, y siéndolo, no

podía ser que hiciese cosas que, como la bajada de aquel canto a la carretera, no podían servir más que de daño a los hombres. Apenas volví a montar en el carro y echaron a andar los bueyes, oigo como cien pasos más adelante un gran ruido; me inclino a mirar por entre los troncos de los castañoss, y veo que el ruido es de haberse derroñado sobre la carretera un cerro coronado de peñascos que la dominaba, ¿Y sabéis, lo que hice entonces?

-¡Toma! -contestó Ciscorro-. Lo que usted fiaría entonces sería ver

si podía pasar con el carro dando un rodeo.

-Eso lo hice después, que lo que hice entonces fue arrodillarme en el carro y alzar los ojos y el corazón a Dios para pedirle perdón por haber dudado que fuese obra de su voluntad y, como tal, obra sabia y justa, todo lo que en el mundo sucedía, y para darle gracias porque me había salvado de la muerte con el obstáculo que me había detenido algunos minutos en mi camino, pues a no detenerme, justamente hubiera yo pasado bajo el cerro en el momento en que el cerro caía, y hubiéramos quedado allí aplastados y sepultados el carro, los bueyes y yo.

Todavía no se dio por convencido Ciscorro con este ejemplo de que todo lo que sucede en el mundo, o es obra de la voluntad del hombre consentida por Dios, o es obra solamente de Dios, que en uno y otro caso sabe muy bien que lo que consiente o hace es justo, y nunca puramente obra de la casualidad. Mi padre quiso ver si con otro ejemplo acababa de triunfar de aquel cabezudo, que decía:

-La caída de un canto a la rodada de los carros nada tiene de extraordinario, y mucho menos una derroñada después de haber llovido a mares. Cuando yo me convenceré de que Dios y no la casualidad ha andado en el negocio será cuando ocurra una cosa tan extraordinaria que parezca un milagro, y por medio de ella se salve un hombre o se castigue un delito.

-Pues vas a saber que esa cosa ha sucedido, y si dudas de ello,

pregunta a doña María de Garay, a don Eduardo de Chávarri, a don Ambrosio Ruiz de Oquendo y otros aún más viejos que yo, que alcanzaron y deben recordar lo que voy a contaros.

-No -contestó Ciscorro-; no dudo de lo que va usted a contar, sino de que lo que va usted a contar sea tan extraordinario que no pueda ser obra de la casualidad.

-Pues oíd.
Y mi padre nos contó el caso singularísimo que voy a dar a conocer con todos sus pormenores, aunque no con el color local que mi padre le daba y que en mi pluma o boca es imposible.

- II -

Beci es una feligresía del Concejo de Sopuerta, pero parece un lugar enteramente apartado del Concejo, no tanto porque su antiquísima parroquia de San Cosme y San Damián no sea aneja de la matriz de San Martín de Carral (que existía ya en el siglo XII), como lo son las de Mercadillo, Avellaneda, Labaluga y Labarrieta, cuanto por la situación de sus treinta casas extendidas en una alta meseta que casi desde ninguna barriada del Concejo se descubre, y tiene difícil comunicación con el valle. Hasta en
las costumbres y el lenguaje difieren los de Beci de los de las otras feligresías, distante la que más una legua. Los de Beci son propiamente los serranos del Concejo.
Es Beci lugar de gente sencilla, trabajadora, honrada y pacífica, donde no había memoria de un robo, y mucho menos de un homicidio. Con decir esto, se dice la sorpresa, la consternación, el espanto con que una mañana circuló entre sus moradores la noticia de que un vecino, llamado,
Marcos de Larrabita, había aparecido muerto de mano airada en una sula, más arriba del barrio de Cañedo, en el descenso del monte que separa a Beci de Avellaneda.
La justicia del Concejo, el teniente corregidor, de las Encartaciones (que tenía su audiencia en Avellaneda) y los mismos vecinos de Beci, se desvivían inútilmente por descubrir al asesino.
No había siquiera el menor asomo de que por las Encartaciones anduviesen entonces malhechores de ninguna especie; en Beci no había persona alguna capaz de quebrantar el quinto ni el séptimo mandamiento de la ley de Dios; nadie había visto, la tarde ni la noche anterior forastero alguno en Beci ni sus inmediaciones, y Marcos era hombre querido de todos sus convecinos y de carácter sumamente pacífico. ¿Cómo se explicaba el atentado de que había sido víctima? ¿Quién podía ser el asesino? ¿Cuál el objeto del asesinato? Nadie acertaba a contestará estas preguntas que todos hacían y se hacían a sí propios.
El licenciado Gómez de Párraga, que a la sazón era teniente corregidor de las Encartaciones de Vizcaya, tornó el asunto por su cuenta y juró que había de descubrir al asesino. Lo primero que hizo fue llamar a un tal Juan de la Cavareda, vecino de Beci y llamado por mal nombre Casualidades, que se había distinguido entre todos por la indignación y pena que le había causado el crimen y por el celo con que había secundado los esfuerzos de la justicia para dar con el criminal, como regidor que era de la feligresía, y como vecino y amigo inseparable del pobre Marcos de Larrabita.
Quería el licenciado Gómez de Párraga que Juan le informase de cuanto atañía a cada uno de los vecinos de Beci. Los informes que Casualidades le dio fueron tan satisfactorios que concluyeron con estas palabras:
-Por casualidad, señor teniente, entre todos los vecinos de Beci, yo soy el peor y más capaz de cometer un delito como el que vuestra merced persigue y todos lloramos.
Al señor licenciado enamoraron tanto más la modestia y la sencillez de Juan, cuanto que antes de consultarle había pedido informes de él, como de todos los vecinos, a personas muy honradas y respetables del Concejo, y todas le habían dicho:
-Juan de la Cavareda tiene tan hermosa el alma como fea la cara. Él es, entre todos los vecinos de Beci, el mejor y más incapaz de cometer un delito como el que vuestra merced persigue.

A Juan de la Cavareda le habían dado el apodo de Casualidades porque la frase «Por casualidad», viniera o no a pelo, era la muletilla obligada y perpetua de su conversación, y porque además opinaba que en el mundo suceden a veces cosas que no son obras de Dios ni de los hombres, sino puramente de la casualidad. Lo que más contribuyó a que le quedara este apodo fue un caso digno de referirse, tanto por lo curioso, como porque
explica el apodo de Juan y prueba cuán amigos eran éste y Marcos. Juan y Marcos, que eran inseparables cuando muchachos, iban un día sí y otro no a llevar a las ferrerías de Trucíos con un par de mulas que cada uno tenía; y como al pasar por el barrio de la Lía en Arcentales, cuyo valle confina con la feligresía de Beci, viesen a una muchacha muy guapa cantando y riendo en las heredades donde trabajaba, los dos se enamoraron de ella.

-Chico- dijo Juan una tarde de verano, después que se separaron de la arcentaliega, a quien habían pedido por favor una jarra de agua, que la muchacha les había sacado muy complaciente a la estrada por donde pasaban-, yo estoy enamorado de esa chica.

-Pues chico, yo también lo estoy- contestó Marcos.

-Lo siento, porque yo estaba resuelto a decirla si se quería casar conmigo.

-Yo también lo siento, porque yo pensaba decirle lo mismo.

-Pues nada, chico, díselo, porque no quiero hacerte mal tercio.

-Díselo tú, que tampoco yo quiero hacértele a ti.

Como Juan y Marcos eran tan buenos amigos y no querían perjudicarse uno a otro, rivalizaron durante muchos días en generosidad, y al cabo convinieron en una cosa: el día de San Antolín próximo irían juntos a la romería de Arcentales, obsequiarían ambos con fruta a la muchacha, y cuando, el tamborilero empezase a tocar un corro, los dos alargarían a un tiempo la mano a la muchacha para sacar a ésta a bailar, y el preferido se
declararía a ella.

Así lo hicieron: la muchacha prefirió la mano de Marcos; Marcos y ella se casaron algunos meses después; ella murió de sobreparto antes de cumplirse un año, y Juan y Marcos, casado éste o viudo, continuaron siendo los buenos amigos de siempre.

La preferencia de la arcentaliega tiene una explicación muy sencilla: si en lo moral Juan competía con Marcos, no así en lo físico, porque tenía una descomunal nariz acaballada y un enorme lunar en el carrillo izquierdo, que daban a su cara una fisonomía tan singular, que el que la veía una vez no la olvidaba nunca.

Como en el lugar fuesen públicas y notorias, las calabazas que le había dado la arcentaliega, y él era tan bondadoso que era el primero que reía de las bromas que le daban, y se las daban a cada paso con el desaire que había sufrido por su fealdad en la romería de San Antolín.

-¡Ca!- decía Juan. -No fue mi lealtad, sino la casualidad, lo que hizo a la arcentaliega preferir a Marcos.

-Tu fealdad fue.

-No, la casualidad; la casualidad y sólo la casualidad -repetía el bonachón de Juan, riendo como un tonto.

Y de aquí y de su cantinela de que muchas de las cosas que en el mundo pasan son obra puramente de la casualidad y no de Dios ni de los hombres, procedía el apodo de Casualidades que todo el mundo le daba, sin que se incomodase por ello.

Su misma fealdad natural daba cierta gracia a Juan de la Cavareda, como se la da a los payasos la contrahecha. Era su genio tan placentero, su corazón tan franco y su palabra tan fácil y graciosa, a pesar de la consabida muletilla y a pesar de que Juan ni siquiera sabía leer, que el contraste de la fealdad física realzaba en él la hermosura moral.

Nunca se le había visto incomodado sino un día en que se disputaba antes de misa, en el campo de la iglesia, sobre si hacían bien o mal las mujeres en preferir un hombre guapo y sin virtud ni talento, a un hombre feo, pero con talento y virtud. Juan, que nunca se incomodaba

por nada, y cuya benevolencia era inagotable, particularmente cuando se trataba de las mujeres, exclamó amoratado de ira:
-Mi padre era tan feo como yo, y, sin embargo, le quiso mi madre, aunque la pretendían otros mucho más guapos y más ricos que él. Me alegro de esta casualidad, porque si no, hubiera yo aborrecido a mi madre tanto como la quise.
El teniente corregidor tomó muchas declaraciones, dio muchos autos de prisión, se formó un proceso abultadísimo (que yo examiné, después de contar esto mi padre, entre los protocolos del escribano don Bartolomé de Palacio, tanteados por el Señorío y custodiados en el archivo de Balmaceda), y al cabo de dos años de actuaciones resultó... que se ignoraba quién había asesinado al pobre Marcos de Larrabita.

- III -

En el pórtico de la iglesia de Beci, reunidos antes de misa casi todos los vecinos, se lamentaban todos de lo inútiles que habían sido los esfuerzos hechos por la justicia y el vecindario para descubrir al asesino de Marcos, y todos convenían en que ya no había esperanza de descubrirle.
Casualidades llegó en aquel instante, y uno de los vecinos le dijo:
-Casualidades, ¿qué te parece a ti de esto? ¿Crees que por casualidad puede descubrirse al asesino de Marcos?
-Creo que no, pues si se descubriese después de tanto como ha hecho la justicia y hemos hecho todos para descubrirle, no sería por obra de la casualidad, sino por obra de Dios.
-¡Dios quiera que se descubra!
-Dios lo puede hacer todo, pero no se mete en las cosas de los hombres. Si se metiera, ¿creéis que no hubiera ya hecho descubrir al asesino o asesinos de mi pobre compañero y amigo?
-Juan, nunca para el bien es tarde, ¡y Dios sabe cuándo es tarde o temprano para hacer el bien! -dijo el señor cura, que en aquel instante atravesaba el pórtico con dirección a la puerta de la iglesia, y había oído a Casualidades.
-Pues yo -replicó éste- creo, con permiso del señor cura, que sólo cuando, por ejemplo, en la sula donde asesinaron a Marcos fuesen naciendo árgomas que formasen letras y estas letras formasen el nombre del asesino, o sucediese otra cosa así, que le descubriese, sería el descubrimiento obra de Dios y no de la casualidad.
Todos dirigieron la vista como instintivamente hacia la sula de la cuesta de Cañedo, que estaba frente por frente del pórtico en la vertiente opuesta de la llanadita que ocupan las heredades y los cinco o seis barrios o grupos de casas que constituyen la feligresía.
-¡Calla! -dijo uno de los vecinos-. Las árgomas o brezos que negrean en medio de la sula parece como que quieren formar letras.
Como era público y notorio que el que hacía esta observación no sabía leer, todos se echaron a reír de ella, con tanto más motivo, cuanto que las árgomas y brezos esparcidos por la campa no afectaban forma alguna de letras.
Sin embargo, todos los domingos se renovaba, en el pórtico la disputa sobre si vistos desde lejos tenían o no forma de letras los brezos y las árgomas de la sula de Cañedo; pero estas disputas terminaron pronto, porque dio la casualidad de que Juan de la Cavareda hizo un calero en las cercanías de la sula y rozó para cocerle toda la maleza que por allí había, inclusas las matitas de árgomas o brezos que en la sula habían ido naciendo.
Pasado algún tiempo, fueron retoñando las árgomas y los brezos, y retoñó también la conversación dominguera en el pórtico de la iglesia, sobre si vistos desde allí tenían o no forma de letras; pero tampoco duraron mucho estas nuevas disputas, porque dio la casualidad

de que Juan de la Cavareda roturó la sula para sembrarla de trigo, y por consecuencia desapareció de ella toda mata de árgoma o brezo, y porque por aquellos
días se interrumpieron las reuniones en el pórtico de la iglesia de los Santos Mártires.
Con motivo de haberse emprendido en la parroquia obras de restauración, y la construcción en el pórtico de un altar destinado a la celebración del incruento sacrificio el día de San Cosme y San Damián, en que acuden a la romería y feria muchos millares de personas que no caben en el templo, la parroquia se trasladó interinamente a una ermita, oratorio de la casa solariega de los Toba en, el barrio de la Quintana, desde donde no se descubre el de Cañedo.
No se había olvidado al pobre Marcos de Larrabita, cuya desgracia amenazaba producir otra no menos sensible para todo el vecindario. Juan de la Cavareda, tan querido de todos como lo había sido de Marcos, no tenía día bueno desde que perdió tan trágicamente a su inseparable amigo y compañero, y de algún tiempo a aquella parte andaba tan triste y retraído e iba desmejorándose de tal modo, que todos temían fuese muy pronto a acompañar a Marcos bajo las losas de la iglesia.
Era por el mes de junio, y como las obras de la parroquia estuviesen ya terminadas, se acordó celebrar la reapertura de la iglesia con una gran función religiosa.
Para que esta función fuese más solemne, la feligresía acordó convidar a ella a la justicia del Concejo y enviar una comisión a Avellaneda para invitar al señor teniente corregidor a que honrase a Beci aquel día con su presencia. Tanto el teniente corregidor de las Encartaciones, como la justicia del Concejo, aceptaron gustosos la invitación, y en casa del regidor de Beci, que era una de las mejores de la feligresía, se dispuso un espléndido banquete para obsequiarlos.
Terminada la función religiosa, el teniente corregidor y la justicia pasaron a la sacristía a felicitar al clero, y particularmente a un fraile carmelita de Balmaceda, a cuyo cargo había estado el sermón, y entretanto, los vecinos de la feligresía y muchos forasteros que habían acudido a la fiesta, permanecían en el pórtico y bajo las enormes encinas del campo, aguardando a que salieran sus mercedes para saludarlos y acompañarlos hasta casa del señor regidor al son del tamboril y al estruendo de los cohetes.
De repente un sordo murmullo se alzó y fue creciendo, creciendo, en el pórtico y en el campo. Este murmullo era cada vez mayor y en él dominaban las voces de
-¡Milagro! ¡milagro!
-¡Permisión de Dios es!
-¡No hacerle daño, pero que no se escape!
Los señores que estaban en la sacristía salieron tras el teniente corregidor a ver qué era aquello.
-¿Qué ocurre, señores? -preguntó el teniente corregidor levantando la vara para imponer silencio.
-Señor teniente -le respondió uno de los vecinos señalando hacia la sula de Cañedo-, sírvase vuestra merced mirar hacia aquella rotura cuyo trigo amarillea en la cuesta de Cañedo.
El teniente corregidor miró e hizo un movimiento de sorpresa, exclamando:
-¡Juan de la Cavareda! ¡La justicia de Dios viene en ayuda de la de la tierra!
-¡Sí, sí, el retrato de Casualidades es aquél!- asintieron los vecinos.
Y verdaderamente era maravilloso y al parecer sobrenatural lo que todos veían en la cuesta de Cañedo.
El trigo sembrado por Juan de la Cavareda en el terreno donde fue asesinado Marcos de Larrabita, al destacarse amarillo y próximo a la sazón, entre el fondo verde oscuro de las árgomas, los brezos y los helechos que le rodeaban, afectaba con admirable perfección el retrato de Juan, mirado de perfil. Un accidente del terreno sembrado simulaba la nariz con toda su singular fisonomía; una matita de helecho que negreaba, contigua al nacimiento de la

nariz, simulaba el ojo y la ceja; otra mata mucho mayor, correspondiente a la mejilla, representaba el lunar que caracterizaba a Juan; y, por último, una línea entrante y oscura, originada por no haber nacido allí el trigo, simulaba perfecta y característicamente la boca.
Un niño como de seis años bajaba del monte, y, por tanto, ignoraba lo que pasaba en el pórtico.
-Niño -le dijo el teniente corregidor- mira a aquella rotura que amarillea sobre Cañedo, y dime lo que te parece.
-Señor -dijo el niño apenas miró-, parece la cara de Casualidades.
Al decir esto el niño, Juan de la Cavareda, que permanecía como aterrado en un extremo de pórtico, custodiado por algunos vecinos, gritó:
-¡Señor teniente, yo soy el infame asesino de Marcos de Larrabita!
Lléveme vuestra merced ahora mismo al suplicio para que acabe el horrible que estoy sufriendo desde que maté a traición al pobre Marcos para saciar la sed de venganza que me abrasaba las entrañas desde que se casó, y sacié en él, ya que no pude saciarla, como deseaba, en su mujer.
Juan de la Cavareda fue conducido inmediatamente a la cárcel de
Avellaneda, donde se le pusieron aquellos horribles grillos de medio quintal de hierro que aún se conservan allí, y ocho días después, en presencia de más de diez mil personas que se extendían desde el pico de Villarreal de Garbea, fue ajusticiado en un patíbulo levantado en el campo que él regó con la sangre de Marcos de Larrabita.
Calló mi padre y callamos todos, como esperando a que Ciscorro hablara.
-Pues amigo Manuel -dijo Ciscorro a mi padre-, ejemplos como ése no dejan duda de que obra de Dios, y no de la casualidad, es todo lo que ocurre en el mundo.
-Eso quiero que creas -exclamó mi padre- y eso quiero que creamos todos; porque creyendo que todo lo que ocurre en el mundo es obra de Dios, creeremos que todo es sabio y justo.

El rico y el pobre

Éste era un caballero de Madrid, llamado don Juan Lozano, que tenía el oro y el moro, y gozaba tanto de los enemigos del alma, mundo, demonio y carne, que pasaba la vida rabiando. Aunque esto último parece mentira, es una verdad como un templo (y califico de gran verdad al templo, no por su gran tamaño, sino por su gran verdad); y si no, expliquémonos, que explicándose se entiende la gente.
Don Juan vivía en la calle de Atocha, en un palacio cuyo lujo y comodidades eran el presulta del lujo y la comodidad (como decía Perico, el zapatero remendón de la guardilla de enfrente, llamado por mal nombre Carape, que entendía de latín tanto como yo); sus coches y caballos valían un dineral; en su mesa se servían hasta en día de trabajo los manjares más ricos que Dios crió o inventaron los hombres, y, por último, las chicas más, guapas que paseaban por Madrid se despepitaban por don Juan. Pues a
pesar de todo esto, y mucho más que no es para dicho, don Juan pasaba la vida rabiando, porque el regalo y el placer habían estragado de tal modo su cuerpo y su alma, que lo que a todo el mundo le sabe a gloria, a él le sabía a rejalgar de lo fino; y así era que nunca se le veía reír, y siempre estaba con una cara de condenado, que metía miedo.
A Perico, el zapatero de enfrente, le sucedía todo, lo contrario que a don Juan: era más pobre que las ratas, y, sin embargo, era más rico que don Juan el de enfrente. Esto último también parece mentira, y no lo es; y en prueba de ello me contentaré por ahora con decir que Perico

se pasaba el día, y aun la noche, canta que canta, fuma que fuma, y echa que echa chicoleos a su mujer, aunque era más fea que el voto va Dios.
A don Juan le llevaban doscientos mil de a caballo con la sempiterna alegría y los sempiternos cantares del zapatero; y entrando en curiosidad de saber cómo se las campaneaba éste para ser tan feliz, una tarde atravesó la calle, subió una estrecha escalera y se plantó en la guardilla del zapatero, con objeto de averiguarlo y, si era posible, campaneárselas él como el zapatero para estar siempre alegre.
El zapatero y su mujer, que estaban trabajando y cantando y riendo a más y mejor, cuando le vieron entrar callaron y se levantaron para recibirle con la finura que el caso requería, y empezaron a hacerse cruces de que un caballero de tantas campanillas fuese a visitarlos. Don Juan se detuvo un momento con tentaciones de volverse atrás, porque la fealdad y la pobreza y la estrechez de la habitación le dieron horror, y a poco más le tumba patas arriba la tufarada de pez, y engrudo, y cuero, y demonios colorados que salió a su encuentro; pero hizo, como dijo el otro, de tripas de corazón, y siguió adelante.

- II -

-Hombre, ¿cómo pueden ustedes vivir en esta guardilla tan reducida, tan negra, tan oscura, tan nauseabunda?...
-¡Carape! ¡No diga usted eso, señor don Juan! ¿Mala esta guardilla?
Ya quisiéramos nosotros que fuese nuestra, porque, aunque nos esté mal el decirlo, en su clase no hay en Madrid otra más alegre y más mona que ella.
Y si no, que lo diga ésta, que en lo tocante a las cosas de la casa y en todo lo nacido y aunque pobre, les echa la pata a las señoras más empingorotadas de Madrid, y aun del mundo con ser mundo.
-Tiene razón Perico -asintió la zapatera- que es alhaja en su clase la guardilla ésta.
-Pero al menos, convendrán ustedes en que los muebles...
¡Carape! Don Juan, de los muebles no hablemos, porque eso sí, son pobres como nosotros, pero en cuanto a cómodos y de buen ver, ni la reina con ser reina los tiene mejores. Mire usted, si no, esa cama...
-No sé cómo pueden ustedes dormir en ella.
-¡Carape! ¡No diga usted eso de la cama, señor don Juan! Cuando después de estar todo el día dale que le das, yo al martillo y la lesna y ésta a la aguja, cenamos el guisadillo de patatas (que ésta le pone que se chuparía usted los dedos si le probase) y nos tumbamos ahí riéndonos con los chascarrillos que cada uno cuenta, ni la reina y el rey con ser reyes
duermen mejor que nosotros. Y si no, que lo diga ésta.
-Es la pura verdad, señor don Juan.
-Será lo que ustedes quieran; pero lo que parece mentira es que estén ustedes siempre tan alegres y con tanta gana de cantar.
-¡Carape! Don Juan, yo no sé de qué les sirve a los señorones como usted el estudiar tanto y leer tantos libros como dicen que usted tiene, y tantos papeles como todos los días de Dios le traen a usted, si no saben de la misa la media.
-¿Y qué es lo que nosotros no sabemos?
-Lo que sabe hasta el que ni siquiera ha estudiado la jota: que cuando uno tiene salud, aunque no tenga pesetas, y además no le faltan en casa paz ni cariño, tiene que estar alegre; y si está alegre, es, natural que ría y cante.
-¿Y ustedes tienen todo eso?
-¡Mira tú, Pepa, qué atrasado de noticias está el señor de enfrente!

Librodot

-Sí que lo está el señor don Juan.
-¡Pues no lo hemos de tener, hombre de Dios!
-¿Cuánto ganan ustedes al día?
-Un día con otro, lo que ganamos entre los dos no baja de dos pesetas como dos soles.
-Hombre, ¡qué miseria!
-¡Carape! Don Juan, usted por fuerza tiene gana de chunga. ¿Miseria les llama usted a dos pesetas cada día?
-Sí que lo son, hombre.
-Pues yo le digo a usted que aún nos sobra dinero. Y si no ¡carape!
echemos la cuenta. Real y medio la casa...
-Así es ella.
-¡Carape! Don Juan, no volvamos a lo de la casa, que vale cualquier
dinero. Cinco cuartos una cajetilla de tabaco que me fumo yo al día...
-No sé cómo puede usted con ese veneno.
¡Veneno! ¡Me hace gracia, como hay Dios! ¡Carape! Ahí tiene usted la petaca para que eche usted un cigarro y vea que mejor tabaco que éste ni en la Habana, con ser Habana, se fuma.
-Bien, eso va en gustos.
-Pues mire usted, señor don Juan, naturalmente una no entiende de tabaco, pero lo que es Perico... A pesetas le ganarán otros, pero a gusto no, aunque me esté mal el decirlo. Él, eso sí, pobre es y ni siquiera sabe un poco de escuela; pero no ha nacido aún el majo que le ha de ganar a gusto, y talento, y gracia y... vamos al decir.
-Será todo lo que usted quiera, pero con dos pesetas...
-Con dos pesetas, señor don Juan, nos sobra a nosotros dinero; y si no ¡carape! continuemos la cuenta de la vieja. Un cuartillete de vino que nos bebamos al día entre los dos, ocho cuartos...
-¡Ocho cuartos un cuartillo de vino! ¿Y no han reventado ustedes ya con esa porquería?
-¿Porquería? ¡No tiene usted mala porquería, señor don Juan! Vino más rico, ni en Arganda, con ser Arganda, se bebe. Y si no, mira, Pepa, tráete la botella para que se tire un latigazo el señor don Juan y vea las porquerías que por aquí bebemos.
-No, que no se moleste. Siga usted distribuyendo las dos pesetas diarias, aunque es inútil que siga, porque no me ha de convencer usted de que les bastan...
-¡Si le digo a usted, señor don Juan, que hasta nos sobran!
-Demos por supuesto que en efecto les bastan a ustedes y aun les sobra para el gasto ordinario; pero ¿y el extraordinario?
-¿Otra que bien baila? ¡Carape! ¿Qué gasto extraordinario hemos de tener nosotros?
-El que todo el mundo tiene. Por ejemplo, el día de fiesta...
-El día de fiesta, cuando el tiempo lo permite, nos vamos, pongo por caso, a las Ventas del Espíritu Santo, y allí comemos y bebemos lo que habíamos de comer y beber en casa.
-Pero a la venida están ustedes cansados y necesitan el ómnibus...
-¡Qué dominus ni qué vobiscum necesitamos nosotros para venir? ¡Pues aunque fuéramos algunos señoritos de pan pringao!...
-Bien, pero por la noche van ustedes a algún teatro...
-Eso queda para los señores como usted. ¡Carape! ¿Y qué falta nos hace a nosotros esas tonterías, habiendo tanto con que divertirse, sin gastar un cuarto, en las calles de Madrid? Yo soy muy aficionado a la música, tanto ¡carape! que a veces, oyendo un organillo, lloro de gusto o no sé de qué. ¡Pues ya ve usted si en las calles de Madrid hay organillos
y murgas y ciegos y toda la música que Dios crió!
-¡Ya! Pero los teatros divierten mucho...

-Señor don Juan, a nosotros maldita la falta que nos hacen, porque no hay paso de comedia que divierta tanto como los chascarrillos que cuenta en casa Perico. Como es tan célebre y decidor, y Dios le ha dado tanta gracia, aunque está feo que una lo diga...
-Diga usted, señor don Juan, que quien tiene gracia para todo es ella, porque mujer de más talento que la mía...
-Ya veo que usted está libre de uno de los gastos más considerables que nos suelen ocurrirá los solteros como yo, y aun a los casados como usted.
-¡Ya le entiendo a usted, carape! A presidio, por toda la vida merecería yo ir si gastase una sed de agua, aunque fuera con la diosa Venus en persona, teniendo una mujer tan cabal en todo como la que tengo.
-Pero, prescindiendo de todos esos gastos, hay otros, como el de la ropa.
-¡Qué ropa ni qué niño muerto, si nosotros con un trapo delante y otro detrás tenemos para presentarnos en cualquier parte como el primero!
-Amigo Perico, me voy convenciendo de que Dios no supo lo que se hizo al hacer el infierno.
-¡Carape! don Juan, no diga usted judiadas, que Dios no puede haberse equivocado nunca.
- Pues se equivocó de medio a medio cuando hizo el infierno.
-Si le entiendo a usted que me den garrote vil ¿Qué quiere usted decir con eso?
-Quiero decir que los que van al infierno padecerían infinitamente más si antes hubieran ido al cielo.
El zapatero y la zapatera se encogieron de hombros, dando a entender que no acababan de comprender lo que don Juan les decía. Un momento después don Juan se despidió de ellos, y apenas le perdieron de vista, volvieron a reír y cantar alegremente.

- III -

Don Juan se daba a quinientos mil demonios cada vez que oía cantar a Perico; y como Perico estaba cantando todo el santísimo día, quiere decir que don Juan estaba todo el santísimo día hecho un condenado. Así es que fue cogiendo al zapatero un odio tan feroz, que cuando se asomaba al balcón y le veía trabajando y cantando con una cara de Pascua florida que hubiera bastado por sí sola para dar fe de la felicidad de Perico, le
echaba unos ojos que parecía querer tragarle vivo.
La paciencia se le acabó a don Juan un día en que Perico estaba más alegre y cantarín que nunca, y por casualidad era el día en que él estaba como nunca aburrido y desesperado.
-¡Voto a Cristo padre -exclamó dando una patada en el suelo- que ya habéis acabado tú y tu mujer de cantar y reír y echaros mutuamente chicoleos! Ya sé que yo no he de reír y cantar porque vosotros rabiéis; pero no me estaréis continuamente desesperando con el contraste de vuestra dicha y mi desventura. Veremos si a ese remendón le parece el cielo el infierno después de haber estado en el cielo.
Así diciendo, don Juan bajó a la calle, la atravesó, y subió a casa del zapatero, esforzándose por poner cara de hombre feliz y de buen amigo.
-Señora Pepa -dijo a la zapatera-, vengo a visitarlos a ustedes con una intención que la va a poner a usted de mal humor.
-Ya sabe usted, señor don Juan, que el mal humor no se estila aquí
-contestó la zapatera con cara de risa.
-Justo y cabal -añadió el zapatero con cara de lo mismo.
-Mañana es domingo -continuó don Juan -, y quisiera que Perico le pasase en mi compañía, porque yo soy mucho menos feliz que ustedes, siendo mucho más rico, y estoy decidido a reformar mi vida, arreglándola en lo posible a la de ustedes. Nadie mejor maestro que Perico

para darme lecciones de cómo he de vivir y quisiera que dedicase todo el día de mañana a dármelas.
-¡Carape! -dijo Perico rascándose detrás de la oreja-. Mucho me costará pasar todo el día sin ver a ésta; pero en fin, si ella quiere, le serviremos a usted.
-También a mí se me hará cuesta arriba eso, porque al fin una no tiene, como aquél que dice, más consuelo ni más amor que su hombre; pero por servir a un caballero de tanto aquél como usted, algo ha de hacer una...
-Les doy a ustedes las gracias por su amabilidad, y les aseguro que haré cuanto pueda por corresponder a ella tratando a Perico como se merece y como corresponde tratar a los huéspedes en una casa como la mía.
-Éste con poca cosa se contenta. Mire usted señor, el domingo por la mañana, con unas sopitas de ajo, y medio, cuartillo, ya le tiene usted tan consolado...
-Lo que ha de almorzar y comer mañana Perico no es cuenta mía, sino de mi cocinero, que sabe lo que corresponde a la mesa de la casa en que sirve, y nos tratará a los dos como mejor le parezca, pues los dos hemos de almorzar y comer juntos...
-¡Válgame Dios qué señor tan llano! -exclamó la zapatera conmovida, hasta saltársele las lágrimas con la bondad de don Juan, y poco menos conmovido se sintió Perico por la misma bondad.
-¡Ah!-dijo don Juan-. Se me olvidaba advertir a usted, señora Pepa, que no debe esperar levantada a Perico, porque vendrá tarde.
-En cuanto a eso, señor don Juan -replicó Perico-, no me parece regular, porque como madrugo...
-Pasado mañana es san lunes.
-Es que yo soy de los zapateros que no celebran eso santo.
-Santo domingo -añadió la zapatera- es el único que deben celebrar los artistas como nosotros, y ése es el único que nosotros celebramos.
-Pues mañana me convierto yo también en artista y lo celebro en grande con Perico. Como usted, señora Pepa, también es de Dios, conviene que, aunque sea a solas, le celebre un poquillo, para ello me va a hacer el obsequio de aceptar esta moneda de cinco duros.
-Gracias, señor don Juan. ¡Cuándo me he visto yo con tanto dinero reunido! Lo acepto porque no se diga que una es pobre y soberbia.
Don Juan se despidió de los zapateros, quedando en que Perico pasaría a su casa tempranito, pues ni aun tendría que oír misa antes, porque la oirían juntos en el oratorio de su casa.

- IV -

Perico se levantó muy temprano, se afeitó como Dios le dio a entender con una cuchilla de su oficio, muy vaciadita que usaba en tales casos, se lustró los borceguíes, se lavó bien, se puso camisa limpia y la ropa de fiesta, y su mujer, que le había ayudado en todas estas operaciones, le arregló el pelo y le sacó en él un conato de raya.
Cuando le vio la señora Pepa salir tan peripuesto, se le fueron tras él los ojos y el corazón, y si no temió que alguna bribonada se prendara de él y hubiera la de Dios es Cristo, fue porque la señora, Pepa no pensaba nunca que pudiera haber esas cosas entre ninguna bribonada y su marido.
Perico oyó misa en la parroquia antes de ir a casa de don Juan, porque dijo para sí:
-La misa es cosa muy formal, y me parece cosa así de juguete el oírla como quien dice desde la cama, como la oyen esos señorones.

Librodot

Como era corto de genio y no gustaba de incomodar, se detuvo en la portería de casa de don Juan, esperando a que el señor se levantara, pues el portero le dijo que acostumbraba a levantarse más tarde; pero uno de los criados, que bajó por casualidad a corto rato, le dijo que el señorito se había levantado ya, y no cesaba de preguntar por él.

Perico subió y fue introducido inmediatamente al gabinete de don Juan, que estaba allá, al fin de una multitud de salones, cuyas alfombras, con tantas divinas flores pintadas, y cuyos muebles, dorados y relucientes como la plata, le embobaron y enamoraron.

Don Juan le recibió, según expresión del mismo Perico, como si fuera su parigual, y le hizo sentar en una butaca de terciopelo que dio un susto a Perico, pues éste creyó que la butaca se hundía apenas apoyó en ella las posaderas.

La mañana estaba fría, pero en aquel gabinete y en aquellos salones la temperatura era tan suave y había unos olores tan gratos de flores o qué se yo, que Perico creía hallarse en un jardín delicioso en uno de los días más hermosos de primavera.

Don Juan empezó por tutear a Perico, prueba de bondad que a éste le llegó al alma.

-Amigo Perico -dijo don Juan-, es necesario que hoy vistas y comas y bebas y te diviertas como corresponde a la casa en que estás y al caballero que te acompaña. ¿Supongo que tendrás ya ganas del desayuno?

-¡Cá! No señor; ya me ha dado aquélla una copita de aguardiente con un mantecado, que me ha puesto el cuerpo como una guitarra.

-Eso no basta, hombre, para caballeros como nosotros.

-¡Carape! ¡Qué bromista es usted, señor don Juan! ¿Caballero yo?

-¡Pues no lo has de ser, hombre! Lo único que te falta para serlo es el traje, y eso lo vamos a arreglar ahora.

Don Juan llevó a Perico a otro gabinete deliciosamente amueblado, donde había una cama con más seda y holanda que la de un rey, y un tocador con más perfumes que la Alcarria, y le dijo:

-Ahí tienes tu cuarto, y en la pieza inmediata tienes tu ayuda de cámara para lo que se te ofrezca. Vístete de puntapiés a cabeza, que en ese armario de palo santo encontrarás cuanto para ello necesites. Yo voy a hacer entretanto lo mismo, para que en seguida tomemos el desayuno.

Perico, medio absorto con lo que oía, veía y olía, pues allí también olía a gloria, quiso replicar a don Juan no sé qué; pero don Juan se lo impidió, cortándole la palabra con una amable y bondadosa lisonja y dejándole solo.

Perico abrió el armario y encontró en él ropas, tan elegantes y ricas, que al fin se decidió a vestirse con las más modestas. Se lavó, se vistió, se peinó y se perfumó, y yendo a mirarse en un espejo de cuerpo entero, no pudo menos de lanzar un grito de alegría viéndose convertido en todo un caballero mal comparado. Botas de charol, tan finas que él no las hubiera hecho ni por media onza, pantalón de satén, chaleco de terciopelo color de guinda con botonadura de oro, gabán negro de castor finísimo, camisa de holanda con pechera de batista, corbata de muaré de última moda, sombrero de ocho duros, guantes de veinticuatro reales, reloj de oro con cadena de lo mismo, su valor lo menos media talega, y bastón de concha con puño de oro preciosamente cincelado, y dentro, por lo que pudiera ocurrir, estoque que daba miedo el verle.

-¡Carape! ¿Qué será esto?-dijo Perico viendo sobre el tocador una cosa a modo de taza de oro.

Y como apoyase en ella el dedo y apretase un poco, aquella condenada taza, o lo que fuese, lanzó un sonido tan penetrante y agudo, que Perico dio un salto atrás asustado.

El ayuda de cámara penetró en el gabinete, y dijo a Perico después de hacerle una profunda reverencia.

-Estoy a las órdenes de usía.

¡Carape! ¡Chico, no andes con bromas! -le contestó Perico poniéndose un poco serio.

-Señor, no hago más que cumplir con mi deber. Como ha llamado usía...
-Pues no me vengas a mí con usías ni calabazas.
-Como usía es un señor...
-Pero si lo soy, soy un señor muy llano. Anda, y dile al tuyo que ya estoy corriente.
El criado hizo otra reverencia y se retiró. Perico se arrellanó en una butaca, cruzó las piernas y se puso a contemplar y admirar la riqueza de la habitación, diciendo para sí:
-La verdad es que todo esto vale más oro que pesa, y aquí se siente uno como se deben sentir los ángeles en el cielo. ¡Carape! ¡Si da gusto el sentarse en estas butacas y oler todos esos jaboncillos y afeites, y recibir el calorcillo de esa chimenea, y gastar camisa y pantalón y chaleco y gabán y todo tan fino!... ¡Pues no digo nada de la camita esa!... ¡Carape, si se dormirá bien en ella! Si aquélla y yo tuviéramos una así, ¡cómo nos regodearíamos en ella!
Así pensaba Perico cuando don Juan vino a buscarle. Perico se levantó de la butaca, y don Juan, a pesar de ser más tentado a rabiar que a reír, estuvo a punto de soltar la carcajada viendo el envaramiento conque el zapatero llevaba el traje de caballero.
-¿Ves, hombre, ves cómo ya eres un caballero hecho y derecho? Ahora te convencerás de que entre un zapatero y un caballero no hay más que algunas varas de tela. Ea, son las ocho, y vamos a tomar una taza de té, que hemos de almorzar a las doce para ir luego a dar un paseo hasta la hora de comer, que será de seis a siete.
Don Juan y Perico pasaron al comedor entre una porción de nobles asturianos, que al verlos se tronzaban el espinazo a fuerza de reverencias.
-Una taza de té -decía para sí Perico- se reduce a una taza de agua en que se han cocido unas yerbas. Poca cosa es esa para caballeros cono nosotros.
Pero cuando vio que a la taza de té acompañaba una repostería de tostadas, bizcochos, galletas y mantequillas, no pudo menos de añadir, embutiendo de cada cosa un poco:
-El té que se toma en casa de estos señorones será una engañifa, pero ¡carape, qué engañifa tan rica!
Sobre la mesa había una cajita ochavada con incrustaciones de maderas preciosas y sostenidas en una peana de delicadas labores.
-¿Qué carape será eso a modo de urnia? -se decía Perico con viva curiosidad.
Cuando el té tocaba a su fin, don Juan oprimió con el dedo un punto de la cajita, y abriéndose ésta de repente por todas sus faces, quedó revestida de cigarros puros.
-¡Carape, qué invenciones hay en estas casas de campanillas! -dijo Perico.
Y aceptó y encendió un puro que le ofreció don Juan.
Perico sonreía de satisfacción cada vez que tiraba una chupada al riquísimo cigarro habano.
-¿Qué dices de estos cigarros, amigo Perico? le preguntó don Juan.
-Lo que digo -contestó Perico- es que es lástima no se puedan comer.

- V -

Dando Perico a don Juan lecciones de la sublime ciencia que don Juan le envidiaba, oyendo en el oratorio una misa cantada a toda orquesta, que hizo exclamar a Perico sacrílegamente: «Esto no es oír misa, que es oír música mejor que la misa», y enseñando don Juan a Perico multitud de sorprendentes curiosidades que encerraba su palacio entre ellas un maravilloso etereóscopo en que se veían, copiados del natural, todos los modos de gozar y pecar, pasaron don Juan y Perico el resto de la mañana,
hasta que se les avisó para almorzar.

Perico se dirigió con don Juan al comedor, muy desganado, porque se había cebado más de lo regular en la comitiva del té; pero tantos y tan tentadores fueron los manjares que se sirvieron, que no desdeñó ninguno.

-¿Qué tal, Perico, hay apetito? -le preguntó don Juan.

-¡Carape, no ha de haber, si de estas cosas no se harta uno aunque lo alcance con el dedo!

Pero lo que sobre todo enamoró a Perico fue el Champagne.

Cada vez que se echaba al cuerpo una copa, se relamía los labios y daba un viva a los franchutes, que le parecían los hombres de más talento de este mundo desde que le había dicho don Juan que ellos eran los que hacían aquella gloria con cuatro porquerías.

El día era uno de estos de invierno en que Dios suele castigar de sus muchas picardías a los madrileños dándoles el cielo por la tarde para que resalte más el infierno que les da por la noche: la noche anterior había sido infernal, y la inmediata se preparaba a ser lo mismo: pero el intermedio de ambas era lo que se llama un cielo con estrellas y todo. El

cielo era el hermoso sol de la tarde, y las estrellas las buenas chicas que salían a tomarle por esas afueras de la puerta de Alcalá.

Don Juan y Perico montaron en una magnífica carretela descubierta, tirada por dos yeguas que bebían los vientos, y tomaron hacia donde sale el sol, que en Madrid no es hacia Oriente, sitio todo lo contrario.

La señora Pepa, que no cesaba de atisbar hacia el palacio de enfrente a ver si su marido se asomaba a los balcones, vio a don Juan y otro caballero subir en la carretela, y dijo para sí:

-¿Quién será el otro caballero?

-¡Carape! -decía Perico chispeándole los ojos de alegría- ¡Qué bien va uno repantigado en estos almohadones! Si aquélla y yo tuviéramos una carretela como ésta, la cerrábamos de modo que ni Cristo nos viera, y hacíamos cuenta que la carretela era la cama de matrimonio.

Cuando regresaron a casa, Perico decía:

-¡Carape! ¿Pues no es una delicia haber ido hasta las Ventas del

Espíritu Santo, que están, como quien dice, donde Cristo dio las tres voces, y al volver encontrarse uno tan descansado como si no se hubiera uno meneado de casa? ¡Cuidado que el andar en pies ajenos es cosa buena si

las hay, y ya daría yo algo por que aquélla y yo pudiéramos dar algunos paseítos así!

La señora Pepa, que continuaba atisbando por ver si Perico se asomaba a los balcones, vio al anochecer que volvía la carretela con don Juan y el otro caballero; y como notase que éste la saludaba muy a lo señor, se llenó de admiración y volvió a decir para sí:

-¿Quién será el otro caballero?

A las seis comenzó la comida, que no concluyó hasta las ocho. Durante aquellas dos horas, que Perico calificó de dos horas de cielo, Perico caminó de sorpresa en sorpresa y de delicia en delicia. ¡Qué manjares, qué vinos, qué licores, qué café, qué cigarros, y hasta qué chicas tan hermosas, tan zalameras y tan querenciosas las que sirvieron la comida!

Pues es de advertir que como Perico hubiese dicho a don Juan, al ver que el almuerzo era servido por hombres, que a él, como estaba acostumbrado a que su mujer sirviese la comida, le gustaban más las mujeres que los hombres para aquellas cosas, don Juan había creído complacerle mandando que las mejores chicas de casa (donde las había del rechupete) sirviesen la comida.

-Ea -dijo don Juan, después que saborearon el café y purearon en grande-, ahora nos vamos a oír un poquito de música y canto.

-¡Bien, carape! -contestó Perico-. Porque eso me gusta a mí mucho.

Mire usted, don Juan, una vez acerté a pasar por delante del teatro de la Zarzuela cuando las cantarinas y los cantarines se estaban ensayando al son de la música, me paré a oír, y a poco

Librodot

más me desmayo de gusto oyendo aquellas divinidades. ¡La música y el canto por lo fino me gusta mucho, carape!
Don Juan y Perico se fueron al teatro Real. Cuando entraron en el palco de don Juan, y Perico sacó la cabeza para mirar a todas partes, Perico se quedó como alelado de asombro y placer viendo toda aquella riqueza, y sobre todo viendo las chicas que había en los palcos.
Contar los aspavientos, los asombros, los alelamientos, el entusiasmo, la emoción, los derretimientos de placer que causaron a Perico el canto, la música, y sobre todo la hermosura artificial de las cantatrices y las damas de los palcos, sería el cuento de nunca acabar.
Al salir a los corredores del teatro, don Juan dio la mano y despidió con un «hasta luego» a unas señoras tan hermosas, que Perico se quedó mirándolas como embobado.
-¿Te gustan esas chicas? -preguntó don Juan a Perico.
-¿Que si me gustan? -contestó Perico chispeándole los ojos de gula-. ¡Me las comería vivas!
-Esta noche -dijo don Juan al subir a la carretela- tenemos que hacerla redonda.
-¡Carape! ¿Más redonda aún quiere usted que la hagamos, señor don Juan?
-Sí, hombre. Los caballeros como nosotros no nos recogemos tan temprano.
¿Tan temprano, y son ya las doce? Por lo visto en las casas de campanillas, como la de usted, se acuestan las gallinas...
-A media noche. Supongo que ya tendrás ganas de cenar.
-Al parecer ni pizca de gana tengo; pero, ¡carape!, cuando uno es caballero no sabe uno si tiene o no gana de comer, porque come uno unas cosas que saben que rabian a todas horas.
Don Juan y Perico fueron a parar a una casa de mucho lujo, y ¡cuál no sería la sorpresa y la alegría de Perico, cuando se encontró en ella con una porción de hermosísimas señoritas y señoronas, entre ellas aquellas que había dicho se comería vivas!
Allí hubo cena, y baile, y música y juegos de escondite; de modo y manera que Perico creyó volverse loco con lo que allí gozó, porque hasta dio la pícara casualidad de que cayó en gracia a todo aquel coro de ángeles, y sobre todo a una chica de las más retrecheras y hermosas, y en su vida se había visto tan mimado y obsequiado de las chicas como se vio aquella noche.
Serían las dos de la mañana largas de talle cuando la señora Pepa, que no podía pegar los ojos pensando en Perico, dale que dale no sé con qué demontre de cavilaciones que a veces le llenaban los ojos de agua, sintió que un coche había parado a la puerta del palacio de enfrente, y se levantó a toda prisa a atisbar quién venía en él.
¿Quién será el otro caballero? -se preguntó retirándose tristemente a su cama al ver que era don Juan y otro caballero los que venían en el coche.
Al bajar del coche, Perico miró hacia su casa acordándose de su mujer y poniéndose a sí mismo de bribón que no había por dónde cogerle, por no haberse acordado de su mujer durante qué sé yo cuántas horas. Don Juan, que sin duda adivinaba lo que le andaba por dentro, se asió de su brazo, y asidos subieron juntos las escaleras
Media hora después Perico se metía en la consabida y riquísima cama de holanda y seda, que le parecía tanto más deliciosa, cuanto que acababa de calentarla y perfumarla una de las chicas querenciosas y sandungueras que por la tarde habían servido la mesa.

- VI -

Sin duda porque la costumbre hace ley, Perico despertó poco después de amanecer, y dejó como con pesar la rica cama en que había dormido como un bienaventurado. Antes de vestirse abrió las maderas del balcón de la habitación, que daba frente a la ventana de su guardilla, y apenas se acercó a los cristales, vio a su mujer, que estaba a la ventana llorando a lágrima viva.

No sé qué revolución silenciosa y santa, y, por tanto, nada parecida a las revoluciones políticas, que siempre son vocingleras y pecaminosas, estalló de repente en su interior.
Juntó las puntas de los dedos, depositó en ellas, un beso y se le envió a su mujer, que le contestó con otro transmitido por la misma vía telegráfica.
Perico corrió en seguida a vestirse, y se vistió, no de caballero elegante, sino de zapatero remendón endomingado. (¡Endomingado! Ya se conoce que no aspiro a la Academia, a pesar de lo hueco que me pondría si me abriese sus puertas.) Como sabía que don Juan se levantaba tarde, creyó que no era cosa de despertarle ni esperar a que despertara para despedirse de él, y pian, pian, cruzó los ricos salones, sin que inclinara siquiera la cabeza, al verle pasar vestido de zapatero, ninguno de los que el día anterior se habían tronzado el espinazo al verle pasar vestido de caballero, bajó la escalera, atravesó la calle y subió a su guardilla.
Su mujer le recibió abrumándole de caricias; y digo abrumándole, porque Perico no las recibió con el entusiasmo de costumbre.
-¡Carape! Me parece que hay mal olor aquí dijo Perico, frunciendo las narices.
-No, hijo, no hay mal olor ninguno; al contrario, le hay muy rico, porque no contenta yo con ventilar la casa, teniendo toda la noche la ventana abierta, al encender el fuego he echado, según costumbre, un puñadito de espliego.
-Pues barre y arregla la casa, ¡carape!, que va siendo ya hora de sentarse en esa condenada silla de labor.
¡Hijo, si la casa está ya barrida y arreglada!
-Me parece que no. Es verdad, ¡carape!, que como todo es en ella tan viejo, tan sucio y tan ordinario, y esta guardilla es tan destartalada y triste...
-¡Ja! ¡ja! ¡ja! -exclamó la señora Pepa, echándose a reír alegremente-. ¡Qué gitano de hombre, cómo remeda a don Juan! Vamos, hijo, toma la copita de aguardiente.
- ¡Carape! ¡Esto sabe a demonios! -dijo Perico, arrojando la buchada de aguardiente que había tomado.
-¡Pero qué ha de saber, hombre, si es hermano del que ayer bebiste, y dijiste que estaba tan rico! Será que te habrás constipado algo y tendrás mal gusto de boca.
-¡Carape! Puede que sea eso.
Perico lió un cigarro, le encendió, dio una chupada y le tiró, añadiendo muy malhumorado:
Sí, eso es, ¡Carape!, porque me sabe a rejalgar este tabaco, que ayer mañana me sabía a rosquillas.
Perico, interrogado por su mujer, contó a ésta, en resumen lo que le había pasado en las últimas veinticuatro horas. Los resúmenes son gran cosa para omitir lo que no se quiere decir.
Su mujer se acercó a echarle el botón del cuello, de la camisa para que estuviera abrigadito y no se constipara más, y aprovechó la ocasión para hacerle una caricia.
-¿Qué carape -dijo Perico- te ha pasado esta noche que tienes esa cara?
-Nada, gracias a Dios, como no sea haber estado desvelada y triste, y haber llorado un poco viendo que tú no venías.
-Pues es que tienes una cara que da no sé qué el verla.
-Hijo, nunca la he tenido hermosa.
-Ayer mañana mismo la tenías como un sol, y hoy la tienes que no se la puede mirar.
Perico se sentó a trabajar, y ni él ni su mujer cantaron ni rieron en todo el día. Es verdad que tuvieron una desazoncilla porque Perico encontró, tanto la sopa de ajo del almuerzo como el puchero del mediodía, tan sin sustancia, que apenas probó bocado, cuando siempre le gustaba tanto lo que cocinaba su mujer, que se quería comer los dedos tras ello.

Librodot

-¡Carape! ¡No sé cómo has hecho esta cama que está más dura que un demonio! -exclamó Perico cuando se acostaron.
-Pero, ¡hombre de Dios, si la he hecho como todos los días! -contestó la señora Pepa.
Que si está mal hecha, que si no lo está, disputaron y se incomodaron un poco, y al fin se quedaron dormidos, aunque Perico no cesó de dar vueltas en la cama toda la noche.
Al día siguiente tampoco cantaron ni rieron Perico y su mujer. Perico todo se volvía cavilar y poner faltas a todo lo de la casa, inclusa su pobre mujer, a quien acusaba hasta de vieja, y decir que dos pesetas diarias eran una miseria y no alcanzaban para nada, y era necesario ver de ganar más para no vivir tan arrastradamente como vivían.
Perico se metió al fin a revendedor de billetes de los teatros y de la Plaza de Toros, con lo que ya podía purear de cuando en cuando e ir él y su mujer de Pascua en San Juan al paraíso del Real, y la ignominia de la Zarzuela; pero como entonces la autoridad aún tenía la reventa de billetes por lo que las antiguas leyes de Castilla llamaban monipodio y castigaban como tal, Perico fue cogido una noche revendiendo billetes, y por buenas
composturas le secuestraron todos los que tenía, y gracias que no fue también su persona secuestrada en el Saladero.
En ésta y otras industrias extrañas a su oficio, que apenas ejercía ya porque ya le iba tomando horror, se sacaba lo menos un duro diario; pero no le alcanzaba para cubrir sus más precisas obligaciones, y hubo muchas noches que él y su mujer se acostaron sin cenar, y, por añadidura, como el perro y el gato.
-¡Carape! -decía Perico-. Esto no puede seguir así, y es menester buscar un modo de vivir que le dé a uno siquiera un par de duros cada día, porque un duro es una miseria que no alcanza para nada.
Un negocio, con que casi podía hacerse rico, le habían propuesto, que era meterse a matutero; pero Perico rechazó indignado la proposición, considerando que tan ladrón es el que contrabandeando roba la hacienda de un pueblo o una nación, como el que, horadando una pared o abriendo con ganzúas una puerta, roba la hacienda de un particular.
No faltó quien quisiese decidirle a meterse a contrabandista, arguyéndole del modo siguiente: «Los contrabandistas no son ladrones; porque si, por ejemplo, un español roba la hacienda de España, de lo suyo roba, y robar de lo suyo no es pecado. En cuanto a que la hacienda de España sea de los españoles, no cabe duda, porque hasta el mendigo que pide limosna de puerta en puerta se llena la boca diciendo: «Nuestros
fondos... nuestro tesoro... nuestros millones»...
Este argumento, que parece de gran peso a pueblos enteros que viven del contrabando y no se avergüenzan de ello, puso un poco perplejo a
Perico, que no era hombre para muchas cavilaciones, pues se hacía un ovillo en cuanto se enredaba en ellas; pero Perico consultó a su mujer, cuya superioridad de talento aún no había puesto en duda, y como su mujer le dijese que tal argumento era absurdo, le rechazó resuelta y definitivamente.
Buscaba Perico otro medio más honrado de echar enhoramala el tirapié y la lesna y ganar cada día un puñado de duros que permitiesen a él y su mujer probar siquiera los días de incienso aquella gloria que los franceses hacen con cuatro porquerías, cuando se oyó un tiro en casa de
don Juan Lozano.
Qué será, qué no será ese tiro, la calle se alborotó con el tiro y los chillidos que daba la servidumbre de don Juan. Acudieron a ella el alcalde de barrio y los vecinos, incluso Perico, y se encontraron con que don Juan se había levantado la tapa de los sesos de un pistoletazo.
-¡Calla! Aquí hay un papel que puede que nos explique esta catástrofe

-dijo el alcalde de barrio, viendo un papel escrito sobre un velador salpicado con sesos de don Juan.
Y el alcalde leyó en alta voz el papel, que decía:«Me mato porque me da la gana; o, como dijo el otro, porque sí. ¿Para qué demonios quiero la vida si he visto a un zapatero remendón ganar dos pesetas diarias y ser dos mil veces más feliz que yo, que tengo doscientos millones?
»Cuando menos dinero se tiene, más goces proporciona el dinero.
Cuanto menos lleno está el estómago, menos expuesto está a reventar de indigestión. El mío estaba lleno, y ¡plaf!, ha reventado.»El arquitecto que hizo la casa de Correos y el arquitecto que hizo el cielo debieron estudiar en un mismo libro, pues ambos se olvidaron de lo esencial: el primero de una escalera que condujese al piso principal, y
el segundo de un pasillo que condujese al infierno.»Si se pasara por el cielo al infierno, el infierno sería insoportable. El que no lo crea que se lo pregunte al susodicho zapatero,
a quien yo hice dar por el cielo un paseíto para que no cantara ni riera mientras yo rabiaba».

-¡Carape! -gritó Perico al oír esto-. Yo soy el zapatero que reza ese papel; pero juro a bríos que don Juan ha de volver a rabiar oyéndome cantar y reír desde el infierno o donde esté.

- VII -

Yo no sé si don Juan Lozano oirá o dejará de oír, desde el sitio adonde van los desdichados suicidas, lo que pasa en la calle de Atocha; pero si pasan ustedes cualquier día por tan alegre calle, apliquen el oído y oirán cantar y reír en su guardilla a Perico y su mujer; él, dale que dale al martillo y la lesna y el cáñamo, y ella dale que dale a las
tijeras y la aguja.

El pecado natural

- I -

Cuando el diablo, según unos, o el lobo, según otros, se hartó de carne, se metió fraile. Algo muy parecido a lo del diablo o el lobo hicieron Rafael Ezquerra y su prima Carolina López.
De polluelos jugaron un poco a los novios, pero este juego siempre con el mismo compañero, no, tardó en parecerles soso y monótono, y desistieron de él, yendo cada cual en busca de la variedad, en que dicen está el gusto.
Pertenecían ambos a lo que se llama la buena sociedad de Madrid, y durante diez o doce años, ambos se hicieron célebres en ella por la asombrosa facilidad con que en la dulce guerra de amor conquistaban una plaza, la abandonaban, y a conquistar otra.
A Rafael le llamaban el tenorio del siglo XIX, y en verdad que este nombre le estaba como pintado: tenía tan diabólica habilidad para enamorar a las mujeres, que donde ponía los ojos ponía la flecha amorosa.

Así fue que Rafael tuvo durante diez o doce años aterrados a los padres, a los tutores y a los maridos madrileños.
Y el muy bribón no se contentaba con lo que se contentan los tenorios moderados y razonables, que es tener cuatro o seis buenas chicas a la vez y no tronar con ellas hasta pasar siquiera cuatro o seis días. No señor; el muy bribón había de tener a la vez siquiera una docena, y había de tronar con ellas lo más tarde al tercer día.
De modo y manera que sería el cuento de nunca acabar el referir las chicas que tomaron fósforos o se pusieron tísicas por el tal Rafael, los novios a quienes Rafael birló la novia, los matrimonios que infernó y los desafíos y las palizas en que fue héroe victorioso.
Muchas veces se decía a sí mismo, o le decían, que su conducta era altamente pecaminosa; pero continuaba pecando, porque se hacía o hacía esta reflexión:
-Será pecado lo que yo hago, pero es pecado muy natural, puesto que mi naturaleza me inclina irresistiblemente a él. En este pícaro Madrid encuentra uno a cada paso una buena chica, y eso de que yo la encuentre y no le haga caso es conversación y agua de pilón. Señor, si las chicas y yo nos gustamos, ¿no es natural que nos hablemos y todo lo echemos a rodar por salirnos con nuestro gusto? Será pecado y todo lo que ustedes quieran lo que yo hago y aun lo que hacen ellas, pero es pecado muy natural, y yo
no quiero ni puedo renunciar a él.
¡Vaya un modo de discurrir que tenía el muy bribón de Rafael Ezquerra!
Pues el modo de discurrir de Carolina López allá se andaba con el de Rafael. Sus coqueteos la hicieron célebre por espacio de los mismos diez o doce años en la buena sociedad, y fueron innumerables los pollos y aun los gallos que por ella tomaron fósforos, se pusieron tísicos o se levantaron la tapa de los sesos, las novias a quienes birló el novio, los matrimonios que infernó y los desafíos y palizas de que fue causa.
También se decía a sí misma, o le decían, que su conducta era soberanamente pecaminosa; pero continuaba pecando, porque lo que ella decía:
-Señor, estamos conformes en que es pecado esto que yo hago, pero es pecado muy natural, puesto que mi naturaleza me inclina irresistiblemente a él. Si mi primo Rafael es muy dueño de divertirse con las chicas, ¿por qué no he de ser yo dueña de divertirme con los chicos? ¡También es mucha tiranía la que el mundo quiere ejercer con nosotras las pobres mujeres!
¿Conque los hombres han de tener licencia para encararse con una y decirle: «Sabe usted, rubia, que me hace usted mucho tilín», y nosotras no hemos de tener siquiera licencia para contestar a esta dulce galantería con una mirada que diga: «Pues sepa usted, moreno, que le pago en la misma moneda?»
¡Si les digo a ustedes que Rafael y Carolina eran, tal para cual, y, por tanto, era lástima no hubiesen continuado jugando a los novios y se hubiesen casado juntos!
Fuese porque se iban acercando a los treinta años, que Espronceda llamó funesta edad de desengaños, y ya el pecado no fuese en ellos tan natural como antes, o fuese porque la voz de la conciencia les habló tan gordo que no pudieron menos de oírla, es lo cierto que Rafael y Carolina se fueron arrepintiendo de la mala vida pasada, y hasta tuvieron
tentaciones de ir a expiarla cada cual en su convento.
La conversión de Carolina enamoraba a Rafael y la conversión de Rafael enamoraba a Carolina, y una especie de admiración mística volvió a reunirlos. Con tal motivo recordaron aquel tiempo en que jugaban a los primeros amores, y este recuerdo despertó en ellos la idea de jugar a los amores últimos.
Rafael apuntó esta idea a su prima, su prima la encontró a pedir de
boca, y se casaron después de mediar entre ellos aquello de Dame la mano, prima.
-Primo, están verdes mientras no diga el Papa:«Cásense ustedes».

- II -

El señor don Rafael Ezquerra y su digna esposa la señora doña Carolina López eran modelo de casados. Ellos podían haber sido unos tales o unos cuales cuando solteros, pero con razón se dice que arrepentidos quiere Dios, y con razón digo yo que más debe querer gentes que no tengan necesidad de arrepentirse.
Como en ellos el amor conyugal estaba perfumado y embellecido por el amor místico, aquel amor era un cielo estrellado. De estrellas hacían un chico y una chica muy monos que tuvieron, la chica al año de casados y el chico a los tres años.
Como no hay cielo sin nubecillas, que aparecen cuando más azul está el cielo, tampoco el de la dicha de Rafael y Carolina carecía de ellas. De nubecillas hacía el recuerdo de los pecados, todo lo naturales que se quiera, pero no por eso menos gordos, en que Carolina y Rafael habían incurrido en sus mocedades.
Eran muy limosneros; todos los días oían misa; no había novena a que no asistiesen; costeaban todos los años una a Magdalena la pecadora arrepentida; sus visitas eran únicamente a conventos de monjas y establecimientos de beneficencia, y por supuesto, ni por soñación faltaban a la mutua fidelidad conyugal. En fin, eran unos casados sin pero; y como su conciencia les decía que su piedad y sus virtudes presentes eran sinceras, y no continuación hipócrita de la mala vida pasada, les importaba un comino el que la buena sociedad de que habían sido socios muy malos les llamase beatos, santurrones y neos.
. Cada vez que veían a Rafaelita y Carlitos (que así se llamaban sus chicos) jugar a las iglesitas, que era el juego que más gustaba a los papás, pensaban con terror en el porvenir de aquellos ángeles, a quienes podían faltar las alas con que se sube al cielo, como a ellos les habían faltado, con el ítem de que podían no recobrarlas, como ellos, casi por milagro, las habían recobrado.
Un día, como casi todos, se pusieron a hablar de esto.
-¡Válgame Dios -exclamó Carolina con honda pena- qué malos ratos paso pensando si a esos inocentes hijos de nuestro corazón les sucederá, así que empiecen a espigar, lo que nos sucedió a nosotros!
-¡Pues figúrate tú lo buenos que los pasaré yo cuando pienso en lo mismo!
-Yo todos los días pido al Señor que los aparte de la senda de perdición por donde el enemigo nos llevó a nosotros
-Pues lo mismo le pido yo.
-Cada vez que voy a ver a las monjitas y contemplo la paz y la inocencia que reinan en aquel nido de ángeles, donde los hay de más de ochenta años, tan inocentes y puros como si no pasaran de ocho, pienso en lo feliz que haríamos a nuestra Rafaelita si lográsemos inclinarla al claustro.
-Y cada vez que pienso yo en el tío cura de Valpacífico y en tantos otros sacerdotes cuya virtud y candor me admiran y me enamoran, pienso en nuestro Carlitos, a quien también haríamos feliz si lográsemos inclinarle al sacerdocio.
-Pues lo mejor es que nos dediquemos sin descanso a despertar y fomentar tan santas inclinaciones en esos ángeles, porque si nuestros hijos abrazan el estado religioso, será un gran bien para ellos, y para nosotros no lo será menor.
-Es verdad, porque nosotros ofendimos tanto a Dios cuando solteros, que yo no las tengo todas conmigo, a pesar de lo misericordioso que es Dios, y de que hacemos lo posible para que nos perdone.

Librodot

-Para conseguir que Dios nos perdone a los padres, deben ser gran cosa las oraciones de los hijos.
-¡Y figurate tú si las oraciones de los hijos serán eficaces para con Dios cuando los hijos están consagrados a servirle!
-Nada, nada; es necesario que los nuestros se consagren a servir a Dios.
-Lo malo será que acaso no consigamos inclinarlos a tan santo estado.
-¡Pues no los hemos de inclinar, mujer! Si no quieren por bien, aunque sea por mal...
-Hombre de Dios, no digas eso.
-Tienes razón, mujer, que he dicho un disparate; pero también sería fuerte cosa eso de que pudiendo nuestros hijos asegurarnos la salvación sin más que hacerse la chica monja y el chico cura, se empeñasen en hacer lo contrario por el caprichito de tontear con noviazgos y luego casarse.
-Ciertamente que lo sería; pero yo estoy segura de que no les dará tal capricho.
-Mira cómo a ti y a mí nos dio.
-Sí, pero fue porque tuvimos la desgracia, que no tendrán nuestros hijos, de que nos echase a perder el mal ejemplo; porque hablando en plata, ni tus padres ni los míos, que estén en gloria, nos los dieron muy buenos.
-Nuestros hijos no tendrán mal ejemplo en casa, pero le tendrán en nuestra vida pasada, que la crónica escandalosa tendrá buen cuidado de contarles, y sobre todo le tendrán así que se asomen al balcón o salgan a la calle, aunque no sea más que para ir a misa, porque este pícaro Madrid es un libro de inmoralidad abierto a todo el que tiene ojos en la cara.
-En eso piensas con cabeza, que este Madrid se va poniendo atroz para la juventud. En nuestro tiempo era otra cosa; pero hoy, por más que una se mate para que los chicos no tengan en casa más que ejemplos de virtud y piedad cristiana, salen los chicos a la calle o se asoman al balcón, y no oyen ni ven más que cosas para pervertir al más santo.
-Es una verdad como un templo. ¿Sabes que me ocurre un buen medio de obviar esos inconvenientes con que, si nuestros hijos se crían en Madrid, hemos de luchar para inclinarlos, a la chica a meterse monja y al chico a hacerse cura?
-Vamos a ver qué medio es ese.
-Uno muy sencillo: buscar un pueblo donde las costumbres sean sanas; puras, modestas, religiosas, santas, en fin, todo lo contrario de las costumbres de Madrid, y enviar allá nuestros hijos para que se críen allí en el buen ejemplo y la virtud, hasta que lleguen a la edad en que la chica se prepare a entrar en un convento para hacerse monja, y el chico a
entrar en un seminario para hacerse cura...
-Me parece excelente idea. En un pueblo como el que tú te imaginas no tendrán siempre a la vista, como en Madrid, el ejemplo de todos los pecados, y sobre todo el ejemplo del pecado natural, como nosotros llamábamos por inspiración del enemigo tentador al estado religioso. Es necesario que inmediatamente nos echemos a averiguar dónde hay un pueblo en que los chicos puedan criarse como Dios manda, y no como manda el diablo, que es como en Madrid se crían los chicos, y en seguida los enviamos allá.
-Valpacífico es para eso un pueblo que ni hecho de encargo.
-Y que tienes mucha razón, hombre. Y además, teniendo allí el tío cura, tenemos lo que echaríamos muy de menos en todo otro pueblo, por de buenas costumbres que fuese.
-Recuerdo que cuando el tío fue allá de cura párroco escribió diciendo que todos sus feligreses; eran casi unos santos; pero como la inmoralidad ha hecho tantos progresos desde entonces, bueno será que antes de enviar a Valpacífico a esos ángeles de Dios nos informemos de si ha alcanzado hasta allá.
-Pues escribe al tío cura pidiéndole informes.

-Mejor sería decirle que puesto que el ferrocarril, que pasa por cerca del pueblo, hace tan breve y barato el viaje de Valpacífico a Madrid, se venga a pasar siquiera un día con nosotros, porque tenemos que consultar con él un asunto importante.
-Sí, mejor es eso, porque por escrito no se entiende la gente tan bien como de palabra, y más en asuntos tan delicados como éste.
-Hoy mismo le escribo al tío cura diciéndole que venga, con tanto más motivo cuanto que no, habiéndole visto desde que se fue, hace qué sé yo cuántos años, tenemos gana de verle.
En efecto, aquel mismo día escribió Rafael al tío cura, diciéndole, para más obligarle a que viniera, que su venida interesaba mucho a la salvación eterna, así del mismo Rafael como de su mujer y de sus hijos.

- III -

Dos días después el venerable párroco de Valpacífico entraba en casa de sus sobrinos de Madrid, con el alma en un hilo, con motivo de la noticia de que a la salvación del alma de sus sobrinos, y aun a la del alma de sus sobrinitos, interesaba su venida.
Le he llamado venerable, y aun me parece que le he llamado poco.
Veneración profunda y hasta reverente cariño inspiraba su persona, pero el candor de su alma inspiraba admiración.
Hay dos candores muy diferentes: uno es hijo de la pobreza de inteligencia, y, por tanto, se parece mucho a la tontería; y el otro es hijo de la riqueza de bondad, y, por tanto, se parece mucho a la sabiduría.
Este último candor es el que resplandecía en la persona y en el alma del párroco de Valpacífico. Siento muchísimo que me falta tiempo para irme con él, encerrarme con él en Valpacífico y pasar allí un par de meses haciendo en cuerpo y alma la vida de un campesino, a que tengo tan profundas e irresistibles inclinaciones, que Dios no me ha permitido ni probablemente me permitirá ver satisfechas, aunque son el voto más ferviente de toda mi vida; siento que me falte tiempo para hacer esto, porque si no me faltara lo haría, y en seguida me consolaría de todas las tristezas y de todos los trabajos de mi vida, escribiendo un libro en que sólo hablase de Valpacífico y de su señor cura y de sus honrados habitantes.
¿Ustedes no tenían noticia de Valpacífico? Pues yo les diré a ustedes dónde es y cómo pueden componérselas para verle, aunque no sea más que a vista de pájaro. Cuando atraviesen ustedes en ferrocarril la cordillera Carpetana y se acerquen a la insigne patria de Santa Teresa de Jesús, a la ciudad por excelencia de los caballeros, vayan ustedes mirando hacia abajo, y poco antes de desembocar en la llanura uno de los vallecitos que
se inician en las alturas que atraviesan el ferrocarril y se van ensanchando conforme descienden de la montaña, verán ustedes a Valpacífico. Para que le conozcan ustedes mejor, voy a darles algunas más señas de él.
El lugar, que se compone de unas cincuenta casas, está entre dos bosquecillos: el de la parte de arriba del lugar, de robles, encinas y olmos, y el de la parte de abajo, de frutales que orlan y cruzan y recruzan la huerta que allí tiene cada vecino del lugar.
En un ancho escalón o meseta que hace la vertiente derecha del valle encima del lugar, verán ustedes asomar por encima de los pomposos pinos que pueblan la meseta el campanario de una ermita de Santa Teresa, a cuya santa paisana tienen los de Valpacífico, mucha devoción; porque tienen más motivos que los de todo otro pueblo de España para tenérsela.
Estos motivos son los que vamos a ver. Cuentan los de Valpacífico que cuando la Santa estaba ya, como quien dice, con un pie en la tierra y otro en el cielo, dijo un día, volviendo de uno de los viajes que hacía a sus piadosas fundaciones:

Librodot

-Toda la vida he estado viendo desde lo alto a Valpacífico y nunca he bajado a él, a pesar de que lo deseaba, porque toda la vida me ha enamorado su hermosura. No quiero morirme sin satisfacer este deseo.
Veamos si desde cerca me gusta tanto como desde lejos.Y en efecto, la Santa se encaminó a Valpacífico. Al bajar al pinar, que ya entonces existía en la meseta que domina al pueblo, se sentó en una piedra a descansar y a contemplar el vallecito, y en memoria de esto y en agradecimiento a lo que luego diré, le erigió allí Valpacífico una ermita, así que la Iglesia la declaró digna de erigírsele altares.
Toda la gente de Valpacífico salió al encuentro de la madre Teresa apenas supo que ésta se acercaba al lugar, y tales pruebas de veneración y cariño recibió la santa reformadora del Carmelo, que, como aquellas buenas gentes le pidiesen que intercediese con Dios por ellas en particular y por el pueblo en general, la madre Teresa les preguntó:
-¿Qué es lo que más deseáis que Dios os conceda? Decídmelo, que yo se lo pediré de todas veras al Señor.
-Madre -le contestaron-, la gracia que más deseamos alcanzar de Dios es que mientras Valpacífico exista, sus habitantes no incurran en pecado ninguno, para que así todos vayan al cielo.
-Hijos -le dijo la Santa-, voy a orar antes de alejarme de vosotros, y entre las mercedes que pediré a Dios se contará la que deseáis que Dios os otorgue.
Así lo hizo la Santa, y la contestación que recibió del Señor y puso en conocimiento de los de Valpacífico, fue ésta:
-Teresa, estás complacida hasta donde es justo, y, por consecuencia, hasta donde es posible.
Y desde entonces Valpacífico, que ya era un pueblo de gentes muy buenas, como lo probaba el nombre que ya entonces tenía, pues aquel nombre indicaba una de las virtudes más grandes que puede tener un pueblo, que es la de ser pacífico y no revoltoso como van siéndolo casi todos los de España. Valpacífico se convirtió en un pueblo de santos, o poco menos.

- IV -

El párroco de Valpacífico y sus sobrinos hablaban en el comedor, mientras Rafaelita y Carlitos los enamoraban en la iglesita que tenían en un cuartito inmediato, celebrando Carlitos una misa: que ayudaba su hermana. Como el fin santifica los medios, cuando estos medios no son alguna picardía de órdago, tanto el párroco como sus sobrinos hacían la vista gorda a las infracciones litúrgicas que en la iglesita se cometían.
El señor cura estaba impaciente por saber qué negocio del alma tenían sus sobrinos que consultar con él, y se lo preguntó a su sobrino.
Este se lo explicó, y el buen párroco, si bien no aprobó las tendencias un tanto desinteresadas y laudables, pero también un tanto egoístas e irracionales, que notaba en sus sobrinos, que querían obligar a los chicos a abrazar el estado religioso, aunque no tuvieran vocación a él, convino en que criáranse para el estado religioso, o se criaran para casarse y servir a Dios y la patria siendo buenos padres de familia, que es estado no menos santo, convenía mucho criarlos en un pueblo de tan sanas costumbres como Valpacífico, y no en un pueblo como Madrid, donde si no había tanta inmoralidad y peligro como Rafael y Carolina suponían, había de todo como en botica, y podía tocarles a los chicos un poco rejalgar de lo fino, como les había tocado a sus padres, cuya tormentosa y pecaminosa juventud conocía el párroco, aunque ni por el pensamiento le pasaba que Rafael y Carolina hubiesen pasado del pecado venial.

-Valpacífico -dijo Rafael- sería muy bueno para lo que nosotros deseamos, por la sola circunstancia de vivir usted allí y tener a su cargo el gobierno espiritual del pueblo y si el pueblo fuese en la actualidad tan de buenas costumbres como era cuando usted fue a él, no tendría precio para preparar a Rafaelilla a convertirse, como quien dice, en una Santa Teresa de Jesús, y a Carlitos, como quien dice, en un San Luis Gonzaga. Conque diga usted, tío: ¿las costumbres de Valpacífico continúan siendo como usted nos las pintó cuando fue allá?
-Las mismas, hijos, las mismas. ¿Y cómo no habían de ser, si Dios prometió, por intercesión de Santa Teresa, que serían así siempre?
-Sí, ya nos contó usted esa piadosa tradición de Valpacífico.
-Tanto más respetable y fidedigna, cuanto que los habitantes del lugar, si no son unos santos, les falta poco para serlo.¿Conque tan buenos son?
-Hijos, todo lo que en su alabanza se diga es poco. Allí no hay blancos ni negros, y sí sólo buenos españoles; allí no hay holgazanes como en Madrid; allí no hay quien sea capaz de robar o estafar tanto así; allí nadie se emborracha ni hace indignidades por llenar la tripa; allí no se oye una blasfemia ni una obscenidad; allí no se despelleja al prójimo con la murmuración ni a los pobres con la usura; allí nadie falta a los preceptos de la Iglesia; allí se cumplen los mandamientos de la ley de Dios; allí los matrimonios viven como Dios manda; allí los siete pecados se fastidian, porque en cuanto asoman, les caen encima las siete virtudes; allí...
-Tío, permita usted que le interrumpa para decirle una cosa.
-Dime lo que quieras, hijo.
-Allí no le dará a usted mucho que hacer el confesionario.
-¿Pues no me ha de dar, hijo? No hay día que antes de misa no me
siente en él.
-Pero, ¿qué han de tener que confesar los vecinos de Valpacífico si son unos santos?
-Hombre, yo no he dicho que sean santos, sino que les falta poco para serlo. Los vecinos de Valpacífico al fin pertenecen a la miseria y frágil Humanidad, y no están exentos de algún pecadillo. Dios prometió a Santa Teresa complacerla en cuanto fuera justo, y, por tanto, posible, y no complacerla en absoluto. Hay pecados que pudiéramos llamar naturales, porque están en la naturaleza humana. Vosotros diréis que si son naturales
no son tales pecados. Sí señor que lo son, porque Dios nos ha dado la inteligencia para que veamos si la naturaleza se extravía o no, y en caso de que se extravíe, le digamos: «Alto ahí, que eso no es justo ni decente». En fin, hijos, estas son cosas muy delicadas para un sacerdote, porque son cosas de confesionario, y me permitiréis que no sea más
explícito.
-Bien, tío. Con que quedamos en que se llevará usted para allá a los chicos, los tendrá en su casa, les dará toda la educación que el lugar permita...
-Que no será poca, porque así el maestro, como la maestra que allí tenemos son excelentes, como que no los tenemos muertos de hambre como en otros pueblos. Quisiera que vieseis un chico que tiene la maestra y una chica que tiene el maestro, para que vieseis dos chicos bien educados.
Pues lo dicho, tío. Usted servirá a los nuestros de padre hasta que vayan siendo mozos, que entonces nos los traeremos, seguros de que, criados en un pueblo de tan sanas costumbres como Valpacífico, han de volver rabiando la chica por hacerse monja y el chico por hacerse cura. Dos días después el tío cura y sus sobrinitos iban camino de Valpacífico.

Librodot

- V -

Ya Carlitos y Rafaelita eran mozos hechos y derechos, como que Carlitos tenía diez y seis años y Rafaelita diez y ocho largos de talle, con cuyo motivo el tío cura escribió diciendo que no debían continuar allí.
El tío cura creyó que así como los había acompañado cuando fueron a Valpacífico, debía acompañarlos cuando volvieran a Madrid.
La alegría de los papás fue grande cuando los vieron tan crecidos y hermosos; pero fue infinitamente mayor cuando, así que hablaron un rato con ellos y los oyeron hablar con unos señores curas muy virtuosos y sabios que visitaban la casa y se apresuraron a acudir a darles la bienvenida, se cercioraron de que venían hechos unos santos por habérseles pegado todas aquellas virtudes que el tío cura había dicho tener los habitantes de Valpacífico.
Como Carlos y Rafaela apenas se acordaban ya de Madrid, sus padres supusieron que a pesar de venir tan exentos de todo vicio, que ni el de curiosidad traían, se divertirían y gozarían mucho dando un paseo por los sitios principales de Madrid.
El tío cura, que era ya muy anciano, no estaba para paseos, y, por tanto, no acompañó a sus sobrinos y sobrinitos cuando salieron a darle.
A Carolina y a Rafael les chocó mucho que Carlitos, cuando encontraban una chica guapa, la mirara embelesado y pareciera que se le iban los ojos tras ella, y que a Rafaelita le sucediese poco menos cuando encontraban un buen chico.
- ¡Pche! -dijeron para sí-. Eso no pasa de ser inocente curiosidad de muchachos, que, como no han visto más que serranos vestidos de lana burda, creen ver una maravilla cuando ven una levita de paño fino o un vestido de seda.
Cuando volvían a casa con los chicos delante, cuchichearon Rafael y Carolina sobre la conveniencia de averiguar si aquella noche había alguna función de Nacimiento, y en caso de haberla, llevar a los chicos a que la viesen. Con objeto de examinar los carteles, se detuvieron los cuatro en una esquina, y Rafael y su mujer separaron la vista de los carteles, horrorizados, viendo a la cabeza del de los Bufos de Arderíus una litografía que, entre otras indecencias, representaba a una porción de mujeres y hombres casi como su madre los parió. Y su horror se convirtió en espanto cuando vieron que a Carlitos se le encandilaban los ojos contemplando a las suripantas, y a Rafaelita le sucedía poco menos contemplando a los suripantas.
-Niños -dijeron a los chicos-, esas porquerías no se miran.
-¡Sí, porquerías! -dijo Rafaelita-. ¡Qué cosas tiene usted, mamá!
Pues bien guapos son esos jóvenes que están ahí pintados.
- ¡Y bien guapas las jóvenes que están junto a ellos!-añadió Carlitos.
Rafael y Carolina quisieron mudar de conversación, pero no lo consiguieron sin que antes oyeran a los chicos decir:
-¡Qué gusto dará el ver esa función!
Así que llegaron a casa, Rafael y Carolina, que iban muertos con lo que habían observado en los chicos, se encerraron a solas con el tío cura.
-Tío -dijo a éste Rafael -, venimos con un clavo en el corazón.
-¿Pues qué es lo que os pasa, hijos?
-Lo que nos pasa es que hemos notado en los chicos una cosa que nos tiene muertos.
-¿Y qué cosa es esa? Siempre será alguna simpleza.
-¡Buena simpleza nos dé Dios!
-Pero vamos, ¿qué es lo que habéis notado en los chicos?
-¡Una friolera! Que a Carlitos se le van los ojos tras de las buenas chicas, y a Rafaelita tras de los buenos chicos.

Librodot

-¡Toma! Eso ya lo sabía yo. Por eso os escribí diciéndoos que me parecía conveniente traerlos. Carlitos se iba encalabrinando con la hija
del maestro, y a Rafaelita le sucedía lo mismo con el hijo de la maestra.
-¡Qué horror, Dios mío!
-Pero, hijos, ¿qué horror ni qué ocho cuartos ha de haber en que a los muchachos les gusten las muchachas y a las muchachas les gusten los muchachos, con tal que la cosa no pase de lo honesto y regular? Si eso es pecado, es un pecado natural de que vosotros mismos no os libraríais cuando erais jóvenes.
-(¡Nos ha chafado el tío cura!)-dijeron para sí Rafael y su mujer.
-Pero, tío -añadió Rafael- ¿no decía usted que la gente de Valpacífico era santa?
-No dije tal cosa; lo que dije fue que era casi santa, y eso repito ahora.
-¿Con que por lo visto, allí pasa lo que en Madrid y en todas partes?
-En punto a gustar los hombres de las mujeres y las mujeres de los hombres, el pueblo más santo de la tierra, que sin disputa lo es Valpacífico, tiene gran punto de semejanza con el pueblo menos santo, que no sé cuál es.
-Pero ¿y lo que prometió Dios a Santa Teresa?
-Lo cumplió. Dios dijo que complacería a la Santa en todo lo justo, y, por tanto, en todo lo posible; y cuando Dios consiente que allí, como en todas partes, los hombres gusten de las mujeres y las mujeres gusten de los hombres, Dios sabrá que no debe impedirlo ni condenarlo. Ese es el pecado que lleva a los pies del confesor a los habitantes de Valpacífico; ése es el pecado que sólo lo es de nombre, cuando no pasa de los límites honestos y, por tanto, justos; ése es el pecado que sin duda cometisteis vosotros, puesto que os quisisteis y os casasteis, y ése es el pecado que vosotros tenéis el deber de absolver en vuestros hijos si incurren en él.
-¿Conque es decir que nuestros hijos no abrazarán el estado religioso? -exclamó Rafael con asentimiento de su mujer.
-Pero abrazarán el estado de gracia si se casan y son buenos padres de familia, porque casarse y ser eso, no es menos santo que ser vuestra hija monja y vuestro hijo cura, pues es tanto como ser buenos ciudadanos y buenos servidores de Dios.

- VI -

Pasaron algunos años, y Carlos y Rafaela eran lo que al tío cura no espantaba que fuesen: esposos y padres. Cuando el tío cura espiró descubriendo por la ventana de su alcoba la ermita levantada sobre la piedra donde se había sentado Teresa de Jesús, pensó en sus sobrinos Rafael y Carolina, y sonrió de alegría, pensando que cuando muriesen dejarían lo que él no dejaba: hijos, nietos, y acaso bisnietos que pidiesen a Dios el perdón de sus pecados.
Yo creo que la anciana que lea a sus hijos y sus nietos este cuento, sentada en medio de ellos al amor de la lumbre, no será menos feliz que la anciana que se le lea a su gato y a su criada, mientras ésta le prepara una taza del chocolate que le ha enviado el hijo cura con los bizcochos que le ha enviado la hija monja.

Librodot

El fomes peccati

- I -

Con esta pícara afición que desde chiquitín he tenido a averiguarlo todo, menos aquello cuya averiguación es pecado, apenas llegó a mi noticia el aforismo teológico de que todos tenemos dentro del cuerpo el fomes peccati, me entró gran comezón por averiguar, no si el aforismo era cierto como regla general, pues no dudaba que lo fuese, sino si esta regla tenía su excepción como todas.
Molí con mis preguntas a todo Dios, incluso la historia civil y religiosa, y todas las contestaciones que obtuve fueron que, en efecto, el fomes peccati se encierra en todo cuerpo humano, sin excepción de los más santos. Generalmente estas contestaciones se resentían de cierta metafísica, y, por consiguiente, su aridez y oscuridad las hacía inadecuadas para incluirlas en el género de literatura lisa y llana y a la buena de Dios que yo cultivo; pero entre ellas había una que no tenía aquella condición, y por consecuencia aquel inconveniente y esta contestación, que es la de la tradición. popular, es la que voy a confiar al público, un poquito ampliada y glosada, eso sí, pero en lo esencial sin quitarle punto ni coma.
Veamos, pues, con qué ejemplos al canto me afirmó la tradición popular ser cierto que todos tenemos el fomes peccati dentro del cuerpo; unos en la cabeza, otros en la boca, otros en el pecho, otros en el estómago y otros aún más abajo, como que hasta en los pies le tienen muchas personas.

- II -

En una nación de Europa (que no sé de fijo cuál fuese, pues la tradición popular, como no tiene fuste ni fundamento en punto a precisar lugares ni fechas, unas veces dice que fue allá y otras que acullá) sucedió que al subir o prepararse a subir al trono el heredero legítimo del último monarca, salió a campaña para disputarle la corona un príncipe extranjero, que así tenía derecho a ella como yo a la mitra arzobispal de Toledo, que no pretendo, por la sencilla razón de que el convenirle a uno ser arzobispo no es razón bastante para que uno se empeñe en serlo y por salirse con la suya ande a trastazos con todo el mundo.
El pretendiente era muy antipático a la nación, no tanto porque fuese extranjero y quisiera lo ajeno contra la voluntad de su dueño, como porque representaba ideas políticas y sociales de allá del tiempo de Mari Castaña, y la nación decía con muchísima razón que en un buen medio está la virtud, y salir de él es ir hacia donde está el vicio, que es en los extremos; y además decía que desde los tiempos de Mari Castaña ha andado el mundo mucho y con mucho trabajo, y no es cosa de desandarlo y echar, como si dijéramos; a la espuerta de la basura el fruto que se ha venido recogiendo en la jornada, sino ver si entre aquel fruto hay algo podrido o malo, y en caso que lo haya, separarlo y guardar como oro en paño lo sano y bueno.
Pero como en toda nación, aunque sea tan honrada y lista como aquélla, que por lo visto se parecía mucho en esto y en lo otro y en lo de más allá a nuestra España, nunca faltan un hatajo de bribones y un par de hatajos de tontos, lo que prueba que también las naciones tienen el fomes peccati en el cuerpo, sucedió que con bribones y tontos el pretendiente formó a modo de ejército, y con su ayuda y la de otro hatajo de qué sé yo cómo llamarles, aunque decían ser liberales hasta la pared de enfrente, encendió la guerra civil y logró campar por su respeto en un pedacillo de la nación, a cuyos habitantes pacíficos, honrados y laboriosos, puso a cada

cual un fusilito en la mano, mediante una paliza que arreó a todo el que rehusaba, y les dio el nombre de voluntarios para que no se dudase que les servían voluntariamente, como no lo dudaron ni aun los defensores del rey legítimo.
Lo primero que hizo el pretendiente fue darse el nombre de rey y el consiguiente tratamiento de majestad, redondeando tal nombre y tal tratamiento con todos los menesteres de los reyes que no lo son de mentirijillas, tales como ministros, servidumbre de la real casa, etc., etc.
De tal modo quería imitar a los reyes absolutos del tiempo de Mari Castaña, que eran su bello ideal, que hasta mandó que se le buscara un bufón más pícaro que hermoso, a quien hacer su favorito y encargar el importantísimo oficio de regocijar a la corte con sus malicias y gracias.
Pregunta por aquí pregunta por allá dónde habría un buen bufón, al fin se encontró uno que ni hecho de encargo, pues tenía la estatura de un perro sentado y eran tantas sus gracias y malicias, que no cabiéndole bien en el cuerpo, el arquitecto había tenido que añadir al cuerpo principal dos cuerpos salientes, uno por delante y otro por detrás.
Al bufón electo le llamaban por buen nombre Pico largo, no tanto porque fuese largo el suyo, como porque era agudo, y tuvo la suerte de hacer desternillar de risa a su majestad apenas compareció en su presencia, porque parece ser que el rey era muy tentado a la risa.
Su majestad, que como gastaba de lo ajeno (pues había venido poco menos que con un trapo detrás y otro delante), era muy rumboso, le señaló una oncita de oro mensual.
Con este bufón bailaba de contento, porque era muy agarradillo y aficionado a guardar el dinero siete estados bajo tierra, por lo que pudiera tronar mañana u otro día, y decía con muchísima,;razón:
-¡Me ha venido Dios a ver con el destinillo éste que me he encontrado de bóbilis bóbilis ¿Quién me tose a mí con una onza de oro pagada a tocateja? Ya me ha dicho su majestad que tendré habitación en su real palacio y me sentaré a su real mesa, y digo su porque el rey dice mi, aunque ni el palacio ni la mesa son suyos y sí del pobre diablo a quien su majestad ha honrado, vamos al decir, dando nombre de palacio a su casa, como ha honrado al lugar dándole el nombre de corte. Como no tendré que gastar un cuarto ni aun en cajetillas del estanco, pues purearé en grande con los cigarros del rey, voy a estar como un príncipe, y a la vuelta de poco tiempo me voy a encontrar con una olla de onzas que meta miedo!
¡Hum! ¡Me parece que a juzgar por el pico y la codicia del bufón que también éste tenía el fomes peccati en el cuerpo!

- III -

De buena gana me luciría yo aquí describiendo, la corte del pretendiente; pero como la corte apenas tenía que describir, me fastidio privándome de tanto lucimiento.
¡Qué demonios tienen que describir un lugarejo, de unas cuantas casas de mala muerte colocadas en correcta formación junto a una iglesia de tres al cuarto, y un palacio reducido a un piso bajo, ocupado por la cuadra y el portal, donde hozan, con perdón de ustedes, dos de la vista baja, a un piso principal cuyos ahumados departamentos son, una salita, una cocina y dos o tres dormitorios, y a un sobrado lleno de paja y heno que se asoman, por las rendijas del piso a ver lo que pasa en el principal!
El pretendiente era tan comodón que se alampaba por vivir bajo artesones dorados, y por sentarse en sillas de tapicería de seda, y por dormir entre sábanas de holanda, y por comer en vajilla de plata y oro, y por verse rodeado de buenas chicas, y por repantigarse en carretelas forradas de raso; pero sufría la privación de todo esto con la mayor resignación del mundo, porque decía:

Librodot

-Todo se andará si la burra no se para. Eso y mucho más tendré cuando me siente en el trono de mis mayores, que se repantigaban en carrozas hasta de concha fina...
Es de advertir que sus mayores nunca se habían repantigado más que en alguna mala tartana.
El que le tenía muy fastidiado con su eterna cantinela de que era necesario arreglar las cosas de la corte de modo que no padeciera el decoro del Rey y su Gobierno, era el presidente del Consejo de ministros, encargado de las carteras de Guerra, Gobernación, Hacienda, Estado, Fomento, Gracia y Justicia y Ultramar, porque siempre estaba diciendo:
-Señor, conviene al decoro de vuestra majestad y su gobierno adecentar un poco el real palacio y los ministerios, poner en la corte una miaja de alumbrado público, y adquirir para uso de vuestra majestad aunque sea un coche de colleras y para uso del gobierno aunque sea un carromato.
El real palacio, los ministerios y la corte toda han de merecer por su decencia el nombre de tales, porque si no, no serán palacio, ni ministerios, ni corte, ni nada.
-¡Hombre, que has de estar siempre con la misma canción! -exclamaba el rey, amoscado con el presidente del Consejo de ministros, que por centésima vez le repetía aquello. -No seas molino, hombre, pues sabes que a mí me fastidia el meterme en cavilaciones yen gorros por cosas que me han de dar cocidas y amasadas así que me siente, en el trono de mis mayores.
El presidente del Consejo callaba, pero se proponía volver a la carga al día siguiente de sobremesa, porque es de saber que tenía la honra diaria de sentarse a la mesa de su majestad, y entones era cuando, animado con unos buenos trinquis del tinto de Navarra, se atrevía a cantar la cartilla a su majestad.
En éstas y las otras llegó el fin de mes, y dijeron los empleados: «¡A cobrar la paguita tocan!»
Pico largo, como cada hijo de vecino que comía del presupuesto nacional, digo del sudor de los habitantes de aquel pedacito de la nación, tomó también el tole hacia la tesorería a cobrar su oncita de oro.
Los ojos se le encandilaban pensando en la oncita, e iba discurriendo las precauciones que había de tomar para que no le dieran alguna moneda falsa, porque le habían dicho que la falsificación era por allí moneda corriente con el nuevo orden de cosas, a pesar de que se habían dado muy severas para que no bailaran juntos hombres y mujeres, sino hombre con hombre y mujer con mujer, en atención a que los dos sexos tenían el fomes
peccati no sé en qué parte del cuerpo.

- IV -

El presidente del Consejo de ministros, así como estaba encargado de las carteras de Guerra, etcétera, etc., lo estaba también de la tesorería y otras incumbencias.
Sus temores tenía Pico-largo de que le fuera a pagar en plata, en cuyo caso le fastidiaba de lo lindo, porque diez y seis onzas de plata no se meten donde se mete una onza de oro, y por reducir a oro los diez y seis duros en plata siempre había de llevar el cambiante seis u ocho cuartos; pero se tranquilizó pensando que el señor tesorero no dejaría de complacerle pagándole en oro contante y sonante, y más si le adulaba un poquillo antes de suplicarle que así lo hiciera.
Muy mal se preparó la cosa desde que Pico-largo abrió el suyo para saludar al señor tesorero.
-¿Cómo va esa humanidad, señor presidente del Consejo de ministros, etc., etc.?
-Muy bien; pero recuerdo a usted que tengo tratamiento de excelencia, y ni a Cristo padre se le apeo, como no sea al rey, que no me le da.
-Vuecencia ha de perdonar; pero como dicen que ya ninguno de los que le tienen le admite...
-Esas son costumbres liberales, y basta que lo sean para que yo las rechace.

Librodot

-Bien; pero ya comprende vuecencia que, siendo esa la única razón que vuecencia tiene para no apear el tratamiento, no es extraño que yo no se le haya dado a vuecencia, porque esa no es razón ni Cristo que lo fundó.
-Tiene usted muy largo el pico, y me parece que habrá que cortársele un poco.
-Permítame vuecencia que le diga...
-Menos conversación, y diga usted lo que quiere.
-Pues nada, venía a cobrar mi paguita.
-Ahí la tiene usted, y gástesela en cordilla -exclamó el señor presidente del Consejo tirando sobre el mostrador un papelito del color- de la esperanza, que era verde y se la comió un borrico.
-¿Y qué viene a ser esto, excelentísimo señor? -preguntó Pico-largo admirado.
-¡Qué! ¿No tiene usted ojos? Eso es treinta y dos escudos en papel moneda.
-El papel ya le veo pero la moneda no.
-¡Hombre, no sea usted cerril! Ese es uno de los bonos emitidos por su majestad y declarados de circulación forzosa.
-Pues le digo a vuecencia que no lo entiendo.
-Por lo visto, usted no entiende más que de chupar la melona, sin utilidad ninguna de su majestad ni del Estado. Oiga usted, hombre, que a usted parece que hay que metérselo todo con cuchara. Estos bonos se amortizarán por el Real Tesoro, pagándolos por todo su valor y un ciento por ciento de interés anual cuando su majestad se siente en el trono de sus mayores.
-¡Tú! ¡tú! ¡tú! ¡Pues no va larga la fecha que digamos! Para entonces ya nos habremos muerto todos incluso el rey.
-¿Qué es lo que quiere usted dar a entender, hombre?
-Lo que quiero dar a entender es que haga vuecencia el favor de pagarme en oro y dejarse de papeluchos.
-¡Papeluchos! ¡Pues me ha hecho gracia, como hay Dios, la calificación! Me parece que usted anda buscándole tres pies al gato teniendo cuatro... ¡Papeluchos!
-¡Pues si señor, papeluchos, que ya me va cargando el despotismo de vuecencia! No siendo ese papel pagadero hasta el día del juicio por la tarde, es un papel mojado.
-¡Insolente! Salga usted de aquí más pronto que la vista, o sale usted atado codo con codo. ¡Papel mojado! ¡Nos ha compuesto el jorobeta éste!
Pico-largo, intimidado ya con la indignación de su excelencia, que parecía querérsele tragar, bajó la cabeza y salió de la tesorería, sin volver a chistar ni mistar, a pesar de su mucho pico.
El señor presidente del Consejo puso inmediatamente en conocimiento de su majestad lo que ocurría con el bufón. Su majestad se puso hecho un toro al saberlo, y mandó que el bufón saliera desterrado de sus dominios, después de recibir cien azotes en la parte que, a juicio del mismo, menos le doliesen, pues su majestad quería darle una gran prueba de benevolencia concediéndole esta elección.

- V -

Cuando a Pico-largo se notificó esta cruel sentencia, como es natural se afectó mucho y se puso a filosofar sobre la instabilidad e ingratitud de los reyes absolutos; pero no tardó en echarse a cavilar a ver si encontraba medio siquiera de ahorrarse los azotes, que eran la parte de la sentencia que más le dolía, aun antes de ejecutarse, y por fin se consoló un poco creyendo haber encontrado aquel medio.
La hora de la ejecución de la sentencia llegó, y su majestad se asomó a la ventana de palacio, que daba a la plaza, para presenciar la azotaina, porque estaba aún hecho un solimán con el

Librodot

que en una monarquía absoluta se había permitido controvertir la validez del papel moneda emitido por el soberano, y sobre todo controvertirla ofendiendo a la majestad con sus apreciaciones y reticencias.
El presidente del Consejo de ministros estaba en la plaza, deseoso de ver la azotaina desde cerca.
-Desnúdese usted de medio cuerpo arriba dijo el verdugo al reo.
-¿Y para qué me he de desnudar? -le preguntó Pico-largo.
-Para que casquemos como es debido los cien azotes.
-Yo no necesito desnudarme para eso.
-¿Cómo que no, hombre?
-Lea usted bien la sentencia.
-Ya la he leído.
-¿Y qué dice?
-Dice, en resumen, que se le condena a usted a salir desterrado, después de recibir cien azotes en la parte donde, a juicio de usted, menos le duelan.
-¡Ajá! Estamos conformes; tengo permiso para elegir la parte en que menos me duelan los azotes, ¿no es esto?
-Sí, señor.
-Pues la parte donde menos me duelen no es la que usted quiere que descubra.
-Pues si no, elija usted otra y no andemos moliendo.
-Va usted a ser servido. La parte que elijo, porque es la parte en que menos me duelen los azotes, es el trasero del señor presidente del Consejo de ministros.
Una carcajada general, en que no pudieron menos de tomar parte el verdugo y el presidente del Consejo de ministros, acogió la inesperada salida de Pico largo.
El rey se quemó mucho al oír aquella carcajada, porque creyó que era gran irreverencia reírse los vasallos delante del rey; pero como era curioso, aunque no lo era, preguntó por qué reía tanto la gente.
Como aventajaba a todos en lo tentado a la risa, cuando le dijeron la ocurrencia de Pico-largo soltó el trapo tan de gana, que aquello no era reír, sino retorcerse y tumbarse de risa.
Así que acabó de reír, lo primero que hizo fue decir que anulaba en todas sus partes la sentencia, siquiera por lo gracioso y pillo que era el tal Pico-largo.
¡Vaya un rey formal que se había echado aquel pedacillo de la nación, o mejor dicho, le habían echado!
Lo cierto y verdad es que Pico largo no sólo volvió a la gracia de su majestad, sino que obtuvo la de que en lo sucesivo se le diera su paga en oro contante y, sonante, con exclusión de todo papel moneda.
A quien le supo a cuerno quemado lo pillo del bufón y lo bragazas del rey fue al señor presidente del Consejo de ministros.

- VI -

El señor presidente del Consejo continuaba moliendo a su majestad todos los días de sobremesa, después de haberse tirado unos buenos latigazos del navarro, con que era necesario que en la corte en general, y en el real palacio y los ministerios en particular, se hicieran las mejoras que reclamaban el decoro de la corte, el de la real persona y el del gobierno, porque si no, aquello no era corte, ni palacio, ni ministerios, ni nada.

El rey tenía la sangre frita con aquel mosconeo diario, porque, para mantenerse en aquellas reformas, tenía que meterse en cavilaciones y engorros, y su majestad decía para sí, y decía muy bien, aunque decía muy mal, pues su majestad ladraba la lengua nacional en lugar de hablarla:

-¡Cuidado que es manía la del tío Machaca éste! Señor, ¿qué necesidad tengo yo de romperme la cabeza con cavilaciones y fastidios mientras no me siente en el trono de mis mayores, si por una parte en cuanto cavilo un poco me hago un ovillo, y por otra me siento tan guapamente con que me llamen rey, con comer y beber bien, con echar un mus y con salir por ahí un rato a ver las chicas? Todos los días me dan tentaciones atroces de hacer uso de mi soberanía absoluta mandando fusilar a ese súbdito irreverente y osado; pero es mucha gaita eso de fusilar a un presidente del Consejo de ministros, encargado de las carteras de Guerra, etc., etc.

Lo que sí haría yo, si tuviera cabeza para ello, es echarle una indirectilla del Padre Cobos, a ver si conseguía que no sea tan molino.

El bufón, que estaba a la que salta, oyó por casualidad uno de esos soliloquios del rey, y se decidió a pedir permiso a su majestad para echar, como que salía de él, una puntadilla al señor presidente del Consejo, a fin de que no moliera a su majestad tanto.

El rey, no sólo le concedió el permiso que solicitaba, sino que le prometió advertirle, guiñándole el ojo, la ocasión oportuna para echar al señor presidente del Consejo la puntadilla.

Al día siguiente estaban de sobremesa el rey, el presidente del Consejo de ministros y el bufón, y ya empezaba el señor presidente del Consejo con circunloquios para traer a cuento lo de las mejoras en la corte, en palacio y en los ministerios, cuando el rey, viéndole de venir, como decía su majestad, que ya hemos dicho ladraba la lengua nacional por no ser la materna suya, guiñó el ojo a Pico-largo, y éste dijo:

-Si vuestra majestad me lo permite, voy a contar un cuento a propósito de lo que el señor presidente del Consejo dice todos los días y anda hoy por decir, a saber: que si no se hacen mejoras en el real palacio, en los ministerios y en la corte, esto no es palacio, ni ministerios, ni corte, ni nada.

Con permiso de su majestad -exclamó el señor presidente del Consejo, algo quemado de que Pico-largo se metiese en la renta del excusado- debo recordar al señor bufón que por tener largo el pico estuvo a punto de llevar cien azotes.

-Hombre, con agua pasada no muele molino -le interrumpió el rey-. No muelas tú tampoco, y deja que mi real bufón cuente el cuento que dice venir a pelo.

El bufón se echó, sobre el café que acababa de tomar, una copita de mezclado, y encendiendo y -chupando un puro, contó el cuento siguiente:

- VII -

«Este era un fraile exclaustrado».

Los frailes de su Orden saben tanto que parece que han estudiado con los Jesuitas; pero aquel pobre hombre no había echado mucho pelo con su sabiduría.

El padre Rosado, que así se llamaba, ejercía el ministerio parroquial en una aldeílla de doce vecinos. Como los parroquianos eran pocos y pobres, el párroco andaba siempre a la cuarta pregunta, y más aún lo andaba el sacristán.

El sacristán, que se llamaba Bartolo, era un mozo tan lego, que ni siquiera sabía leer, y si sabía ayudar a misa y otros menesteres de su empleo, era porque el párroco anterior se los había hecho aprender de memoria a fuerza de machacar.

Librodot

Desde mozuelo le gustaban mucho las chicas y se le iban los ojos tras ellas, de modo y manera que el padre Rosado, que hacía poco desempeñaba el curato del lugar, notólo y dijo para sí:
-Ese pedazo de alcornoque se encalabrina el mejor día con alguna de esas chicas que le traen al retortero, se casa, se llena de chicos, y no teniendo sobre qué caerse muerto, porque la sacristía de aquí no da más que una ración de hambre y otra de necesidad, hay en su casa la de Dios es Cristo.
Cuando así estaba pensando el padre Rosado, se llegó a él Bartolo y le dijo:
-Padre Rosado, yo quería preguntarle a usted una cosa.
-Pregúntala, hijo, que el que pregunta no yerra.
-Pues quisiera saber si tengo yo también el fomes peccati, que según decía usted ayer tarde en el púlpito, tenemos todos dentro del cuerpo.
-¡Vaya si le tienes, hijo! -le contestó el exclaustrado.
-Y aunque sea mal preguntado, ¿se puede saber qué viene a ser eso?
-Viene a ser... esa cosa que cuando ves una chica guapa sientes dentro de ti, y como que te lleva tras de la chica.
-¡Calla! ¿Conque eso es el fomes peccati?
-Eso, hijo.
-Padre Rosado, es imposible que eso sea.
-¿Y por qué no lo ha de ser, hombre?
- Porque usted decía que el fomes peccati es la cosa más mala del mundo, y a mí me parece que en el mundo no hay cosa más rica que lo que uno siente dentro cuando ve una chica resalada y retrechera.
-A ti te parecerá así porque eres muy bartolo, pero es todo lo contrario. El fomes peccati es la concupiscencia; el germen, la semilla, el fomento del pecado, y por consecuencia de la condenación, eterna.
¡Ave María Purísima! -exclamó Bartolo, santiguándose horrorizado.
Y desde entonces huyó como el diablo de las chicas por más sandungueras que fuesen, y empezaron a encandilársele los ojos siempre que se hablaba de conventos y de frailes.
El padre Rosado dio gracias a Dios por ello, porque se hubiera visto negro si el sacristán se hubiera casado. Como el curato apenas le daba para matar el hambre con un taco de pan negro y un pucherillo de patatas, no podía pagar ni mantener ama de gobierno ni cosa que lo pareciese, y le venía como de perlas el que el sacristán no tuviese más quehaceres que los de la iglesia, ni más obligaciones que las personales, pues así podía servirle en todas aquellas cosas que no están bien en un sacerdote, como hacer la colada, echar un remiendo, etc., etc.
Bartolo le servía con el mayor desinterés y la mejor voluntad; pero aun así, creía el padre Rosado que era necesario pagarle, si no con dinero o cosa que lo valiese, al menos con esperanzas, y con esperanzas le pagaba.
Un día de incienso dijo el padre Rosado:
-Hoy te vas a quedar a comer conmigo, que una antigua hija de confesión, anciana enfermiza y dueña de una posesión que nos vendría a ti y a mí de perilla para cierto proyecto que yo tengo y ando madurando, me ha enviado un jamoncillo y una bota de vino.
-Padre Rosado -contestó Bartolo, chispeándole los ojos de alegría al oír hablar de jamón y vino, como le chispeaban en otros tiempos al ver una chica sandunguera-; acepto el convite, siquiera por ser hoy día tan señalado, y porque si le he de decir a usted la verdad, ya me tiene estomagado el puchero de berzas con un puñado de sal y una piltrafilla de sebo, que es la única gracia de Dios que entra en mi cuerpo hace ya no sé
cuántos años.

Librodot

-No te dé cuidado por esa penuria, hombre que, como suele decirse, a cada puerco le llega su San Martín...
-¡Dios le oiga a usted, padre Rosado, que bien lo necesitamos, porque esta arrastrada vida, que hasta de esperanza carece, no es para llegar a viejos! -exclamó Bartolo, entreviendo, como el padre Rosado, horizontes de color de rosa, digo, de color de jamón, chuletas, huevos, vino y otras porquerías así.
El padre Rosado y Bartolo se pusieron de jamón y vino hasta alcanzarlo con el dedo.
-¡Cuándo nos hemos visto nosotros en éstas! -exclamó el fraile.
-¡Y cuándo nos volveremos a ver! -añadió el sacristán.
-Hombre, ya te he dicho que tras estos tiempos vendrán otros, porque si cuaja mi proyecto (que sí cuajará, con la ayuda de Dios), tú y yo nos ponemos las botas.
-¿Conque el proyecto es cosa buena?
-Buenísima.
-¡Caramba, padre, cualquiera diría que no tiene usted confianza en mí, cuando se contenta con decirme eso!
-Tienes razón, hijo, que tu lealtad, que espero recompensar debidamente, te hace acreedor a que te confíe mi proyecto. Has de saber, Bartolo, que proyecto la fundación de un gran convento de mi santa Orden.
-Padre, eso me parece muy santo y muy bueno para el alma; pero el cuerpo ¿qué va a sacar de eso?
-¿Qué va a sacar? ¡Ahí es nada lo del ojo y le llevaba en la mano! Yo seré, como quien no dice nada, guardián de la comunidad, y tú serás mi lego favorito.
-¡María Santísima, qué fortunón si eso llega a realizarse!
-¡Y tres más que llegará!
-Pero oiga usted, padre, yo he visto que en las estampas y cuadros pintan a los frailes muy gordos, con unos mofletes y unos colores que dan envidia, siempre arrellanados en un sillón despachando con cara de risa unos tazones de chocolate con bizcochos que le hacen a uno relamerse... ¿Están bien pintados, o es pintar como querer?
-Hombre, de todo hay en la viña del Señor, porque como los frailes también tienen en el cuerpo el fomes peccati, unos luchan a brazo partido con él y le vencen, y otros se dejan vencer sin luchar.
Bartolo se entristeció, diciendo para sí:
-Si luchamos nosotros, malo, porque ayunamos, y si no ayunamos, peor, porque ardemos.
Pero se alegró, añadiendo:
-Ni lucharemos ni arderemos, porque sería pedir gollerías el pedirnos que habiendo ayunado tanto cuando no lo había, sigamos ayunando cuando lo hay.
La lógica de Bartolo era absurda; pero cada uno arregla la suya a su respectivo fomes peccati.

- VIII -

-¡Bartolo! -exclamó un día el padre Rosado.
-Lloremos de pena y riamos de alegría.
-Padre Rosado, si le entiendo a usted, que me fusilen -contestó
Bartolo.
-Hombre, la cosa es muy sencilla: ha muerto la del jamoncillo y la bota de vino, y me ha dejado todos sus bienes, aunque sus parientes pretenden ser sus únicos herederos legítimos y

Librodot

han empezado a disputármelos. Por consecuencia, lloremos por la difunta y riamos por la herencia.
Así que el padre Rosado y Bartolo lloraron y rieron, fueron a tomar posesión de los bienes de la difunta, que consistían en una posesión situada en un valle solitario y agreste.
Como Bartolo había oído decir al padre Rosado que aquella posesión era como hecha de encargo para su gran proyecto, se le cayó el alma a los pies cuando vio que todo se reducía a una casa de mala muerte y unos terrenos, muy extensos, sí, pero incultos y cubiertos de matorrales.
-¡Esto es magnífico! -exclamó el padre Rosado cuando llegaron a un alto desde donde se dominaba la posesión-. ¡Ni pintado podía ser mejor, para mi proyecto! Pero, Bartolo, ¿no te entusiasmas viendo esto?
-¡Qué demonche me he de entusiasmar, si la casa parece que se está cayendo y las tierras no crían más que maleza! -contestó Bartolo descorazonado.
-Hombre de Dios, el valor de las cosas no se ha de apreciar por lo que son, sino por lo que pueden ser. Lo que yo necesitaba era una buena base para plantear mi proyecto, y esa la tengo aquí a pedir de boca.
-¿A pedir de boca, padre? Me parece que la vuestra, por mucho que pida, tendrá que contentarse con cruces, y gracias que los parientes de la difunta no ganen el pleito...
-¡No digas disparates, hombre! Por de contado fundaremos el convento, sirviéndole de base material esa casa y ese terreno, y de base personal nosotros dos.
-¡Vaya un convento y una comunidad!
-Como base, bastan y sobran para plantear mi proyecto.
-¿Y nos vamos a mantener con raíces y agua fresca?
-Hombre, no tanto como eso. Pondremos inmediatamente un cepillo en la carretera que pasa por ahí, y con las limosnas que echen los transeúntes, que de seguro no serán flojas, iremos tirando como Dios nos dé a entender, hasta que la cosa se arregle de otro modo.
-Pero, padre, ¿usted cree que se arreglará de otro modo la cosa?
-¡Pues no se ha de arreglar, hombre! Estoy seguro de que así que corra la voz de que se ha fundado aquí un convento, en veinte leguas a la redonda no muere un rico que no nos deje todos sus bienes.
-Padre Rosado, me va usted volviendo el alma al cuerpo.
-Ya verás, ya verás tú en lo que se convierte, en poco más que nada,
el desierto que tenemos a la vista.
-¿Usted, por supuesto, ya habrá echado sus planes sobre lo que se ha de hacer?
-¡Pues no los he de haber echado, hombre! ¿Tú crees que yo me mamo el dedo? Oye, hijo, oye lo que tengo pensado. El convento y la iglesia figurarán, como los de los jesuitas de Loyola, una gran águila, cuyo cuerpo sea la magnífica iglesia central construida con ricos mármoles, y cuya cúpula se alzará a inmensa altura, como si el águila levantase soberbia la cabeza para remontarse al cielo. El ala derecha del águila, toda de sillería y de tal extensión, que su remate se perderá de vista, estará exclusivamente destinada a celdas, que no han de bajar de ciento, porque yo calculo que la comunidad no bajará de cien religiosos, y quiero que se componga cada una de varios departamentos espaciosos, alegres y bien decorados y amueblados. El ala izquierda tendrá la misma extensión, y estará destinada a refectorio, biblioteca, escuela de novicios, botica, etc., etc.
-¿Y dónde deja usted la despensa y la cocina, padre Rosado?
-Hombre, la cocina, la despensa, la bodega, las cuadras para el ganado, etc., etc., corresponden a los pisos bajos.
-Muy bien entendido, padre. ¿Conque hasta bodega y ganado hemos de tener?

Librodot

-¡Pues no hemos de tener, hombre! ¿Ves tú aquella gran llanada cubierta de maleza que se extiende por la orilla del río?
-Sí que la veo.
-Pues aquélla ha de ser la dehesa donde pasten la vacada, los rebaños de cabras y ovejas y la piara de cerdos.
-¿Conque todo eso hemos de tener?
-¡Pues es claro, hombre! Una comunidad tan numerosa y rica como la
nuestra necesita tener de todo en abundancia.
-¡Mala vida nos daremos con tanta carne de vaca, ternera, corderos, cabritos, cerdos, pichones, pollos, leche, etc., etc.!
-Figúrate tú, hijo, si nos desquitaremos de tanto ayuno como hemos pasado en ese pícaro pueblo.
-Y los que tendremos que pasar aquí hasta que la cosa vaya entrando en regla.
-En cuanto a eso no tengas cuidado, que tanto en el cepillo de la carretera como en la colecta en los pueblos cercanos, caerán limosnas con que viviremos en grande.
-Tiene usted razón que lo pasaremos perfectamente, viviendo, como quien dice, sobre el país, mientras se arregla la cosa de otro modo.
-Decir que viviremos sobre el país no es expresión muy decente que digamos; pero, como dicen los franceses, el nombre de la cosa no importa un comino. ¿Ves aquella colina redonda que se alza dominando la dehesa?
Pues allí se ha de construir un gran edificio circular, cuyo piso superior servirá de palomar, y cuya planta baja estará destinada a gallinero, pavería, etc., etc., porque la carne de ave y los huevos han de tener gran consumo en el convento.
-¡Válgame Dios, padre Rosado, qué rato tan bueno me está usted dando con lo que me cuenta!
-Pues todavía no sabes de la misa la media. ¿Ves aquella gran ladera con exposición a Mediodía que forma la vertiente del valle, opuesta a la que ocupa, digo, ocupará el convento? Pues como Bacchus amat colles, que decimos los latinos, todo aquel terreno se ha de quebrantar y poner de viñedo de las mejores clases, y estoy seguro de que será un bálsamo el vino que allí cojamos.
-¡Jesús! ¡Padre Rosado, si es para volverse uno chocho el pensar en tales delicias!
-Pues oye, que todavía queda el rabo por desollar. ¿Ves aquella praderita del otro lado del río? Pues allí se ha de establecer la gran pesquera del convento, a cuyo efecto se hará al río una sangría, y se construirá sobre él un majestuoso puente de piedra. Ya verás, ya verás venir de allí cargamentos de anguilas, truchas asalmonadas, todavía coleando...
-Padre Rosado, me parece que he empezado ya a echar barriga sólo con lo que usted me dice.
-¿Ves esa llanadita del fondo del valle que forma escuadra con el río? Pues ahí se ha de hacer la gran huerta del convento, donde habrá cuantas hortalizas y frutas se conocen en el mundo.
-¡María Santísima, qué regalo va a ser el nuestro!
-¿Ves aquella otra llanadita que se extiende detrás del convento y en suave declive va desvaneciéndose en la cúspide de la montaña? Pues todo aquello ha de ser jardines llenos de cuantas llores y plantas aromáticas crió Dios, y con hermosos cenadores y juegos de aguas, a cuyo efecto se traerá un rico manantial que brota en un regazo de la montaña, e infinidad de invenciones de comodidad y embellecimiento.
-Pues le digo a usted, Padre Rosado, que ni el rey con ser rey va estar mejor que nosotros.
-Por último, amigo Bartolo, en aquella alta planicie que domina el valle, y a la que se subirá por los jardines por medio de un caminito que a fuerza de ingeniosos rodeos y artificios será como la palma de la mano, habrá una especie de mirador o glorieta con tales comodidades y tales encantos que subir allí será, mal comparado, subir al cielo.
-Padre Rosado, ya me parece haber estado en él, sólo con habérmele usted pintado.

Librodot

-Pues ya verás cómo lo vivo excede a lo pintado, porque, como dice el refrán, de lo vivo a lo pintado hay gran diferencia.
-Padre Rosado le llaman a usted, pero el que se lo puso ya supo lo que se hacía, porque oyéndole a usted hablar, el mundo se le vuelve a una de color de rosa.

- IX -

Así que el Padre Rosado y Bartolo tomaron posesión de la herencia, no sin una protesta en regla de los parientes de la difunta, el padre Rosado procedió a la instalación y constitución definitivas y formales del convento.
Entre los dos limpiaron bien un cuartito que tenía la casa al lado del portal, y arreglado el altar como pudieron, colocaron sobre él una estampa del fundador de la Orden, y en la ventana que daba al campo una esquila de ganado que hiciese de campana, y quedó establecida y abierta la iglesia.
Después de otras operaciones preliminares en el piso principal, destinado a la comunidad, el padre Rosado dijo a Bartolo:
-Amigo Bartolo, desde este instante quedamos ambos obligados a la observancia de las constituciones y reglas de la Orden. Yo soy el guardián del convento y tú eres la comunidad, y, por tanto, en nuestro trato y vida no hemos de prescindir del estilo que prescribe la regla.
Bartolo accedió gustoso a esta proposición; el padre Rosado se vistió un hábito nuevo que al efecto llevaba, dio a Bartolo otro viejo, que se vistió también, y cata a Periquito, digo a Bartolito, hecho fraile.
-Padre guardián -dijo el hermano Bartolo mirando humildemente al suelo- dígame vuestra reverencia qué ha de disponer el hermano cocinero para refacción de la comunidad.
-Hermano lego, vea si en el cepillo que puso ayer tarde orilla del camino encuentra alguna limosna; y si la encuentra, vaya a la venta inmediata y compre lo que diese de sí la limosna.
- ¿Y si no encuentro nada, padre guardián?
-Hermano, tenga más fe en Dios; que el que sustenta a los pajarillos del aire, no nos ha de abandonar a nosotros.
El hermano Bartolo obedeció, aunque diciendo para su cogulla:
-No las tengo todas conmigo, a pesar de eso de los pajarillos del aire, porque un pajarillo se alimenta con un cañamón, y... ¡buenos pájaros estamos nosotros para contentarnos con tan poco!
En el cepillo encontró unos cuantos ochavos, morunos, que por lo visto también andaban por allí, y con ello compró un par de sardinas gallegas y un panecillo, y volvió al convento pensando melancólicamente que la cosa empezaba rematadamente mal, y podía ir aún peor si Dios no hacía con la comunidad lo que con los pajarillos del aire.
Terminada la refacción, el padre guardián dijo:
-Demos gracias a Dios por el alimento que nos iba dispensado.
-Padre guardián -le interrumpió la comunidad- perdone vuestra reverencia, pero me parece que nos bastaría un «¡Dios nos la aumente!»
El padre guardián tuvo que reconvenir severamente a la comunidad por esta observación.
Aquella tarde, aquella noche y la mañana siguiente llovió a mares, de modo que no pasó un alma por la carretera inmediata al convento. Así, cuando el hermano Bartolo fue a recoger las limosnas del cepillo, no encontró ni un ochavo.
Cuando dio tan triste noticia al padre guardián, éste le dijo:

Librodot

-Hermano, no se descorazone ni pierda la fe, que, como ya le he dicho, Dios, que provee al alimento de los pajarillos del aire, proveerá al nuestro. Baje al arroyuelo de la fuente, y allí encontrará berros muy tiernos y muy ricos con que la comunidad podrá regalarse después de bien condimentados con aceite que aún tendrá la alcuza de la lámpara, y sal
que, a Dios gracias, queda en el arcón donde los pastores que habitaron últimamente esta santa casa salaban las reses que se les morían.
-Padre guardián, permítame vuestra reverencia decirle que los berros son alimento demasiado frugal.
Es verdad hermano, pero en cambio tienen hasta seis virtudes: pues son astringentes, diuréticos, atemperantes, aperitivos, etc., etc.
Conformémonos hoy con tan sano alimento, y tengamos fe de que Dios no nos negará mañana lo que no niega a los pajarillos del aire.
-¡Dale con los pajarillos! -murmuró por lo bajo el hermano lego-. Ya me tienen a mí cargado los tales pajarillos, pues este hombre siempre anda a vueltas con ellos, como si no bastara lo molinos que están con ellos los poetas.
Al otro día, como pasaran por la carretera los muchos viajeros que estaban detenidos a causa del temporal, las limosnas recogidas del cepillo casi casi permitieron a la comunidad sacar la tripa de mal año.
Las semanas, los meses y aun los años iban pasando, y la comunidad casi no salía de una ración de hambre y otra de necesidad. Es verdad que aun viviendo sobre el país, el pucherillo era mucho más sustancioso que antes; pero ni por asomo se veía nada que se pareciese a aquello que el
padre Rosado había soñado y hecho soñar a Bartolo, porque en toda aquella
tierra se gozaba de una salud tan bárbara, que no moría nadie.
El padre guardián confiaba aún en que la penuria de la comunidad había de cesar, y había de llegar la realización de sus magníficos planes con ayuda de ricos legados que no dudaba harían al convento muchos ricos de aquella comarca cuando Dios tuviese a bien llevarlos a sí; pero el hermano Bartolo no las tenía todas consigo a pesar de que algunas veces el padre guardián conseguía con su elocuencia hacerle partícipe de su optimismo.
El cólera andaba por algunas provincias del reino, y con tal motivo, con frecuencia llegaban hasta el convento voces de si había ocurrido o dejado de ocurrir algún caso en aquella comarca.
El padre guardián tuvo más de un serio disgusto notando en el hermano lego, al llegar aquellas voces, una alegría que le parecía sospechosa.
El hermano Bartolo, que solía pasear orilla de la carretera rezando sus oraciones, con la cabeza baja y las manos metidas en las mangas del hábito, trababa todos los días conversaciones como ésta con las gentes de los pueblos comarcanos:
-Hermano, ¿cómo va de salud por el pueblo?
-Perfectamente, hermano
-¿No hay por allí algo de cólera?
-¡Qué cólera ni qué ocho cuartos ha de haber por allí! El cólera no se atreve a venir a tierra tan sana como ésta.
-¿Y el señor don Fulano?
-Tan bueno y tan gordo. A aquél no le mata un rayo. Es verdad que como es rico, se da una vida...
-¿Y la señora doña Mengana?
-Ni siquiera tiene un dolor de cabeza. Lo que tiene es traza de vivir más que Matusalén, para hacer rabiar a los que esperan sus millones.
Y por todos aquellos pueblos, ¿como anda la salud?

Librodot

-A pedir de boca. Es tierra muy sana toda la nuestra.
El padre guardián solía oír desde el convento estas conversaciones, y no se explicaba, o mejor dicho, no se atrevía a explicarse por qué el hermano volvía triste y de mal humor después de haberlas tenido. A lo más que se atrevía era a decir al lego:
-¡Hermano, luche sin descanso con el fomes peccati, que aún le da mucha guerra en el cuerpo!

- X -

El invierno llegó, y en el convento hacía un frío de mil dementres, y la comunidad se chupaba los dedos de frío, tanto más, cuando que tras de tener siempre desabrigado por dentro el cuerpo le tenía también desabrigado por fuera.
Las celdas no tenían puertas ventanas, el tejado todo era goteras, en la iglesia no había Dios que parase, porque la humedad del piso era puro hielo; el hábito de la comunidad se reía por todas partes, y la comunidad, cuando se acostaba sobre un jergón de paja, no tenía para abrigarse más que el hábito.
Un día el hermano Bartolo preguntó, como de costumbre, a los pasajeros qué tal iba de salud por sus pueblos.
Allí -le contestaron- todos comen y trabajan, menos los ricos.
Al hermano lego le dio el corazón un vuelco no sé de qué, y se apresuró a preguntar, compungido y alarmado, qué era lo que a los ricos les pasaba.
-Lo que les pasa es que, como son ricos, comen, sin trabajar.
Aquel mismo día la comunidad le pasó con una ensalada de berros y un trago de agua fresca, que eso sí, era muy rica la que se bebía en el convento, como lo probaba el que apenas uno se echaba un trago de ella, ya se le bajaba la comida a los talones.
El hermano Bartolo se acostó tan metido en cavilaciones, que no encontraba medio de pegar los ojos.
-Pues señor -decía-, esto va mal, retemal, rematadamente mal, por más que el padre guardián, continúe prometiéndoselas muy felices. Y el caso es que el que se ha cortado la cabeza con meterse fraile he sido yo. El padre guardián, como es viejo, está en grande, porque tiene la grandísima ventaja de no tener que mirar por su porvenir; pero yo, que soy joven, tengo que mirar por el mío, Si éste fuera un convento formal, aunque no fuese tan cosa del otro jueves como el padre guardián se había imaginado (y aún sigue imaginándose, aunque parezca mentira que no esté ya tan desengañado como yo), yo habría hecho mi carrera, porque estaría como un canónigo, con casa, ropa y comida aseguradas por toda la vida; pero esto de amanecer todos los días de Dios sin más esperanza de llenar la tripa que la que consiste en que Dios haga con uno lo que dicen que hace con los pajarillos del aire, amigo, ¡esto es para acabar con un caballo! ¡Y luego
el padre guardián lleva tan a punta de lanza las cosas en cuanto al cumplimiento de la regla, que ni esto así le dispensa a uno! Nada, nada, herrar o quitar el banco, que yo tengo que mirar por mi porvenir. Mañana mismo le canto la cartilla al padre guardián, diciéndole lo que viene al caso, porque esto de haberle hecho a uno creer que aquí se habían de atar los perros con longanizas, y luego querer que uno viva del aire como los camaleones, no lo aguanto yo aunque me fusilen.
En estas y otras cavilaciones pasó el hermano Bartolo toda la noche, cada vez más decidido a decirle al padre guardián las verdades del barquero.
En efecto, la mañana siguiente se presentó al superior con cierto airecillo de resolución, que al padre Rosado no le dio buena espina.

-Padre guardián -dijo-, yo tenía que hablar cuatro palabras con vuestra reverencia.
Hermano lego, diga las que quiera con tal que no sean superfluas, porque ya sabe que la regla de esta santa casa prohíbe lo ocioso. ¿Qué es lo que tiene que decirme, hermano lego? Despáchese, que el tiempo es oro y no hay que desperdiciarle, sobre todo en los conventos, donde las obligaciones espirituales y temporales son tantas; pero tenga mucho cuidado con la lengua, que, como dice no recuerdo qué Santo, es universidad de Maldades.
-¡No la tienes tú poco larga! -dijo para sí Bartolo, quemado con tanta conversación.
-Conque diga, hermano, lo que le ocurre.
-Lo que me ocurre, padre guardián, es que yo tengo que mirar por mi porvenir, y francamente, aquí le veo muy negro.
-Hermano, ¿qué es lo que dice?
-Lo que vuestra reverencia oye: que cuando me metí fraile, salí de Málaga para entrar en Malagón.
-Hermano, hace muy mal en tener tan poco amor al claustro, que, como dice uno de los más doctos expositores de nuestra regla y constituciones, es taller de santos, aula de sabios, paraíso de delicias, catre de descansos, refugio de peligros y botica de remedios.
-Padre guardián, eso rezará con los conventos como Dios manda.
-Justo, hermano, y por eso debemos nosotros tener mucho amor al nuestro, donde iglesia y celda deben parecernos antesalas del cielo.
-¡Vaya unas antesalas!
-¡Hermano lego, mire lo que dice!
-¡De sobra lo he mirado ya, padre guardián!
-Pero explíquese con más claridad, hermano, que aún no le he comprendido...
-¿No? Pues ahora me comprenderá, porque ya estoy harto de andar con rodeos, y voy a llamar al pan pan y al vino vino. Mire usted, padre Rosado...
-Reverendísimo padre guardián, querrá decir.
-No señor, no quiero decir tal cosa, porque ha llegado ya el caso de que nos dejemos de tonterías y armas al hombro y hablemos en plata. Padre Rosado, desde que usted me dijo que lo que uno sentía dentro del cuerpo, cuando veía una buena chica, era el fomes peccati, tomé horror a las buenas chicas, aunque siempre me había despepitado por ellas, y empecé a sentir una inclinación atroz a meterme fraile, porque yo decía: «¡Eso de no tener uno ya que pensar en su porvenir temporal ni eterno, sin más que pasarse la vida desde la iglesia al refectorio, y desde el refectorio a la celda, es mucha ganga!»
-Pues bien, hermano: si ese era su bello ideal, ya se le ha alcanzado, y no comprendo cómo no tiene más amor a la iglesia y al convento.
-¡Dale con el convento y la iglesia!
-No le comprendo, hermano.
-Pues se lo voy a decir a usted más claro, que yo, gracias a Dios, no tengo pelos en la lengua. Padre Rosado, usted está siempre llenándose la boca con palabras tan sonoras como iglesia, convento, claustro, refectorio, celda, sala de capítulo, etc., etc., y aquí no hay nada de eso.
-Hermano, ¿qué es lo que dice?
Padre, lo que digo es que esto no es iglesia, ni convento, ni nada; y para suponer que lo es, es necesario que seamos tontos o que nos hagamos los tales. Ea, ya lo sabe usted, y si lo quiere más claro, levante el dedo, que ya estoy cansado de morderme la lengua. ¡Hola! ¿Con que calla usted? Pues el que calla otorga.
-Cierto, hermano, que otorgo en cuanto a que esto no es iglesia, ni convento, ni nada, y también en cuanto a que para suponer que lo es, es necesario que seamos tontos o que nos hagamos los tales; pero dígame, hermano, una cosa, que me ocurre preguntarle.
-Veamos qué cosa es esa.

Librodot

-¿Cree el hermano lego que si esto fuera iglesia y convento o cosa parecida, sería yo padre guardián como lo soy, y él sería hermano lego como lo es? ¡Hola! ¿Con que calla? Pues el que calla otorga, hermano.
-Padre guardián, es verdad que otorgo, porque vuestra reverencia me ha partido por el eje con ese argumento.
-Pues arrepiéntase de lo temerario de sus juicios y la intemperancia de su lengua.
-Arrepentido estoy ya, padre guardián, y pido a vuestra reverencia que me perdone.
-Ya está perdonado. Ahora óigame, hermano, con mucha atención, porque el fomes peccati le saca de sus casillas y es menester que no se deje vencer por él tan fácilmente. Mal lo pasan la comunidad y su prelado viviendo sólo de las limosnas que por ahí se recogen, o valiéndome de la frase malsonante que el hermano lego usa, viviendo sobre el país; pero aun así, esta vida es mejor que la que llevábamos antes de venir a esta santa
casa, no tanto porque el pucherillo es algo más sustancioso que antes como porque ahora esperamos algo y entonces no esperábamos nada.
-Todo eso es verdad, padre guardián, y sobre todo lo es lo de la esperanza. Ahora mismo están tocando a muerto en el Retamar, y milagro será que el muerto no tuviera bien cubierto el riñón, porque tocan gordo...
-¡Calle, hermano, calle, y mire que el fomes peccati se rebela con frecuencia en su cuerpo, y es menester que le ate corto!
-Es verdad, padre guardián, que el maldito se rebela como un condenado.
-El curato y la sacristía que dejamos para venir a esta santa casa están ya provistos, y si saliésemos de aquí, ni aun el antiguo pucherillo de patatas o berzas con un puñadillo de sal y una piltrafilla de sebo encontraríamos.
-Padre guardián, no hablemos más del asunto, y a observar la regla como Dios manda.
El padre Rosado y el hermano Bartolo siguieron allí, haciéndose los tontos, viviendo sobre el país y llamándose el uno padre guardián y el otro hermano lego, hasta que los herederos legítimos de la difunta ganaron el pleito y los echaron de allí ignominiosamente, convictos de que ambos tenían el fomes peccati en el cuerpo.

- XI -

Acabar el bufón ese cuento y echarle, así su majestad como el presidente del Consejo, una mirada de basilisco, todo fue uno; pero el bufón, lejos de intimidarse por aquella mirada con que parecían querérsele comer vivo, se sonrió socarronamente, seguro de que la cosa, no había de pasar a mayores.
Pico-largo sabía de qué pie cojean los hombres, y más cuando tienen el fomes peccati en el cuerpo tan superabundante como su majestad y su
excelencia le tenían.
Su majestad y su excelencia se miraron y se entendieron, porque los tontos se entienden cuando, les tiene cuenta, y en lugar de quererse comer vivo, al bufón, tuvieron la poca vergüenza de aplaudirle estrepitosamente.
Por de contado el cuento del bufón surtió el efecto que el rey deseaba, pues el señor presidente del Consejo no volvió a moler a su majestad con que si no se hacían mejoras en palacio, en los ministerios y en la corte, aquello no era palacio, ni ministerios, ni corte, ni nada, y su majestad y su excelencia siguieron en aquel pedacillo de la nación haciéndose los tontos, viviendo sobre el país y llamándose el uno rey y el otro presidente del Consejo de ministros, hasta que el heredero legítimo del anterior monarca ganó el pleito y los echó de allí

ignominiosamente a escardar cebollinos en el extranjero, donde haciéndoles todo el favor que podía hacérseles, no daban un paso sin que se les recibiese a tomatazos.
La tradición popular no dice que el monarca legítimo tuviese también el fomes peccati en el cuerpo, antes por el contrario, da a entender que no le tenía, pues nos le presenta pidiendo una cosa tan puesta en razón como lo es el pedir uno lo suyo, y sobre todo pedirlo sin andar a trastazos con nadie y con la noble intención de hacer el bien ajeno; pero la Teología dice que toda criatura humana le tiene, por santa y pura que sea, si bien hay muchas a quienes no se les conoce que le tienen, porque sobre el fomes peccati colocan el amor de Dios, que es el amor a todo lo justo y hermoso, y con tan santo peso le aplastan o invalidan.
También el pobre narrador de historias vulgares siente bullir rebelde dentro de su cuerpo el fomes peccati que nos legaron nuestros primeros padres Adán y Eva con su pícara afición a las manzanas del vecino. ¡Señor, dale con qué aplastarle e invalidarle, que si no, se va a ver negro en estos tiempos en que se quiere cohonestar la rebeldía sacrílega con los santos nombres de Dios, de la patria y de la libertad!

Los corretones

- I -

-¿Qué noticias tenemos hoy? -preguntó el más hablador de la tertulia a un señor forastero, en el barrio de Salamanca, allá hacia fines de 1873.
-¿Ya sabrán ustedes lo de Villalain? -contestó el forastero, que por señas había huido de su pueblo porque (como a mí me había sucedido) había llevado una paliza por sospechoso de carlista y otra por sospechoso de liberal.
-Hombre, nada sabemos. ¿Pues qué ocurre?
-Lo que ocurre es que los vecinos de este barrio están expuestos a ver el mejor día a Villalain asomar por las Ventas del Espíritu Santo o los cerros de Máudes, y tener que apresurarse a emigrar a Madrid cargados con los trebejos de su casa.
-¡Hombre, ni en broma diga usted eso!...
-¿Broma? ¡No es mala la broma en que nos metieron ustedes los revolucionarios madrileños!
-¿Cómo que nosotros? Poco a poco con eso, don Francisco, que todos los que aquí estamos, menos usted, somos madrileños y ninguno tuvimos arte ni parte en la gloriosa
-Bueno, ustedes serán de los pocos que no tomaron parte en ella ni la aprobaron; pero la verdad es que los que desde lejos observábamos lo que en Madrid pasaba a raíz de la revolución de 1868, tenemos derecho a creer que casi todos los madrileños eran revolucionarios.
-Pues les niego a ustedes ese derecho.
-¿Por qué?
-Porque sólo una mínima parte de Madrid simpatizaba con la revolución. La inmensa mayoría de los madrileños la reprobábamos.
-Tengo poderosas razones para creer que o usted se equivoca, o la inmensa mayoría de los madrileños disimulaba muy bien esa reprobación.
-Diga usted cuáles son esas razones.
-¡Vaya si las diré! Días pasados fuí a la Biblioteca Nacional, y queriendo refrescar mi memoria, porque empezaba a dudar de su fidelidad al ver que apenas hay un madrileño para quien no sea ya peor que llamarle perro judío el llamarle revolucionario, me entretuve en

hojear los periódicos madrileños del último trimestre de 1868, y apenas encontré uno que no se entusiasmase, más o menos, con el jolgorio revolucionario.
-Esa no es razón, ni Cristo que lo fundó.
-¡Pues no lo ha de ser, hombre! La Prensa es el eco de la opinión pública. Además, cuando Madrid veía con los brazos cruzados que su
Ayuntamiento le entrampaba para siglos enteros y demolía sus templos, empezando por el venerando de Santa María la Mayor, que simbolizaba y recordaba sus más gloriosas tradiciones religiosas e históricas, claro es que Madrid simpatizaba con el carnaval revolucionario.
-Pues yo no lo veo tan claro como usted.
-¿Por qué no?
-Porque uno que apunta con un trabuco puede más que mil que apuntan con el dedo. Pero dejémonos de esto y díganos usted qué es lo que hay de
Villalain.
-Hombre, lo que hay de Villalain es que por fuerza tiene alas en los pies, como Mercurio, porque anteayer anocheció hacia Molina y ayer
amaneció hacia Segovia.
-Pues a ese paso no dudo que el mejor día anochezca en Sigüenza y al siguiente amanezca en el barrio de Salamanca. ¡Cuidado que los tales carlistas tienen piernas!
-Diga usted que las tenemos los españoles, seamos carlistas o seamos republicanos, con tal que seamos facciosos o simplemente transgresores de
la ley.
-No entiendo lo que usted quiere decir con eso.
-Lo que con esto quiero decir es que el gran mal de España está en lo ligeros de piernas que somos los españoles.
-Pues todavía le entiendo a usted menos.
-Yo me explicaré de modo que todos ustedes me entiendan. ¿Creen ustedes que entre los que se meten a contrabandistas, a cazadores furtivos, a bandoleros o a facciosos blancos o negros hay muchos cojos?
-Claro es que habrá muy pocos, porque la cojera es malísima condición para dedicarse a oficios como esos, en que teniendo siempre que andar a salto de mata, la principal e indispensable defensa está en los pies.
-¡Ajá! Esa es mi opinión, y veo que nos vamos entendiendo. ¿Con que viene usted, y al parecer convienen estos señores, cuya voz lleva usted muy a su satisfacción, en que si los españoles se quedaran cojos en el momento en que faltan a las leyes, y, por tanto, se hacen acreedores a la persecución de la justicia, representada por la Guardia Civil, por los guardas de monte, por los carabineros o por la tropa, apenas habría un español que faltara a las leyes, metiéndose a contrabandista, a cazador furtivo, a bandolero o a faccioso blanco o negro?
-¡Vaya si convenimos!
-Pues me alegro mucho, porque así convienen ustedes en que no es irremediable la transgresión de las leyes cuando para esta transgresión el principal elemento es la ligereza de pies.
-Dispense usted, don Francisco, si le digo que en esa segunda parte no estamos conformes, ni lo puede estar ninguna persona de sentido común.
-¡Gracias por la merced que usted me hace suponiendo, o que yo no le tengo, o que digo lo que no creo!
-¡Don Francisco, por Dios, no lo tome usted así! Lo que digo es que el remedio que usted encuentra para que los españoles no falten a las leyes es muy parecido al que encontró el italiano para matar las pulgas.

Librodot

-Pues si dice usted eso, dice muy mal.
-¡Cómo que digo mal, hombre! Los batallones carlistas de las Provincias Vascongadas se componen casi en su totalidad de forzosos, a pesar de que el pretendiente tiene la poca vergüenza de llamarles voluntarios. Nadie duda que el principal recurso de que conviene privar allí al pretendiente es el de hombres, a quienes pone un fusil en la mano
tan pronto como cumplen diez y siete años. Pues según el sistema de usted, sería muy fácil privar al pretendiente del recurso de hombres en las
Provincias Vascongadas, sin más que cortarle la mano derecha, para que el pretendiente no pueda poner en ella un fusil, a todo varón de catorce a diez y siete años...
-Eso sería una barbaridad, que yo rechazo por dos razones.
-Vamos a ver cuáles son las razones que usted tiene para rechazarlo, aunque una de ellas ya la supongo.
-Las dos razones son que yo tengo corazón y sentido común. Cortar la mano a los jóvenes de catorce a diez y siete años para que no puedan manejar el fusil, sería una barbaridad, no sólo por lo inhumano, sino también porque la cura sería peor que la enfermedad.
-Explíquenos usted eso último.
-La explicación es muy sencilla: el bien que a la patria resultaría que los jóvenes no tuviesen mano para manejar el fusil en el estado anormal, que es el de guerra, valdría muy poco, comparado con el mal que resultaría a la patria con que los jóvenes no tuviesen mano para manejar la azada o el martillo en tiempo normal, que es el de paz.
-Tiene usted mucha razón en eso; pero nos tiene usted aún completamente a oscuras sobre la eficacia de su descubrimiento para que los españoles no se metan a contrabandistas, cazadores furtivos, bandoleros, o facciosos blancos o negros, y hasta seguimos creyendo que se parece mucho al del italiano que vendía polvos para matar pulgas.
-Bueno, crean ustedes lo que les dé la gana, que yo estoy seguro de la eficacia de mi descubrimiento.
-Pero, hombre de Dios, también es mucho cuento...
-¿Cuál es mucho cuento? ¿El que les voy a contar a ustedes?
Ciertamente es un poquillo largo, pero no renuncio a contarle si ustedes me lo permiten.
-¡Que le cuente! ¡Que le cuente!-exclamaron todos los contertulios, muy contentos, porque sabían que don Francisco se parecía a mí más de lo que a ustedes se les figura.
Digo que don Francisco se parecía mucho a mí, porque careciendo de ciencia y filosofía propias para llevar su piedrecilla al edificio de los conocimientos humanos, andaba siempre moliendo, para que se la prestase, a un señor muy bruto y muy sabio, llamado, no sé si por mal o buen nombre, el Pueblo, que tiene canteras inagotables, sin saber el muy pedazo de alcornoque que hasta diamantes finos hay en ellas.
-Ustedes -dijo don Francisco- no tendrán probablemente noticia de la Corretania.
-En mi vida la he oído nombrar.
-Ni yo.
-Ni yo.
-Ni yo.
-Pues no diré yo lo que decía un ex zapatero remendón, portero de un instituto de segunda enseñanza, a las personas que iban a ver el gabinete de física del establecimiento, después de cerciorarse de que eran legas en aquella ciencia.
-¿Qué les decía?
-«¿Ustedes -les preguntaba- entienden de física?» «No señor». «¡Ah! Pues entonces, es inútil que yo les explique a ustedes estas máquinas, porque no me han de entender». Yo no tengo inconveniente en explicarles a ustedes la Corretania, porque estoy seguro de que ustedes me han de entender perfectamente.

Así diciendo, don Francisco contó el cuento de Los Corretones, que por cierto se resiente de la falta de creencias definidas y concretas que caracteriza a nuestro tiempo, en que la vaguedad y la duda reinan en todo, por lo que me permitiré alguna vez interrumpir al narrador.

- II -

-Digo y redigo y vuelvo a decir que el gran mal de España está no tanto en la ligereza de cabeza como en la ligereza de pies de los españoles.
Yo tengo derecho a contarme entre los historiadores modernos, porque he averiguado las antigüedades nada menos que prehistóricas, de la península corretánica, y para muestra basta un botón.
Los historiadores modernos tenemos una ganga en la ciencia prehistórica, de que carecían los historiadores antiguos.
Si yo fuera historiador antiguo echaría a volar mi obra, seguro de no haber dejado cronicón, ni anales, ni becerro, ni diploma, ni cartulario, ni calendario, ni memorial que no hubiese consultado y explotado; pero cuando menos lo esperara me encontraría con que un fraile eruditón había dado con documentos de mí desconocidos, y en virtud de ellos me ponía como hoja de perejil, probándome que no sabía de la misa la media.
Como soy historiador moderno, me pongo a hurgar bajo la tierra, saco tales y cuales lápidas y fósiles, digo que unos garabatos que tienen las primeras dicen que si fue, que si vino, y que la forma y dimensiones que tienen los segundos prueban esto, lo otro o lo de más allá, y... ¡que me echen frailecitos eruditos que convirtiéndose en topos me prueben con lápidas y fósiles que el verdadero topo soy yo!
La ciencia prehistórica, que se pudiera definir: Una «ciencia que es a la historiografía lo que el catalejo a los ojos», la ciencia prehistórica es brava cosa, pues a ella debo el conocer con todos sus pelos y señales la península corretánica, tan prehistórica que ni siquiera la mencionan Estrabón ni Plinio, que tanto puntualizan en sus referencias a la región septentrional de España, y eso que de la tal península no queda más rastro que una islita de dos o tres millas de circunferencia.
Describamos la prehistórica Corretania, cuyo nombre eúscaro he traducido en castellano sin más libertad que la de latinizar su terminación, como hicieron los romanos con los ibéricos o eúscaros, de lo que son buen ejemplo los de Edetania, Bastitania, Lacetania, Carpetania, etcétera, que son puramente ibéricos con terminación latina.
Sobre esto hablaría yo hasta por los codos para echarla de historiógrafo, arqueólogo y lingüista grave; pero da la pícara casualidad de que no se me puede tomar por lo serio más que como narrador de historias vulgares, y no me quiero meter en camisa de once varas cuando la necesito lo menos de veintidós para estar un poco holgado.
A pesar de esto, no se escapan ustedes sin que les encaje un poco de geografía, arqueología, lingüística e historia.
La Corretania era una península, o más bien una subpenínsula, situada al Norte de España, con la que estaba unida por un istmo a que pertenece el único pedazo de ella que el Océano no ha conseguido tragar por más que le ha aislado por completo y ruge eternamente en su derredor, indignado de la resistencia que le ofrece aquel pedacillo de tierra cimentado en durísima roca.
En la costa de Vizcaya, entre Bermeo y el cabo Ogoño, frente a la puebla de Mundaca, o sea de la desembocadura en el mar del hermoso y fértil valle de Guernica, hay una islita que lleva el nombre de Izaro, cuya traducción es «continente redondo cercado de mar».

Librodot

En aquella islita existió desde principios del siglo XV a principios del XVIII un convento de frailes franciscanos con la advocación de la Madre de Dios. Desde que en el último tercio del siglo XIV el señor de Vizcaya heredó la corona de Castilla con el nombre de don Juan I y los monarcas castellanos fueron sucediendo en el señorío de Vizcaya, estos monarcas bajaban a fomentar sus reinados a jurar las libertades del señorío al pie del árbol de Guernica, en la iglesia de San Hemeterio y San Celedonio de Larrabezúa y en la Santa Eugenia de Bermeo, frontera a los anchos muros del solar de Ercilla, solar antes fundado que la villa como dijo el insigne cantor de La Araucana.

¡Ay! No saben ustedes con qué honda pena pienso que algunos proyectiles lanzados desde el mar por las mismas naves de la patria pueden convertir en ruinas los gloriosos monumentos que por incidencia recuerdo, si continúa esta desoladora guerra civil con que inunda de lágrimas y sangre a España una dinastía de príncipes ambiciosos y sin corazón, de quienes se ha constituido en humilde esclava la tierra más libre y altiva del mundo, pues aquella tierra había visto pasar todas las tiranías que conmemora la historia del mundo sin que osaran profanarla con su planta de tiranos.

Nunca los señores de Vizcaya tornaban a Castilla sin ir a orar y a dejar memorias de su piedad y munificencia en la verde islita de Izaro, poblada sólo por unos humildes y penitentes hijos de San Francisco, y allí se descubre aún, entre el césped y las zarzas, la memoria de los grandes Reyes Católicos, que iban como a ratificar ante la majestad del Océano indomable el juramento que acababan de hacer ante la majestad de un pueblo
nunca domado.

Un fraile, llamado Fray Pedro de Loibe, escribió hace un siglo unas curiosas Memorias de lo memorable que se hallaba en el archivo del convento de la Madre de Dios de Izaro, y estas Memorias han sido la clave de que me he valido para penetrar en las tenebrosidades prehistóricas de la antigua Corretania.

No es ésta ocasión para detenerme a referir los muchos sucesos peregrinos de que da noticia fray Pedro de Loibe; pero no debo pasar por alto dos puntos que toca en sus Memorias, porque están relacionadas con mi cuento.

«Esta isla -dice Fray Pedro- no admite dentro ningún género de animal ponzoñoso; y si los traen de fuera, quedan como turbados y dentro de media hora mueren».Y más adelante añade:«El año 1600, siendo provincial de Cantabria fray Tomás de Iturmendi
y presidente fray Martín, de Aguirre, quiso abrir una sepultura dicho fray Martín para ver lo que contenía, por ser tradición haber algunos cuerpos enteros de Santos, y tembló toda la isla, cayéndoseles las herramientas de las manos. Yo la he visto, que está en la iglesia vieja a la parte Norte respecto de la nueva, y después ninguno se ha atrevido a tocarla, atribuyéndose a la santidad de algún cuerpo que en ella yace».

Así decía fray Pedro de Loibe. Ustedes creerán...

-Permítame el señor don Francisco que le interrumpa. Siendo el señor don Francisco tan amigo mío, ya podía haber advertido que las Memorias de fray Pedro de Loibe obran en mi poder, y haber aprovechado la ocasión para llamarme ilustrado, popular u otra cosa así, aunque fuese mentira, pues bien sabe que me gustan los piropos, como a todo hijo de vecino. Me parece que nada tiene de particular el que se me llame eso, aunque sea mentira, porque he escrito cerca de treinta libros, que si no valen nada por otra cosa, valen mucho por el tesoro de gracia, de ingenio y de filosofía popular que he ido desenterrando de entre las diferentes capas sociales para encerrarle en esos libros, y particularmente en siete u ocho de ellos que se componen de cuentos y tradiciones populares, cuya adquisición y limpieza me han costado lo mejor de mi vida, pues como el pueblo, aunque ingenioso, es tan sucio y desmadejadote, estaban que no se podían ver.

Ahora que continúe el señor don Francisco.

Librodot

-Ustedes creerán que meterme en estas digresiones es gana de moler, pues nada tienen que ver con la península o subpenínsula corretánica, y menos con que la ligereza de piernas de todos los españoles sea el mayor mal de España.

Pues si lo creen, creerán may mal. Siendo la isla de Izaro resto de la antigua Corretania, y averiguado que la isla no admite ningún género de animal ponzoñoso, está también averiguado que la subpenínsula corretánica era mucho más feliz que la península ibérica, pues en ella no había los sapos y culebras que en nuestra península abundan. Y en cuanto a la sepultura cuya apertura no se podía intentar sin que toda la isla temblara, con decirles a ustedes que yo, como soy tan valiente, la abrí, y en ella encontré toda la historia de la Corretania, se convencerán de que no la traigo a cuento por gana de moler.

Les ocurrirá a ustedes que siendo Izaro una isla, no podía ser el istmo que unía a la subpenínsula corretánica con la península ibérica. No he dicho que lo sea, sino que es resto de la subpenínsula y el istmo.

Cuando el Océano se había tragado hasta aquel punto la subpenínsula y se abrió paso entre aquel punto y el continente ibérico, del que separa a la isla un canal de más de una milla, la isla que resultó recibió el nombre que correspondía a sus condiciones tópicas, siguiendo el uso constante de la nomenclatura geográfica eúscara, que siempre designa la condición más característica de la localidad. Yo les probaría a ustedes esto último,

analizando el nombre y las circunstancias características de tantas y tantas localidades como hay en toda nuestra península, con nombre perteneciente a la lengua eúscara, que es la antigua lengua ibérica, a la que pertenece el nombre de España, equivalente a labio, extremo, límite, como lo era nuestra península de Europa o del mundo conocido de los antiguos.

Para que con razón no digan ustedes que esto es gana de moler, paso a describir en pocas palabras la Corretania.

La subpenínsula corretánica tenía la forma de una pera de donguindo, porque ya saben ustedes cuán dados eran los geógrafos antiguos, de quienes yo me valgo, a estas comparaciones, como lo prueban la bota de Italia y la piel de toro de España.

El istmo que la unía con la península ibérica era el pezón o pedículo de la pera, y la actual isla de Izaro debe corresponder adonde la parte leñosa del pezón comenzaba a convertirse en carnosa.

La subpenínsula corretánica se extendía tanto Océano afuera y particularmente al Noroeste, que era un cómodo mirador, adonde iban todos los veranos los españoles para divertirse en ver a los ingleses alegrarse con la parte tónica de las bebidas alcohólicas, y a los franceses entusiasmarse con la parte espumosa.

Era la Corretania país muy hermoso, y tan apropiado para la agricultura por la fertilidad natural de su suelo, como para la industria fabril por sus ricas minas, por sus ríos y por su situación, que le daba facilísimo acceso a todos los mercados de Europa.

Los ríos de origen interior no eran caudalosos, pero lo era, y mucho, uno que la recorría en toda su extensión desde el Mediodía al Norte. Este río era el que procedía de las erriac cantábricas en la península ibérica, y después de fertilizar el valle de Guernica, penetraba por el istmo en la subpenínsula corretánica.

Dirán ustedes que el río de Guernica no es cosa mayor; pero es que entonces lo era, porque entonces llovía en el litoral cantábrico mucho más

que ahora, que sólo llueve lo necesario.

A pesar de los grandes elementos naturales que la Corretania tenía para ser un reino próspero y feliz, era un reino miserable y desgraciado.

El gran mal de la subpenínsula corretánica consistía en lo que consiste el gran mal de la península hispánica: en que los corretones eran tan ligeros de pies como los españoles.

- III -

El gobierno de la Corretania era monárquico. Cuando subió al trono el joven rey Resoluto I por muerte de su predecesor Pusilánime XVII, el estado del reino era tan lastimoso que cuantos extranjeros le visitaban decían que el Océano haría un gran bien a la Humanidad y aun a la
Corretania misma tragándose a ésta, o como decimos los modernos, haciéndola desaparecer del mapa.
No se la había tragado ya, porque lo único que no se había desatendido en ella durante el largo período en que los Pusilánimes se habían sucedido en el trono corretánico, era la reparación y conservación de unos ciclópeos muros o malecones que defendían a la subpenínsula de la invasión del Océano por la parte Norte de la misma.
Los últimos monarcas de la dinastía pusilanímica habían acabado de echar a perder el reino, concediendo con la mejor intención del mundo a sus súbditos libertades de quelos corretones abusaron escandalosamente, confundiendo la santa idea de la libertad con la abominable del libertinaje.
Las libres erriac cantábricas confinantes con la Corretania indujeron a los reyes corretánicos a ensayar las libertades populares en su reino, armonizándolas, por supuesto, con la autoridad real. Pero aun a riesgo de que piensen ustedes, con razón, que tengo gana de moler, necesito decir cuatro palabras sobre las erriac cantábricas orientales, cuyo núcleo era el territorio vizcaíno, unido materialmente al corretánico.
Las erriac o circunscripciones formaban aquella confederación cuyos nombres geográficos, en tiempos relativamente cercanos al nuestro, es decir, hace unos dos mil años, decían los historiadores romanos ser tan ásperos y bárbaros que no querían escribirlos. Las leyes de cada erriá, que se iban modificando y perfeccionando con arreglo a las necesidades públicas y a las enseñanzas de la experiencia, eran puramente
consuetudinarias y pasaban de una a otra generación conservadas en la memoria del pueblo.
Un tribunal compuesto de los dos ancianos más venerables y prudentes de la erriá, se instalaba a la sombra del arechazabal o roble grande, y castigaba el crimen y recompensaba la virtud. Cuando había que tratar asuntos graves del procomún, se tañía la bocina de batzarrac o congregación de ancianos, y todos los de la erriá se reunían,
conferenciaban y acordaban al pie del arechazabal. Cuando era necesaria la convocación de baterriac o congregación de las erriac confederadas, se tañían cinco bocinas en los cinco montes más altos de la confederación, y la Junta general se reunía so el Guernicaco-arecha, o sea el roble de
Guernica,,donde en caso de guerra se elegía caudillo de las erriac confederadas, y en todo caso se acordaba todo aquello que convenía al bien de la tierra libre.
Enamorados los monarcas corretánicos de la prosperidad y la dicha que desde tiempo inmemorial proporcionaba a sus vecinos de ultraísmo este sencillo sistema de gobierno y estas patriarcales libertades populares, prosperidad y dicha que contrastaban con el atraso y la infelicidad que ofrecía su reino, regido por leyes que no daban al pueblo participación alguna en la gobernación del Estado, empezaron a introducir en la Corretania las libertades populares de la confederación cantábrica oriental, y entonces fue cuando verdaderamente empezó Cristo a padecer, y quien dice Cristo dice la subpenínsula corretánica, porque desde entonces todo fue en ella motines, pronunciamientos, sublevaciones militares, facciosos blancos por aquí, facciosos negros por allá, de modo y manera que cuando Resoluto I subió al trono después de más de un siglo de ensayos liberalescos, parecía que la Corretania estaba a punto de llevársela la

Librodot

trampa.
Apenas se había sentado en el trono Resoluto I, recibió del hombre más sabio de toda la Corretania una exposición que en resumen venía a decir:«Señor: Tengo ya ciento veinte años y me sucede lo que al diablo, que sabe más por ser viejo que por ser diablo. He visto por mis propios ojos y he juzgado por mi propio entendimiento los ensayos liberalescos que hace un siglo se hacen cada vez con menos fruto en esta desdichada nación, y cada vez que un nuevo monarca ha ocupado el trono, he creído en mi santo
deber de patriotismo el advertirle lo que, cumpliendo igual deber, voy a advertir a vuestra majestad. Las libertades populares, que son fuente de prosperidad y dicha en las erriac cantábricas, tienen que ser fuente de perturbación, de tiranía y de miseria aplicadas a la Corretania, por la razón sencilla de que la confederación cantábrica ha nacido y ha crecido en aquellas libertades y son en ella una segunda naturaleza, al paso que el pueblo corretánico ha nacido en el sistema de gobierno opuesto, y a su vez ha formado una segunda naturaleza de tal sistema.»El hombre que en toda su vida no ha gastado más ropa que un taparrabo, se siente tan ricamente así; pero si un día le visten de pies a cabeza, se achicharrará o vivirá en prensa y renegará dando a doscientos mil de a caballo el abrigo o la opresión del traje. El hombre que desde que nació ha vivido bien arropadito, está tan contento, tan sano y tan guapo viviendo así; pero si un día le obligan a no gastar más ropa que un taparrabo, le da una pulmonía que se le llevan doscientos mil demonios.»En resumidas cuentas, señor: el día en que a las erriac cantábricas se empiece a quitarles sus libertades populares empezarán a hacerse tan revoltosas y desdichadas, cuanto con ellas son pacíficas y felices; así como el día en que empezó a dar a la Corretania libertades populares empezó a hacerse revoltosa y mucho más desdichada que lo era sin ellas.
Cercenar o abolir las libertades de las erriac, sería levantar una perpetua bandera de rebelión sobre cada techo.»No digo que al fin y al cabo las erriac cantábricas no llegasen a connaturalizarse con la tiranía, y la Corretania no llegue a connaturalizarse con la libertad; pero para estos cambios de naturaleza se necesitan siglos, y suponiendo que el cambio haya progreso, la cura es cien veces peor que la enfermedad.»Suplico, pues, a vuestra majestad que medite mucho la política que ha de seguir en la gobernación de su pueblo, y no olvide que el sistema liberalesco (y no liberal) ensayado por sus augustos antecesores durante el último siglo, ha dado fatales resultados.»Es natural que vuestra majestad no sepa todavía cuál es la política que ha de seguir, porque es muy joven, y lo ha encontrado todo patas arriba; pero también es natural que sepa que esto va mal, muy mal, retemal, y, por tanto, hay que resolverse a ensayar algo nuevo.»Si vuestra majestad necesita de la experiencia de este pobre cañoño para meter en vereda a los corretones, que confunden la libertad con el libertinaje, no tiene nada más que levantar el dedo y, me tendrá a su disposición».
-¿Saben ustedes -dijo el joven rey, que era listo como un demontre- que el abuelo éste habla con cabeza? La verdad es que esto va muy torcido y ni Cristo lo endereza mientras no haya quien diga: «Herrar o quitar el banco»; porque andarse con paños calientes, es andarse con tonterías y armas al hombro. Y me parece que quien va a decir eso soy yo. Pero, francamente, eso de mermar las libertades a mi pueblo me hace poquísima gracia, porque lo que yo quisiera es aumentárselas. El abuelito ése dice que los corretones confunden la libertad con el libertinaje, y me parece que en eso habla también con cabeza.«Aquí no hay agricultura, ni fabricación, ni comercio, ni nada, cuando se pudiera ganar el oro y el moro cultivando esos fértiles campos que están cubiertos de zarzales, llenando de fábricas las riberas de esos ríos que están desiertas, y poblando de buques de carga y descarga esos puertos donde no se ve una vela.»Aquí todo ciudadano se dedica a corretear burlándose de las leyes, merced a su ligereza de piernas. Todos los días tenemos motines, y pronunciamientos y formación de

Librodot

facciones con pretexto de esto o de lo otro o lo de más allá. Señor, que la facción está en tal o cual parte.
Sale en su persecución la tropa, y echando los bofes consigue sorprenderla; pero los facciosos toman las de Villadiego, dispersándose por los montes, y... ¡cógelos del rabo!»La Guardia civil tiene noticia de que una partida de ladrones está al anochecer metiendo mano a los viajeros de Lapurcozubi; llega allá al amanecer, segura de que les va a echar el guante, ¡y se encuentra con que ya están diez leguas de allí!«Toda la frontera y la costa están llenas de carabineros para impedir y perseguir el contrabando que arruina a la Hacienda pública, y el contrabando entra por todas partes como Pedro por su casa, y no hay medio de echar la mano a un contrabandista, porque, amigo, ¿quién puede con la ligereza de piernas que tienen?»Todos los días tiene el Gobierno reclamaciones y amenazas de guerra de los Estados vecinos por que contrabandistas y facciosos y malhechores corretones han penetrado en su territorio y han hecho barbaridades, prevalidos de su ligereza de piernas.
»Cuando por casualidad rinden las tropas alguna fortaleza facciosa sin que puedan tomar el tole sus defensores, tiene que fusilar a los prisioneros, porque si no, por arte o por parte se escapan, y vuelta a las andadas.
»Es inútil poner guardas en los sotos para impedir la caza en vedado, porque hormiguean los cazadores furtivos; y como por casualidad no alcance a alguno una bala, ¿quién ha de alcanzar a hombres que tienen las piernas tan ligeras?
»De modo que esto es una perdición, porque no hay hombre en la Corretania, como no sea algún cojitranco o viejo que no puede con los calzones, que, prevalido de su ligereza de piernas, no se dedique a contrabandista, a cazador furtivo, a bandido o a faccioso blanco o negro.»Así, ¿qué ha de suceder sino estar completamente perdidas la agricultura y la industria, porque nadie quiere trabajar en los campos ni en los talleres, y todos quieren andar de viga derecha?...
»¡Porrazo! -añadió el rey dando uno tremendo en la mesa con el puño cerrado, porque, aunque joven, era muy templado y tenía un geniecito que ¡ya, ya!- ¡Esto no puede seguir así! ¡O yo pierdo el nombre que tengo, o hago entrar en vereda a los corretones!»

- IV -

Más quemadas aún que el rey Resoluto I estaban las solteras y las casadas de la Corretania con la vida que traían sus señores novios y maridos.
Para dar idea aproximada del disgusto de unas y otras, voy a traducir de la lengua eúskara (que era, por supuesto, la que se hablaba en la Corretania) dos discursos, uno de ellos de una soltera, y el otro de una casada, que encontré en los curiosísimos documentos encerrados en la supuesta sepultura de cuerpo santo de que habla fray Pedro de Loibe en sus Memorias de Izaro.
Debo advertir que el cronista a quien debemos el que hallan llegado a nosotros las de la Corretania pone a la cabeza de cada discurso el lema: Ascorac-bat, que equivale: «Muchas en una», con lo que advierte ingeniosamente que lo que decía una soltera o una casada era lo que decía todo el gremio.
He aquí el discurso de la soltera:«¡Por vida del otro Dios, que es divertido el tener novio en la Corretania, como no tenga una la suerte de que el novio sea cojo! ¿Cojo? ¿Y quién es la maja que pesca un novio así, entrando tan pocos en libra y alampándose todas las chicas por los pocos que entran? Los meses enteros se le pasan a una sin ver al novio y aun sin saber si es

vivo o muerto, porque siempre ha de estar el novio correteando por esos mundos de Dios, cuando no metido a faccioso, metido a contrabandista ¡u otra cosa peor!
Así, además de no verle casi nunca, está una casi siempre con el alma en un hilo, pensando que si le cogerán y le fusilarán, ¡o si se enredará con otra en esas tierras por donde anda!... ¡Y vaya si es natural que una piense y tema esto! Como tienen las piernas tan ligeras nuestros hombres, rara vez se dejan coger; pero cuando los cogen los fusilan sin remisión para que no vuelvan a las andadas. Mi novio pruebas me ha dado de que me quiere; pero como cuando vuelven siempre están contando que en la tierra por donde han andado todas las chicas eran prodigio de hermosura y gracia y todas se enamoraban de ellos, y hasta con millonarias podían haberse casado allí si hubieran querido, ¡está una que no le llega la camisa al cuerpo en cuanto pierde al novio de vista!»¡Válgame Dios, qué dichosos seríamos mi novio y yo si mi novio, en lugar de pasar la vida correteando, sabe Dios por dónde, la pasara en el pueblo como los pocos cojos que en el pueblo hay, trabajando en la heredad o en el taller!
»Figurémonos que fuera labrador y se pasara el día layando, cavando, arando, o recolectando en unas hermosas heredades que hiciese en los zarzales de la ribera del río, donde la tierra es tan buena que, según me ha dicho Mari Juana, su novio Pepe Antón el cojo coge cuarenta fanegas por cada una que siembra en las heredades que allí ha hecho. Desde la ventana o desde el huerto de casa le estaría yo viendo todo el día, y hasta nos diríamos nuestras cosas por medio de cantares, tal coma este, con que ayer Mari Juana y Pepe Antón se decían las suyas:
-Querida Mari Juana,
no te sonroje
el tener novio cojo,
que el cojo coge.

-Pepe Antón, yo por eso
no me sonrojo,
que entre manos y piernas
manos escojo.

-Anden los corretones
con pies de plomo,
y no serán bribones
de tomo y lomo.

-Así buenos labradores
como buenos artesanos
no los hacen buenas piernas,
que los hacen buenas manos.

»Cuando alrededor de mediodía bajara yo a la fuente, con pretexto de traer agua fresca para la hora de comer, mi novio desde su heredad oiría mis cantares, cogería la mejor fruta que hubiera en los árboles de la heredad, y saldría al seto a obsequiarme con ella y charlar un rato conmigo.
»Cuando a la caidita de la tarde me oyese cantar, bajando otra vez a la fuente con pretexto de traer agua fresca para la cena, se apresuraría a salir también al seto para hacerme otro regalito y tener a media luz otro rato de palique conmigo.
»Después que cenara se vendría hacia acá como haciéndose el tonto, y al ver que yo le esperaba ya asomada a la ventana, se acercaría callandito, y mientras los viejos se entregaban

como troncos al primer sueño, él de abajo y yo de arriba, ¡qué de cosas tan dulces y tan hermosas nos diríamos!

»Pero, hija, esto de no vernos más que de higos a brevas, y estar una siempre volada pensando si le fusilarán o se enredará con otra por esos mundos de Dios, y una se quedará para vestir imágenes, ¡es para matar un caballo!»

Así discurrían y se lamentaban las solteras; y en cuanto a las casadas, discurrían y se lamentaban de este otro modo:

¡Jesús, Jesús, esto no se puede sufrir! ¡Está una cuando soltera con el pío pío de casarse, y así que una se casa es cuando comienza Cristo a padecer! ¡Qué azotes tan bien dados le daría yo a la pícara que sabe lo que en esta Corretania pasa con los hombres, y todavía tiene valor para casarse!»¡Jesús qué hombres! ¡No se les tronzaran las piernas (Dios me perdone) el día que se casan, a ver si así se conseguía que dejasen de corretear y viviesen como Dios manda con su mujer y sus hijos!»Aquí me tienen ustedes a mí cargada de chicos, que son el enemigo malo, pues no piensan ni suenan más que en ir a correr las aventuras como su padre así que estén un poco espigados, y, como dijo el otro, ni soltera ni casada ni viuda es una. En primer lugar, pasa una la pena negra con tantas boquitas como tiene que tapar, porque los señores hombres le dejan a una miseria, creyendo sin duda que una tiene la virtud de hacer milagros y puede convertirlos ochavos en onzas de oro, y no sale una de una ración de hambre y otra de necesidad, pues en esta pícara tierra no tiene la mujer dónde ganar un cuarto, porque ni hay fábricas, ni comercio, ni nada.

»Luego está una siempre pensando: ¡Señor, si le cogerán, y por consiguiente, le fusilarán! ¡Si, como no hay cosa más ligera que las balas, le alcanzará algún balazo! ¡Si, como cuentan cuando vuelven tantas grandezas de las tierras donde han andado, le dará la tentación de quedarse para siempre por allá! ¡Si, como dicen que en esas tierras todas las mujeres son unas diosas y se despepitan por ellos, la echará de soltero y se enredará con alguna de ellas!

»¡Señor! Si sucede algo de esto, ¿qué va a ser de una habiéndose ido cargando con tantos chicos?,

»¡Y pensar que podíamos vivir como el pez en el agua, y si no vivimos es porque ese hombre se empeña en andar siempre correteando, metiéndose hoy a contrabandista, mañana a cazador furtivo, esotro a faccioso blanco o negro para andar siempre a salto de mata y tener el gustazo de burlarse de la justicia, prevalido de que tiene las piernas ligeras!...»¡Malhaya la ligereza de piernas de estos pícaros hombres, que la

Corretania y ellos y sus pobres mujeres y sus hijos ganaríamos mucho con que todos fueran cojitrancos, pues así no pensarían en andar de Herodes a Pilatos, y harían la que hacen los pocos cojos que hay en el pueblo que es ganarse la vida honradamente en su taller o su heredad, con su mujer y sus hijitos al lado!...

»¡Cada vez que pienso en la vida que pasaríamos si ese hombre tirara, pongo por caso, por la labranza, pierdo el juicio y me parece que se puede alcanzar el cielo sin salir de la tierra!»Como en las cercanías del pueblo lo que sobra es tierra que sólo produce broza y podría producir excelentes cosechas de cuanto Dios crió, sin más trabajo que, como quien dice, arañarla un poco y tirar la semilla, podríamos hacernos en nada de tiempo con unas cuantas heredades de lo mejor, con sus hileras de frutales y todo en las lindes. Además pondríamos nuestra poca de viña y plantaríamos un castañarcito y una docena de nogales.

»Con el respeto que el padre impone a los chicos, pues a las madres no nos hacen caso, los chicos irían mañana y tarde a la escuela y se criarían como Dios manda. Yo me ocuparía muy tranquila en el gobierno de la casa, y el rato que tuviera desocupado me iría a acompañar a mi marido en el trabajo de la heredad, haciendo lo que buenamente pudiera.

Tendríamos nuestras gallinas, nuestra vaquita y nuestra parejita de bueyes con que aquél labraría la tierra, bajaría leña del monte para el invierno, y se ganaría buenos cuartos

Librodot

carreteando por ahí cuando la labranza lo permitiera. Además, criaríamos, con perdón de ustedes, nuestro par de cerditos, que mataríamos por Nochebuena y nos llenarían la casa de morcillas, longanizas y perniles. Como en un rincón de las heredades tendríamos nuestra miaja de huerta, todos los días me iría yo allá por la mañanita y volvería a casa con un delantazo de habas, de guisantes, de alubias, de repollo, de cebollas, de pimientos, de tomates, en fin, de todo lo que se necesita para el buen gobierno de la casa. Los chicos, que rabian por la fruta y cada día me dan una sofocación apedreando los frutales de los pocos vecinos que los tienen y vienen a quejárseme de las fechorías de esos enemigos, ¡cómo se consolarían de fruta los pobres sin que nadie tuviera que decirles nada!

»Todas las noches cenaríamos todos juntos en paz y en gracia de Dios, rezaríamos el rosario, nos acostaríamos y dormiríamos como unos bienaventurados.

»El domingo tendría yo la ropa de mi marido y mis hijos más limpia que la plata, porque a pobre me ganarán a mí, pero ¡caramba! a limpia no me gana ninguna, y bajaríamos juntos a misa con los chicos delante más alegres y aseados que el mismo sol.

»Desde primeros de agosto a fin de octubre iríamos llenando la casa de trigo, de maíz, de alubias, de patatas, de manzanas, de castañas y de nueces, y con todo esto y el ítem del par de cerditos que reventarían de gordos en la cuadra, y el par de barricas de vino que trascenderían a gloria en la cubera, ¡ya podían venir lluvias y nieves y fríos y truenos y relámpagos durante el invierno, y la primavera, que a nosotros poco cuidado se nos había de dar!

»Pero es tontería que una piense en esto, que aquél no ha de dejar de corretear mientras no le fusilen o no pueda ya con los calzones. Y... vamos, podría una consolarse un poco si pudiera esperar que los chicos no habían de salir a su padre; pero sí, ¡buenas y gordas! A los chicos les sucede como a todos los de la Corretania, por buen aquél que tengan: como desde que tienen uso de razón viven embobados oyendo contar grandezas y valentías de contrabandistas y cazadores furtivos y bandidos y facciosos e invasores de territorio extranjero, que siempre se les representa triunfantes de los encargados de perseguir a los que falten a las leyes y siempre aparecen ganando el oro y el moro y enamorándose de ellos las mujeres más ricas y hermosas, aunque tales grandezas y valentías y triunfos y enamoramientos sean descaradas patrañas, cuya única razón sea

aquello de a luengas tierras luengas mentiras, apenas hay en la Corretania un chico cuyo sueño dorado no sea llegar a hombre para meterse a contrabandista, o cazador furtivo, o bandido, o invasor de territorio extranjero, o faccioso blanco o negro, y mis chicos son en esto el vivo retrato de casi todos los chicos de la Corretania».

Tales son los discursos de una soltera y una casada de la subpenínsula corretánica que encontré en la supuesta sepultura de cuerpo santo, y conviene recordar que ambos estaban encabezados con el significativo Ascorac-bat eúscaro.

- V -

Decidido el rey Resoluto I a poner pies en pared para acabar de una vez con la afición de los corretones a ganarse la vida andando siempre a salto de mata en vez de ganársela trabajando honradamente, reunió su

Consejo de ministros, y ocupando la presidencia, inauguró el consejo con el siguiente discursito:«Señores, el asunto que vamos a tratar es de padre y muy señor mío, como que hay que acordar medidas eficaces para acabar de una vez con el escándalo de que viene siendo teatro la Corretania desde que mis gloriosos antecesores, con fines muy patrióticos y santos, cuales eran los de que a sus súbditos no se les hiciesen los dientes agua viendo las libertades

de las erriac cantábricas nuestras vecinas, empezaron a introducir en la subpenínsula libertades populares.
»Hay que buscar algún medio de evitar que continuemos siendo el escándalo de Europa con nuestra holgazanería y nuestro espíritu revoltoso.
Conque a ver, señores consejeros míos, si se aguza el entendimiento y se encuentra el consabido medio»
-Yo creo haberlo encontrado -dijo el ministro de la Guerra.
-Veamos cuál es.
Uno muy sencillo: a todo hombre que abandone su heredad o su taller para irse a corretear en contravención de las leyes, contrabandeando, cazando en vedado, metiendo mano a los viajeros o haciéndose faccioso blanco o negro, se le quema la casa y se le apalea, y aun, si es necesario, se le fusila el padre, la madre y los hijos o el pariente más cercano.
-Esa, señor ministro, es una barbaridad.
-Mayores barbaridades hacen ellos.
-En algo se han de diferenciar los que representan la ley, y, por tanto, la justicia, de los que representan la ilegalidad, y, por tanto, el crimen.
-Si no, se sigue fusilando a todo el que se coja contraviendo la ley.
-Eso es muy cómodo, pero tiene grandes inconvenientes; primero, son muy pocos los que se dejan coger, porque los corretones tienen los pies muy ligeros; segundo, la efusión de sangre, aunque sea de criminales, me repugna profundamente, y es indigna de estos tiempos en que con razón se duda que sea justo matar a un hombre para castigar la muerte de otro; tercero, todo buen gobierno debe procurar el armamento de la población, y con la pena de muerte, la población disminuye; y cuarto, el que muere por
revoltoso, de criminal se convierte en mártir. Conque a buscar otro medio de salir del paso, que ése sólo sirve para embarrancarnos más.
-Pues a mí -dijo el ministro de la Gobernación- me ocurre uno que no tiene los graves inconvenientes que reconozco en los que acaba de indicar mi respetable colega.
-Vamos a ver cómo baila Miguel.
-Yo creo que aunque los últimos monarcas han cercenado mucho las libertades populares, no las han cercenado bastante...
-En este asunto me abstengo yo de meterme por respeto a mis augustos antecesores y por convicciones propias. Continúe el ministro de la Gobernación.
-Continúo. Digo que conviene cercenar aún más sus libertades a los corretones...
-Yo no estoy por esos cercenamientos. En primer lugar, falta averiguar si las pocas que le quedan son causa de su espíritu levantisco, cosa que estoy muy lejos de creer; y en segundo, cuanto más se les tiranice, más razón tendrán para rebelarse. Hable otro de mis consejeros, que los que han hablado no han dado pie con bola.
En efecto, los demás ministros hablaron sucesivamente, y sucesivamente fueron disparatando.
-Señores -dijo el rey después de oírles a todos-, ustedes serán muy alhajas para todo, pero no sirven para gobernar la nación cuando todo está patas arriba, y no ciertamente por culpa del nuevo monarca.
-Pues señor -dijo el presidente del Consejo- el ministerio tiene le honra de presentar a vuestra majestad su respetuosa dimisión.
-Y yo tengo la honra de admitirla en el acto -contestó el rey-, que honra es para todo monarca el mandar a paseo a los consejeros que no sirven más que para aconsejarle picardías o borricadas.
El rey, apenas se retiró del consejo, envió a llamar con toda urgencia al viejo de ciento veinte años.

Librodot

Mientras el cañoño llega, voy a referirles a ustedes dos lances que vienen a cuento y me han sucedido estos días.
A mí me gusta mucho pasear por el campo, sobre todo cuando el campo es tan ameno, tan verde, tan frondoso, tan variado, tan pintoresco, tan rico de tonos, tan fértil, tan bien cultivado como éste que rodea a
Madrid...
-El señor don Francisco ha de perdonar si le digo que nada tiene de particular que el campo que rodea a Madrid sea así, puesto que toda España le fertiliza.
-Pues por eso digo que lo es. Como iba a decir, días pasados fui a dar un paseo por esos poéticos campos, y sacando del bolsillo un periódico noticiero, iba leyéndole por la linde de una heredad.
Un labrador que cojeaba de una pata y, como ustedes verán, cojeaba aún más de la cabeza y el corazón, trabó conversación conmigo.
-Diga usted, caballero -me preguntó-, ¿qué noticias trae de los carlistas ese papel?
-Que andan los carlistas muy boyantes.
-¿Dónde, en el Norte?
-Y en Cataluña y en el Centro.
-¿En el Centro también? Pues trabajillo les mando a éstos para acabar con ellos. Ya sabe usted lo que pasó la última vez que nos levantamos en Cataluña y el Maestrazgo.
-Sí, ya sé que a pesar de estar entonces la nación en paz y prosperidad y no perdida como ahora, y de no haberlos secundado ni un hombre en el Norte, costó años enteros el acabar con ellos, y se acabó sabe Dios cómo. Pero ¿por qué ha dicho usted «nos levantamos» y no «se levantaron»?
-Porque yo estuve con ellos.
-¡Hizo usted mal!
-¿Mal? Si no fuera por esta pícara pata coja, ya me tenía usted hace tiempo luciendo la boina.
Ira me dio el oír a aquel cojitranco hablar así, y viendo que se acercaba la noche, me vine hacia Madrid.
Al pasar yo por frente de una fábrica, salieron de ella dos trabajadores y tomaron delante de mí. Uno de ellos era ya anciano, y el otro era joven y cojo.
Cuando entrábamos por la puerta de Alcalá oímos pregonar un papel que anunciaba la rendición de los cantonales de Cartagena.
-¿Será verdad eso, caballero? -me preguntó el anciano, muy conmovido.
-Yo creo que sí -le contesté.
-No extrañe usted que se lo pregunte, porque tengo un hijo con los cantonales, y gracias que no tengo dos.
-Le compadezco a usted, amigo.
-¡Sabe Dios lo que habrá sido de él!
-Pero por fin, si le queda a usted otro...
-Eso sí señor. El otro es éste que usted ve. De buena gana se hubiera ido con su hermano; pero como tiene el defecto que está usted viendo, no ha tenido más remedio que quedarse en la fábrica ganando, como yo, su buen jornalito. De suerte que no hay mal que por bien no venga. Yo creo, caballero, que Dios nos haría un gran favor a todos los españoles si nos pusiese cojos... con tal que la cojera no fuese cosa mayor, como no lo es la de éste.
Volviendo a la Corretania, nos encontramos con que el cañoño de ciento veinte años se había apresurado a acudir al llamamiento del rey
Resoluto I.
El rey tenía las dotes de orador que debe tener un buen rey, reducidas a hablar con sencillez, corrección y claridad...

Librodot

-El señor don Francisco me permitirá preguntarle por qué se han de reducir a eso las dotes de orador de un buen rey.
-Porque está averiguado que los pico de oro gobiernan muy mal, sin duda porque toda la fuerza se les va por la boca
El rey tomó la palabra y explicó perfectamente al cañoño su deseo de encontrar un medio eficaz de obligar a los corretones a pasar la vida trabajando honradamente, en vez de pasarla correteando de aquí para allá como contrabandistas, como cazadores furtivos, como bandidos o como facciosos blancos o negros.
-Haga vuestra majestad cuenta de que ya ha encontrado ese medio -contestó el cañoño.
-Pero ha de ser tal, que no coarte las libertades populares ni repugne a la Humanidad.
-Nada de eso, señor. Así que se ponga en práctica, vuestra majestad podrá aumentar las libertades populares de la Corretania sin el menor peligro de que el pueblo abuse de ellas; y la Humanidad habrá ganado mucho, porque habrán acabado para siempre esos atroces fusilamientos con que hoy se manda al otro barrio al contrabandista o al cazador furtivo, o al bandido o al faccioso blanco o negro o colorado a quien se echa la uña.
-Esos fusilamientos también me parecen a mí atroces; pero no hay más remedio que pasar por ellos, porque si no se fusila a los prisioneros, como tienen los pies tan listos, se escapan y vuelta a las andadas.
-Pues yo he encontrado medio seguro de que los corretones que aún no han correteado no vayan a corretear, y de que no haya necesidad de fusilar a los que en la actualidad corretean. Vuestra majestad sabe que la circuncisión es operación dolorosa, y a pesar de eso, donde se usa se la tiene por saludable y santa. Vuestra majestad sabe que en los países civilizados apenas hay mujer a quien de niña no se le haya hecho un agujero en cada oreja, y sin embargo, a nadie le ha ocurrido combatir esa costumbre como cruenta e inhumana, aunque sólo resulta de ella la satisfacción de una ridícula vanidad. Vuestra majestad sabe que los letanazos con que se vacuna hacen ver las estrellas, y no obstante, no hay quien no los tenga por muy útiles...
-Habla usted con cabeza, abuelito.
-Vuestra majestad sabe también que la ciencia ha adelantado hasta el punto de que hoy es posible cortarle a uno, sin que sienta el menor dolor, aunque sean las narices, con sólo aplicarle a ellas un poco de cloroformo u otro anestésico.
-Abuelito, me parece que le veo a usted venir. Si lo que usted me va a proponer es lo que yo me figuro, no hemos adelantado nada, porque lo que yo quiero no es que los fusilados mueran sin dolor.
-Permita vuestra majestad que interrumpa su honrada palabra diciéndole que ni vuestra majestad me ve venir, ni yo quiero que se fusile a nadie sin dolor ni con dolor.
-Pues si no, ¿qué es lo que usted quiere, abuelito?
-Lo que yo quiero es que por medio de una operación quirúrgica, que será muy poco cruenta sin el uso de anestésicos, y con el uso de ellos ni siquiera se sentirá, se imposibilite a los unos de meterse a corretones cuando sean hombres, y se imposibilite a los otros cuando caigan prisioneros, sin necesidad de fusilarlos, de volver a las andadas; todo, por supuesto, sin que a unos ni otros sirva del menor obstáculo la operación de que se trata para atender a las necesidades lícitas de la vida y dedicarse al trabajo en la heredad, en el taller, en las minas, en las fábricas y en los establecimientos comerciales.
-¡Hombre -exclamó el rey, abriendo tanto ojo al oír esto-, explíquese usted, que estoy en ascuas hasta saber de qué operación se trata!
-Se trata, señor, de una sencilla solución de continuidad del tendón de Aquiles, cuyo resultado será que los corretones corporalmente se ladearán un poco, y moralmente andarán derechos como un huso. Se trata de conmutar a los prisioneros el fusilamiento por la cojera, que

Librodot

permitirá ponerlos inmediatamente en libertad, sin peligro de que vuelvan a las andadas, y se trata de encojecer a los niños para que cuando sean hombres vayan a trabajar como Dios manda, y no a hacer picardías como manda el diablo.
Al oír esto, el rey Resoluto I se quedó un momento parado, reflexionó, y encandilándosele los ojos de alegría, exclamó:
-¡Habla usted con cabeza, abuelito, habla usted con cabeza! Queda usted nombrado presidente de mi Consejo de ministros y encargado de la formación de nuevo Gabinete, cuya política tendrá por ancha base el luminoso proyecto que acaba usted de someter a mi aprobación.

- VI -

Las Memorias de la Corretania que yo, como soy tan valiente, encontré donde fray Pedro de Loibe, como era tan candoroso, creía haber cuerpo santo, dan un salto de más de medio siglo, pues al volver a hablar del rey
Resoluto I nos le presenta ya muy anciano, aunque no tanto como el cañoño que sabemos se echó de consejero poco después de su advenimiento al trono corretánico.
La Corretania había experimentado transformación maravillosa en el reinado de Resoluto I, fuese por el justo medio que este monarca había adoptado en punto a libertades populares, o fuese (como yo creo, por más que los filántropos lo lleven a mal) por haberse puesto en práctica en la subpenínsula el ingenioso medio ideado por el cañoño para impedir el correteo.
La subpenínsula era una balsa de aceite y una colmena de abejas desde que se adoptó en ella la solucioncita de continuidad del tendón de Aquiles, practicada sobre el calcañal a todos los varones, previa la administración de un anestésico, que permitía cortarle a uno aunque fueran las narices sin que uno lo sintiera.
Es verdad que todos los corretones eran cojos, pero las corretonas decían que su cojera les hacía retemuchísima gracia, porque así los hombres tenían a cada paso unas caiditas que enamoraban.
Ni guerras fuera, ni pronunciamientos dentro, ni en toda la subpenínsula un bandido que metiera mano a los viajeros, ni un contrabandista, ni un faccioso blanco ni negro ni rojo.
Así, el bello ideal del rey de ver a sus súbditos, en la heredad y en el taller, y el bello ideal de las solteras y las casadas de ver al novio o al marido hechos unos perritos falderos, se habían realizado por completo.
La población se había duplicado, los puertos estaban constantemente llenos de buques, las fábricas hormigueaban por todas partes, la agricultura podía competir con la más adelantada y multiplicada de Europa, la minería había adquirido un desarrollo inmenso, los pueblos comerciales e industriales habían centuplicado su población, su vida y su riqueza: en resumen, la Corretania gozaba de tal prosperidad, que la envidiaban todas
las plagas de Egipto; porque la Corretania les hacía muy mal tercio con su industria fabril y los productos de su suelo, con que no podían competir de ningún modo ni en precios ni en calidad las susodichas naciones.
El rey Resoluto I se consideraba dichosísimo viendo aquella prosperidad y pensando cuán desgraciado había encontrado a su pueblo, y cuán dichoso le iba a dejar el día que él cerrase el ojo.
Este día llegó, y la Corretania, después de llorar la muerte de tan gran rey, como pueblo alguno no ha llorado la del suyo, llenó la subpenínsula de monumentos conmemorativos y apologéticos del glorioso
Resoluto I.

Las naciones que tenían tirria y mirria y mala voluntad a la Corretania porque su industria fabril y los productos de su suelo no podían competir en ningún concepto con los corretáneos, así que tuvieron noticia del fallecimiento de Resoluto I, conferenciaron secretamente para ponerse de acuerdo sobre dos puntos, a saber: el de la conveniencia de arruinar a la Corretania, y el de los medios de que se habían de valer para procurar esta ruina.
En cuanto al primer punto, se resolvió afirmativamente sin la menor vacilación ni duda; y en cuanto al segundo, los pareceres fueron diversos y acalorada la discusión.
La idea de declarar la guerra a la Corretania con cualquier pretexto fue muy bien acogida y estaba a punto de aprobarse, teniendo en cuenta que, como los corretones eran cojos, sería fácil vencerlos, a pesar de su gran poder y riquezas; pero una sencilla observación hecha por uno de los representantes de las naciones, para tan pérfidos fines congregados, bastó para que se desechase por unanimidad la idea de la guerra.
La observación fue ésta:
-Es verdad que los corretones son cojos, pero también lo es que no son mancos.
Por último, para no moler con la reseña completa de aquella infame discusión me limitaré a añadir que se acordó minar la paz, la prosperidad y la concordia de la Corretania, introduciendo en ella por lo fino groseras ideas subversivas de toda sociedad cimentada en el buen sentido práctico, que era la base de la prosperidad y la dicha del pueblo corretánico.
El sucesor de Resoluto I, que tomó el nombre de Choriburu no sé cuantos, era dignísimo de este nombre, perteneciente a la lengua ibérica y equivalente a Cabeza de Chorlito.
Si así como le tocó ser rey le hubiera tocado ser arquitecto, hubiera hecho casas del techo siguiente:
En los solares del cielo
tengo de hacer un casa,
que yo estoy sube que sube,
y tú estás baja que baja.

Ya saben ustedes por propia y dolorosa experiencia que son la mayor calamidad del mundo los estadistas ideólogos, es decir, los estadistas que tienen el comedor en la tierra y el resto de la casa en el éter. Pues figúrense ustedes lo que los reyes ideólogos serán, y calculen qué alhaja serías Choriburu no sé cuántos, que era flor y nata de esta casta de
pájaros.
Por de contado, se rodeó de una turba de filósofos llamados del porvenir, que en materia de religión, cuando más, reconocían un Ser
Supremo, aunque no le hubieran reconocido por tal si se les hubiese presentado a cobrarles una letrita de cinco duros; y en materia de libertad eran tan anchos de manga, que, cuando menos, disculpaban todos los horrores de la plebe, calificándolos, de «transformaciones de la historia que conducen, al progreso de la idea»; y en materia de popularidad era la suya tan entrañable, que cuando alguno de ellos pescaba un Gobierno civil de provincia, y había elecciones, ahorraba al pueblo hasta el trabajo de romperse la cabeza en busca de candidatos a quienes dar sus sufragios pues se los proporcionaba en amigotes particulares suyos; y para que la votación fuera más lucida, y, por tanto, el pueblo no pudiera ser acusado de indiferentista en materias tan trascendentales como
la elección de diputados a Cortes, estiraba, estiraba de tal modo los sufragios emitidos, que convertía en millares las centenas. Choriburu no sé cuántos convino por de pronto con sus amigos y consejeros los ideólogos del porvenir, en que era un horrible atentado a la personalidad humana, cuyos derechos eran imprescriptibles y anteriores y superiores a toda

legislación, la solución de continuidad del tendón de Aquiles, y la tal solución fue abolida, por lo que en la Corretania empezó a cantarse:

¡Ya te han restablecido,
tendón de Aquiles,
y ahora fastidiaos,
guardias civiles.
Pronto en la Corretania
los cojitrancos
seremos facciositos,
negros o blancos.

Y, en efecto, así que fue espigando la nueva generación de corretones, o sea antes de transcurrir veinte años, la idea traída del Extranjero y sembrada en la Corretania por los filósofos del porvenir, cuyo gran maestre y favorecedor era el rey Choriburu no sé cuántos, brotó por todas partes en forma de mocetones, con los pies más listos que un ajo, y el trabuco, el puñal o la lata de petróleo en la mano, y la Corretania se convirtió en un volcán moral y material, a cuya siniestra luz se frotaban las manos de satisfacción, allá a lo lejos, los que desde allá a lo lejos le habían encendido.

Lo primero que hicieron los filósofos del porvenir fue arrasar los monumentos levantados al glorioso Resoluto I y su sabio consejero el cañoño de ciento veinte años, porque decían que eran atentatorios a la fraternidad humana, que ha borrado el nombre de patria, como nombre impío para sustituirle con el santo de cosmos.

Un siglo después, la subpenínsula corretánica era lo que hoy es la isla de Izaro, reliquia suya, cuyo providencial destino es conservar la memoria de aquel gran continente tragado por el Océano. La soledad y las ruinas que hoy vemos en la isla de Izaro son la imagen compendiada de la soledad y las ruinas que ofrecía en toda su extensión la subpenínsula corretánica un siglo después de la muerte, por decapitación popular de su
último rey Choriburu no sé cuántos.

Entonces Dios dijo al Océano:

-Haz desaparecer ese padrón de ignominia que avanza hacia tu turbulento y fecundo seno, y sólo conserva para memoria de la existencia de la Corretania y para lección de las libres, honradas y sensatas erriac cantábricas, sus vecinas, un pedacito de tierra que eternamente se ofrezca a la vista de las erriac de tal modo, que casi proyecte en él su santa sombra el Guernicaco-arecha.

Obediente el Océano cantábrico a la única voz que tiene autoridad sobre él, rugió como gigante león calenturiento, embistiendo a la Corretania en todo su perímetro, desguarnecido ya de aquellos ciclópeos muros, cuya conservación ni aun la dinastía de los Pusilánimes había descuidado, y pronto la Corretania desapareció del mapa de Europa.

Aquí tienen ustedes el cuento de los corretones; y perdónenme lo mucho que les he molido con mis digresiones mientras lo he contado.

No hay de qué perdonar, don Francisco; pero permítame usted que le pregunte qué ha querido usted decirnos con ese cuento.

-¿Qué he querido decirles a ustedes? Nada: que a continuación de donde estuvo la subpenínsula corretánica está la península ibérica.

Todos callamos y reflexionamos al oír esta contestación; pero todos penetramos al fin su sentido, y dijimos para nuestros adentros: « ¡Te veo, besugo!»

Librodot

La viña mágica

- I -

La Humanidad tuvo en los tiempos antiguos quien la redimiese del pecado, y en los tiempos modernos tiene quien la redima de la miseria. Si bendice al redentor antiguo, también debe bendecir al moderno, porque los hijos de la miseria no son tiranos menos abominables que lo eran los hijos del pecado.

El redentor antiguo era Jesús, entre cuyas maravillosas virtudes se contaba la de multiplicar los peces y los panes y dar salud al enfermo y alegría al triste por obra exclusiva de su santa voluntad. El redentor moderno, que también tiene la virtud de multiplicar el alimento del hombre y devolver a éste la salud del cuerpo y aun la del alma, es el que va a ser santificado y bendecido en este cuento que recogí en los campos de mi infancia, cuando Dios derramaba en ellos su bendición y no Caín la sangre de su hermano.

- II -

El valle de Somorrostro se extiende cerca de dos leguas de Oriente a Ocaso, entre una cordillera férrea y otra volcánica que siguen la misma dirección: la férrea resguardándole del calor y la violencia de los vientos meridionales y enriqueciéndole con el precioso e inagotable metal que encierra en sus entrañas, y la volcánica protegiéndole de la furia del mar Cantábrico y de la frialdad de los vientos boreales, y alegrándole con el jugo de las vides que cría en sus estribaciones y faldas del Mediodía.

Junto a su extremo occidental crúzale, de Sur a Norte, un vallecito secundario, de modo que el valle de Somorrostro, parece una cruz tendida, cuya peana es Baracaldo, cuya cabeza es Larrigada, y cuyos brazos constituyen el vallecito de San Juan del Astillero, apoyándose el extremo Sur de estos brazos en Galdames, y el extremo Norte en el mar.

El cuerpo de la cruz que corresponde a San Pedro de Abanto, a Nocedal y a San Salvador del Valle es escueto, severo, casi falto de todo adorno, pero no lo son la peana, los brazos y aun la cabeza. La peana está perpetuamente vestida de fresca verdura; así que asoma la primavera, a la verdura se añaden las flores del guindo y del melocotonero, y así que las flores se agostan, las reemplazan, hasta que los cierzos invernales logran penetrar en el valle por los portillos de Ciérbana y Pobeña que se abren entre el Janeo, el Montaño y el Sarantes, las guindas y las cerezas del Regato y Amézaga y Retuerto y Ugarte, los melocotones y los albérchigos y las ciruelas claudias de Landáburu y San Salvador y Urioste, y los racimos de Sestao y Galindo.

Si la peana de la cruz aparece siempre engalanada, los brazos y la cabeza poco o nada tienen que envidiarle, porque en el punto en que los brazos y la cabeza arrancan del cuerpo, el regazo de las montañas es tan eficaz y amoroso, la temperatura tan benigna y el suelo tan fértil, que allí, cerca del puente de Santelices, está el primer noble de Vizcaya que se cubre de hoja (como lo saben muy bien las abejas de Montellano que
bajan a libar sus racimos de flores amarillas), y allí, entre el palacio del marqués de Villarias y los estribos septentrionales del Llangón, está (o estaba cuando la paz florecía y fructificaba en Vizcaya hacía treinta años bajo el glorioso cetro de doña Isabel II) un bosquecillo de naranjos y limoneros, cuyo fruto poco tenía que envidiar al de las regiones meridionales; y allí, en el collado de Memerea, subsiste hace siglos un olivo cuyo fruto recuerda el de las márgenes del Guadalquivir; y allí, en los huertos de Oyancas y Jiva y San Martín de Muñatones y Lascarreras, me cargaron cien veces de rosas y claveles y azucenas aquellas hermosas, modestas y buenas damas que en toda estación salían al encuentro del viajero ofreciéndole

entrañable hospitalidad en todas las aldeas vascongadas cuando la paz sonreía en aquellas aldeas amadas y lloradas de mi corazón.
Por el vallecito que sirve de brazos a la cruz en que en los primeros meses de 1874 tantos y tantos españoles espiraron, todos creyendo que la redención de la patria exigía de ellos aquel sacrificio, aunque muchos de ellos creían un absurdo; por aquel vallecito baja en busca de la mar el río a cuya margen jugué cuando niño ¡y ya no espero descansar cuando anciano! La mar sale a su encuentro hasta el puente de Santelices, que es donde propiamente el vallecito se constituye en brazo izquierdo de la cruz, y como mar y río se abrazan, unen y confunden en uno cuando pasan entre el Janeo y el Montaño, o sea cuando se acercan al término de su viaje, para el río de ida y para la mar de regreso, entonces el río, aunque ha afeminado impropiamente su nombre llamándose ría, es tan ancho y tan profundo que los moradores de una y otra orilla no siempre pueden visitarse, porque no siempre tienen a su disposición una barca que les facilite el paso.
Por esta dificultad de visitarse y de hablarse cuando les diera la gana (que les daba a toda hora y rara vez podían satisfacerla), estaban desesperados Ramonilla la de Aquende y Lorenzo el de Allende, que bebían los vientos uno por otro.

- III -

Más abajo del puerto de la Berdeja, con cuyo nombre se designa una playa situada en la orilla derecha de la ría entre San Juan y Múzquiz, o la que es lo mismo, casi al promedio del brazo derecho de la cruz, se buscan el Janeo y el Montaño, pero se encuentran con que se opone a su comunicación la ría, y el Janeo permanece con el pie en la ribera izquierda y el Montaño con el pie en la ribera derecha.
Hacia aquel punto hay varias caserías dispersas en las estribaciones de ambos montes, cobijada cada una de ellas en un bosquecillo de nogales.
Una de la de los estribos del Janeo es conocida con el nombre de Aquende, y otra de las de los estribos del Montaño lo es con el de Allende.
Los vecinos de aquellas caserías se dedican casi exclusivamente al cultivo de las viñas, porque casi es ésta la única agricultura que allí permite el terreno.
El Janeo, el Montaño y el Serantes contrastan por su falta de vegetación con todos los demás montes del valle y aun del país. Sea por su naturaleza volcánica, sea por otra causa, lo cierto es que sólo verdea en ellos una vegetación raquítica, interrumpida a trechos por rocas y por tarrizos desnudos y de color rojizo; pero, como según el poeta latino, Bachus amat colles, los viñedos prosperan en las estribaciones y las faldas de aquellos montes particularmente en las de Mediodía y Levante, y constituyen la mayor riqueza de una buena parte de los moradores del valle.
El vino de Baracaldo y Somorrostro, aunque fuese muy estimado de las gentes del país, no lo era de las que no estaban acostumbradas a él, y realmente no debía serlo, porque la impericia de la vinificación era allí superior a todo encarecimiento; pero las mejoras que algunos propietarios han introducido en este ramo de la industria agraria, y se van generalizando entre los demás, han demostrado que allí se pueden cosechar vinos que compitan con los mejores de Burdeos.
De todos modos, en los valles de Somorrostro y Baracaldo los hay ya ligeros, pero sumamente sanos y agradables, que son una verdadera riqueza para el país, pues se venden en la cubera de diez y seis a veinticuatro reales la cántara y los compradores exceden a los vendedores. Josetón el de Aquende, que no cogía menos de quinientas cántaros de vino y estaba siempre roído por la codicia, se daba a doscientas mil de a caballo todos los años, por

dos razones: la primera, porque a pesar de estar situadas sus viñas en terreno inmejorable, como que era un regazo del Janeo, perfectamente soleado y resguardado de todos los vientos que dificultan la maduración de la uva, su vino era muy inferior al que cosechaban muchos de sus vecinos, cuyas viñas ocupaban terrenos que carecían de aquellas condiciones; y la segunda, porque por la misma inferioridad del vino tenía que vender toda la cosecha a principio de temporada, temeroso de que en la primavera se le avinagrase, y veía que aquellos de sus vecinos que no le vendían hasta la entrada del verano, le vendían al precio que querían.

Y en verdad que no había motivo para que Josetón estuviese siempre roído por la codicia, pues era viudo, y toda su familia se reducía a su hija

Ramonilla, y además de ser dueño de la casa y la hacienda de Aquenque, que habitaba, lo era de unas riquísimas veneras de Triano, cuya explotación tenía arrendada y le producía un dineral; pero Josetón, aunque hombre de bien, era muy terco y corto de entendimiento, lo cual explica la anomalía de que cosechase mal vino en excelentes viñas. Temeroso de que se anticipasen las lluvias del cordonazo de San Francisco, como llaman los marinos y los de las marismas al equinoccio del otoño, y le maleasen la

cosecha, vendimiaba antes de madurar debidamente la uva; doliéndole el aumento de jornales y la disminución de uva, no consentía que las vendimiadoras se entretuviesen en limpiar el racimo de hojas, tierra y uvas podridas, ni consentía que racimo alguno, por verde que estuviese, dejase de ir al lagar o la tina. Razones de este jaez, es decir, de economía mal entendida y falta de inteligencia en la vinificación, se aunaban a lo interior para que el vino de Josetón fuese muy inferior al que cosechaban casi todos los demás vecinos del concejo.

Frente por frente de su casa, aunque agua por medio, tenía Josetón un buen modelo de vinificadores discretos. Este modelo era Lorenzo el de Allende, que aunque no tenía más que una viñita, cuya historia es digna de contarse, y esta viña no le daba arriba de cincuenta cantaras de vino, sacaba de ella tanta utilidad como Josetón de la mitad de las suyas.

La viñita de Lorenzo estaba medianamente situada, pues la combatían los vientos del Sudoeste, y sólo la bañaba el sol al declinar; pero Lorenzo la cavaba y recavaba con tanta frecuencia, que no consentía que creciese una yerba en ella; aunque los zaragozanos del valle anunciasen el diluvio universal y los fríos siberianos para antes de San Miguel, no vendimiaba un racimo mientras la uva no estuviese dorada como oro y dulce como la miel; el día que se decidiese a vendimiar había de ser como hecho de encargo para aquella operación; aunque necesitase doble tiempo y trabajo para vendimiar, ni una hoja de parra, ni una yerba ni una uva podrida, ni un terroncillo había de ir a casa, y por supuesto, todo racimo que no estuviese bien sazonado se quedaba en la viña para solaz de los rebuscadores de grapas.

Por estos medios y otros subsiguientes y no menos acertados, conseguía Lorenzo un par de pipas de vino de veinte a veinticinco cantaras cada una, que vendía al precio que le daba la gana así que llegaba la canícula, en que las gentes se despepitan por el buen chacolí, que a la par alegra la pajarilla y refresca la sangre. Lorenzo era trabajador y económico, pero nada codicioso como Josetón.

Sus padres habían fallecido hacía pocos años dejándole casi niño; pero cultivando unas piececillas que le habían dejado en la veguita de la ribera, explotando la viñita que había hecho en una cuestecilla que no daba más que brezo; vendiendo buena parte de la fruta de los nogales, los cerezos, los perales, los manzanos y los melocotoneros que rodeaban su casita; cuidando con esmero e inteligencia unas cuantas cabezas de ganado que también le habían dejado sus padres, y ganando algunos cuartos al tráfico de la vena cuando las ocupaciones de la labranza se lo permitían, iba tirando perfectamente, y en su casa todo iba bien, a lo que no contribuía poco el buen gobierno de Turis (Ventura), que era una buena mujer de cuarenta y tantos años, tía segunda suya, que había ido a asistir a su madre en la extrema enfermedad de ésta, y se había quedado en la casa a instancias de Lorenzo.

Librodot

La historia de la viñita de Lorenzo, que he dicho es curiosa, lo es, en efecto, tanto, que merece capítulo aparte.

- IV -

Lorenzo sentía en el alma no haber heredado de sus padres más parras que dos moscateles, que trepando por las esquinas del costado meridional de la casa, se alargaban mutuamente los brazos y formaban con ellos frondoso dosel sobre las ventanas correspondientes al piso principal, desde donde a su debido tiempo se alcanzaba su dulce fruto.
Su padre sentía también no tener viña alguna, como las tenían casi todos sus vecinos, lo que consistía en que carecía de terreno a propósito para viñedo. Casi todas sus heredades estaban en la vega, donde, por una parte, las viñas no prevalecen por ser húmeda y demasiado profunda la tierra, y por otra parte, todo el terreno que tenía le necesitaba para la siembra de cereales y cebo para el ganado.
El único terreno que la casería de Allende tenía fuera de la vega era un pedazo costanero y cayueloso, llamado el Brezal, que ni yerba siquiera producía. Muchas veces tuvo el padre de Lorenzo tentaciones de quebrantar para viña aquel terreno, pero desistió de ello creyendo que por su mala exposición daría escaso y mal fruto la viña que allí se plantase,
-Un día, poco después de haber fallecido la madre de Lorenzo, que sobrevivió pocos meses a su marido, fue por Allende un ingeniero francés, encargado de levantar ciertos planos del abra de Pobeña y la ría de
Somorrostro, por encargo de una Compañía industrial que proyectaba hacer allí buen puerto para la exportación de la vena de hierro del extremo occidental de Triano y de las veneras de Galdames y Sopuerta.
Las estribaciones occidentales del Montaño, donde estaba la casería de Allende, eran el punto más conveniente para los principales trabajos del ingeniero. No bien éste apareció por allí, Lorenzo salió a su encuentro, le saludó cortesmente, y le ofreció su casa y su ayuda en cuanto pudiera servirle.
El francés aceptó agradecido el ofrecimiento, pues tenía que ocuparse allí algunos días, y hospedándose en Allende, se ahorraba la molestia que le hubiera originado el hospedarse en San Julián de Múzquiz o San Juan del Astillero.
Cuando terminó el ingeniero sus trabajos en Allende, y se disponía a partir, acabó Lorenzo de enamorarle, negándose a admitir retribución alguna por la hospitalidad y la ayuda que le había dado. Es de advertir que aunque el ingeniero francés hablaba con dificultad el castellano, Lorenzo y él habían conversado largamente sobre los asuntos del primero, y Lorenzo se había lamentado al segundo de que la casería de Allende careciese de terreno apropiado para viñedo, pues el del Brezal no lo era.
-Vamos -dijo el francés a Lorenzo- ya que es usted tan desinteresado para conmigo, voy a confiar a usted un secreto que de seguro le ha de valer a usted más que el puñado de pesetas que rehúsa. Al dar noticia los periódicos franceses de mi próxima partida para España con objeto de estudiar la construcción de un puerto en Somorrostro, se me presentó un anciano que había hecho por aquí la guerra en tiempo de Napoleón, y dándome un planito que conservo en mi cartera y he consultado apenas llegué aquí, me dijo: «Estando a punto de caer en manos de los brigantes, como llamábamos a los españoles con este abuso de la palabra a que tan propensos somos los franceses, y tan caro puede costarnos el día que riñamos con quien pueda meternos el resuello en el cuerpo, enterré en
Somorrostro en un brezal, cuya situación exacta señala éste planito, un tesoro que no he tenido medio de ir a recobrar. Ya que va usted allá, y es persona de fiar, tenga la bondad de

Librodot

buscarle y traérmele. Le enterré a tres pies o tres y medio de profundidad, abriendo un hoyo con la bayoneta, no recuerdo si en la parte baja, en la media o en la alta del Brezal». Mi partida se dilató algún tiempo, y entretanto el veterano, que se dedicaba
al oficio de viñador, en que era inteligentísimo, falleció sin dejar pariente alguno que le heredase. Conque, amigo Lorenzo, herédele usted, que nadie tiene más derecho que usted a heredarle, siendo de usted el terreno en que está el tesoro. Aquí tiene usted el plano del Brezal, y al respaldo de él hallará escritas por mano del viñador algunas instrucciones relativas al mismo asunto. Lorenzo dio las gracias al ingeniero por el generoso obsequio que le hacía, y el ingeniero se marchó. Lorenzo se dedicó a hacer catas en el Brezal en busca del tesoro, pero el tesoro no parecía.

-No nos andemos por las ramas -dijo Lorenzo-; lo mejor es empezar por la hondera, abriendo de orilla a orilla una zanja de cuatro pies de profundidad (pues más vale que sobre que no que falte), como quien rompe terreno para viña, y sigamos abriendo zanja sobre zanja, aunque sea hasta la cabecera, mientras el tesoro no parezca, que tiene que parecer buscándole así.

En efecto, Lorenzo empezó a quebrantar el Brezal del modo que había dicho, y como no le convenía que se supiese el objeto con que lo hacía, tanto por temor de que se riesen de él los que no tenían tantos motivos como él para creer al ingeniero francés incapaz de burlarse de nadie, como por temor de que algún malhechor le diese un mal rato, queriendo robarle el tesoro, contestaba afirmativamente a los que le preguntaban si al fin se había decidido a hacer su viñita.

Iba ya quebrantado todo el Brezal y no parecía el tesoro; pero al abrir la última zanja, que correspondía precisamente a un pedacillo de terreno que había cavado y descepado la víspera de la llegada del francés para probar si en él se daban las patatas, exhaló un grito de alegría, encontrándose con una cajita de madera, que no dudó contuviese el tesoro, aunque no acertaba a explicarse cómo no se había podrido estando enterrada
tanto tiempo.

La caja pesaba tan poco como si estuviera vacía, y esto dio muy mala espina a Lorenzo. Apresuróse a abrirla, y sólo encontró en ella un papel escrito en mal castellano, que venía a decir: «Plante usted de viña el terreno que haya quebrantado, cultive usted bien la viña y beneficie bien su fruto, para lo cual le servirán a maravilla las instrucciones escritas al reverso del plano del Brezal, y habrá encontrado usted el tesoro que buscaba, tanto más, cuanto que esas instrucciones no tanto enseñan a hacer buen vino como a hacer mucho.

Realmente el tesoro no merece este nombre; pero para hombres tan modestos y de tan pocas necesidades como usted, un verdadero tesoro será el fruto de la viñita que plante en el terreno que haya quebrantado».

Lorenzo dudó, al leer esto, si debía maldecir o bendecir al francés; pero suspendió la decisión hasta consultar las instrucciones adjuntas al plano.

Estas instrucciones estaban escritas en francés, que naturalmente era griego para Lorenzo, y faltó poco para que Lorenzo hiciera añicos instrucciones y plano; pero se contentó con guardar el pliego en el bolsillo, y pasó a decidir si se había de enojar o alegrar con el chasco
que el francés le había dado.

Lorenzo era naturalmente inclinado a la benevolencia, y concluyó al fin por decir:

-Indudablemente debo estarle agradecido, porque lo cierto es que en chanzas o en veras me ha hecho un gran favor. Como quien no quiere la cosa, me encuentro con una viñita casi hecha y derecha, y al francés se lo debo; pues si no es por él hubiera continuado el Brezal dando sólo brezo y caracoles, y dentro de poco tiempo me dará un par de cubas de chacolí, que, bueno o malo, contribuirá a mi agostillo. Dios le dé mucha salud al franchute, y a mí me la conserve para que Josetón concluya de burlarse de mí llamando a la fuente del avellanal la cubera de Ayende.

Librodot

Esta es la historia de la viñita de Lorenzo.

- V -

Lorenzo no era, ni mucho menos, lo que se llama un talentazo deshecho, ni pasaba, en punto a saber, de lo que sabe un pobre destripaterrones, que se suele reducir en aquellos valles y montañas a leer no muy de corrido, a escribir su nombre muchas veces a riesgo de poner verbigracia, Lorenzco por Lorenzo, y a estar al corriente de la doctrina cristiana y de lo más gordo de la administración municipal y provincial, merced esto último a la participación que todo vecino toma en la elección de concejales y en la de apoderados a las Juntas generales de Guernica; pero aun así, tenía Lorenzo frecuentes cavilaciones, y cavilaba con mucho seso, como vamos a ver trasladando aquí una de ellas.
-Pues señor -decía para sí-, tengo ya veintitantos años; el tiempo se va sin sentir y no vuelve; mi tía Turis, aunque no es vieja, está ya muy acabada con los disgustos que en otro tiempo le dio ese zoquete de Josetón; casa donde no hay mujer propia ni hijos está fría, desordenada y triste; hombre que no se casa de mozo no debe casarse de viejo; y, por último, esa Ramonilla de mis pecados me hace cada vez más gracia, a pesar
de lo camueso que es el padre que Dios le dio.
Una noche, después de haber tenido una de estas cavilaciones, Lorenzo estaba sentado a la puerta de su casa a la luz de la luna.
Era por el mes de junio, y ya aquel día había hecho mucho calor. Lorenzo había estado carreteando vena desde Triano al puerto de la Berdeja; al llegar, al anochecer, había desuncido los bueyes; al pie de uno de los nogales de la portalada les había echado una buena ración de alcacer fresco que Turis había segado a la caída de la tarde; mientras los
bueyes cenaban al fresco bajo el nogal, él y Turis habían cenado a la luz de la luna en el poyo de al lado de la puerta; Turis, a instancia de Lorenzo, había subido a acostarse, y Lorenzo esperaba a que los bueyes concluyesen de cenar para recogerlos en la cuadra e ir también él a descansar, que bien lo necesitaba, habiendo sido aquel día de los aludidos en la canta que dice:
Por Pucheta arriba van
los de la mala fortuna,
unos diciendo ¡arre, buey!
y otros diciendo ¡arre, mula!

Entre la ría y los nogales que preceden a la casa había una cuestecilla, y a mitad de la cuesta, en un rellanito sombreado por unas matas de avellano, sauce, maravillo (alheña) y zarza-raya (zarza rosa), había una fuente muy fresca, cuyo perenne chorro se deslizaba por una teja.
-Vamos a refrescar y dejémonos de cavilaciones -dijo Lorenzo.
Y se encaminó silbando hacia la fuente, cuyo murmullo llegaba hasta el nocedal, favorecido por el silencio de la noche.
Aquélla era la fuente que Josetón llamaba en otro tiempo la cubera de Allende, y aún se lo llamaba, burlándose primero de que no se cosechaba vino, y después de que se cosechaba poco.
Conforme Lorenzo descendía por la cuesta, no quitaba ojo de una ventana de la casería de Aquende, donde se veía luz.
-Apuesto -dijo- a que esta noche está Ramonilla cerniendo, pues aquella ventana es la de la cocina donde tienen la artesa, y me parece que oigo el zarandeo del cedazo. Voy a echarle una

Librodot

canta, y con la canta una indirecta. ¡Calla! Ya no se oye el cedazo, y una persona se asoma a la ventana.
De seguro es Ramonilla, que me habrá oído silbar; sí, ¡ella es! Dicho esto, Lorenzo entonó con voz sonora y capaz de oírse desde la cumbre del Janeo, este cantar, al parecer improvisado:
Eres harina y yo soma,
pero mezcladas las dos,
resultarán de la mezcla
unas tortas como un sol.

Inmediatamente le contestó Ramonilla con este otro cantar, por lo visto improvisado también:
Las tortas, para ser buenas,
se han de hacer en San Julián,
que si allí no se hacen, ya es
harina de otro costal.

Lorenzo, que había llegado ya a la fuente, refrescó la garganta con un trago de agua, y cantó en seguida:
Por detrás de la iglesia
yo nada quiero,
que por aquel camino
se va al infierno.

Y Ramonilla contestó al canto:
Si con buen fin me quieres,
dile a mi padre:
«Quiero entrar en la gloria;
venga la llave».

Este tiroteo de cantares terminó porque Ramonilla volvió a darle al cedazo, oyendo a su padre refunfuñar en la cama, diciendo que era una tal y una cual, pues en lugar de dar al cedazo, le quitaba el sueño cantando. Lorenzo tomó cuesta arriba, más alegre que un vaso de buen vino, que según Josetón era la cosa más alegre del mundo, recogió sus bueyes, les echó en el pesebre otro buen brazado de alcacer, subió a su cuarto y se acostó, diciendo:
-Pues señor, esto es hecho: mañana paso la ría y le pido a Josetón la mano de su hija. ¡Vea usted lo quita- vergüenzas que son los cantares!
Muchas veces he tratado de decirle a Ramonilla que la quería, y nunca he podido, porque siempre la vergüenza me ponía un tapón en la garganta. Esta noche, sin necesidad de ponernos colorados, nos hemos entendido con cuatro coplas, de modo y manera que, como quien dice, ya estamos al fin de la calle. ¡Si le digo a usted que al que inventó los cantares por fuerza le dan una serenata todas las noches los ángeles del cielo!
Como arrullado por una serenata de esta especie se quedó Lorenzo dormido.
Antes de rayar el alba ya se había levantado, pensando en el gran paso que iba a dar cerca de Josetón.
Como Josetón madrugaba aquellas mañanas para ir a Triano, donde no sé qué negocios traía, Lorenzo dijo:

Librodot

-Voyme río arriba a buscar el puente de San Juan, que está donde Cristo dio las tres voces, no sea que Josetón se me escape y me haga esperar veinticuatro horas más, sin saber si me da o no la llave para entrar en la gloria.
Cuando salió a la portalada vio que había ya luz en Aquende, y añadió disgustado:
-¡Por vida de mi poco madrugar! Ya se ha levantado Josetón, y es posible que si voy a buscar el puente, le pase él antes que yo y se me escape. Voy a ver cómo me las arreglo para ahorrarme tan condenado rodeo, pasando la ría por más abajo, aunque la marea debe estar alta.
Así diciendo, Lorenzo tomó cuesta abajo, y pronto se encontró orilla de la ría, que, en efecto, se desbordaba por la pleamar.
Orilla de la ría había un bosquecillo de tamarices y sauces, talado hacía pocos días. Lorenzo desgarró de una mimbrera dos fuertes mimbres, les retorció, los unió por los extremos más delgados, tendió en el suelo este birloto o atadura, echó sobre él tamarices y sauces, ató fuertemente el haz de leña, le arrastró al agua, en la que quedó sobrenadando, buscó un palo largo y grueso que te sirviese de bichero, y se dispuso a pasar la ría en aquella balsa, que ya había usado, unas veces con buen éxito, y
otras con malo.
Apenas puso el pie en ella, la balsa se ladeó, y el pobre Lorenzo se fue a fondo; y se hubiera, ahogado a no saber nadar como una rana, gracias a lo cual, no sólo se puso a flote, sino también arribó a la otra orilla.
Dejando un reguero de agua por donde iba, tomó la cuesta de Aquende, diciendo.
-¡Ay, amor, cómo me has puesto! Me da muy mala espina el percance que he tenido al dar, como quien dice, el primer paso en el camino de la gloria, cuya llave voy a pedir a Josetón!

- VI -

Al salir de su casa se encontró Josetón en la portalada con Lorenzo. Ramonilla, que desde arriba se apercibió de este encuentro, se puso a escuchar desde el alféizar de la ventana de la cocina
-¿Qué es eso, hombre? -preguntó Josetón al náufrago, al verle calado de agua. -¡Qué pícara afición habéis tenido siempre a lo que cría ranas los de Allende! Los de Aquende lo entendemos mejor, pues la tenemos a lo que cría mosquitos.
-¡Eso podía usted decírselo a mi padre, que esté en gloria; pero no a mí, que he hecho una viña más maja!...
-¡Vaya una viña! Tú te pareces a Antón el de Murrieta, que lloraba por cubas y tenía dos cepas.
Con que ¿qué te trae por aquí tan de mañana, muchacho? Si venías a verme, a poco más no me coges en casa.
-Pues temeroso de no cogerle a usted, he querido pasar la ría sobre una carga de leña, y si no sé nadar me ahogo.
-Pues el agua debía ser muy amiga de los de Allende, que están reñidos con su rival el vino. Pero, por lo visto, asunto muy importante te trae.
-¡Y de casta que lo es!
-Vamos, explícate, hombre.
-Pues ya sabe usted, amigo José, que yo, además del ganado, tengo buena casa y hacienda...
-Sí, una casa que cabe en la mi cubera, unas piezas que dan cebera
para engordar al de la vista baja, y una viña que da vino para las
vinajeras de Montaño, donde hay misa una vez al año.

Librodot

-Es verdad que en casa y viñedo me aventaja usted, pero en piezas de pan llevar no, porque no tiene usted ninguna...
-Ni me hacen falta tampoco, teniendo viñas para coger al año quinientas cántaras de vino, que en estas laderas de Janeo son la cosecha más segura y saneada.
-En fin, José, cada uno tiene lo que ha heredado de otros o él se ha agenciado, como a mí me sucede. Lo principal es que uno sea trabajador y honrado, tenga buena salud, sea aún joven, y quiera a aquella con quien se case, como yo quiero a Ramonilla...
-¡Adiós con la Colorada! ¡Ya pareció aquello! -dijo para sí Ramonilla, dándole un terrible vuelco el corazón.
Y su padre se echó para atrás, poniendo cara de perro al comprender que Lorenzo iba a pedirle la mano de su hija.
-¡Muchacho! -exclamó Josetón-. ¿Qué significa eso de que quieres a Ramonilla?
-Lo que significa es que su hija de usted y yo nos queremos, y si usted lo permite nos casaremos juntos...
-¡Ni tampoco desapartados! ¡Pues no faltaba más, hombre, que la mi hija, heredera de todo lo de su padre, y entre ello viñas que dan al año quinientas cántaras de vino, se casara con uno que no coge arriba de cuarenta o cincuenta cántaras!...
-Pero, José, si yo no tengo más que una viñita, tengo otras cosas...
-Aunque tuvieras las minas del Potosí no te casarías con la mi hija no cogiendo tanto como yo; porque me he empeñado en que la mi hija sólo se ha de casar con uno que coja tanto vino como su padre...
-Pero ¿quién le dice a usted que yo no puedo llegar a cogerlo?
-Pues cuando llegues hablaremos, si es que aún estamos a tiempo.
-Así como hice una viña en que cojo cincuenta o más cántaras, puedo ir haciendo otras, aunque sea tomando terreno del común, y coger quinientas o más...
-Te he dicho y te repito, que mientras no tengas quinientas en tu cubera no te casas con Ramonilla. El día que las tengas me avisas para que las vaya a ver y a probar; las veo y las pruebo, y si la mi hija está aún soltera, haz cuenta que eres ya yerno mío.
Por más esfuerzos que el pobre Lorenzo hizo por apear de su burro a Josetón, no lo consiguió, porque la verdad era que Josetón quería un yerno que, cuando menos, fuese tan rico como su hija, aunque de su riqueza formasen parte tan pocas cepas como las de Antón el de Murrieta; y el primer pretexto que le ocurrió para rechazar a Lorenzo fue que Lorenzo cogía menos vino que él, y decirle que sólo le daría su hija cuando
cogiese tanto, que era, a su parecer, decirle que no se la daría nunca.
Josetón, firme en sus trece, tomó el camino de San Juan, y Lorenzo, chorreando aún agua, y casi decidido a atarse los brazos con un mimbre para no poder nadar y echarse en seguida a la ría, tomó estrada abajo hacia el vado.
Cuando llegaba a la mitad de la cuesta, sintió pasos de alguna persona que corría tras él, y trascatándose, como por allí dicen, vio que quien corría, sin duda a su alcance, era Ramonilla, hecha un mar de lágrimas.
El resultado de la entrevista que Ramonilla y él tuvieron en la estrada, que era sombría y desierta, y sólo la alegraban los pájaros que cantaban sus amores en la enramadas de avellanos, zarza rosas, parras silvestres y madreselvas que la entoldaban, el resultado, repito, de aquella tierna entrevista, de la que Ramonilla volvió con las mangas del vestido mojadas, sin duda de tanto como había llorado, fue que Ramonilla y Lorenzo se juraron amor eterno: Ramonilla por medio de un «así Dios me salven», y Lorenzo por medio de un «y si no, me caiga muerto»; y para comunicarse sus pensamientos desde Aquende y Allende, arreglaron un telegrafillo que muchos años después hubiera venido de perilla para comunicarse con los bilbaínos el ejército, que, yendo a libertar a la invicta villa, acampó meses enteros en las

Librodot

alturas que dominan a Somorrostro, casi sin poder decirse los de afuera y los de adentro esta boca es mía.

- VII -

Ramonilla y Lorenzo eran tan poco leídos, aunque ambos sabían leer un poco, que ignoraban por completo la historia de Hero y Leandro, que era la suya, sin más que poner a Ramonilla en lugar de Hero, a Lorenzo en lugar de Leandro, a Aquende en lugar de Sestos, a Allende en lugar de Avidos, y a la ría de Somorrostro en lugar del Helesponto; pero si no la sabían la adivinaban; pues Ramonilla prohibió a Lorenzo que pasase a nado la ría para visitarla, temerosa de que Lorenzo tuviese el desastroso fin de
Leandro.
Ambos se consumían por comunicarse sus amorosos pensamientos; pero como Josetón andaba listo para impedirles toda entrevista hasta cuando iban a misa, el telegrafillo consabido no paraba de jugar.
Al decir el telegrafillo he hecho mal, pues eran varios los que habían inventado y adoptado Lorenzo y Ramonilla; y nombro el primero a Lorenzo, faltando a la galantería debida al bello sexo, dignamente representado por Ramonilla en una modesta aldea donde no se usa en la cara ninguna de esas porquerías que tan feas ponen a las madrileñas guapas, porque Lorenzo era el principal inventor de ellos.
El que usaban con más frecuencia, particularmente cuando el ruido del viento o de la riada no lo impedía, era uno de sistema mixto, o lo que es lo mismo, acústico retórico-poético.
Por ejemplo, Lorenzo estaba apacentando los bueyes en los ribazos de la fuente, y Ramonilla cogiendo una haldada de serugas (alubias verdes) en el huerto de detrás de casa. Ramonilla cantaba este cantar:
Cavila todo el que quiere
mucho a su novia o su novio;
para no cavilar mucho
casarnos debemos pronto.

Y Lorenzo entonaba al oírle este otro:
Cavilo a todas las horas
mucho, remucho, muchísimo;
pero, hablando con franqueza,
inútilmente cavilo.

Como Ramonilla y Lorenzo habían convenido de antemano en que lo único aprovechable de estos cantares sería la primera palabra de cada verso, resultaba que Ramonilla había dicho a Lorenzo:
-¡Cavila mucho para casarnos!
Y Lorenzo había contestado a Ramonilla:
-Cavilo mucho, pero inútilmente.
Otro de los telegrafillos era nocturno, y aunque pesado, seguro. En cada casería suele haber un farolillo, que se usa con preferencia al candil, particularmente cuando hace aire, tanto porque es menos expuesto a apagarse, como porque es menos expuesto a producir un incendio.
En Allende, lo mismo que en Aquende, existía ese farolillo y se usaba todas las noches.

Librodot

Ramonilla y Lorenzo habían numerado una porción de palabras o ideas, calculando que eran las que con más frecuencia necesitarían comunicarse.
El número de veces que se hacía brillar la luz del farol en la ventana de una u otra casa, correspondía al número que designaba cada una de aquellas palabras o frases. Pongamos algunos ejemplos.
-¡Bendita sea la madre que te parió! -era lo que decía el farol cuando brillaba una sola vez.
-¡Tienes tú más salero que el mundo! -decía cuando brillaba dos seguidas.
-Esta noche me ha arrimado mi señor padre un linternazo que me ha hecho ver las estrellas decía cuando brillaba tres.
-Tu señor padre es muy arrimado a la cola, aunque me esté mal el decírtelo -significaba cuando brillaba cuatro.
-Anoche a poco más me desmayo de placer soñando que ya nos habíamos casado -quería decir cuando brillaba cinco.
-Rabio de celos aparte -quería decir cuando brillaba seis.
Y así sucesivamente.
De manera que así se las componían del mejor modo posible los pobres muchachos; pero así y todo estaban cada vez más quemados, porque le doy yo al más pintado eso de estar dos muchachos derritiéndose de amor uno por otro, y tener que verse sólo desde lejos, y tener que hablarse sólo por telégrafo. Luego pensaban que si no se habían de casar hasta que la cosecha de vino de Allende igualase a la de Aquende, la cosa iba larga, porque, aun hechas las viñas, no comienza a dar fruto, hasta los tres años. ¡Más de tres años haciendo telégrafos! ¡El diablo tiene cara de conejo!
En éstas y las otras iba pasando el verano y se acercaban las vendimias, que debían ser muy buenas y abundantes, pues las viñas y los parrales tenían más racimos que hojas, y el tiempo había sido a pedir de boca para la maduración de la uva.
La viñita de Lorenzo estaba que daba gusto el verla.
Era toda de uva blanca, y sólo tenía algunas hileras de cepa de uva negra, con la que Lorenzo sacaba un vinito de ojo de gallo que era lo que había que ver, y sobre todo lo que había que beber.
Lorenzo dijo para sí:
-El caso es que con la telegrafía y las cavilaciones todo lo tengo, como quien dice, patas arriba, y éste es mal medio de salir de pobre, único, según Josetón, de que su hija y yo nos salgamos con la nuestra de «casarnos juntos». La viña está diciéndome que piense un poco más en ella y un poco menos en Ramonilla, y me dice muy bien. Ya que no pueda echar en cara a Josetón que cojo más vino que él, debo hacer lo posible para echarle en cara que lo cojo mejor.
Así diciendo, Lorenzo se echó a pensar qué mejoras haría aquel año en la vinificación que superasen a las que cada año había ido haciendo, y entonces se acordó del manuscrito que le había dejado el francés, con tanta más razón, cuanto que, según decía el papel de la cajita enterrada, las instrucciones del viñador no tanto enseñaban a hacer buen vino como a hacer mucho.
Buscó el manuscrito, pero se encontró con que las instrucciones que seguían al plano del Brezal estaban escritas en francés, y, por consiguiente, no entendía jota de ellas.
No faltaba en Somorrostro persona capaz de ponérselas en buen castellano; pero temeroso de que el traductor divulgase en Somorrostro su contenido, si éste era verdaderamente útil, se fue a Bilbao a buscar quien se las tradujera.
Lo que trajo de Bilbao fue, además de la traducción del manuscrito, un tubo de cristal a manera de termómetro, llamado gleucómetro, que, aunque para mí está en griego este nombre, creo que ha de significar medidor de azúcar o cosa así, y además un papelón de azúcar.

Librodot

Al día siguiente fue a la viña, donde ya había algunos racimos maduros, y volvió, trayéndose aquellos racimos, con los que se encerró en la cubera.
Lo que en la cubera hizo Lorenzo aquel día y los dos o tres siguientes, ni la misma Turis lo supo; pero lo cierto es que el telégrafo jugó mucho, que uno de los telegramas de Lorenzo fue éste: «Antes de Nochebuena nos casamos, con la bendición de de tu padre»; que Ramonilla y Lorenzo, de alegría, no cabían en el pellejo; que Lorenzo fue a Bilbao con el carro, que volvió de noche trayendo muy disimuladamente unos sacos de
azúcar que encerró en la cubera, y que con igual disimulo fue después proveyéndose de cubas vacías para una cosecha tan grande como la de Josetón.

- VIII -

Lorenzo, después de vendimiar él y Turis la viñita, por cierto con excelente sazón, se encerró una porción de días en la cubera, a la que Turis y él subieron durante aquellos días, o mejor dicho, aquellas noches, centenares de herradas y calderas de agua de la fuente del Avellanal.
El telégrafo continuaba jugando y transmitiendo excelentes noticias.
Una hermosa tarde del veranillo de San Martín, que es precisamente cuando la justicia permite poner ramo para la venta de los vinos nuevos, se vistió Lorenzo la ropa dominguera aunque era sábado, y reventando de alegría y satisfacción, subió río arriba hasta San Juan, pasó el puente por Oyancas, allí tomó la calzada de Muzquiz, y se plantó en Aquende, donde ya se sabía que andaba Josetón muy ocupado en dar la última mano a su cosecha de vino, y muy contento porque la cosecha, si no aventajaba en
calidad a la de otros años, la aventajaba en cantidad. Josetón, lejos de demostrar disgusto al verle, mostró satisfacción, porque ansiaba, como quien dice, pasarle por los hocicos el rimero de cubas llenas que tenía en su cubera, para que se muriera de envidia
comparando aquellas cubas con el par de ellas que Josetón suponía en la cubera de Allende.
-¿Qué tal ha sido la vendimia por Allende? preguntó a Lorenzo, con una sonrisita burlona capaz de cargar a Cristo padre.
-Buena -contestó Lorenzo con modestia. -¿Y por Aquende?
-Ahora lo verás y lo probarás -dijo Josetón encaminándose a la cubera-. Chica -añadió a Ramonilla, que andaba por arriba derritiéndose por hablar con su novio cara a cara, como Dios manda -bájate una jarra, un vaso y algo que echar a perder.
Ramonilla bajó poco después con lo que su padre pedía. Lo que bajaba para echarlo a perder era un pan y un plato de nueces. Josetón y Lorenzo fueron probando vino de diferentes cubas que Josetón no se cansaba de ponderar y admirar, poniendo al trasluz el vaso, sin que Lorenzo tomara parte en su admiración ni en su contemplación más del mínimum de lo que la cortesía reclamaba.
-¡Ya ves -dijo Josetón- que una cosechita de más de quinientas cántaras de este vino no es moco de pavo!
-Ciertamente que no lo es -contestó Lorenzo.
-Hombre, lo dices con una frialdad, que al verte y oírte, cualquiera
creería que estas cosas no te cogen de susto.
-Y creería muy bien.
-Hombre, no digas disparates.
-Para probarle a usted que no los digo, voy a suplicarle a usted una
cosa.
-¿Y qué cosa es esa, muchacho?

Librodot

-Que mañana oiga usted misa mayor en San Juan, y luego se vaya conmigo a Allende, donde comeremos juntos y probaremos el vino de mi cosecha, a ver qué le parece a usted.
-Hombre, iré con mucho gusto, pero me guardaré de empinar mucho el codo por temor de dejarte sin vino. Lorenzo se despidió de los de Aquende, cambiando con Ramonilla una picaresca y triunfal mirada que quería decir:
-¡Ya estamos a punto de pescarnos mutuamente!
Al día siguiente Josetón fue, en efecto, a misa mayor a San Juan, adonde fue también Lorenzo, y reunidos después de misa se encaminaron a Allende, tomando la ribera derecha, que no hace un siglo era junquera estéril y aun nociva a la salud pública, y hoy es vega fertilísima y sana. Turis, que había oído misa primera en San Juan, como Ramonilla en San Julián, tenía ya preparada una comida de padre y muy señor mío, sólo por complacer a su sobrino, que por su gusto, aunque era incapaz de hacer daño a una mosca, lejos de preparar obsequios a Josetón, hubiera huido de Allende por no encontrarse con él.
Turis tenía motivos más que sobrados para aborrecer a Josetón; pero como era tan buena, estaba lejos de aborrecerle, aunque hacía más de veinte años que había procurado no dirigirle la palabra.
Turis y Josetón estaban para casarse, y todos creían que estaban muertos de amor uno por otro, pero pronto se vio que si Turis lo estaba, Josetón era todo lo contrario. Un tío que tenía en América Turis había prometido a ésta mil ducados de dote, pero cuando ya se iban a leer las amonestaciones, se recibió una carta de que el indiano había muerto de pesadumbre por haberse llevado la trampa todo su caudal, y entonces el sinvergüenza de Josetón se llamó Andana, y poco tiempo después se casó con otra que tenía el dote de que Turis carecía, y enviudó sin quedarle más familia que Ramonilla.
Turis tuvo más de una ocasión para casarse, pero las rehusó todas, porque había jurado casarse con Josetón o no casarse con nadie, y era mujer que no faltaba a sus juramentos.
Pensaba no saludar siquiera a Josetón el día que éste fue a Allende; pero al ver que Josetón la saludaba un poquito conmovido, no tuvo valor para hacerle un desaire, porque Turis era un alma de Dios, y como dijo el otro, donde fuego hubo, cenizas quedan.
-Vamos a ver la tu cubera, hombre -dijo Josetón a Lorenzo con la acostumbrada sonrisita burlona, así que llegaron y se saludaron Josetón y Turis.
-Adonde vamos ahora -contestó Lorenzo- es a despachar la ración, que mi tía es buena cocinera y no gusta de que se le pase lo que tiene a punto. En la mesa haremos la postura al vino nuevo, y luego bajaremos a ver si eran o no fundados los temores que usted tenía ayer de dejarme sin vino si alzaba con mucha frecuencia el codo.
La mesa estaba dispuesta con mucho aseo y primor, y Josetón y Lorenzo se sentaron a ella.
-Tía -dijo Lorenzo-, suba usted vino sin duelo.
-¿De qué barrica quieres que lo suba?
-De cualquiera de ellas, porque todo es igual. Josetón se desató en pullas con motivo de la dificultad de elección de barrica que Turis había consultado con su sobrino.
Turis subió un jarro de vino que lo menos hacía dos azumbres.
-Hagamos boca -dijo Lorenzo, llenando los vasos de un vino de ojo de gallo chispeante y ya completamente clarificado.
Josetón, después de confesar que el vino tenía buena apariencia, desocupó el vaso y no pudo menos de confesar que superaba a la apariencia el sabor.
También confesó Josetón que Lorenzo sacaba mejor vino que él de peor uva, pero lo confesó sosteniendo que tal habilidad no compensaba la ruindad de la cosecha de Lorenzo.
La comida terminó con mucha animación de la gente, y sobre todo de Josetón, a quien el vinillo de Allende había puesto más alegre que una pascua, y hasta había hecho el prodigio de despertar en él una sensibilidad que la misma Turis desconocía.

Librodot

Por fin bajaron los tres a la cubera, a cuya puerta se quedó parado Josetón, sorprendido de ver unos rimeros de cubas aún mayores que los que en su cubera había.
-Ya ve usted -le dijo Lorenzo- que por mucho que empine hoy el codo no ha de dejarme sin vino.
-Pero, hombre, ¿qué quiere decir esto?-exclamó Josetón sin salir de su asombro.
-Esto -contestó Lorenzo- quiere decir que tengo una viña verdaderamente mágica, o lo que es lo mismo, que tengo en mi cubera tanto vino como usted en la suya, y por lo tanto estoy en el caso de suplicarle a usted que me cumpla una promesa que me hizo: la de consentir que Ramonilla y yo «nos casemos juntos».
-Pero ¿todas esas cubas están llenas de vino?
-Véalo usted. Josetón fue dando con los nudillos de los dedos en todas las cubas, con lo que se cercioró de que estaban llenas.
-Ahora -dijo Lorenzo -quiero que se cerciore usted de que el vino que contienen es hermano del que hemos bebido.
Josetón metió una especie de saca-vinos de caña en la primera cuba que halló a mano, le desocupó en un vaso, miró el vaso a trasluz, probó el vino, y dijo:
-Sí, hermano del que hemos bebido es.
-Siga usted probando.
-No necesito más pruebas, que para muestra basta un botón; pero dime, Lorenzo, ¿cómo has hecho este milagro?
-Con esta receta que me dejó el ingeniero francés -contestó Lorenzo, enseñando a Josetón las instrucciones originales. Josetón quiso leerlas, pero se encontró con que estaban en lengua que no entendía, y exclamó, devolviéndole el pliego a Lorenzo:
-¿Quién demonio entiende esto?
-Yo, porque el francés me enseñó a entenderlo.
-Pero hombre, explícame...
-Lo único que debo explicarle a usted es que con esta receta y uva para cincuenta cántaras de vino, hago yo quinientas cántaras.
-Pues entonces -exclamó Josetón, brillando sus ojos de alegría y codicia-, ¿cuántas no harías con uva para quinientas, que es la que yo cojo?
-Calcule usted, amigo José.
-Hombre -dijo Josetón abrazando a Lorenzo entusiasmado y conmovido-, llámeme ya suegro y déjate de cumplimientos.

- IX -

Si Lorenzo no creyó conveniente dar a conocer ni aun al que iba a ser su suegro las instrucciones con que tan maravillosamente había multiplicado el vino de su cubera, el escritor público, que no debe contentarse con aspirar a deleitar, pues debe aspirar también a instruir, no se halla en el caso que Lorenzo.
Yo fui quien en Bilbao tradujo a Lorenzo el texto francés, y cuando terminada la operación me dijo Lorenzo, desciñéndose el extremo de la faja encarnada que le servía de bolsa: «Conque, don Antonio, ¿cuánto es el trabajo de usted?» «Nada, Lorenzo -le contesté-, más que tu permiso para quedarme con una copia de estas instrucciones, que publicaré cuando venga a pelo, y un trago de vino de tu cubera cuando vaya por Allende».
Lorenzo creyó que yo era un escritor casi tonto, según lo barato que trabajaba, y quizá no se equivocó, porque era muchacho más listo que yo.
Las instrucciones que traduje eran éstas, vertidas al castellano:

Librodot

«Un francés, llamado M. Petiot, sabio químico y cosechero de vinos, ha hecho un descubrimiento que recuerda al Divino Maestro, que multiplicaba los panes y los peces, pues con su descubrimiento multiplicaba M. Petiot los vinos, lo que equivale a multiplicar el pan, la carne y todo lo que se compra con el dinero que el vino vale.
»Mr. Petiot analizó el vino y se encontró con que se compone de noventa y nueve partes de agua y azúcar y una sola de otras sustancias, que son: resinas, aceite esencial, tártaro, tanino y el principio colorante. Esta centésima parte, que a pesar de parecer insignificante no lo es, pues comunica al vino las diversas cualidades que le caracterizan y avaloran, no se puede suplir con el arte, pero no se hallan en este caso las otras noventa y nueve que, como queda dicho, se componen de agua y azúcar. El azúcar, como es sabido, se descompone por la fermentación, y se convierte en alcohol o espíritu de vino, que es lo que da al vino su fortaleza.
»Mr. Petiot se dijo:
-El agua en la fuente la encuentro y el azúcar en la tienda. En cuanto a lo demás, es inútil que lo busque fuera de la Naturaleza, o lo que es lo mismo, fuera de la uva. Vamos a ver si el mosto se lo lleva todo consigo o se contenta con llevarse una mínima parte y deja el resto en el orujo, en cuyo último caso ya pareció lo que yo busco; pues sustituyendo el mosto con igual cantidad de agua y azúcar, el orujo suministrará a la sustitución las sustancias que necesita para convertirse en nuevo vino verdadero, y nuevo vino verdadero tendremos.»Así diciendo y pensando, Mr. Petiot graduó con el gleucómetro el azúcar que contenía el mosto que había sacado de la uva después de pisada o prensada ésta y antes que comenzase la fermentación, y sustituyó el mosto con agua, disolviendo en ella azúcar en proporción a la que el glucómetro le había dicho contener el mosto.»Sobrevino la fermentación, y cuando ésta hubo terminado, sacó el
líquido y se encontró con que era vino aún mejor que el natural. Hizo hasta cinco veces la misma operación, y siempre con el mismo resultado; de modo que con uva para veinte cántaras de vino, hizo ciento veinte cántaras, y aún hubiera podido hacer muchas más si hubiera querido estirar más la cuerda, como la estiró en ensayos sucesivos.
»Comparado por muchas personas inteligentes el vino natural con el semiartificial, confesaron todas que el segundo era superior al primero, pues tenía mejor gusto, más aroma y aun más espíritu, porque esto último se consigue aumentando en la cantidad que se quiera el azúcar o alcohol.
En cuanto al mejor gusto se explicaba porque el exceso de ciertas sustancias acres, como el del tanino y el fermento, le arrastra consigo el mosto natural, lo que también contribuye a que el vino semiartificial sea más apto para la conservación, porque en el natural produce el exceso de fermento fermentaciones extemporáneas que le malean, y en el vino semiartificial estas fermentaciones son poco menos que imposibles».

Tales eran las curiosísimas y útiles instrucciones para hacer con poca uva mucho y buen vino que Lorenzo me dio a traducir, y a las que debió poco después el casarse con Ramonilla.
Pues sí señor, Lorenzo y Ramonilla se casaron y son felices en Allende, cuya casería no quiso, abandonar Lorenzo por la sencilla y santa razón de ser la casa paterna.
-Pero si no vais a vivir conmigo en Aquende me voy a morir de tristeza y soledad en aquel caserón -exclamó Josetón el día de la boda, que se celebraba en Allende, y en ocasión en que Turis estaba presente.
-Hay un medio muy sencillo de que usted no sienta la soledad y Dios le perdone un pecado muy gordo -contestó Lorenzo mirando alternativamente a su tía y su suegro.

Librodot

-¿Cuál?-preguntó éste:
-Váyanse por allá usted y mi tía, por supuesto, pasando antes por la parroquia. Josetón y Turis tomaron a broma esta salida, pero pocos días después la broma se convirtió en veras, y las dos familias formaron casi una sola, pues han establecido una chanelita entre Aquende y Allende, y todo se les
vuelve pasar de un lado a otro.

- X -

No faltará quien, recordando el exordio de este cuento que recogí en los campos de mi infancia, cuando Dios derramaba en ellos su bendición, y no Caín la sangre de su hermano, me pregunte quién es el redentor moderno, que como el Redentor antiguo, multiplica los peces y los panes y da salud al enfermo y alegría al triste por obra exclusiva de su santa voluntad.
¡El redentor moderno es el trabajo, y forman su santo apostolado la fe, el patriotismo, el amor y la inteligencia!

Rebañaplatos

- I -

Tomillarejo y Retamarejo son dos pueblecillos de la Alcarria que, como quien dice, se dan la mano, y siempre tendrá cada uno sus cincuenta vecinos.
Aunque en los nombres de Tomillarejo y Retamarejo haya alguna semejanza, no sucede así en el carácter de sus habitantes, porque todo lo que tienen de sencillotes y a la buena de Dios los de Tomillarejo, tienen los de Retamarejo de maliciosos y otras cosas que me callo, porque no he de ser yo tan murmurador y burlón como ellos.
Andando por aquella comarca a caza, no de liebres ni conejos ni perdices, que sólo cazo en el plato cuando se me ponen a tiro, sino a caza de curiosidades populares, que son mi encanto, descubrí ambos pueblecillos desde un altillo que hacía la carretera, y me parecieron tan pintorescos, tan floridos y tan aromosos, que me decidí a pasar un par de días en cualquiera de ellos.
Era por el mes de mayo, y los dos pueblos parecían dos colmenas en el centro de dos ramilletes de flores; sólo que las flores que rodeaban a Tomillarejo eran blancas y azules, y las que rodeaban, a Retamarejo eran amarillas.
Anduve, anduve hacia Retamarejo, que era el primero, y estaba separado de Tomillarejo por una verde loma donde había una ermita, y entonces vi que las flores amarillas eran de retama y ruda.
-¿De qué serán las de Tomillarejo?-me pregunté-
Y una dulce tufaradilla que me trajo de hacia allá la brisa de la mañana me contestó que eran de tomillo y romero.
-Pues a Tomillarejo me voy dije para mí -que
Retama y ruda me carga
por inodora y amarga,
y amo romero y tomillo

por oloroso y sencillo.

Pero como Retamarejo me salía al paso, no quise seguir adelante sin detenerme un poco en él a descansar y ver las curiosidades, que para mí no faltan en pueblo alguno, por miserable que sea, con tal que tenga iglesia parroquial o algo que se le parezca.
Yo no sé cómo puede haber poetas que no amen la religión, y sobre todo la religión católica. En el pueblo más prosaico recoge la religión la esencia de las almas y la conserva en un pomo, más o menos rico y artístico, que se llama templo, donde tienen su sagrario los recuerdos de los seres amados, y la idea de la suma justicia y de la suma belleza, que son Dios y la bienaventuranza eterna. Por prosaico que sea un pueblo,
tiene poesía si tiene iglesia. El poeta encuentra en la iglesia la poesía del arte y de la antigüedad, y el morador más vulgar del pueblo la poesía de los recuerdos. Para el primero allí está lo más artístico y antiguo que el pueblo encierra, y para el segundo allí están los recuerdos de sus padres, de su infancia, del día en que, bajando los ojos de santo rubor, puso la mano en su mano la elegida de su alma, del día en que el agua del bautismo purificó al primer fruto de su amor, del día en que, no encontrando consuelo en la tierra, le obtuvo allí del cielo, porque se lo pidió llorando.
La iglesia estaba en una colinita que dominaba al pueblo. Visítela, recé, medité, quizá lloré meditando, salí de ella y me senté al pie de una gran encina que sombreaba el campo inmediato.
Un viejecito que pasaba por allí liando su cigarro y vio que acababa yo de encender el mío, se me acercó, me saludó, me pidió fuego y se sentó a mi lado.
-¿Es usted de aquí, buen amigo? - le pregunté.
-Para servir a Dios y a usted, caballero -me contestó.
-Me alegro mucho, pues como no sé nada de estos pueblecillos, donde quisiera detenerme un par de días averiguando sus curiosidades y gozando de su hermosura, le agradecería a usted mucho que me dijese algo de ellos.
-Con mil amores, señor; y a fe que no podía usted haber dado con quien mejor le informe; porque como en todos estos contornos soy más conocido que la ruda, y además soy más viejo que préstame un cuarto, ni los que componen libros me echan la pata en lo tocante a saber de estos lugares; como que por eso me llaman el tío Sabelotodo, y en Retamarejo no se ponen los motes a buen tuntún.
-¿Y qué tal pueblo es Retamarejo?
-El pueblo no es gran cosa, como usted ve; pero la gente es lista como un demonio y capaz de burlarse de un entierro.
-¿Será toda gente pobre?
-Toda no, señor, porque aquí está muy repartida la riqueza; pues así como en Tomillarejo y otros pueblos no sale la vara de justicia de una casa, aquí anda por una porción de ellas.
-Pero ¿qué tiene que ver el reparto de la riqueza con la vara de justicia?
-¿Que no tiene que ver? -me replicó el viejo mirándome con maliciosa sonrisa-. Señor, usted ha de perdonar, pero cualquiera diría que es usted de Tomillarejo.
-¿Por qué?
-Por lo inocente que es usted.
-¡Pues qué! ¿Son inocentes los de Tomillarejo? -Como no sea Rebañaplatos, todos son unos bóbilisbobis.
-¿Y quién es ese Rebañaplatos?
-El alcalde de Tomillarejo.
-¿Y es rico?
-El único rico que hay allí.

Librodot

-¿Y dice usted que es listo?
-¡Vaya si lo es! ¡A no ser de Retamarejo!
-¡Hola! ¿Con que es de aquí?
-Sí, señor; hijo del tío Rogativas.
-¿Y por qué le llaman Rebañaplatos?
-Es el cuento algo largo; pero como no deja de tener gracia, aun contado por mí, que sólo tengo la del bautismo, se lo voy a contar a usted.
-Ea, pues vaya otro cigarro y venga el cuento.

- II -

-El tío Rogativas era pobre porque tenía muchos hijos y la vara de justicia no había pasado ni una vez por su casa.
-¡Rogativas! ¡Vaya un mote!
-Aquí todos le tenemos, mejor o peor aplicado. El de tío Rogativas estaba tan bien aplicado como el de su hijo Rebañaplatos.
-¿Por qué le pusieron el tío Rogativas?
-Porque siempre andaba con ruegos y no se le caía de los labios el refrán que dice: «Más alcanza el que ruega que el que pega», viniera o no a pelo este refrán.
Macario, el hijo mayor del tío Rogativas, se enamoricó como un bestia de una chica de Tomillarejo que la llamaban la Resalada. La chica era más pobre que las ratas porque nunca había pasado la vara de justicia por mano de su padre; pero aun así no quería al hijo del tío Rogativas porque era muy feo y bruto.
-¿Pues no ha dicho usted que es listo?
-Le diré a usted, señor; hay dos clases de listos, que son: unos que a fuerza de discretos se hacen pobres. Un año, el día de la fiesta de Retamarejo, unos cómicos que vinieron por aquí echaron una comedia que la intitulan Mi secretario y yo, y recuerdo que en ella decía uno:
No me ocurre el pensamiento,
de tenerme por borrico,
que quien sabe hacerse rico
tiene sobrado talento.

Pues así puede decir también Macario, que es de los que a fuerza de tontos se hacen ricos. De chico, como de grande, era tan bruto, que por serlo le hizo gracia al señor obispo de Sigüenza una vez que vino a confirmar, y se le llevó a su palacio, donde le tuvo medio año estudiando latín, hasta que se le escapó y se volvió al pueblo, diciendo que se había escapado porque le querían enseñar una lengua que no se entendía.
El tío Rogativas, viendo que el muchacho se daba de testaradas contra las paredes porque la Resalada no le quería, dijo: «¿Qué va a que este bruto nos derriba la casa y a todos nos coge debajo?» Y se decidió a ver a la Resalada y rogarle que se casase con el chico, pues él les daría un par de mulas, aunque se quedase por puertas. Al oír al tío Rogativas, la Resalada se ablandó; porque para las mujeres no hay hombre feo ni bruto si se tiene la precaución de dorarle un poco por fuera, y Macario y ella se casaron y se establecieron en Tomillarejo.
Pasó un año y pasó otro, y el hijo del tío Rogativas, a pesar de ser tan bruto, no levantaba cabeza, porque el primer año de casado se le murió una de las mulas, y el segundo se le murió la otra; y ciertamente fue lástima que se le muriesen, porque, según se contó en Retamarejo, estaba haciendo experiencias para ver si conseguía acostumbrarlas a no comer, y justamente se le murieron cuando ya se iban acostumbrando.

Librodot

El tío Rogativas se plantó en Sigüenza, se presentó al señor obispo, le contó las desgracias de Macario, y tanto rogó y lloró, que su ilustrísima le dio cuatro onzas de oro para que el de Tomillarejo comprase siquiera otra mula y pudiera bandearse.
Dicen que cuando el bien o el mal vienen, no viene solo, y así sucedió en aquella ocasión; pues la vara de justicia vino a manos del tío Rogativas al mismo tiempo que venían a manos de Macario las onzas del señor obispo de Sigüenza.
Naturalmente, el tío Rogativas fue echando, buen pelo con la alcaldía, y quiso que le echara también su hijo.
Tomillarejo y Retamarejo están desde tiempo inmemorial como el gato y el perro, y ya se hubieran pegado fuego uno a otro hace siglos, si no es por la ermita de San Babilés.
-¿Y qué ermita es ésa?
-Aquella que ve usted en la loma que divide jurisdicción entre dos pueblos.
-Pero ¿qué tiene que ver la ermita de San Babilés con las cuestiones de Tomillarejo y Retamarejo?
-¡Pues no ha tener que ver, cristiano! Allá cuando Cristo andaba por el mundo, parece que Retamarejo y Tomillarejo no tenían más parroquia que la ermita de San Babilés, que era común de los dos pueblos. Fuese que a los dos se les hiciese cuesta arriba el ir a misa hasta allí; fuese que cada uno quisiese gallear por su cuenta en lo eclesiástico, o fuese, como yo creo, que todos los días de fiesta oían misa mirándose de reojo, y, por
consiguiente, sin devoción, y al salir de la iglesia armaban la marimorena, es lo cierto que cada uno, se fabricó su iglesita para su uso particular, y la de San Babilés quedó poco menos que abandonada de los dos; porque los dos imitaban al perro del hortelano, y quien lo pagaba era el pobre San Babilés.
Acaeció que vino una gran peste que se llevaba de reo la gente de los dos pueblos, y atribuyéndola los de acá y los de allá a lo mal que se habían portado con San Babilés, determinaron reunirse y subir en procesión a pedir perdón al Santo, prometerle la enmienda y rogarle que tuviera misericordia de ellos. Hiciéronlo así, y la peste cesó como por milagro. Entonces los dos pueblos hicieron un convenio, que consistía en que la ermita de San Babilés había de ser de los dos pueblos, como siempre lo había sido, y en que los dos habían de celebrar todos los años la fiesta del Santo, juntándose las dos justicias en la función religiosa y en una gran comilona, todo a costa de los dos pueblos.
Este convenio se viene cumpliendo hace siglos, y desde entonces las dos justicias, todos los años, así que están a medios pelos, echan pelillos a la mar sobre todas las cuestiones que hay pendientes entre Retamarejo y Tomillarejo. Con que ya ve usted, señor, si tiene o no tiene que ver la ermita de San Babilés con las cuestiones de los dos pueblos.
El año que le tocó al tío Rogativas asistir como alcalde de Retamarejo a la función y cuchipanda de San Babilés, había una cuestión muy gorda entre los de acá y los de allá, y era que los de acá les habíamos quitado a los de allá una dehesa que nos hacía tanta falta como a ellos para pastar.
-¿Y qué razón daban los de acá para habérsela quitado?
Razón no daban ninguna.
-Pues si no, ¿qué daban?
-Daban una paliza a todo vecino de Tomillarejo que se atrevía a pastar en la dehesa; porque, eso sí, a talento nos ganarán los de cualquier otro pueblo de la Alcarria, pero a puños no.
-¡Vaya una justicia!
-¡Qué, señor! Esas son cosas de pueblo. El caso es que de sobremesa empezaron las dos justicias a tratar esta cuestión, y entonces el tío Rogativas tomó la palabra, y dijo:
-Ya sabéis los de Tomillarejo que yo tengo tanta ley a vuestro pueblo como al mío; y prueba de ello es que casé allá al hijo mayor, que era mi

Librodot

ojo derecho.
-¡Tiene razón, caráspita! -exclamó el alcalde de Tomillarejo, entusiasmado y conmovido, dando en la mesa un puñetazo que a poco más la parte, porque era uno de los que habían bebido más.
-Nosotros los de Retamarejo -continuó el tío Rogativas pudiéramos ganar este pleito con la razón de los puños, porque los tenemos más fuertes que vosotros; pero, como dice el refrán, más alcanza el que ruega que el que pega. Yo tengo que haceros un ruego, y para que os encuentre propicios, empiezo por deciros que podéis pacer cuanto os dé la gana en la dehesa, y buen provecho os haga.
Al oír esto, la justicia de Tomillarejo quiso saltar por encima de la mesa a abrazar entusiasmada a la justicia de Retamarejo; pero no permitiéndoselo sus fuerzas, todos sus individuos tomaron el jarro del vino, y brindaron conmovidos por la justicia de Retamarejo, y sobre todo por su digno presidente el tío Rogativas.
- ¡Diga -gritaron- el insigne alcalde de Retamarejo en qué le puede servir Tomillarejo!
-Ya sabéis -contestó el tío Rogativas muy conmovido- que mi chico Macario, vuestro convecino, está muy atrasadillo con habérsele muerto las dos mulas que yo le di.
-Sí, ya lo sabemos -contestaron los de Tomillarejo con no menor emoción, enjugando una lágrima con la mano de la camisa-. Si nosotros podemos hacer algo para que peleche, dígalo su insigne padre, y verá qué pronto queda servido.
-Pues bien; yo suplico a Tomillarejo que, en vista de lo atrasadillo y ahogado que está mi pobre chico, a pesar de su habilidad para arrebañar, un poco de aquí, otro poco de allá y otro poco de acullá, le elija para su alcalde constitucional en las próximas elecciones.
-¡Le elegirá!, ¡porrazo!, ¡u nosotros hemos de perder la cabeza!
-gritaron en coro los de Tomillarejo, dando en la mesa un puñetazo tan entusiasta que la hicieron astillas
Los dignos representantes de Tomillarejo cumplieron su palabra como caballeros mal comparados, pues en las primeras elecciones fue elegido alcalde de Tomillarejo el hijo del tío Rogativas.

- III -

Habían pasado muchos años, y la vara de justicia apenas había salido de manos de Macario desde que pasé a ellas por primera vez. Macario tenía que reñir todos los días con las gentes de Tomillarejo, porque era muy modesto y aquellas gentes se empeñaban en llamarle don Macario, no tanto porque era alcalde como porque era rico. Sí, señor, era rico como que había levantado en lo mejor del pueblo una casa de nueva planta que era lo que había de ver, y era hombre de tanto crédito, que él era en el pueblo, al mismo tiempo que alcalde, mayordomo de fábrica, recaudador de contribuciones, depositario de ayuntamiento, en fin, todo lo que pedía un hombre de responsabilidad y sabiduría para manejar el dinero del común.
El único que nunca le llamaba don Macario, sino Macario a secas, porque decía que no les pegá el don a todos los que tienen dinero, era el señor cura de Tomillarejo, que, a pesar de ser lo que se llama un bendito de Dios, apretaba los dientes y aun los puños cada vez que le veía.
Como la riqueza no estaba repartida en Tomillarejo como lo está en Retamarejo y otros pueblos donde turna la vara de justicia de casa en casa, Tomillarejo estaba poco menos que perdido. Ya sabe usted que generalmente el pago del culto y clero corre por cuenta del Estado y no de los Ayuntamientos; pero Retamarejo y Tomillarejo son una excepción de esta regla. De resultas de haberse desmembrado de la parroquia antigua sin la debida autorización las iglesias de ambos pueblos, pende de la superioridad hace siglos su reconocimiento como

parroquias, y esperando este reconocimiento, que tiene trazas de llegar el día del juicio por la tarde, así en Retamarejo como en Tomillarejo se paga el culto y clero por medio de un reparto vecinal, y por uso y costumbre antigua es presidente de la junta del ramo el señor alcalde. En Tomillarejo no se pagaban las deudas antiguas del pueblo, ni se pagaba al cura, ni se pagaba al sacristán, ni se pagaba a la fábrica de la iglesia, ni se pagaba al maestro, ni se pagaba al cirujano, ni se pagaba al secretario, ni se componían las calles, ni se limpiaba la charca que llaman Criatercianas, ni había un cuarto para nada de lo que corría por cuenta de la justicia.

-Pero si el pueblo no pagaba nada, estarían casi ricos todos los vecinos.

-¡Ca, no señor! Estaba todo, menos el señor alcalde, hechos una miseria; porque, ya se ve, muchas contribuciones indirectas y directas y la vara de justicia siempre en una casa, naturalmente habían de estar los demás perdidos.

-Pues nadie tenía la culpa sino los mismos vecinos de Tomillarejo.

-Pero, señor, ¿por qué la habían de tener?

-Porque no repartían la riqueza haciendo que la vara de justicia turnara en manos de todos, o que, de estar siempre en mano de uno solo, estuviera con su cuenta y razón.

-¡Ay, señor! Vuelvo a decir que usted parece de Tomillarejo en lo inocente.

-¡Hombre, ya me está usted cargando con la inocencia!

-¡Pues no le he de tener a usted por inocente, señor, si veo que cree usted en eso de la soberanía popular que ahora hace tanto ruido!

Desengáñese usted, que en los pueblos, como en las provincias y en las naciones, el que manda, manda, y cartucheen el cañón.

- Será todo lo que usted quiera; pero cuando todo ciudadano tiene su voto...

-Se pone las botas el que se dedica a comprarlos, que es el que tiene dinero.

-Mire usted, tío Sabelotodo, dejemos esta conversación, que me pone de mal humor, y acabe usted de una vez de contarme por qué le pusieron Rebañaplatos al alcalde de Tomillarejo.

-Tenga usted un poco de paciencia, señor, que todo se andará si la burra no se para.

-¿Se lo pusieron acaso sus convecinos porque rebañaba...?

-¡Si digo que es usted pintiparado a los inocentes de Tomillarejo!

-Pero, ¿por qué, hombre, por qué?

Porque ¿a quién le ocurre sospechar siquiera que vecinos pobres, honrados y sencillos, como lo son los de Tomillarejo, sean capaces de atreverse a poner motes malsonantes a un convecino rico y alcalde, aunque les arrebañe las entrañas?

-Tiene usted razón, hombre, tiene usted razón.

-Un día se alborotó Tomillarejo con una gran noticia que recibió el señor alcalde y comunicó al señor cura y al vecindario. La noticia era una carta del señor obispo de Sigüenza, su padrino, en que su ilustrísima le anunciaba que iba a ir por el Tomillarejo a la visita pastoral, y le encargaba que lo pusiese en conocimiento del señor cura, en cuya casa deseaba hospedarse, siguiendo su costumbre en tales casos de no aceptar más hospitalidad que la de los párrocos.

En efecto, el día señalado, a cosa de las nueve de la mañana, la campana de San Babilés, donde los de Tomillarejo habían puesto vigías para que avisaran así que divisasen el coche del señor obispo, anunció con su furioso volteo que el señor obispo se acercaba. Las dos campanas de Tomillarejo quisieron repicar con tan fausto motivo; pero como las dos estaban cascadas y no se había podido refundirlas por falta de metal, no hicieron más que prorrumpir en ronquidos que nos hacían desternillar de risa a los de Retamarejo, que subimos aquí para oírlas.

Librodot

La justicia y todo el vecindario salieron a las afueras del pueblo a recibir al señor obispo, echándole vivas que metían miedo.
Figúrese usted lo hueco que Macario se pondría a pesar de su modestia cuando el señor obispo, después de darle a besar el anillo, le abrazó como si fuera, mal comparado, hijo suyo.
El señor obispo se dirigió con toda la comitiva a la parroquia, a cuya puerta salió a recibirle el señor cura bajo un palio que se había hecho con la colcha de una cama, por estar como una criba el de la iglesia.
Después que se cantó el Te Deum y se acabaron de romper las campanas a fuerza de echar roncas, porque el sacristán, quemado como estaba con no ver un cuarto hacía mucho tiempo, las había tocado con más rabia que nunca, el señor obispo, acompañado del señor cura, la justicia y los párrocos de Retamarejo y de otros dos o tres pueblos inmediatos, que habían ido a saludar a su ilustrísima, se dedicó a ver y examinar la parroquia.
Conforme el señor obispo se iba enterando de todo, iba poniendo una cara que parecía quererse comer vivo al señor cura, y cuando concluyó se sentó a descansar en los bancos del pórtico y dio permiso a todos los que le acompañaban para que hicieran lo mismo.
-Señor cura -dijo al párroco con cara de pocos amigos- estoy disgustadísimo del estado en que tiene usted la parroquia, y con mucho sentimiento mío voy a tener que tomar medidas muy serias para ponerle correctivo.
-¡Ilustrísimo señor!... -murmuró el párroco tratando de disculparse.
Pero dirigió la vista al alcalde, viole sentado al lado del obispo con una pierna sobre la otra y tan familiarmente que parecía querer decir:
«El alcalde tiene el padre obispo», y se interrumpió inclinando la frente lleno de humildad y resignación.
El señor obispo continuó, cada vez más disgustado:
-El techo de la iglesia se viene abajo por falta de retejo, como el crédito de España por falta de probidad y economía; las paredes están cuarteadas porque se cuela en ellas el agua con tanta facilidad como las ideas inmorales y disolventes en la sociedad española; el interior del templo está negro por falta de blanqueo, como el porvenir de nuestra patria por falta de patriotismo; los santos parecen diablos; las campanas disuenan a todo Dios que las oye; el palio no puede ya paliar la decencia con la vejez; las albas se ven negras para no caerse a pedazos; las casullas son un trapo delante y otro detrás; el cáliz lo es de la amargura para todo el que le ve lleno de abolladuras; el incensario necesita cadenas como los pueblos de tan poco juicio como el español; los bonetes son maletes; en fin, tiene usted la iglesia y sus ornamentos y utensilios de tal modo, que sólo pensando lo infinitamente misericordioso que Dios es, se comprende que no haya mandado un rayo que le partiese a usted de medio a medio por su desidia y falta de celo en el desempeño de su sagrado ministerio.
-Ilustrísimo señor -volvió a murmurar tímidamente el señor cura-, estos pueblos son tan pobres...
-Señor cura -le interrumpió el señor obispo, sin aflojar en su severidad-, no me venga usted con lilailas, pues yo sé muy bien que en estos pueblos, como en todos, el que es celoso en el cumplimiento de sus deberes lo consigue todo y triunfa de la pobreza. Aquí tiene usted a Macario, que casi no tenía sobre qué caerse muerto, y sin ser de los que inventaron la pólvora, ha conseguido levantar una casa mientras usted casi dejaba caer la de Dios. ¿Qué quiere usted, señor cura, que hagamos los obispos cuando encontramos abandono como el que yo he tenido el disgusto de encontrar aquí? ¡Luego se quejan ustedes de que el obispo tiene la manga muy estrecha, y ponen el grito en el cielo si, por ejemplo, les retira las licencias eclesiásticas, que es lo menos que puede hacer en casos como éste! ¡Hombre, quisiera yo ver al más pintado en mi lugar, porque esto es para acabar con la paciencia de Cristo padre!

Librodot

-(Yo voy a cantar claro aunque el alcalde me eche a presidio y se lleve la trampa el curato) -dijo para sí el señor cura, faltándole ya la paciencia para aguantar la peluca que, sin ser calvo, estaba recibiendo del señor obispo; pero al mismo tiempo pensó que su madre, ya viejecita, y dos sobrinitos huérfanos que había recogido no tenían más amparo que él, y que al fin y al cabo unos y otros iban pasando con el pie de altar y las
misas libres; y en vez de armar un escándalo de órdago contando al señor obispo lo que pasaba en el pueblo, se tragó la saliva, y echándose a los pies del venerable prelado, le pidió perdón de las faltas que hubiera cometido, y le prometió la enmienda en cuanto estuviese a sus alcances.
El señor obispo se compadeció al fin de él viendo su humildad y su dolor, y merced a que intercedieron en su favor cuantos estaban presentes, inclusa la justicia.
-Vamos, señor cura -le dijo-, tranquilícese usted, procure usted la enmienda, y no hablemos más de esto. Vengo muy cansado, porque la jornada ha sido larga, y deseo retirarme a descansar, si es que usted, resentido del mal rato que le he dado, no me niega la hospitalidad que le tengo pedida por conducto del alcalde.
-¡Gracias, ilustrísimo señor, por la nueva bondad de que su ilustrísima me da prueba aceptando mi pobre casa y mesa! -exclamó el señor cura con toda su alma.
Y un momento después, el señor obispo con toda su comitiva se dirigía a casa del señor cura, donde la viejecita, que era una gran cocinera y una de esas amas de gobierno que convierten en monedillas de cuarenta reales los ochavos morunos, había hecho prodigios para recibir dignamente a tan ilustre y santo huésped.

- IV -

Los señores curas de los pueblos inmediatos, así que acompañaron al señor obispo a su hospedaje, trataron de despedirse de él para volverse a sus pueblos; pero el señor cura de Tomillarejo se dirigió a su ilustrísima, diciéndole:
-Señor obispo, si vuestra ilustrísima quiere honrar a estos señores convidándolos a quedarse en Tomillarejo hasta la tarde y sentarse a la mesa de vuestra ilustrísima, los más honrados de todos seremos mi señora madre y yo, que no deseamos otra cosa y, gracias a Dios, tenemos prevención para todos, aunque no tan delicada como vuestra ilustrísima y estos señores se merecen.
El señor obispo dio las gracias muy complacido al señor cura por aquella advertencia, y, en efecto, convidó a quedarse a comer con él a los señores curas forasteros, que aceptaron el convite muy agradecidos al señor obispo y al dueño de la casa.
Mientras llegaba la hora de comer, el señor obispo determinó ir a ver la casa de su ahijado el alcalde. Brindáronse a acompañarle todos los demás señores, pero rehusó cortesmente su compañía, diciéndoles:
-Muchísimas gracias, señores; pero no quiero que ustedes se molesten, porque esta es una visita puramente de confianza, o como si dijéramos, de familia, pues ya saben ustedes cómo trato desde muy antiguo a este mala cabeza de Macario, que si se hubiera dejado desasnar como yo intenté cuando me lo llevé a Sigüenza, en vez de ser hoy un honrado paleto con el riñón un poco cubierto, seria un respetable sacerdote, aunque viviese en la pobreza que Cristo amó y sienta muy bien a los de nuestro hábito.
En efecto, el señor obispo se fue, sin más compañía que el alcalde, a ver la casa que Macario había levantado con su habilidad, como decía el tío Rogativas, para rebañar de aquí, de allá, y de acullá. Su ilustrísima quedó muy complacido de la visita, y rió no poco de lo palurdamente

Librodot

que le hizo los honores de la casa, no la Resalada, que era lista como un demonche, sino Macario, que no sabía abrir la boca sin decir mú.
-Ea -dijo su ilustrísima a la Resalada al despedirse -, éste se viene a comer conmigo y aquellos señores.
-¡Señor! -exclamó la Resalada-. ¿Qué es lo que vuestra ilustrísima dice? ¿No ve que Macario es un pobre destripaterrones que no está acostumbrado a mesas de tanto cumplimiento, y se va a poner en ridículo, incurriendo en mil groserías delante de tantos señores como comen hoy con vuestra ilustrísima? ¡Por Dios, señor, deje su ilustrísima que coma en casa a lo tío Diego, como acostumbra!
-No puede ser, Resalada -contestó el señor obispo-; que siendo alcalde del pueblo, y además ahijado mío, sería mal visto que hoy no me acompañase en la mesa.
-Pues ya que vuestra ilustrísima se empeña en ello, le voy a pedir un favor, y es, que si nota que Macario hace alguna cosa impropia de una mesa donde comen personas finas, se lo advierta con disimulo, porque en estos pueblos todo se sabe, y los de Retamarejo, que son capaces de burlarse de un entierro, no pasarían el día de mañana sin plantar a mi marido un mote que hiciera reír a toda la Alcarria, si hoy mi marido cometiera alguna
imprudencia en la mesa adonde asiste el señor cura de Retamarejo.
- Bien, Resalada, queda tranquila -contestó el señor obispo reventando de risa-, que si Macario trata de hacer alguna de las suyas, yo le advertiré con un buen pisotón que se vaya con tiento.
La Resalada se tranquilizó con esta promesa del señor obispo, y el señor obispo y Macario volvieron a casa del señor cura, donde la viejecita había dispuesto ya una mesa, digna, no ya del obispo de Sigüenza y sus acompañantes, sino del mismo apostolado con Cristo a la cabeza.
La comida empezó, estando sentados en la cabecera de la mesa el señor obispo, y el señor cura y el alcalde de Tomillarejo a su lado, uno enfrente de otro.
El señor cura no era rencoroso; pero al ver enfrente al alcalde y tocar con sus pies los de aquel bribón de siete suelas, se le renovó la memoria del atroz sonrojo que por su culpa había sufrido aquella mañana, y la sangre volvió a repudrírsele en el cuerpo.
La comida era tan rica, que Macario tenía frecuentes tentaciones de chuparse los dedos.
Dicho se está que en una mesa a que se sentaba un señor obispo y varios señores curas, la conversación giraba principalmente sobre asuntos religiosos o eclesiásticos. Hablándose de la Sagrada Escritura, el señor obispo hizo un gran elogio de las parábolas de Jesús y de lo que se presta el estilo parabólico a la expresión de ciertas ideas.
Macario, que hasta entonces no había hecho más que comer, pensando que oveja que bala bocado pierde, creyó que la cortesía le obligaba a decir algo que, aunque fuese poquito, fuese bueno, y como el señor obispo continuase hablando de parábolas.
-¡Para bolas -exclamó Macario con la boca llena, interrumpiendo a su ilustrísima- las que tenemos en el juego de bolos de Tomillarejo!
Una tremenda y general carcajada, iniciada por el señor obispo, acogió aquella salida de pie de banco del alcalde, a quien el señor obispo tuvo que explicar que parábola viene a ser un modo de decir lo que no se dice.
La comida continuaba con buen apetito y alegría por parte de todos menos por parte del señor cura de Tomillarejo, que, por más que lo disimulaba, no podía digerir el entripado que debía al alcalde.
Ahora parece que en las mesas de tono no se sirve como antiguamente, trinchando en la mesa misma y haciendo plato a los demás el más servicial o más diestro de los comensales, sino que los criados acercan las viandas, ya trinchadas, a los señores, y éstos se sirven por sí mismos lo que tienen por conveniente. En aquella mesa el servicio se hacía a la antigua: la

fuente o lo que fuese se colocaba en medio d la mesa, el amo de la casa trinchaba, si había qué trinchar, y hacía platos a todos, y luego el que quería repetir pedía que le sirviesen o se servía por sí propio.
Sirvieron una menestra riquísima, que era el plato en que había echado el resto la madre del señor cura, y gustó tanto a todos, incluso el alcalde, que todos repitieron, de modo que la fuente quedó poco menos que limpia.
Macario, que era el primero que había repetido, fue también el primero que dio fin al segundo plato, y entonces, tomando un migón de pan, exclamó:
-Más vale una vuelta por aquí que cien por la plaza.
Y se puso a rebañar con el pan la fuente.
El señor obispo, sorprendido y disgustado con aquella grosería de su ahijado, alargó el pie por debajo de la mesa para darle un pisotón reconviniéndole por ella; pero cate usted que por pisar el pie del alcalde pisó el del señor cura.
Y el señor cura, que comprendió la equivocación del señor obispo, y vio como llovida del cielo la ocasión de desahogarse un poco, aunque fuese parabólicamente, se encaró con su ilustrísima y le dijo con mucho retintín:
-Debo advertir a vuestra ilustrísima que no soy yo el que rebaña.
El señor obispo se echó a reír, y todos menos Macario comprendieron lo que había pasado, y soltaron también el trapo.
Pero de repente se puso serio el señor obispo, pensando si sería parábola la advertencia del señor cura de Tomillarejo.
Aquella misma tarde, después que despidió a los señores curas que habían ido a saludarle y el alcalde se fue a dar una vuelta por su casa, llamó aparte al señor cura e hizo que le confesara ce por be todo lo que pasaba en Tomillarejo con el alcalde.
Y mientras al día siguiente se ocupaba el señor obispo por la mañana en ajustar cuentas muy estrechas al alcalde, y por la tarde en confirmar a los chicos de Tomillarejo y los pueblos inmediatos, nosotros los de Retamarejo nos ocupábamos en confirmar a Macario, poniéndole el sobrenombre de Rebañaplatos, con que es conocido en toda la Alcarria.
Dí las gracias al viejecito por la complacencia y claridad con que me había advertido que también se arrastraban víboras entre aquellas flores
que rodeaban a Retamarejo y Tomillarejo, y continué mi camino diciéndome con honda pena:
-¡Ay, Señor' ¡No son la retama y la ruda las plantas más amargas e inodoras que crecen entre el romero y el tomillo que embalsaman y embellecen a las rústicas aldeas!

El ama del cura

- I -

Era el rector o párroco de Cegama lo más bendito y glorioso que había bajo la capa del cielo.
Con aquel genio siempre bondadoso, indulgente y sereno, con aquella seguridad de que todo lo que ocurre en el mundo es obra de Dios, y, por consecuencia, lo mejor y más justo, y con aquella propensión a no descubrir en el mundo más que horizontes de color de rosa, estaba siempre sonrosado como la fresa de Loyola, sano como las manzanas de Oiquina y gordo como los cebones de Oyarzun. Es verdad que el señor rector se despepitaba por un platito de magras con tomate o un par de truchas del riachuelo de Alzánia, pero en cambio era celosísimo en el desempeño de su sagrado ministerio y, como suele decirse, no tenía cosa

suya, pues gastaba en limosnas y en obsequiar a cuantos llegaban a su casa, no sólo el producto de su curato, sino también
el de media docena de caserías que había heredado de sus padres.
La llavera o ama del señor rector había sido tan feliz como éste hasta rayar en los treinta años.
Mari Cruz, que así se llamaba, quedó huérfana de padre y madre de muy pocos meses de edad, y el señor rector la recogió, costeó su lactancia y educación y le sirvió como de cariñoso padre.
Mari Cruz salió una excelente muchacha, y tanto amor y agradecimiento tenía al señor cura, que por no separarse de éste había desechado muy buenas proporciones de casarse.
Era célebre en Cegama un viejecito, de la altura de un perro sentado, conocido por Diegochu.
Diegochu era un pobre labrador que apenas sabía escribir su nombre y apellido; pero era naturalmente tan listo y decidor, y sabía tantos cantares, refranes y chilindrinas, que en todo el Olamoch (tierra de los argomales achaparrados), como llaman a la comarca de Cegama, pasaba entre las gentes ignorantes y sencillas por un sabio, a quien todos admiraban y escuchaban como a oráculo y profeta infalible.
Diegochu era un admirable versulari, que echaba la pata a los poetas improvisadores más afamados de las tres provincias hermanas, donde, y particularmente en Guipúzcoa, los hay de padre y muy señor mío.
Diegochu era la delicia de las deshojas del maíz con los cuentos con que en ellas embobaba a la gente moza, que se reunía para aquella operación una noche en casa de un vecino y otra en la de otro.
Diegochu entendía de medicina más que el célebre Petrillo, su paisano, que años después, cuando Diegochu estaba ya enterrado, contribuyó con la mejor intención del mundo a que se enterrase a Zumalacárregui.
Diegochu daba quince y raya a todos los calendarios en esto de adivinar y pronosticar las variaciones atmosféricas.
Y Diegochu, en fin, era un pescador tan diestro, que las truchas del Alzánia se le venían a la mano.
Una tarde pasaba Diegochu por delante de casa del señor rector con una hoz en la mano y un cesto vacío en el hombro, y saludó a Mari Cruz, que cosía y cantaba en el balcón.
-Diegochu, suba usted a hacer la postura de un pellejillo de Navarra que hoy ha recibido el señor amo -le dijo Mari Cruz.
Diegochu se hacía rogar, y como Mari Cruz le arguyese que el señor cura le había de reñir si sabía que le había dejado pasar sin hacerle subir a beber una gotilla, soltó uno de sus inagotables refranes, que hizo a Mari Cruz soltar una carcajada, dejó en el portal el cesto y la hoz, y subió a casa del señor cura.
Después que Diegochu engañó una jarrilla del negrillo de Navarra con un cantón de pan y unas nueces, encendió la pipa y se puso a echar chicoleos a Mari Cruz, por supuesto chicoleos decentes, pues la única lengua que sabía carece de palabras para los de otro género.
De los chicoleos pasó Diegochu a las preguntas.
-¿Cuándo te casas, Mari Cruz?
-¡Quite usted de ahí, preguntón! Nunca.
-Pues oye un cantar con que logré que mi mujer renunciara a quedar para vestir imágenes y se decidiera a casar conmigo:
La mujer se parece mucho
a la hiedra,
pues necesita un árbol
que la sostenga.

Librodot

Este cantar, amiga Mari Cruz -añadió Diegochu-, no es gracioso, pero es otra cosa que vale más: es verdadero. Conque no lo olvides, y quédate con Dios, que voy a segar un cesto de yerba con que cenen esta noche mis vacas.
Diegochu se alejó dando chupadas a su pipa. Mari Cruz volvió a sentarse en el balcón y a tomar la costura, pero no volvió a cantar. En lugar de cantar, cavilaba del modo siguiente:
-Tiene razón el cantar de Diegochu. El señor rector va siendo vicio, y cuando mañana u otro día falte, ¿qué va a ser de mí si no me he casado?
Dinero ni cosa que lo valga no me ha de dejar, porque con su generosidad y sus limosnas todas sus rentas se le van, y de las caserías no puede disponer en mi favor porque no pertenezco a su parentela, y ya se sabe que, según el fuero, los bienes raíces no salen de los parientes. Voy a cumplir treinta años, y conforme mis años han ido aumentando han ido disminuyendo mis novios, de modo que hace dos que no me ha salido ninguno, cuando antes cada año me salían dos docenas, a pesar de ser público y notorio que todos llevaban calabazas. Pues ¡caramba! si me llega a salir alguno no le suelto a tres tirones, aunque sea tan arrimado a la cola como Jatunandi.
En estas cavilaciones y estos propósitos vivió Mari Cruz hasta que llegó la romería de San Bartolomé, que se celebra en torno de una ermita de las cercanías de la villa, cuya parroquia fue en tiempos antiguos.
Mari Cruz, que había tenido lo que se llama buenos bigotes, había perdido mucho; pero como decía Jatunandi, aún se le podía prestar un pan, aunque nunca le devolviera.
Ya que he nombrado a Jatunandi, voy a decir quién era este pedazo de animal. Jatunandi era un mozallón de Arazama, que se distinguía en primer lugar por su voracidad, que le había valido el apodo con que se le conocía, equivalente a Tragaldabas, y en segundo, por su manía de ajustar todas las acciones de su vida a los preceptos de cantares y refranes, cuando estos preceptos no contrariaban sus naturales inclinaciones. Si un refrán o un cantar encarecían las excelencias de la gula, Jatunandi le tomaba por un evangelio chiquito; pero si, por el contrario, encarecía las excelencias de la sobriedad, Jatunandi le despreciaba, calificándole de dicho de viejas.
Viejo era Diegochu, y, sin embargo, sus refranes y cantares eran para Jatunandi artículo de fe, sobre todo cuando no contrariaban sus inclinaciones.
El día de San Bartolomé bailó alternativamente con Mari Cruz y con una chica de la casería de Ondarra, conocida por la Cascabelera, por su afición a tontear con todos los mozos, y al terminar la romería declaró a Mari Cruz su atrevido pensamiento de casarse con ella. Mari Cruz, antes de contestarle, se hizo instantáneamente esta reflexión: «Feo, tragón y barbarote es este zamacuco, y yo soy casi una señorita; pero a falta de pan, buenas son tortas».
Y después de los consabidos « ¡Qué cosas tiene usted!» -«Pero ¿lo dice usted de formalidad?» -« ¡Mire usted si tendrá otras más guapas que yo!» etc., etc., concluyó por darle el sí.¡No hay gente más tonta que las mujeres y los hombres!

- II -

Cerca de un año hacía que Jatunandi era novio de Mari Cruz, y aunque ésta había tenido muchos motivos para tronar con él, particularmente por sus devaneos con la Cascabelera de Ondarra, que daban a la pobre Mari Cruz muy malos ratos, estaba resuelta más que nunca a no soltar a Jatunandi ni aun con perros de presa.
Llegó la víspera de San Bartolomé, y Mari Cruz, como todas las echecoandrías (amas de casa) de Cegama y sus inmediaciones, hacía preparativos culinarios para la fiesta.

Librodot

El señor rector leyó una carta que acababa de traerle un propio venido de Aránzazu, y llamando a Mari Cruz lleno de alegría le dijo:
-Mari Cruz, tenemos este año de predicador al padre Cándido, que es un prodigio de elocuencia sagrada. ¡Qué honra tan insigne e inesperada para nuestra religiosa Cegama y para nosotros, que vamos a tener la dicha de hospedarle Mari Cruz, ha llegado la ocasión de echar la casa por la ventana, porque de éstas entran pocas en libra. A ver, hija, si mañana te luces como nunca con tus habilidades de cocina; que el padre Cándido es hombre que si hace prodigios con la lengua, no los hace menores con los dientes. Sobre todo, que no falten en la mesa un par de truchas de las buenas. Ve en seguida a avisar a Diegochu para que las pesque esta tarde, y no omitas nada para que mientras viva el padre Cándido se hable de Cegama en el refectorio de Aránzazu.
Mientras esto pasaba en casa del señor rector, pasaba algo relacionado con Mari Cruz en el castañar de Berunza.
La Cascabelera de Ondarra subía por el castañar arriba con una herrada de agua de Pauliturri, y Jatunandi, que la había visto bajar, la salía al encuentro en el carretil que, bajando del monte, cruza el castañar.
El zamarro de Jatunandi y la coquetuela de Ondarra reían y retozaban a más no poder bajo un castaño, cuando apareció Diegochu, que bajaba del monte con un haz de helecho con que hacer cama fresca a sus vacas. Al ver a Diegochu suspendieron el jolgorio, y la Cascabelera continuó su camino castañar arriba, viendo que Diegochu, en vez de pasar de largo, se detenía a descansar en el carretil posando el haz de helecho en el talud. Jatunandi iba también a alejarse; pero Diegochu, que había desarrollado la bolsa de piel de perro y sacado de ella la pipa, le llamó ofreciéndole una pipada, que Jatunandi no desdeñaba, nunca.
-Jatunandi, hablemos como amigos -dijo Diegochu-. Basta que pienses casar con Mari Cruz para que yo te tenga buena voluntad; pero, por lo mismo que te la tengo, debo decirte que no me gustan nada tus retozos con la Cascabelera.
-Es que la Cascabelera es más guapa que Mari Cruz.
-Pero Mari Cruz es mujer de bien, y la Cascabelera, aunque lo sea, no lo parece. Hay un cantar que dice:
«De dos mujeres malas
nos libre Dios, amén:
de la que lo parece
y de la que lo es».

Una sola cosa pudiera retraer te de casar con Mari Cruz.
-¿Cuál, Diegochu?
-No necesitas saberla, porque Mari Cruz es incapaz de pegársela a nadie, y menos a los curas ni a los frailes.
-Si le entiendo a usted, que me ahorquen.
-Tú no entiendes más que de llenar la tripa.
-Quien por comer no se mata...
-No está conforme con eso aquel refrán que dice:
«Quien come para vivir,
se alimenta;
quien vive para comer,
revienta».

-Déjese usted de dichos de viejas, y dígame qué es lo que pudiera retraerme de casar con Mari Cruz.

-El que Mari Cruz fuera capaz de pegársela a su amo.
-¿Por qué?
-Porque hay un cantar que dice:
«La mujer que se la pega
a los curas o los frailes,
se la pegará al demonio
si con ella se casare».

-¡Ja! ¡ja! ¿Sabe usted, Diegochu, que ese cantar merece aprenderse de cabeza, y particularmente cuando uno está tentado de casarse con un ama de cura?
-Pero cuando el ama del cura es como Mari Cruz...Diegochu se interrumpió al oír a Mari Cruz, que le llamaba desde la linde del castañar.
-¿Qué hay, Mari Cruz?
-Que el señor rector desea que sin falta pesque usted esta tarde un par de truchas buenas.
-Dile al señor rector que las tendrá sin falta para anochecer, porque sé dónde hay dos como besugos, que están tan seguras como si estuvieran en una pecera.
-Pues adiós, que hago mucha falta en casa, porque mañana tenemos a comer a un gran predicador del convento de Aránzazu.
-Pero, mujer, no vayas tan deprisa.
-No puedo detenerme. Que las truchas no falten, Diegochu.
-No faltarán. De ti estábamos hablando.
-¡Ustedes sí que son un buen par de truchas!
Así diciendo, Mari Cruz se volvió a casa, y Diegochu y Jatunandi se separaron, dirigiéndose cada cual a la suya.
Diegochu no echó en saco roto el encargo del señor rector, pues al anochecer subió a casa de éste llevando dos truchas como dos salmoncitos, y después de haber sido obsequiado por el cura con un duro y por Mari Cruz con la consabida jarrilla de vino, acompañada de pan y nueces, salió encendiendo la pipa con un tizón que para ello y para alumbrarse tomó del hogar.
Diegochu se dirigía a su casa con su pipa en la boca y su tizón en la mano, cuando se encontró con Jatunandi, a quien dio noticia de las dos soberbias truchas que dejaba en casa del señor rector, e hizo los dientes agua contándole cómo había sido obsequiado por Mari Cruz.
Jatunandi, que andaba siempre buscando pretextos para ir a casa del señor cura, más que para ver a Mari Cruz para sacar la tripa de mal año, se fue inmediatamente allá con pretexto de ver las truchas.
El señor rector sabía las honestas relaciones amorosas de Mari Cruz con Jatunandi, porque Mari Cruz le había dado noticias de ellas apenas las contrajo. El novio no le había parecido ninguna ganga, pero le había dado su aprobación por razones análogas a las que Mari Cruz había tenido para darle el sí. Jatunandi entraba, pues, con frecuencia en casa del señor cura, quien en manera alguna se oponía a ello, tanto porque su casa estaba siempre abierta a todos los vecinos, como porque sabía que Jatunandi no entraba en ella con más fin que el de llenar la tripa.
El señor cura estaba encerrado en su cuarto con la suegra, es decir, con el Breviario, a que dan este nombre los eclesiásticos, según dice el Diccionario de la Academia Española de la Lengua, que unas veces tiene la lengua demasiado corta y otras demasiado larga. Mari Cruz estaba llorando o poco menos, porque Diegochu, al apurar la jarrilla, le había hecho una amistosa advertencia que la llenó de dolor, con tanta más razón, cuanto que llovía sobre mojado.

Librodot

-Mari Cruz -le había dicho Diegochu con la mejor intención-, ya sabes que yo te quiero porque pudiera moler el molino de Aitamarren con las jarrillas de vino que he recibido de tu mano. Pues oye un consejo: ándate con cuidado con ese camueso de Jatunandi.
-¿Por qué me dice usted eso, Diegochu? -exclamó Mari Cruz sobresaltada.
-Porque esta mañana, cuando nos viste juntos en el castañar de Berunza, acababa yo de sorprenderle allí retozando con la Cascabelera de Ondarra, que subía de Pauliturri y con quien cada vez esta más encalabrinado.
-¡Gracias, Diegochu! -dijo Mari Cruz, saltándosele las lágrimas.
-Átale corto, que si se te escapa, ya no estás para gollerías, porque, como dice el cantar,
«La mujer que a los treinta
no tiene novio,
eche las esperanzas
con mil demonios».

Cuando Jatunandi llegó, Mari Cruz hizo un gran esfuerzo para disimular su pena, y puso, como siempre, buena cara a Jatunandi.
-Conque vamos a ver -le dijo éste- esas famosas truchas que Diegochu ha pescado; pero no, mejor será que antes de todo mires si tienes por ahí algo que echar a perder.
Mari Cruz le sacó medio pan, medio queso y media azumbre de vino, que Jatunandi se echó entre cuero y carne en medio cuarto de hora.
-Ahora vamos a ver las truchas -dijo Jatunandi.
-Mari Cruz le sacó en una gran fuente las dos hermosas truchas, que tenía ya destripadas y preparadas para freírlas la mañana siguiente.
-¡En el nombre del Padre y del Hijo!... -exclamó Jatunandi santiguándose de admiración.
-¡En mi vida he visto truchas más hermosas! ¡Si las pescáramos mañana unos amigos y yo en la merendona que vamos a tener en el castañar de Berunza!...
-¡Qué! ¿No vas mañana a la romería? -le preguntó Mari Cruz sorprendida y disgustada.
-¡Qué romería ni qué ginojo! ¿Dónde hay romería como una merienda con vino hasta dejarlo de sobra?
-¡Malhaya el vinazo, que siempre estáis sonando con él!
-Pero mujer, ¿qué ha de hacer uno sino beber vino en un pueblo como Cegama, donde no hay fuente alguna?
-Buena es el agua del río si no se quiere ir a buscar la de Pauliturri.
-¡Ca! El agua cría ranas.
-¡Eh, viciosotes! Conque ya ves que Diegochu se ha lucido, porque las truchas son alhajas.
-¡Caramba si lo son! ¡Lástima que se las coman curas y frailes!
-¡No, mejor fuera que se las comiesen judíos como vosotros!
-¡Pues ya se ve que fuera mejor! Mira, Mari Cruz, ¿quieres dármelas para que mañana nos las comamos los amigos y yo en Berunza?
-¡Anda enhoramala con tus bromas!
-Pues chica, te lo dilo con formalidad. ¡Mira tú si en casa del señor rector habrá con qué reemplazarlas!
-Vaya, vaya, déjate de conversación -dijo, Mari Cruz, disponiéndose a volver las truchas a la despensa.
-Mira, no te molestes en guardarlas -replicó Jatunandi-, porque es cosa decidida: me las llevo yo.
-¡Sí, como no te lleves!...
-Te digo que me las llevo.
-Pero, ¿hablas de veras?

Librodot

-Tan de veras como me he de morir.
-Vamos, tú te has vuelto loco, o quieres que yo me vuelva.
-Ni lo uno ni lo otro. ¿Me das las truchas, o tronamos para siempre?
-¿Qué es lo que dices, hombre de Dios?
-Lo que digo es que si me das las truchas me caso contigo antes de un año, y si no me las das antes de un año me caso con la Cascabelera.
-¿Pero no ves, hombre, que es imposible?
-Yo siempre he oído que no hay imposibles para el que quiere.
-Pero, ¿con qué cara le digo yo al señor amo...?
-Al amo le dices, pongo por caso, que el gato se las ha comido.
-Sí -replicó Mari Cruz, esforzándose por dar giro alegre a aquella triste conversación-, ¡para que me suceda lo que a la criada del cuento!
-¿Y qué le sucedió a esa criada?
-¡Una friolera! La mandó su ama a comprar tres libras de carne, y de las tres sisó dos. Como lo conociese su ama, se disculpó con que el gato se las había comido. Entonces su ama pesó al gato, y resultó que el gato sólo pesaba libra y media.
-Chica, cuenta tú un cuento mejor urdido que ése, y verás cómo el rector y el fraile se le tragan.
Al decir esto, Jatunandi cogió las truchas y tomó con ellas escaleras abajo, sin que todos los ruegos y reflexiones de Mari Cruz bastaran a detenerlo.
Mari Cruz tuvo tentaciones de decir a su amo la verdad de lo que había pasado; pero por primera vez en su vida no se atrevió a decírsela.
Pensó si Diegochu podría coger por la mañana otro par de truchas como aquéllas, pero recordó que Diegochu le había dicho que todas las que quedaban en el riachuelo eran chiquitas.
Pensó otra porción de cosas y ninguna la satisfizo, hasta que se decidió, por primera vez en su vida, idear un embuste, por cuyo medio ella quedase bien con su amo, y su amo no quedase mal con el fraile. Lo que más le animó a ello fue el recuerdo del refrán que dice: «Una mentira bien compuesta, mucho vale y poco cuesta».

- III -

¡Qué día tan esperado y tan hermoso es en las aldeas, y particularmente en las Vascongadas, el día de la fiesta titular!
Ese hermoso día había llegado para Cegama la mañana de su fiesta de San Bartolomé.
El cielo estaba azul, pero empezaba a soplar el viento del Sur, querido de las castañas y las boronas, que sazonaban a su cálido soplo. El día, con sol radiante y viento castañero, era muy caluroso.
Las campanas se deshacían repicando a misa mayor, y la concurrencia de forasteros de las tres provincias Vascongadas y Navarra, y aun de veraneadores madrileños, era tal, que Diegochu decía en plena plaza, chupa que chupa su pipa y pensando en el dineral que iban a dejar en Cegama los forasteros
-Si de esta hecha la señora villa no planta en medio de la plaza una fuente de las muchas y buenas que hay en sus cercanías, es seguro que algún perro rabioso le ha mordido, porque de otro modo no se explicará la aversión de la señora villa al agua.
La misa mayor comenzó con gran solemnidad y con la iglesia llena de gente.

Librodot

Cuando el predicador subió al púlpito, todos temieron que no pudiera resistir la sofocante atmósfera del templo, tanto más, cuanto que el padre Cándido era tan grueso como el señor rector, y todos veían que el señor rector, como suele decirse, sudaba tinta.
El sermón fue bueno, bueno y retebueno, porque el padre Cándido era, en efecto, hombre que lo entendía. Cuando el predicador, a propósito de la desollación del glorioso apóstol San Bartolomé, la emprendió con los hombres barbados que, convirtiéndose en miserables mujerzuelas, se entretienen en desollar con la lengua a todo bicho viviente, y cuando, a propósito de las predicaciones del apóstol, tomó por su cuenta a los que predican libertad y son capaces de doblar a palos a quien los contradice, a los que a un mismo tiempo tienen a Dios en los labios y al diablo en el
corazón el efecto fue magnífico.
El padre Cándido no podía ya con su alma cuando bajó del púlpito, y tuvo que retirarse inmediatamente a su casa, es decir, a casa del señor rector.
Mari Cruz, que había oído temprano la misa del padre Cándido, estaba en casa atareadísima con las faenas culinarias. Cuando vio llegar al predicador tan sofocado, se asustó creyendo que llegaba enfermo, pero el padre Cándido se apresuró a tranquilizarla.
-No te asustes, Mari Cruz -dijo el buen religioso-, que esto no es más que una muestra de los sofocones del infierno. Vengo a ver si me das algo con que me temple un poco.
-Pierda usted cuidado, padre Cándido, que le voy a hacer un refresco con que se quedará como una lechuga -contestó Mari Cruz, poniendo manos a la obra.
La obra fue un buen vaso de agua fresca con dos azucarillos bien disueltos, con la rotación entre las dos palmas de la mano, de una caña cascada por el extremo inferior, y el aditamento de una copa, no sé si de ron o de aguardiente, porque en materia de líquidos alcohólicos soy tan topo, que sólo entiendo del de las viñas de las vertientes del Caduaga, del Somorrostro y del Ibaizábal, o de los manzanares de las vertientes del
Orio, del Urumea y del Urola.
El padre Cándido desocupó el vaso a traguitos, que es como hay que desocuparle en estos casos, si ha de producir buen efecto, y a los dos minutos estaba tan fresco y tan guapo y con mucha gana de conversación.
-¿Y cómo te va, Mari Cruz, con el señor rector?
-Perfectamente, padre Cándido.
-El rector es un bendito de Dios, ¿no es verdad?.
-¿Que si lo es? Si todas las gentes del mundo fuesen como él, ya podían ustedes los predicadores mudar de oficio.
-Y el pícaro se conserva sanote como una manzana y fuerte como un roble.
-Gracias a Dios, no tiene ni un dolor de cabeza; y si no fuera por la manía ésa que le quedó cuando estuvo enfermo hace años...
-¿Manía? ¡Ah, ya! La de gastar cuanto tiene en limosnas. Mujer, esa no es manía, que es una de las más santas obras de misericordia.
-¡Pero, padre Cándido, si no me refiero a eso!
-¿Pues a qué, mujer?
-¡Qué! ¿No sabe usted la manía del pobre señor amo?
-No sé que tenga ninguna otra.
-¡Alabado sea Dios! Pues no hay en Cegama quien no lo sepa.
-¡Ya! Pero como yo no soy de Cegama...
-Tiene usted razón.
-¿Y qué manía es la que tiene el bueno del señor rector?
-La más rara que usted puede imaginarse.
-Pero, mujer, vamos a ver cuál es.

-Pues nada, que algunas veces, cuando tiene convidado a comer, se le mete en la cabeza que le ha de cortar las orejas.
-¿A quién?
-¿A quién ha de ser, sino al convidado?
-¡Zape! -exclamó el padre Cándido, dando un salto en la silla y llevando instintivamente las manos a las orejas, que eran tan grandes, coloradas y gordas que daba gusto el verlas.
-No le dé a usted cuidado, padre Cándido... que eso no vale nada.
-¿Que no vale nada la conservación de las orejas? Muchacha, ¿estás loca o te chanceas? Yo no he averiguado para qué nos ha puesto Dios este par de embudos sobre las quijadas; pero cuando nos los ha puesto, para algo será, que Dios no hace las cosas a humo de paja.
-¡Pero padre Cándido, si no digo lo contrario! Lo que digo es que la manía del pobre señor amo es completamente inofensiva si se tiene un poquito de cuidado. En primer lugar, le da muy de tarde en tarde, y en segundo, cuando le da hay una señal infalible para preservarse y evitar todo peligro.
-Explícate, mujer, explícate, que la cosa es seria -dijo el fraile algo más tranquilo, pero sin tenerlas todas consigo todavía.
-Pues cuando al señor rector le da esa manía, se conoce en que al sentarse a la mesa toma el cuchillo...
-¡Aprieta, manco! -exclamó el padre Cándido interrumpiendo a Mari Cruz y llevándose, nuevamente las manos a las orejas.
-Pero, padre Cándido, óigame usted y no se asuste.
-Di, mujer, di.
-Pues digo que cuándo le va a dar al amo la manía de cortarle las orejas al convidado, se conoce en que al sentarse a la mesa toma el cuchillo, y se pone a suavizarle en la palma de la mano, como quien suaviza una navaja de afeitar, y entonces el convidado se levanta con cualquier pretexto y se aleja de la casa, con lo cual, aunque se quede sin comer, se queda con sus orejas donde Dios se las puso.
-¡Hum! -murmuró el padre Cándido todavía alarmado, a pesar de los esfuerzos de Mari Cruz por tranquilizarle-. ¡Hum! Me parece que será mejor tomar el portante...
El fraile se interrumpió oyendo los pasos del señor rector, que subía ya las escaleras.
A propósito del señor rector, debo completar el retrato que de él hice diciendo que entre sus verdaderas manías se contaba, no la de cortar las orejas a nadie, sino la de hacer con el cuchillo, siempre que se sentaba a la mesa, la maniobra que hacía Mari Cruz.
Poco después de su vuelta de la iglesia se dirigió alegremente al comedor, en compañía del padre Cándido.
Al comedor se pasaba por otra pieza contigua a la cocina, donde había un aparador que Mari Cruz había provisto de una porción de menudencias, que hicieron los dientes agua al señor rector y al padre Cándido cuando repararon en ellas, al pasar al comedor.
Lo que sobre todo regocijó y arrancó una sonrisa de profunda satisfacción al señor rector fue una gran fuente cubierta con una blanca servilleta en que supuso estaba el par de ricas truchas, que eran su manjar predilecto, y con que esperaba sorprender agradablemente al padre
Cándido, no menos aficionado que él a la flor y nata de la pesca fluvial.
Sentáronse a la mesa, y el padre Cándido se tranquilizó un poco viendo que el señor rector, distraído y alegre con los primores con que Mari Cruz la había adornado, no hacía caso del cuchillo, y hasta se decidió el padre Cándido a hacer boca con unas apetitosas rajitas de salchichón, que componían parte de los divertidos entremeses; pero de repente se agitó en su silla y se llevó las manos a las orejas. Era que el señor rector había echado mano al cuchillo y se ponía a hacer la consabida operación de suavizarle en la palma de la mano.

Librodot

-¿Qué es eso, padre Cándido? -le preguntó el señor rector alarmado, creyendo que le había dado algo.
-Nada -contestó el fraile, desconcertado-; es que esta pícara muela dañada me ha dado una punzada que me ha hecho ver las estrellas, y con permiso de usted voy a ver si encuentro en la maleta un terroncito de alcanfor con que se me suele quitar el dolor metiéndolo en el agujero de la muela.
-Sí, sí, vaya usted, que para eso el alcanfor es muy bueno.
El padre Cándido desapareció del comedor, tan aturdido, que al pasar por la pieza inmediata tropezó en el aparador y a poco más derriba los platos, cuyo ruido oyó el rector.
Inmediatamente exclamó Mari Cruz:
-¡Padre Cándido! ¡Padre Cándido! ¿Está usted loco?
El padre Cándido no contestaba, y el ruido de sus precipitados pasos se perdió por la escalera abajo.
-¿Qué es eso, Mari Cruz? -preguntó el señor rector levantándose y saliendo del comedor.
-¡Qué ha de ser, señor amo! -contestó Mari Cruz-. Que el padre Cándido sin duda ha perdido el juicio, pues ha cogido las truchas del aparador y se escapa con ellas metidas en la manga.
-Pero ¿se lleva las dos? -preguntó el rector, tan asombrado como disgustado.
-Sí, señor, se ha encajado una en cada manga. ¡Jesús! ¡No se puede una fiar en este mundo ni en la camisa que una lleva puesta! ¡Ese señor por fuerza se ha vuelto loco!
-Loco podrá haberse vuelto, pero tonto no dijo el señor cura. Y corrió al balcón.
-¡Padre Cándido! -gritó desde el balcón, viendo que el fraile corría como alma que lleva el diablo, para largarse de Cegama-. ¡Padre Cándido! ¡No se vaya usted con las dos, hombre! ¡Una de las dos siquiera!... ¡Siquiera una!
-¿Una? Ni media -contestó el fraile tapándose con las manos ambas orejas.
Y desapareció, y alejándose de la villa, tomó precipitadamente la mula que había dejado en una posada de las afueras, por no haber cuadra en casa del señor rector.
Un momento después iba camino de Aránzazu, mirando de cuando en cuando atrás y todavía llevándose las manos a las orejas.
Mari Cruz esperó en vano aquella noche a Jatunandi, pero no extrañó que éste no fuera a verla. Jatunandi había llenado la tripa en el castañar de Berunza, y no necesitaba ir aquella noche a llenarla en casa del señor rector.
A la mañana siguiente Jatunandi fue a ver a Mari Cruz, a quien antes de todo preguntó si tenía por allí algo que echar a perder.
Después que Mari Cruz hubo satisfecho esta pregunta sacándole medio pan, medio queso y media azumbre de vino, que el barbarote despachó en medio cuarto de hora, Jatunandi le hizo otra:
-¿Cómo te las gobernaste ayer para que ni el cura ni el fraile supiesen que me habías dado las truchas?
-Mari Cruz le contó la estratagema.
-¿Es decir -dijo Jatunandi- que se la pegaste de puño al cura y al fraile?
-Sí, y con harto sentimiento mío -contestó tristemente Mari Cruz.
-Pues chica, tengo que decirte una cosa.
-¿Qué cosa es? -preguntó Mari Cruz, alarmada con el tono serio que de repente había tomado su novio.
-¿Recuerdas aquel cantar que dice:
«La mujer que se la pega
a los curas o los frailes,
se la pegará al demonio
si con ella se casare»

-Sí que le recuerdo -respondió Mari Cruz, cada vez más alarmada.
-Pues chica, ya no me caso contigo.
-¿Qué es lo que dices, hombre?
-Lo que digo es que yo quería hacer una prueba infalible para dar el trueno gordo; he hecho la prueba y doy el trueno.
Mari Cruz, al oír esto, quiso replicar a aquel pedazo de bestia; pero la indignación le oprimió el corazón y le detuvo la palabra, y sólo pudo echarse a llorar, mientras Jatunandi tomaba escaleras abajo.

- IV -

Había pasado cerca de un año. El día de Nuestra Señora de la Asunción, gran día para Cegama, por lo que luego sabremos, salía de la iglesia parroquial de la villa una boda. Era la de Jatunandi y la Cascabelera de Ondarra, que acababan de casarse.
Al oír el ruido de los cohetes que la anunciaban, Mari Cruz salió al balcón creyendo que sería el anuncio de que la cruz parroquial volvía de Aránzazu, y viendo a los recién casados, se metió adentro llorando, Diegochu estaba en aquel momento en la plaza, chupa que chupa su pipa, y al ver a los novios, se quitó la pipa de la boca y murmuró saltándosele las lágrimas y mirando melancólicamente hacia el balcón de casa del señor cura:
-¡Pobre Mari Cruz! ¡Qué cierto es aquel cantar que dice:
«La cuarta parte del agua
que las fuentecillas vierten,
son las lágrimas que cuestan
los hombres a las mujeres»

La gente se agolpaba hacia el campo de Andueza, que es el que rodea la ermita de San Bartolomé en las afueras de la villa. Era que la cruz parroquial asomaba por las vertientes del Aitzgorri, volviendo de Aránzazu, en cuyo insigne monasterio, situado en las quebradas soledades del Aloña, se celebraba aquel día la gran fiesta de la Virgen, aparecida allí en el siglo XV al pastor Rodrigo de Balzátegui, y a quien la piadosa madre del gran historiador Garibay, peregrinando descalza y llorosa por espacio de cuatro leguas que median desde Aránzazu a Mondragón, patria del príncipe de los historiadores españoles, iba a pedir la salud de su hijo. Aquel día la villa de Cegama, que dista tres leguas del monasterio, toma piadosa parte en la fiesta de Aránzazu, dirigiéndose procesionalmente al monasterio con la cruz parroquial, que acompañan uno de los curas de la villa, el más joven y apto para tan penosa jornada, el alcalde y muchos
vecinos.
Cuando la cruz asoma de vuelta por las alturas del Aitzgorri, las campanas de la villa y los corazones de los cegameses le entonan un cántico de amor y regocijo.
El campo de Andueza se puebla de gente que va allí a esperar y dar la bienvenida a la cruz y a presenciar el acto solemne en que la Virgen de la villa recibe las amorosas memorias que le envía su santa prima la Virgen de la Montaña, y a pasar el resto del día en aquel campo merendando y solazándose con bailes y juegos entretenidos, sencillos y honestos.
En el momento en que la cruz se acerca al campo de Andueza, la Virgen sale procesionalmente de la parroquia, y al encontrarse con la cruz en aquel campo, ambas se tocan y permanecen algunos instantes unidas. Las gentes del pueblo dicen y creen firmemente

que la cruz emplea aquellos instantes en dar a la Virgen de Cegama las memorias que para ella ha encargado su prima la Virgen de Aránzazu.
Y cuando la cruz ha cumplido esta dulce misión, el alcalde, que, como el sacerdote, viene a caballo, arroja a los niños puñados de rosquillas benditas que para ellos trae de la santa soledad del Aloña, y la multitud se estremece de júbilo, y Virgen titular y cruz parroquial vuelven a la parroquia, saludadas por el estruendo de los cohetes, y el repique de las campanas, y el canto de los sacerdotes, que repite el pueblo lleno de fervor y alegría.
Cuando el señor rector llegó a casa después de unir a Jatunandi y la Cascabelera y de salir con la Virgen de la villa a recibir las memorias de la Virgen de la Montaña, estaba Mari Cruz llorando.
Mari Cruz se enjugó las lágrimas e hizo un esfuerzo supremo para ocultar su dolor al noble anciano, a quien veneraba como a sacerdote y amaba como a padre; pero el señor rector adivinó con profunda pena lo que pasaba en el alma de Mari Cruz, y dijo a ésta:
-¡Ánimo, hija, que las espinas de la tierra se convierten en flores en el cielo!
Mari Cruz se arrodilló a los pies del sacerdote, deshecha en llanto, y le confesó la falta que había cometido.
Y el señor rector, después de convenir en que había obrado mal y en que quizá aquel dolor era la expiación de aquella falta, añadió:
-Mari Cruz, resígnate con la voluntad de Dios, que quizá te ha hecho un bien muy grande rompiendo los lazos que te unían con ese hombre, cuya alma no participaba de la delicadeza de la tuya. El día que yo te falte, no quedarás desvalida en el mundo, pues, considerando que eras el primer pobre en quien yo debía ejercer la caridad, hace muchos años he ido apartando para ti el primer óbolo de los que destinaba diariamente a los pobres; y como muchas velitas hacen un cirio pascual, en mi gaveta aparecerán dos mil ducados que hace tuyos mi testamento, otorgado ya.
Iba Mari Cruz a expresar su agradecimiento al señor rector uniendo sus palabras a las lágrimas de consuelo que habían reemplazado a las de dolor, cuando se detuvo oyendo a Diegochu, que se anunciaba escalera arriba con su habitual exclamación de:
-¡La paz de Dios sea en esta casa!
-¿Qué hay, amigo Diegochu? -le preguntó alegre y bondadosamente el señor cura.
-¡Qué ha de haber, señor rector! -contestó el buen anciano-. Que Dios es justo dando a cada uno lo que merece, como lo prueba el haber dado a Jatunandi por mujer la Cascabelera, y a la Cascabelera por marido Jatunandi. ¡Siempre va la penitencia en el pecado!
-¡Qué verdad dices, amigo Diegochu!-exclamó el señor. Y añadió, dirigiéndose a Mari Cruz:
-Mari Cruz ya que la gente se divierte hoy en el campo de Andueza, justo es que nosotros hagamos lo mismo en casa. A la caidita de la tarde hemos de merendar aquí los tres juntos una fritada de magras con tomate de aquellas que tú sabes hacer, para celebrar Diegochu, tú y yo la boda de Jatunandi y la Cascabelera.
Mari Cruz soltó una alegre carcajada y se fue hacia el comedor para preparar la mesa al señor cura y la jarrilla a Diegochu, mientras el señor rector daba a probar a Diegochu un riquísimo tabaco pipero que aquel mismo día le habían traído de San Sebastián.

Librodot

Los exorcizadores

- I -

Allá por los años de 1850 a 1853, los jóvenes de la colonia literaria y artística, que llamábamos del Pensamiento, éramos todos tan pobres de dinero y renombre, que con dificultad pagábamos a nuestras respectivas patronas el hospedaje de seis o siete reales diarios, y con más dificultad aún se recordaban nuestros nombres en los círculos literarios y artísticos; pero, andando el tiempo, todos los de la colonia, excepto yo, fueron alcanzando puestos muy elevados y honrosos en la literatura, en las bellas artes, en la política y en la administración del Estado; de modo que unos han sido ministros, otros son o han sido altos empleados, los más han adquirido un nombre ilustre como escritores o artistas, y los que menos son académicos, que es tanto como reventar de gloria y desmayar de hambre. Sólo yo, por mi encogimiento, me encuentro al cabo de treinta años de trabajos literarios teniendo que ganar hoy los garbanzos de mañana; y digo por mi encogimiento y no por falta de talento, porque sabido es que la falta de talento no es inconveniente para ser rico ni ministro ni académico.

Si éramos pobres de dinero, de fama y de influencia, aún lo era mucho más Gumersindo, un pobre chico de algunos años menos que nosotros, que vivía y estudiaba y esperaba, si no al calor de nuestra liberalidad, a lo menos al calor de nuestro cariño.

Gumersindo era de Murcia. Pertenecía a una familia muy honrada, pero tan pobre de bienes de fortuna, que no hubiera podido enviarle a seguir una carrera literaria o científica en Madrid, a no concederle la Diputación de aquella provincia (que se ha distinguido siempre por su protección a la juventud apta para el estudio y cultivo de las letras y las artes) una pensioncilla de tres o cuatro mil reales anuos.

Gumersindo estudió durante el primer curso con mucho aprovechamiento, y era chico que nos enamoraba por lo dichoso que se creía con sus esperanzas de terminar una carrera honrosa, ser el sostén de su familia y alcanzar la estimación pública con sus conocimientos y su honradez.

Todos nosotros, en medio de la locuacidad y alegría que caracterizan a la juventud, teníamos con frecuencia días de ensimismamiento y tristeza, y más que ninguno los tenía Luis, uno de los colonos que más influencia ejercían en nosotros por su talento y sus legítimas esperanzas de gloria; pero Gumersindo era una excepción de esta regla, o al menos se esforzaba por que a nosotros nos lo pareciese: siempre estaba alegre y contento con su suerte.

Era tan modesto y desconfiaba tanto de su ingenio y gracia, que, por más que todos nosotros éramos siempre benévolos con él, nunca se atrevía a contar un cuento o una anécdota de aquéllas con que todos los demás amenizábamos nuestras reuniones. Por eso, más que por su novedad y agudeza, se nos había quedado a todos en la memoria el único cuentecillo que Gumersindo se había atrevido a contar un día que discutíamos el grave tema de «por qué la gente huye de los teatros y de las librerías».

El cuentecillo que nos refirió Gumersindo fue éste:

-«Una pobre mujer tenía el diablo en el cuerpo, en el que se le había entrado, no se sabía si por la boca o por dónde se les entra el diablo a
las señoras mujeres.

Muchos exorcistas habían sudado tinta para echársele fuera, pero no lo habían conseguido, y en vista de esto y a costa de grandes empeños y promesas de limosnas al convento, la familia hizo venir, para que exorcizase a la endemoniada, a un fraile de muchas campanillas que tenía fama universal de exorcizador, a quien el diablo no podía resistir.

El fraile, que llegó acompañado de un lego, empezó los conjuros intimando al diablo que saliera por bien del cuerpo de la poseída, porque si no, le haría salir por mal.
El diablo soltó una insolente carcajada al oír esta intimación, y contestó al exorcista:
-No se moleste vuestra paternidad en querer sacarme por medio de conjuros del cuerpo de esta mujer, porque soy un diablo ilustrado, aunque me esté mal el decirlo, y lejos de echar a correr oyendo conjuros de sabor oratorio y literario tan clásico como son los de vuestra paternidad, me he de estar aquí escuchándolos embobado.
En efecto, por más que el fraile agotaba su elocuencia, el diablo no salía.
Dolida la familia de la endemoniada de la fatiga del exorcista, que estaba ya ronco de perorar y sudoroso de gesticular y bracear, le invitó a que suspendiese la tarea y fuese a descansar un poco y tomar un piscolabis.
Al lego se le alegraron los ojos al oír lo del piscolabis, porque creyó que rezaría también con él.
Aceptó el exorcista la invitación, y dijo al lego al retirarse:
-Hermano, quédese con la poseída por si el diablo quisiere en mi ausencia pasar con ella a mayores, que yo pronto vuelvo a terminar mi tarea.
-Padre -dijeron a su vez los de la casa-, mejor fuera que el hermano lego viniese también a tomar alguna cosilla.
-No, que es mozo y ayuna, y sólo a los ancianos nos es lícito quebrantar el ayuno. Hermano -añadió el reverendo dirigiéndose al lego-, no se meta a exorcizar y eche a perder con sus estulteces lo que yo he adelantado.
A corto rato el diablo trajo a las narices del lego una deliciosa tufarada de jamón frito y otras porquerías por el estilo, que hizo caer al lego en irresistible tentación de rebelarse contra su superior, que le privaba de saborear lo que tan ricamente olía.
Y el espíritu de la desobediencia se apoderó de lo que tenía más a mano el lego, que era el libro de los exorcismos.
El lego leía tan mal, que sólo leía deletreando, y sólo deletreaba estropeando horriblemente las palabras y los conceptos.
El diablo se retorcía y se daba a todos los demonios en el cuerpo de la poseída escuchando los exorcismos del lego.
-¡Calla, calla, condenado a muerte, y no me martirices con tus barbaridades! -gritaba el diablo, hecho una furia del infierno.
Pero el lego continuaba barbarizando.
Y al fin el diablo dio un espantoso bramido y salió del cuerpo de la poseída, gritando:
-¡Me voy por no oírte!»
Esto contó Gumersindo un día que tratábamos de averiguar por qué se iba la gente del teatro y de las librerías.
Pero el pobre Gumersindo no tardó en no estar para cuentos, porque una tarde fue a vernos tan triste que se le saltaban las lágrimas.
Era que la nueva Diputación provincial le había suspendido la pensioncilla que le había concedido la anterior, por no haberse llenado en la concesión todos los requisitos legales.

- II -

Gumersindo continuaba en Madrid, estudiando con gran aprovechamiento, y probablemente ayunando muchos días. Se guardaba muy bien de decírnoslo; pero nosotros, que lo adivinábamos, solíamos obligarle a participar de nuestra pobreza.

¡Con qué humildad, con qué agradecimiento, con qué amor nos pagaba lo poco que podíamos hacer para que no desmayase en la vía dolorosa que iba recorriendo!
Y en medio de sus tristezas y privaciones, ¡qué dichoso se creía viendo que todos nosotros le considerábamos, no como inferior y protegido, sino como igual y compañero! Y cuando nos reuníamos para leer o discutir un trabajo literario o para regocijarnos en el campo con una pobre meriendilla, siempre contábamos con él, y lejos de tratarle como si fuera el último, le tratábamos como si fuera el primero.
Ninguno de nosotros había mejorado considerablemente en dinero, pero casi todos habíamos mejorado en honra literaria o artística. Ya había algunos a quienes se había representado una comedia, o se había aplaudido la música de una zarzuela, o se había publicado un libro, o se había dado un puñado de duros por un cuadro, y los demás se iban haciendo conocidos y aun amigos del público con trabajos menos importantes.
No era Gumersindo el único agregado a la colonia del Pensamiento. Era lo también un joven, un niño de diez y seis años, que hay honra con sus trabajos literarios y sus virtudes domésticas a la patria y a la familia. Juanito (que así le llamábamos) era de muy buena índole, y mostraba ya felices disposiciones para el cultivo de las letras, al que tenía gran afición; pero tenía el defecto de hombrear antes de tiempo, como que ya
soltaba de vez en cuando sus artículos de crítica literaria.
Casi todos los jóvenes que se dedican a escribir para el público, empiezan precisamente por donde debieran concluir: empiezan por meterse a críticos, oficio que requiere experiencia, conocimientos, gusto literario y artístico, fijeza de opiniones y autoridad, que no puede tener un jovenzuelo, por grandes que sean su talento e instrucción.
Así se cuenta que Bretón de los Herreros, pocos días después de estrenarse una de sus mejores comedias, y cuando ya había conquistado el título de Terencio español, estaba muy triste, y notándolo un amigo suyo, le reconvino, preguntándole la causa.
¡Ah, señor don Fulano! -contestó el ilustre poeta-. ¿Cómo quiere usted que no me entristezca, viendo que hasta su chico de usted se cree con derecho a aconsejarme?
-¿Qué es lo que dice usted, señor don Manuel?
-Lo que usted oye.
Y Bretón de los Herreros enseñó a su amigo un artículo de crítica teatral firmado por el chico de su amigo, que a la sazón no pasaba de diez y seis años, y terminaba su trabajo crítico diciendo: «Aconsejamos al señor Bretón de los Herreros», etcétera.
Juanito era aún más dichoso que Gumersindo con que le permitiéramos hombrearse con nosotros porque eso de llenarse la boca entre sus condiscípulos de la Universidad o en las redacciones de los periódicos, adonde se colaba aunque fuera por el ojo de la cerradura, diciendo: «Mi amigo Fulano» «Mi amigo Mengano» refiriéndose a alguno de la colonia, y con preferencia a los que habían visto representar una de sus comedias o zarzuelas, o les habían publicado un libro, o habían recibido un puñado de duros por un cuadro, eso era para él la suprema felicidad y el supremo orgullo.
Cualquier encargo que recibiese de nosotros le hacía, como suele decirse, de cabeza; no tanto porque naturalmente era servicial y bondadoso, como porque se creía soberanamente honrado con que se supiese que merecía nuestra confianza.
El padre de Juanito era uno de los hombres más notables de España.
Querido y respetado de todos, naturalmente lo era más de su familia y parientes, entre los que había no pocos que debían a su protección los puestos que ocupaban en la administración del Estado. Juanito era el niño mimado de la casa, o mejor dicho, de la parentela, por la principal y sencilla razón de que lo era de su padre.
Don Nicolás, uno de los tíos de Juanito y jefe de negociado en la Dirección General de Instrucción pública, cuyo destino debía, no tanto a sus indudables merecimientos como a la

Librodot

protección de su cuñado, era hombre de genio vivo y carácter áspero, pero se guardaba muy bien de responder con un sofión a las impertinencias de su sobrino, porque sabía que ofender a éste era ofender donde más le dolía a su cuñado, que estaba chocho con el chico.
Ya he dicho que Luis era uno de los jóvenes que más honraban a la colonia. Ésta había fundado en él sus más legítimas esperanzas; y no se había equivocado, porque la representación de la primera comedia de Luis había dado al autor un puesto envidiable entre los dramáticos españoles.
Luis estaba una mañana trabajando en su casa cuando se le presentó Gumersindo.
Luis recibió al muchacho con el cariño y la amistosa expansión con que todos los colonos le recibíamos siempre, y le hizo sentar a su lado.
-Don Luis -le dijo Gumersindo-, yo vengo a pedirle a usted, o más bien a exigirle un favor tan grande, que quizá dependan de él mi porvenir y el de mi familia.
-Ya sabes, querido Gumersindo -le contestó Luis-, que puedes contar con él si está en mi mano el hacértele.
-En el Instituto de Vergara se va a proveer una plaza de ayudante, para la que tengo títulos literarios suficientes. Si se proveyese en mí, sería yo feliz y lo sería mi familia, porque me permitiría terminar, sin gravamen de nadie, los estudios que necesito para ingresar en uno de los
Cuerpos facultativos del Estado. He solicitado esa plaza, pero para conseguirla necesito una buena recomendación, y no tengo más que la que usted puede proporcionarme.
-Pues, amigo Gumersindo, haz cuenta que no tienes ninguna, porque yo no conozco a nadie que pueda apoyar tu pretensión.
-Debo recordar a usted, querido don Luis, que don Nicolás, el tío de Juanito, es el jefe del negociado, y usted, que entre todos los colonos es el más respetado, pudiera encargar a Juanito que hablase a su tío.
-Se lo encargaré inmediatamente, pero será inútil, porque su tío le recibirá con mucho mimo, y no te dará la plaza.
Gumersindo calló, desconsolado con la pérdida de su única esperanza, y Luis calló también, meditando y buscando en su fecunda imaginación y en su corazón, más fecundo aún para el bien, algún medio verdaderamente eficaz de favorecer al pobre Gumersindo.
De repente se animó la fisonomía de Luis, que exclamó, estrechando la mano de Gumersindo:
-No te desanimes, que estoy ya casi seguro de que será para ti la plaza que has solicitado.
-¿Por qué medio, don Luis? -preguntó Gumersindo lleno de alegría.
-Por medio de ingenio.
-¡Bien sabía yo que el de usted era grande!
-No se trata del mío. Al tuyo deberás la plaza que solicitas.
-¿Cómo, don Luis?
-En su día lo sabrás. Ahora, lo único que debes saber es que inmediatamente debes ir a decir a Juanito que haga el favor de venir a verme lo más pronto posible.
-Voy a la Universidad, allí le veré, le diré que venga, y vendrá después de clase.
Gumersindo se fue, y Luis quedó pensando que no hay cuento, por malo que sea, que no sirva para algo bueno, pues a uno de los menos ingeniosos, aunque no de los menos oportunos, debía él el medio de favorecer al que le había contado. Habiendo contado yo más de ciento, ¡figúrense ustedes si me habrán salido favorecedores, y, por tanto, si estaré medrado!

- III -

Librodot

Juanito se presentó después de mediodía en el despacho de Luis. Dióle éste un cigarro, pues ya sabía que Juanito estimaba en mucho este obsequio, no tanto por lo que el cigarro valía como por poder decir entre sus condiscípulos: «¡Señores, para cigarro bueno,.el que me ha dado hoy mi amigo Luis!»
-Oye, Juanito: te he llamado porque me vas a hacer un favor.
-Con muchísimo gusto, don Luis.(Juanito sólo suprimía el don cuando Luis no estaba presente.)
-Vas a ver ahora mismo a tu tío don Nicolás, y le vas a decir que tienes gran interés en que se dé a Gumersindo una plaza de ayudante en el Instituto de Vergara, que ha solicitado. Si te contesta que se le dará, vienes inmediatamente a decírmelo, y si no, te estás allí lo menos una hora dando conversación a tu tío, de quien te despides hasta mañana.
-Está muy bien, don Luis -contestó Juanito.
Y echó a correr hacia el ministerio de Fomento, chupando su cigarro.
Poco más de una hora después volvió a casa de Luis.
-¿Qué te dijo tu tío?
-Me dijo que era imposible dar a Gumersindo la plaza, porque la solicitan otros que tienen grandes recomendaciones.
-Bien. ¿Y qué hiciste después que te dijo eso?
-Nada, lo que usted me mandó: estarme en el despacho más de una hora dando conversación a mi tío, aunque mi tío me decía que estaba muy ocupado...
-Perfectamente, Juanito. Mañana, a la misma hora, vuelves, preguntas a tu tío qué hay de la plaza, y si no te dice que es para Gumersindo, te estás allí otra hora dándole conversación, te despides con un «Hasta mañana», y vienes a decirme lo que ha habido.
-Pierda usted cuidado, don Luis, que así lo haré.
A la tarde siguiente volvió Juanito a casa de Luis, y éste le preguntó.
-¿Has visto a tu tío?
-Sí, señor.
-¿Y qué te ha dicho?
-Me ha dicho: «Pero, hijo, ¿por qué te has molestado en venir, si te dije ayer que era imposible complacerte?»
-¿Y qué has hecho después?
-Nada, lo que usted me mandó: estarme allí dando conversación a mi tío.
-¿Y tu tío estaba muy contento con que se la dieses?
-¡Qué sé yo qué le diga a usted, don Luis! Se movía en su asiento
como si tuviera hormiguillo, y todo era decir que estaba muy ocupado.
-¡Bien, hombre, bien! Mañana vuelves a verle, le preguntas qué hay de la plaza, y si te dice lo mismo, te estás allí también dándole conversación, y pasada una hora, te despides con un «Hasta mañana», y vienes a decirme lo que ha ocurrido.
-Pues hasta mañana, don Luis.
-Hasta mañana, Juanito.
La tarde siguiente entró Juanito muy alegre en el despacho de Luis.
-¿Qué hay, amigo Juanito?-le preguntó Luis dándole un cigarro, que aumentó la alegría del aprendicillo de escritor.
-Pues nada, don Luis; llegué y le pregunté a mi tío qué había de la plaza, y me contestó muy incomodado: «¡Hijo, qué molino eres! ¿No te he dicho y redicho que no se le puede dar a ese joven, porque hasta amigas íntimas del señor ministro la han pedido para otro de los que la han solicitado?»
-¿Y qué hiciste en vista de esa contestación?
-Nada, me puse a darle conversación a mi tío, aunque se movía en su

asiento con tan mal humor, que parecía que le estaban pinchando, y así que pasó, la hora, le dije: «Adiós, tío, hasta mañana, que volveré a ver si hay algo».
Entonces mi tío dio un puñetazo en la mesa muy enfadado y me dijo:
«Sí, hijo, vuelve mañana y te llevarás la credencial que voy a extender ahora mismo para presentarla hoy a la firma».
-¡Venga un abrazo, amigo Juanito -exclamó Luis-, que te has portado como un hombre!
Y no pudiendo regalar a Juanito una caja de cigarros habanos, porque no la tenía, y aunque la hubiera tenido no se la hubiera regalado, porque el pulmón de Juanito no estaba aún para purear, le regaló una cajetilla de pitillos de esos que saben a rejalgar de lo fino.
Juanito salió a escape por esas calles de Dios en busca de condiscípulos suyos a quienes dar a probar los cigarros que le había regalado su amigo Luis.

- IV -

Gumersindo recibió llorando de agradecimiento y alegría la credencial que le entregó Luis.
-¡Gracias, don Luis, Gracias! -exclamó queriendo besar la mano de su protector, que la retiró y le dijo abrazándole:
-Dáselas al recuerdo de tu cuento de los Exorcizadores. Lo que ha pasado, todo es consecuencia de tu cuento.
Gumersindo salió para Vergara.
Pasaron años. Los colonos nos fuimos dispersando, sentándonos unos en los escaños del Congreso y otros en las poltronas ministeriales, otros en las Academias, otros en el templo de la gloria literaria o artística, y otro, que era yo, en el apartado y humilde hogar de la casa nativa, en los valles de Vizcaya, y no volvimos a saber de Gumersindo.
Sin embargo, Luis y Diego, otro de los colonos, inseparable amigo de Luis, habían sabido de él hacía años.
Una tarde, hacia el de 1858, estaban sentados en una alameda del Puerto de Santa María, y vieron que dos capitanes de Infantería de Marina se paraban junto a ellos, contemplándolos con mucha atención. Uno de los capitanes se decidió a pronunciar el ya ilustre apellido de Luis, y como éste le contestase, el capitán abrió los brazos y estrechó en ellos a Luis y a Diego, lleno de alegría.
-No tenemos el gusto de conocerle a usted -le dijo Luis.
-Yo sí les conozco a ustedes. ¡Y cómo no, don Luis, si a usted debo todo lo que soy, todo lo que espero y toda la felicidad que he proporcionado y espero proporcionar a mi familia! Yo soy Gumersindo.
Es inútil decir el gozo que Luis y Diego experimentaron con este inesperado encuentro.
Gumersindo les dijo que ya sabía que estaban en aquel país, porque se lo había dicho su amigo y compañero el otro capitán, que lo sabía por ser de Sanlúcar de Barrameda, compatriota de Luis y primogénito del marqués de Espínola.
Militares y paisanos pasaron la tarde juntos y se separaron para no volverse a ver.
A mediados del año 1874, Luis estaba enfermo, y Diego y yo pasábamos las primeras horas de la noche junto a su lecho. Conversábamos y hasta leíamos los periódicos de la noche, porque el mal de Luis, aunque grave, no le impedía la conversación ni la lectura. Muchas veces nos habíamos acordado de Gumersindo, y Luis y Diego me habían contado su encuentro con él y el hijo del marqués de Espínola en el Puerto de Santa María; pero lo único que habían vuelto a saber de ellos era que juntos habían peleado

como leones en la guerra de Santo Domingo, y en la batalla de Monte Cristi había muerto Espínola al lado de Gumersindo.
Una noche leíamos La Correspondencia de España, y encontramos en ella la triste e inesperada noticia de que el bravo coronel de infantería de Marina don Gumersindo Boronat había fallecido regresando de Filipinas a España.
Los tres rezamos y lloramos por Gumersindo, y pocos días después Diego y yo rezamos y lloramos por Luis, que acababa de morir en nuestros brazos; y mientras no se maldiga en España el culto de las letras, como se ha empezado a maldecir el culto de Dios, será reverenciado en el catálogo de los españoles ilustres (aunque la Academia Española de la Lengua le haya dejado morir sin llamarle a su seno) con el nombre de don Luis de
Eguílaz.

Traga sardinas

Al señor don Raimundo de Miguel

Como usted, mi querido y respetado amigo, es autor de la mejor colección de fábulas morales que se ha escrito en lengua castellana, el recuerdo del fabulista Samaniego, que evoco en este cuento, ha traído a mi memoria el de usted, siempre grato para mí, porque además de ser el de un maestro benemeritísimo, el de un poeta esclarecido y el de un ciudadano tan honrado en la vida privada como en la vida pública, es para mí el de un excelente amigo. Una humilde florerilla del campo salpicada de rocío es recuerdo tan tierno como una flor de oro salpicada de brillantes, y por eso me atrevo a ofrecerle a usted esta humilde florerilla de mi ingenio.

- I -

El insigne fabulista alavés don Félix María de Samaniego casó en Bilbao, donde vivió mucho tiempo y dejó muchos recuerdos de su donoso ingenio. Samaniego es en Bilbao algo parecido a lo que es Quevedo en Madrid, o mejor dicho, en España; no hay agudeza de ingenio que no se le atribuya con más o menos verosimilitud. Sin embargo, se cuentan allí muchas que indudablemente son suyas, y a este número pertenece la anécdota que voy a contar. Es posible que esta anécdota no sea original del mismo Samaniego, y sí sólo una de aquellas imitaciones de que tan discreto ejemplo nos dio en muchas de sus fábulas, cuyo pensamiento pertenecía a los fabulistas que le precedieron, desde Esopo a Lafontaine; pero no por eso tiene menos gracia, a pesar de lo pícaramente que yo la voy a contar. Samaniego tenía mucha afición a la villa de Marquina, que aunque chiquitita, es muy linda, apacible y honrada, y es en Vizcaya el pueblo de más recuerdos literarios, como que de allí eran los Mogueles, que escribieron en vascuence libros piadosos muy buenos y en castellano disertaciones filológicas muy discretas, y hasta hubo en la misma familia una señora que tradujo en lindos versos vascongados una colección de fábulas; de allí procedían los Astarloas, uno de los cuales dio a luz la
Apología de la lengua vascongada, y dejó inéditos trabajos importantísimos sobre el mismo asunto; allí residió largo tiempo el ilustre Guillermo de Humboldt, estudiando y aprendiendo la lengua vascongada, para publicar luego sus doctísimas demostraciones de que aquella lengua es resto venerable y apenas adulterado de la que se habló en la generalidad de la península ibérica antes de la dominación romana; y, por último, de allí

proceden los Munibes, uno de ellos fundador de la famosa Sociedad Vascongada, que dio origen a las de Amigos del País, y en cuya patriótica empresa invirtió la enorme suma de noventa mil ducados, dato histórico que yo he tenido ocasión de comprobar en el archivo del señor conde de Peña florida, digno nieto de aquel ilustre patricio que tiene su patriarcal hogar en Marquina.

No es extraño, pues, que Samaniego, con sus aficiones literarias y su amor a lo apacible, honrado y hermoso, gustase de pasar largas temporadas en Marquina, dejando a su hacendosa y varonil mujer el cuidado de la casa y cuantiosos bienes que tenía en Bilbao y sus cercanías, tanto más, cuanto que su mujer estaba siempre en sus glorias con el tráfago de criados e inquilinos.

- II -

En Vizcaya hay grandes trabajadores, pero también hay grandes comedores. Si yo fuese a contar las historias de Heliogábalos vizcaínos que he recogido andando por allí de villa en villa, de aldea, en aldea, y de camisería en camisería, escribiría un libro muy curioso; pero como dicen que para muestra basta un botón, me contentaré con mostrar, no uno, sino un par de botones.

En una taberna de Munitibar, que es al pie del monte Oiz, donde se inicia el valle de Lequeitio, hay un letrero hecho a punta de cuchillo, en una puerta, y su historia es la siguiente:

Un anochecer llegaron a la taberna tres lequeitianos, uno de ellos eclesiástico, y determinaron pernoctar allí, porque iban de Bilbao y se les hacía ya tarde para continuara Lequeitio, que está de allí cosa de dos leguas.

-Por supuesto -dijeron a la tabernera-, tendrá usted cena abundante que darnos.

-¡Ojalá que no tuviera tanta! -contestó la tabernera-. Esta mañana han pasado por aquí trece pícaros canteros marquineses, que decían iban a Guernica y volverían a mediodía, y después de haberme encargado que les tuviera dispuesta una buena comida, no han vuelto, y ha quedado todo, como quien dice, para los cerdos.

-Aquí estamos nosotros para cenarnos lo de los trece, y mas que fuera -dijeron los lequeitianos.

La tabernera tornó esto a broma, pero una hora después se había convencido de que no lo era, pues los tres lequeitianos no habían dejado ni los huesos de la comida preparada para los trece canteros.

Y no contentos con esto aquellos bestias (salva la corona del que la tenía), al irse la mañana siguiente, después de almorzar fuerte, escribieron en la puerta del comedor con la punta de un cuchillo:«El día tantos de tal mes y de tal año se cenaran aquí Fulano, Zutano y Mengano, la comida dispuesta para trece».

Como el hecho es histórico y público y notorio en el valle de Lequeitio, no he querido callar, por más que me pese, la circunstancia de que el héroe principal de esta hazaña fue un señor cura, para tener ocasión de honrar a los buenos sacerdotes, que abundan en Vizcaya, y todo por rogar a los lectores que pidan a Dios le hayan perdonado su glotonería, pues murió hace años, poco menos que reventado a fuerza de comer.

El otro botón que voy a presentar de muestra es un caballero de Marquina, llamado don Lesmes, aunque más conocido por Traga sardinas y célebre por su incansable apetito. Cuéntase que don Lesmes apostó un día a que se comía dos docenas de sardinas frescas y se bebía una azumbre de vino mientras el reloj de la villa daba las doce, y ganó la apuesta, pues

al dar el reloj la undécima campanada, don Lesmes se quitaba con el último trago de vino el dejo de la última sardina. A esta hazaña debía el apodo de Traga sardinas.

- III -

Don Lesmes era uno de aquellos que viven para comer, en lugar de comer para vivir. A pesar de ser un caballero de casa solariega bastante rica, era solterón, porque todos sus efectos estaban en el estómago y no un poquito más arriba. Un poquito más arriba ni un poquito más abajo no tenía afecto alguno. No consistía su celebridad sólo en su incansable apetito, sino también en su creencia de que el día que le perdiese ya podía ponerse bien con Dios, porque sin remedio era hombre muerto. Esta creencia tenía su origen en una broma que habían querido darle sus amigos.
Como fuese hombre que dividiese su amor a la manducatoria con su amor a la vida, sus amigos habían querido darle un susto tremendo haciéndole creer que se hallaba en eminente peligro de muerte. Puestos de acuerdo al efecto con el médico de la villa, éste le anunció que en el momento en que le faltase el apetito debía disponerse a morir, porque su muerte estaba próxima. Don Lesmes creyó a pies juntillas al médico, porque era tan crédulo y candoroso cuanto comilón, y preparado así, sus amigos se dedicaron a hacerle perder el apetito; pero quienes se llevaron chasco fueron ellos y no don Lesmes, a quien nunca lograban ver harto.
Fue por Marquina el insigne don Félix María de Samaniego, que ya he dicho gustaba de pasar allí largas temporadas, y como le contasen lo inútiles que habían sido sus esfuerzos para asustar a don Lesmes y apelasen a su ingenio para conseguirlo, el buen don Félix les dijo:
-Déjenlo ustedes a mi cargo, que yo apretaré un poco mi flojo ingenio a ver si cumplo con una fábula en acción el precepto de Horacio. Samaniego vivía en una casa aislada en las cercanías de la villa. Don Félix y don Lesmes se encontraron al anochecer al retirarse del paseo.
- ¡Oh, señor don Félix!
-¡Oh, señor don Lesmes! ¿Cómo va esa humanidad?
-Bien, a Dios gracias, pues el apetito se conserva excelente. Hoy después de comer me fui a dormir la siesta acostumbrada, que nunca baja de un par de horas; pero no había pasado una, cuando me despertó el pícaro gusanillo...
-Le envidio a usted el buen apetito, porque yo te tengo fatal.
-Dios me le conserve, porque el día que le pierda me voy inmediatamente al otro barrio, según me ha dicho el médico.
-Hombre, ya podía usted acompañarme mañana a comer, porque mañana es mi cumpleaños y me voy a aburrir comiendo solo, y sobre todo con la falta de apetito que tengo estos días.
-Pues acepto el convite.
-Y no le pesará a usted, amigo don Lesmes, pues me han mandado de Laguardia un barril de vino rancio y una docena de perdices, que deben ser cosa buena.
-¡Je! ¡je! ¡je! ¡Cómo se regala este pícaro de don Félix! Pues allá
me tendrá usted, y haremos por sacar el escote.
-Váyase usted temprano, que quiero que almorcemos, comamos y cenemos
juntos, porque na le suelto a usted hasta el día siguiente.
-¡Je! ¡je! ¡je! Así que despache el chocolate, las paminchas y el vaso de lecho, y duerma la reposada, me tiene usted por allá. Ahora vamos a ver si nos dan de cenar, que me voy cayendo de debilidad con el paseíto que hemos dado hasta Urberoaga.
-Pues lo dicho, señor don Lesmes.
-Lo dicho, señor don Félix.

Librodot

- IV -

A las ocho de la mañana siguiente subía don Lesmes las escaleras de la casa de Samaniego. Se levantaba temprano, sirviéndole de despertador el estómago, cuya debilidad forticaba con un tazón de cuatro onzas de chocolate, tres o cuatro paminchas (que son unas tortas de pan muy sabrosas, como de cuarterón cada una), y la leche que cabía en uno de aquellos tremendos vasos de asa que suele haber en las aldeas. Lo que llamaba don Lesmes la reposada era una hora de sueño en el sillón, porque hasta después del chocolate había de dormir siempre el buen don Lesmes, si bien entonces se contentaba con dormir en el sillón y no en la cama, como hacía después de almorzar y comer.
A las nueve terminaban Traga sardinas y Samaniego un abundante almuerzo, en cuya preparación había hecho prodigios de habilidad y esmero la cocinera.
Samaniego era buen comedor, pero excitó vivamente la compasión de don
Lesmes con su falta de apetito, que decía haber perdido hacía algunos
días.
-Ea -dijo don Félix a su huésped-, ¿supongo que ahora querrá usted echar el sueñecillo acostumbrado?
-Eso ya se sabe; sin la reposada ni aun el chocolate me sienta bien.
-Pues venga usted a su cuarto, y duerma a sus anchas.
Don Félix acompañó a don Lesmes a uno de los cuartos más hermosos y retirados de la casa; don Lesmes se desembarazó de la ropa exterior y se acostó, y don Félix, después de cerrar cuidadosamente la ventana para que la luz no le molestara, se salió del cuarto llevándose recatadamente el reloj de don Lesmes, que éste había colocado sobre la mesita de noche.
Hecho esto, Samaniego adelantó la hora, así del reloj del comedor como del de don Lesmes, haciendo que ambos señalaran la una, y acercándose de puntillas al cuarto de don Lesmes escuchó, y como notase que éste roncaba ya como un marrano, entró y colocó el reloj sobre la mesa de noche.

- V -

Media hora después, es decir, antes de las diez de la mañana, don Félix entró en el cuarto de don Lesmes, gritando al mismo tiempo que abría la ventana:
-¡Arriba, señor don Lesmes!
-¿Qué hay, señor don Félix? -preguntó don Lesmes, despertando sobresaltado.
-¡Qué ha de haber, hombre! Que está ya la sopa en la mesa.
-¿Pues qué hora es?
-¡La una dada!
-¡La una! ¡No puede ser, hombre!
-Vea usted el reloj.
-En efecto -dijo don Lesmes mirando su reloj-.¡Pero hombre, me parecía que acababa de quedarme dormido!
-Es que tiene usted un sueño de ángel, y se conoce que le ha sentado bien el almuerzo.
-Hombre, sí, a Dios gracias.
-¿Supongo que habrá buen apetito?
-Ése, a Dios gracias, no le he perdido yo nunca.
-Y eso que el almuerzo fue muy fuerte. Vamos a la mesa, que la comida no lo será menos.
Don Félix y don Lesmes pasaron al comedor.

Librodot

Todavía parecía al segundo como que no habían transcurrido cuatro horas desde que terminó el almuerzo; pero el reloj del comedor, que, como el suyo, señalaba más de la una, acabó de disipar sus dudas. Por casualidad, el de la villa estaba aquel día parado.
La comida fue magnífica. Cada vez que salía un nuevo plato, el rostro de don Lesmes se iluminaba de alegría, porque aquellos manjares eran capaces de abrir el apetito a un muerto, por más que ni esto ni el ejemplo del buen diente de don Lesmes bastasen a vencer la parquedad de Samaniego, que la explicaba con lo desganado que andaba hacía días.
Terminada la comida antes de las tres, don Lesmes, reventando de lleno, se fue a dormir la siesta, acompañándole al cuarto don Félix, que cerró cuidadosamente la ventana para que no le molestara la luz, y salió, apoderándose del reloj del tragaldabas y diciendo que él iba también a dormir una buena siesta.
Pero en lugar de ir a dormir la siesta, Samaniego se entretuvo en poner el reloj de don Lesmes y el del comedor las nueve, en cerrar con el mayor esmero todos los balcones y ventanas de la casa y encender la lámpara del comedor, mientras las criadas hacían todas las transformaciones necesarias para la cena.
Acercóse don Félix a oscuras al cuarto de Traga sardinas, y como oyese a éste roncar, entró, y dejando el reloj sobre la mesa de noche, salióse y fue a recibir y encerrar en el cuarto contiguo al comedor a una porción de amigos suyos y de don Lesmes, incluso el médico de la villa, a quienes sintió subir sigilosamente la escalera.
Poco después tomó una luz y se dirigió al cuarto de Traga sardinas.

- VI -

-¡Señor don Lesmes! ¡Señor don Lesmes! -gritó don Félix desde la puerta.
-¿Qué ocurre? -contestó don Lesmes, despertando sorprendido con la luz artificial y aquellas voces.
-¿Está usted malo?
-No, a Dios gracias. ¿Por qué me lo pregunta usted?
-Porque tanto dormir me va dando malísima espina.
-¿Cómo que tanto dormir, si no hace media hora que me acosté?
-¡No tiene usted mala media hora, cuando lleva durmiendo cerca de seis!
-¿Pues qué hora es?
-Las nueve.
-¿Las nueve?
-Sí, señor; y si no, vea usted el reloj.
-¡En efecto! -exclamó don Lesmes, consultando el reloj-. ¡Pero si se me había hecho la siesta un cuarto de hora!
-¡Dichoso usted, que tan apacible sueño tiene! Ea, arriba, vístase usted y vamos a cenar.
-¡A cenar!... -murmuró don Lesmes poniéndose malhumorado, porque creyó que su estómago no recibía aquella noticia con la satisfacción de costumbre.
- Sí, señor, a cenar. ¡Pues qué! ¿No le parece a usted aún hora? Yo mismo me estoy cayendo de debilidad, a pesar de lo desganado que ando estos días. Ya veo que del decantado apetito de usted hay que rebajar mucho.
Don Lesmes se vistió, y un poco caviloso se dirigió al comedor, cuyo reloj marcaba, como el suyo, más de las nueve, y don Félix y él se sentaron a la mesa.
Sirviéronles una ensalada de lechuga con rajas de huevo, que por aquella tierra suele servir de introducción, así como en otras suele servir de postre, y ambos le hicieron los honores correspondientes.

Librodot

Tras la ensalada vino una enorme fuente de perdices estofadas, que eran el manjar más codiciado de don Lesmes. Éste sonrió de alegría al ver las perdices; pero Samaniego notó que al llevarse a la boca un trozo de tentadora pechuga, se puso descolorido y masticaba como con repugnancia.
-Amigo don Lesmes -dijo don Félix trinchando con delicia el tercer muslo de perdiz-, es necesario convenir en que a ataque de perdiz no hay inapetencia que resista.
Don Lesmes, que a su vez se llevaba a los labios otra pechuga, dejó caer al plato tenedor y presa, exclamando con terror y desesperación:
-¡Ay, señor don Félix!... ¡Soy hombre perdido!
-¿Por qué, señor don Lesmes?
-Porque ha llegado mi última hora. ¡Que venga el médico, o mejor dicho, que venga mi confesor!
-¿Ha perdido usted el juicio, señor don Lesmes?
-¡No, lo que he perdido es el apetito, que es en mí tanto como perder la vida!
Y don Lesmes, llorando y aterrado, clamaba por que llamaran al médico, o más bien a su confesor, porque se moría sin remedio.
Una de las criadas hizo que salía precipitadamente, y un instante después entró en el comedor, seguida del médico, a quien decía haber tenido la fortuna de encontrar apenas puso el pie en la calle.
En efecto, Traga sardinas sentía ansias de muerte y creía llegado su postrer instante.
-¿Qué ocurre, señor don Lesmes? -le preguntó el médico.
-Que he perdido el apetito.
-¿Comiendo a las horas regulares?
-¡Sí señor!
-Si es así, ¡caso desesperado tenemos!
Oyéronse pasos precipitados en el corredor, y entraron los amigos de Traga sardinas fingiéndose profundamente consternados.
-Don Lesmes, ¿qué es lo que ocurre?
-¡Que ha llegado mi última noche!
-Dirá usted su último día.
-¡Ay! ¡Ya no veré el de mañana!
-Pero verá usted el de hoy -dijo el médico.
-Que abran esos balcones para que el moribundo respire el aire libre.
Una criada abrió de par en par el balcón del comedor, y el sol, que todavía estaba muy lejos del ocaso, inundó el comedor de luz e hirió el rostro de don Lesmes, que dio un grito de alegría y sorpresa, al mismo tiempo que todos los circunstantes prorrumpían en ruidosas carcajadas y aplausos a Samaniego, calificando de su más ingeniosa fábula la que acababa de poner en acción.
-Señor don Félix -exclamó el médico-, falta la moraleja de la fábula.
-Entre la fábula y la moraleja debe haber algún espacio -contestó don Félix.
Poco tiempo después los amigos de don Lesmes y de don Félix fueron a dar al segundo la noticia de que el primero, al terminar una comilona, había reventado de lleno.
-¡Ahí tienen ustedes la moraleja de la fábula! exclamó el señor don
Félix con tristeza.

FIN DE LOS CUENTOS DEL HOGAR

Apéndice

Muchas veces me han honrado escritores, así nacionales como extranjeros, dando noticias de mi vida y mis escritos, tomadas y deducidas de estos últimos; pero al dar estas noticias se ha incurrido en tantos errores, que más de una vez he tenido tentaciones de rectificarlos por medio de una autobiografía; y a escribir ésta e incluirla en uno de mis libros estaba ya decidido, cuando en 15 de enero de este año apareció en la Revue des Deux Mondes, que goza de crédito y fama universales, un detenido estudio de mi vida y mis obras, debido a Mr. L. Luis Lande, uno de los más ilustrados redactores de tan importante periódico. Mr. Lande me había escrito precedentemente pidiéndome algunos apuntes de mi vida que le envié, y esta previsión, unida al talento del escritor francés, ha dado por resultado que el trabajo crítico y biográfico de que se trata no adolezca de las inexactitudes de otros análogos dados a luz sin consultarme. Para que se comprenda la magnitud de algunos de estos errores, citaré un ejemplo, aunque sospecho que fuese en esta ocasión el error intencionado. La Tribuna, periódico de Buenos Aires, indignada de que yo hubiese calificado de bárbaro e infame el asesinato del señor Moreno, presidente del Ecuador, perpetrado por dos hombres, que le hirieron por la espalda después de saludarlos afablemente al salir solo del palacio de la presidencia, me ha biografiado del siguiente modo: «El señor Trueba es un poeta distinguido, autor de algunos romances jocosos y pastoriles, que, aquí para entre nosotros, son un síntoma infalible de decadencia literaria. Cuando pinta las campiñas de Vizcaya, las danzas de sus pastoras, las escenas de la vida de las montañas, suele tener pinceladas maestras; pero como escritor político, es un Veuillot mediocre, un sectario ciego del absolutismo y de las ideas añejas que mantienen esclavas de sortilegios y supersticiones a la Europa moderna». ¡Así se escribe la historia!

El estudio con que me ha honrado la Revue des Deux Mondes me ahorra, con grandes ventajas, el trabajo de una autobiografía, en que, naturalmente, la modestia (¡no faltaba más que yo no me calificase de modesto!) había de excluir todo juicio de mis merecimientos como hombre y como escritor. Voy, pues, a traducir casi íntegro el sentido y hermoso trabajo de Mr. L. Luis Lande con toda la fidelidad que me sea posible, permitiéndome únicamente rectificar por medio de algunas notas, y aun de tal cual sustitución de palabra en el texto, algunos leves errores en que no es de extrañar haya incurrido el estimabilísimo escritor francés, más que por culpa mía, pues le envié unos concisos y desordenados apuntes, en lugar de enviarle una extensa y minuciosa noticia de mi humilde y poco interesante vida. Doy públicamente las gracias al distinguido redactor de la Revue des Deux Mondes, por la excesiva bondad con que me ha juzgado, y paso a verter en nuestra lengua su trabajo literario, con su permiso y el del dignísimo director de la Revue, Mr. Buloz.

UN NARRADOR ESPAÑOL

I

«A los autores españoles en general hay que hacerles la justicia de decir que se dedican sinceramente a escribir obras honradas, y que aunque careciesen de otro mérito, tendrían el de desdeñar el éxito de mala ley, pues no dan la preferencia al estudio de las fealdades sociales, y se abstienen de establecer una especie de indiferencia estética entre el mal y el bien. Cierto que estos escrúpulos no bastarían a suplir las diversas cualidades que forman el escritor; pero no obstante, es incalculable lo que el talento mismo gana con ellos en autoridad, en encanto y en atractivo. Antonio de Trueba, narrador y poeta, goza allende los Pirineos de verdadera reputación: el pueblo canta sus versos, y sus cuentos se leen en todas partes. No es que se distinga por la grandeza de sus concepciones, o la extensión de sus conocimientos; quizá hay

quien le aventaja en corazón sensible y bueno, y de esta cualidad procede lo mejor de sus obras. Lejanos recuerdos de la infancia, cantos de esperanza o de pesar, todas esas páginas escritas sin pretensión, respiran como un perfume de honradez que seduce; sin querer se siente uno subyugado por ese tono sencillo y natural, por esa ingenuidad encantadora, por esa emoción dulce y penetrante que el arte no imita, pero que permite a veces elevarse hasta el arte. Luego, trasladándose a la juventud oscura del autor, considerando los obstáculos que parecían impedirle la entrada en la carrera literaria, hay que convenir en que el mismo sentimiento de dignidad moral que sostenía su carácter en medio de tales pruebas, ha contribuido no poco a engrandecer su talento.

Trueba es vascongado: nació en Montellano, aldeíta del concejo de Galdames en las Encartaciones, con cuyo nombre se designa desde tiempo inmemorial toda la parte occidental del Señorío de Vizcaya, desde Bilbao a la provincia de Santander. Según su partida de bautismo, vino al mundo en 24 de diciembre de 1819, pero él tiene excelentes razones para creer que nació dos años después.

Estaba aún en la lactancia cuando sus padres, dejando a Montellano, fueron a vivir a la casería de donde su padre procedía, que era en el inmediato concejo de Sopuerta. Sus padres eran sencillos labradores que llevaban, como sus vecinos, la vida tranquila y laboriosa que basta a la felicidad del campesino vascongado. En aquellas montañas, más que en otras partes, la cosecha se consigue a precio de constantes esfuerzos y duras

fatigas. Las tierras labrantías, situadas a veces en pendientes arduas, tienen que cultivarse a mano, y las mismas mujeres ayudan en el trabajo a sus maridos. Es muy común que el alimento de la pobre familia se componga de pan de maíz, legumbres y frutas; pero llega el día del descanso, y toda la aldea está de fiesta. Después de misa los mayores se reúnen en el campo de la iglesia para conversar sobre el estado de los campos y los asuntos públicos, mientras los jóvenes empeñan un gran partido de pelota o bailan con sus novias. Así transcurren los años para todos en uniforme y feliz oscuridad; y el mismo Trueba no hubiera deseado otra cosa, a no sobrevenir acontecimientos que debían variar el curso de su vida, y ocasionará España, según su expresión, «un labrador menos y un poeta más».

Era a fines del año 1836, y hacía más de tres que don Carlos, hermano menor de Fernando VII, había tomado decididamente las armas para sostener sus pretendidos derechos a la corona; vascongados y navarros, toda esa fuerte raza de montañeses, arrastrados unos por espíritu de aventura, temiendo otros por sus fueros que creían amenazados, se habían declarado en su favor, y, por tanto, contra la monarquía liberal y constitucional. El encarnizamiento llegaba al colmo por ambas partes, la exasperación era indecible; en toda la línea del Ebro y desde el Norte al Mediodía no cesaban los combates, la matanza, el saqueo y el incendio; y si las Provincias Vascongadas no eran las que más sufrían con la presencia de los cristianos, merced a la habilidad de sus generales valor de sus soldados, la guerra no por eso dejaba de costarles muchas angustias e inquietudes. Todos los jóvenes útiles, unos tras otros, eran obligados a

tomar las armas apenas salían de la niñez. ¡Cuántos de los que partían abandonando el cultivo de la heredad paterna iban para no volver! Antonio de Trueba acababa de cumplir los quince años; naturalmente dulce y bueno, carecía de esa energía belicosa, esa afición al combate y al peligro, que ordinariamente forma en el vascongado extraño consorcio con el amor al hogar y la práctica de las virtudes domésticas. Yendo soldado, a falta de una bala, le hubiese matado la desesperación, la repugnancia, el horror a las escenas de violencia y derramamiento de sangre. Su madre le conocía bien, y pensaba en el medio de librarle de este doble peligro. Un pariente suyo tenía en Madrid, calle de Toledo, un comercio de ferretería, en que se ocupaban varios dependientes, allí había un puesto para el joven Antonio; pero era necesario que se apresurase a ocuparle para que no se le incluyese en la próxima recluta y se viese obligado a

Librodot

pasar a las filas carlistas. Sus padres le proveyeron a toda prisa del hatillo que contenía su mejor ropa, le aconsejaron y besaron, y Antonio partió.

Han pasado muchos años desde entonces, pero aún no puede Trueba pensar en aquella primera vicisitud de su vida sin que los ojos se le arrasen en lágrimas. Al profundo amor que sienten todos los hijos de las montañas por la tierra natal, se unía en él una delicadeza de sentimientos, una propensión a la emoción, que debían hacer aquel sacrificio doblemente doloroso. Se puso en camino en uno de aquellos anchos carruajes llamados galeras, cubiertos con un toldo de lona sostenido por arcos, donde entonces viajaban mezcladas y sobre mullidos las gentes demasiado pobres para viajar más cómoda y aceleradamente. En Madrid le esperaban padecimientos aún mayores. Carecía de afición y aptitud para el comercio; nada tenía de comerciante; y por añadidura, apenas llegó, a pesar de su parentesco con el principal, se le encargó en la casa de ocupaciones tan pesadas como repugnantes. Saturado aún de las dulzuras de la vida de familia, se encontró objeto de las bromas de sus compañeros; así no tardó en tomar horror a aquel triste y frío almacén de la calle de Toledo. Por otra parte, Madrid le disgustaba con su clima pérfido, tan pronto abrasador como glacial, su agitación febril, sus casas altas y amontonadas, su campiña desolada, árida y cruzada de carreteras donde el viento levanta torbellinos de polvo. Felizmente dos cosas le salvaron de la nostalgia; el trabajo y la poesía. La educación de Trueba había sido la de los demás muchachos de su aldea. Aquellos honrados y rústicos labradores, obligados a arrancar el pan de cada día de un suelo difícil de cultivar, no tienen tiempo ni ambición de ser sabios; algunos libros religiosos, como el Año Cristiano o el Catecismo del P. Astete, la historia del inmortal Don Quijote y los Fueros de Vizcaya, he aquí, sobre poco más o menos, lo que constituye el fondo de la biblioteca de una familia vizcaína. Por más que le hubiese tocado comenzar entre gentes que honraban poco al trabajo intelectual, Trueba comprendió fácilmente lo que necesitaba. Emprendió la tarea valerosamente, con todo el ardor juvenil, abrumándose de vigilias y privaciones, consagrando a los libros lo mejor de sus solaces, y lo más positivo de sus economías. Cierto que sus esfuerzos no bastaban a llenar por completo el vacío de su primera instrucción, porque necesitaba, como vulgarmente se dice, ir a escape, siquiera sus conocimientos no traspasasen los límites bastante restringidos de la historia y la literatura nacional; pero también era cierto que no necesitaba ciencia para comprender la naturaleza y beber en ella la inspiración.

En España, como en Grecia e Italia, todos hacen versos; en esos países meridionales donde abundan los caracteres entusiastas y las imaginaciones ardientes, la lengua de los dioses es verdaderamente lengua vulgar: artesanos, soldados, labradores, todos se solazan cantando sus penas y alegrías, sus amores y sus odios; todos cuentan en voz alta la historia de su corazón. Es verdad que la lengua castellana se presta admirablemente a ese género de ejercicio; es rica, armoniosa, dócil a la inversión, llena de expresiones, giros e imágenes poéticas; además, su prosodia es poco exigente; la rima no viene a cada instante, como en nuestra lengua, a embarazar el curso de la frase y oprimir el pensamiento; los versos conciertan por medio de simples asonancias, y en ellos se

permite lo que se llama licencia poética. Claro es que aquí se trata de la poesía sencilla, familiar, de uso continuo, verdaderamente popular. En cuanto a la forma que esta poesía adopta con más frecuencia, es la de la estrofa de cuatro versos que se llama copla, y que, como su nombre indica, es propia para ser cantada. A veces el pensamiento, subdiviéndose en varias estrofas, se dilata hasta formar una verdadera canción; coplas o canciones, nada de esto se escribe o compone meditadamente. El poeta habla por inspiración, y sus versos, más o menos alterados por la memoria o el capricho del auditorio, van en lo sucesivo a correr de boca en boca. Nada de pretensiones literarias en estos trovadores del pueblo; la expresión los vende con frecuencia, y la sintaxis les es desconocida; pero en cambio mucho color en sus

Librodot

versos, sentimiento, gracia, y más aún verbosidad y placidez. Trueba cita a este propósito a un tío suyo, «el más célebre de los cantadores montellaneses, conocido por el apodo de Vasco, y tan diestro en componer CANTAS, que se dice pasaba horas enteras hablando en verso». «Me parece, añade, que le estoy viendo con sus zapatos de hebilla, sus polainas, calzón y chaqueta negros, su chaleco de tripe azul, su ceñidor morado, su sombrero de alas levantadas por detrás e inclinadas por delante, y su coleta gris peinada con mucho esmero; me parece que le estoy viendo en los nocedales de Carral, a la vuelta de la romería de Beci, haciendo desternillar de risa con sus cantas a la alegre multitud que le rodeaba».
Trueba es ciertamente de la raza de los trovadores populares; quizá tan desenfadado como ellos, aunque menos exuberante, tiene la nota de la emoción en la voz, y hay en su inspiración una ternura que sólo a él pertenece. Además de proceder siempre su inspiración de los sentimientos más nobles y elevados, parece naturalmente inclinado a la tristeza, y su poesía, como su pensamiento, llevan siempre un tinte de dulce melancolía.
Aún no salido de la infancia, ya gusta de componer versos a solas, lo que en la aldea no deja de causar admiración.

¿Quién te ha enseñado a cantar?
me preguntan todos-. Nadie;
yo canto porque Dios quiere,
yo canto como las aves.

«A veces hasta no faltaba quien acudiese a su joven musa en demanda de versos: pero dejemos que él mismo evoque sus recuerdos».

Mr. Land traduce aquí, con perfecto conocimiento de nuestro idioma, parte del Prólogo del Libro de los Cantares, que ha merecido igual honra de muchos escritores extranjeros, y continúa:

«Cuando Trueba se encontró solo en aquella gran población de Madrid, no olvidó la poesía, que había embellecido su infancia. Cuando su cabeza estaba fatigada por el trabajo pensando en su país, que era su sueño perpetuo, iba a buscar en el campo un rinconcito más favorecido que otros, donde pudiese encontrar aire, sombra, canto de pájaros; y allí, conforme paseaba, componía versos; gustaba de mezclarse a la vuelta las gentes del pueblo; observaba los caracteres, escuchaba las conversaciones. Después de pasar tres años en casa de su tío, entró, también como dependiente, en otro establecimiento del mismo ramo; pero contrariedades comerciales de la nueva casa le movieron a dejar el comercio, después de haberse ocupado en él cerca de diez años. Hacía tiempo que se sentía atormentado por la necesidad de escribir; había estudiado la gramática y la lengua, y no le faltaban ideas; así, pues, se lanzo a la literatura. Es inútil decir que, siendo pobre y desconocido, el principio de sus tareas fue penoso, y vio días muy tristes; pero le sobraba la energía, la fuerza de voluntad peculiar a los hombres de las montañas. Lejos de desanimarse, trabajó día y noche para darse a conocer, escribiendo donde quiera que se le ofrecía ocasión; y al fin en 1852, cuando contaba treinta años de edad, publicó su primer volumen El libro de los Cantares».
Este libro comprende un número considerable de composiciones; algunas provienen de ensayos anteriores, pero no obstante, es fácil conocer el vínculo que las une a todas. Ante todo, manifiestan, en su giro sencillo y familiar, que están escritas para el pueblo. Trueba no

se las ha habido nunca más que con gentes de humilde condición; plácenle sus costumbres, participa de sus gustos y busca en estas gentes quien le comprenda.
«No busquéis, dice, en este libro erudición ni arte; buscad recuerdos, corazón, y nada más... ¿Qué entiendo yo de griego ni de latín, de preceptos de Aristóteles ni de Horacio? Habladme de cielos y mares azules, de pájaros y enramadas de mieses y árboles cargados de dorada fruta, de amores y alegrías y tristezas, del pueblo honrado y sencillo, y entonces os comprenderé, porque de eso nada más entiendo. En resumen, he compuesto estos cantares como sé, a la buena de Dios, como el pueblo compone los suyos». Acaso el poeta no hace aquí el aprecio debido de su talento; pero diga lo que quiera, el arte no falta en esos poemitas tan vivamente conducidos y tan bien compuestos. Su lenguaje no es el del pueblo, el pueblo no habla habitualmente con esa corrección, ese buen gusto, esa elección de palabras y de imágenes; tales versos no son sólo de un improvisador, llevan el sello del escritor: y sí el mismo Vasco, el más célebre de los cantadores montellaneses, los hubiera conocido, se hubiera confesado vencido.
Lo que llama la atención, también, al leer ese libro, es el acento de melancolía que transpira en todos sus cantos; el autor no ha podido menos de volver más de una vez la vista a la historia de su vida, para exclamar:
Esperanzas de gloria no realizadas;
amores sin ventura,
promesas falsas,
males de ausencia,
tales fueron las causas
de mi tristeza.

Pero esta tristeza nada tiene de sombría y lúgubre, porque el poeta se consuela con sus cantares, como lo dice él mismo:
Las almas como la mía
hasta el dolor embellecen.
Ven a mi lado, y el arte
que Dios me enseñó te enseñe;
y verás cómo los cielos
más azules te parecen,
más floridas las praderas,
más perfumado el ambiente,
y más hermosa la vida,
y menos triste la muerte.

Tanto el asunto como el metro son variados: a la descripción de la primavera y de las alegrías que trae consigo sucede la narración de Juan-soldado, uno de los héroes de la guerra de la independencia, o deliciosas escenas de la vida de familia sencillamente bosquejadas. La inspiración no cambia en el fondo. Trueba ama con igual amor a la Naturaleza, a la patria, a la familia, a la religión. Estos cuatro sentimientos confortan su alma y se desbordan hasta de sus versos. Con razón Mr. Antonio de Latour, en sus Etudes sur l'Espagne, le compara con nuestro Brizeux, porque participa de la emoción, de las convicciones profundas, del piadoso respeto al hogar y al suelo natal, que caracterizan al poeta bretón; su voz, como la de Brizeux, excitada por un soplo interior, se eleva por instantes a la verdadera elocuencia.
El libro de los Cantares tuvo gran éxito, y el nombre del joven poeta corrió muy pronto con sus versos por toda España. No cabía duda de que era una de aquellas obras de que habla el moralista cuando dice: «Libro que hace sentir está hecho de mano maestra». Las tres primeras

Librodot

ediciones se agotaron en poco tiempo; el duque de Montpensier quiso contribuir al coste de la cuarta, la reina Isabel costeó la quinta, y luego se han ido haciendo otras. Estas distinciones, raras en todo país, bastaban para lisonjear el orgullo del escritor. Es grato ser admitido en la corte y recibido de los príncipes, como dice Boileau; pero gustar al pueblo es también muy dulce, y si a Trueba le dieran a escoger, preferiría probablemente a toda otra gloria la de merecer la sencilla aprobación de las mujeres y los niños, que aún hoy aprenden sus estribillos y repiten dondequiera los versos de Antón el de los Cantares.

II

Por brillante que fuese este primer triunfo, Trueba no podía esperar que le bastasen para vivir los módicos recursos que proporciona la poesía, aun los más laboriosos; pero le debía protectores y amigos. Entonces entró en la redacción de un periódico político que, con el nombre de La Correspondencia de España, debía ser muy pronto uno de los que más circulasen en el país. Al mismo tiempo escribía en prosa, y aunque nunca haya abandonado por completo el cultivo de la poesía, más bien como prosista que como poeta ha continuado por la senda literaria. Los Cuentos de color de rosa aparecieron en 1859. Este libro, lleno de dulce interés y dedicado a la joven esposa del autor, justificaba doblemente su título.

Trueba acababa de casarse; comenzaba casi a ser célebre; después de más de veinte años de ausencia, esperaba volver a ver a su país natal, a su anciano padre, a sus amigos de la infancia; era joven aún, tenía valor, y lleno de gozo y con el corazón abierto a la esperanza, saludaba al porvenir.

A los Cuentos de color de rosa siguieron otros, volúmenes del mismo género: Cuentos campesinos, Cuentos populares, Cuentos de vivos y muertos, Cuentos de varios colores. Conviene no equivocarse en cuanto a la significación de la palabra cuento, que en castellano tiene mucha más extensión que en nuestra lengua; sirve para designar en general toda clase de narración corta y familiar, cualquiera que sea el asunto, verosímil o fantástico, imaginario o real. Así es que Trueba oyó muchos de sus cuentos cuando era niño; lo sobrenatural desempeña en ellos un gran papel, y la idea es fabulosa; en Francia, en Italia, en Alemania circulan estos mismos cuentos con algunas variantes. Añádase a esto una multitud de leyendas puramente locales, de tradiciones relacionadas con la historia del país, y se tendrá una idea de la riqueza de que Trueba ha dispuesto a manos llenas. Ya es un vecino muy decidor que por la noche, cuando toda la familia está reunida junto al fuego, hace pasar sin sentir las largas veladas con sus relatos; ya es la abuela que, rodeada de cabecitas curiosas, habla a los nietecillos de mil cosas de otro tiempo, y arrastra al país de los sueños aquellas jóvenes imaginaciones. «A la puerta de nuestra casa, dice Trueba, había un hermoso emparrado donde, en las apacibles tardes de primavera, mi abuela, que en paz descanse, nos contaba a mi hermano y a mí cuentos muy lindos, hila que hila su copo», porque decía la buena señora, y decía muy bien: «Más vale que estos enemigos malos estén aquí entretenidos con mi charla, que no trepando por los nogales y los cerezos, destrozándose la ropa». Más tarde, Trueba, convertido en escritor, ha hecho un estudio muy especial de los cuentos populares: aquí y allá, en los caminos, andando a pie, viajando en diligencia, deteniéndose en las caserías, haciendo hablar a las mujeres, preguntando a los niños, ha recogido una multitud de leyendas inéditas que han completado su colección. En muchos casos el fondo de la narración es exclusivamente suyo; a veces sigue sólo su propia inspiración inventando todas las escenas de su drama. Lo más frecuente es, aun en este último caso, que recurra a sus recuerdos y se contente con tratar de hechos que él mismo ha presenciado; estos últimos cuentos debieran

más bien llamarse novelas, y acaso no son entre todos los de su autor ni los menos interesantes ni los contados con menos maestría.

Sin embargo, los unos y los otros tienen siempre en la forma un punto de analogía, que es la forma popular. Hace algunos años ya, que en la mayor parte de Europa se buscan activamente las fábulas, los cuentos de hadas y otros documentos dispersos de la imaginación del pueblo. Ofrecen, en efecto, al hombre estudioso campo fecundo de curiosas observaciones sobre el carácter y el espíritu de las razas en las diversas épocas; pero dos medios se ofrecen desde luego para llevar a cabo este trabajo. ¿Se debe, por escrúpulo de erudición, contentar el que se ocupa en él con transcribir lo que le dictan, y para no disminuir el interés del texto, trasladarle fielmente, tal como se ha recogido de boca del narrador y literato? O, por el contrario, ¿conviene no ver en la narración popular más que un simple apunte, sin nada de definitivo, que se puede retocar con toda libertad en nombre de la sintaxis y el buen gusto? Trueba se ha pronunciado por esto último, y deja a otros la ambición de suministrar la ciencia, contentándose por su parte con dar a las narraciones, que eran informes y descosidas, un poco más de verosimilitud y corrección. Siempre, y aun cuando escribe por su propia cuenta, se esfuerza en conservar ese estilo sencillo y uniforme; esas locuciones rápidas, esos idiotismos, más expresivos que elevados, con que el pueblo español hace perceptibles las ideas más abstractas y explica las cosas más intrincadas. ¿Quiere esto decir que no espera ser leído más que de gentes humildes? Seguramente no; porque, como él dice muy bien, en la vida ordinaria, así grandes como, chicos, así ricos como pobres usamos todo un mismo lenguaje, el lenguaje familiar, que es el popular. Así, pues, dirigirse al pueblo es tanto como hacerse entender de todos, y el género literario que imita el fondo y la forma, el sentimiento y la expresión popular lleva en sí la mejor garantía de éxito.

El mayor peligro que ofrece lo familiar y sencillo es el de incurrir en lo vulgar. Trueba ha incurrido alguna que otra vez usando tal o cual modismo o exclamación trivial que sin dificultad hubiera podido dejar para los que se sirven de ella; pero debemos apresurarnos a añadir que estos leves defectos de expresión nunca son extensivos al pensamiento. Lo que tienen de común los cuentos de Trueba con la poesía del mismo autor, es la inspiración, siempre pura y elevada; en ellos se encuentran los mismos escrúpulos honrados, la misma delicadeza de sentimiento, la misma elección de asuntos, la misma moral amable y consoladora, basada en la esperanza y la resignación. «Siempre se muestra adversario de esa literatura pesimista que se complace en presentar el mundo como un desierto sin límites, donde no nace una flor, y la vida como una noche sin fin donde no brilla una estrella, siempre glorifica el bien y la virtud». Esto decía Trueba en el Prólogo de sus primeros cuentos. Más tarde el horizonte se oscureció a sus ojos; los desengaños y las privaciones pusieron a prueba al escritor; pero éste ha conservado inalterables su valor y su fe. Trueba exclama con verdadera elocuencia, aludiendo a los ásperos caminos que serpentean por sus queridas montañas: «No hay para mí camino triste ni penoso, llámese camino de la aldea o camino de la vida: al fin del primero está el hogar de mi infancia; al fin del segundo está el cielo, y al fin de los dos me esperan amigos muy queridos».

Algunas de las escenas que nos ofrece Trueba, por ejemplo, las de los Cuentos campesinos, pasan en Castilla, a las mismas puertas de Madrid; pero el teatro por él preferido es Vizcaya, o más bien un rincón de Vizcaya, las Encartaciones, que son la comarca donde nació y se crió. En otro tiempo se habló allí únicamente la lengua vascongada, como lo atestiguan la tradición, los apellidos y la mayor parte de los nombres geográficos. Al fin, y por efecto de las constantes relaciones de los encartados con sus vecinos los de Castilla la Vieja, prevaleció en las Encartaciones la lengua castellana. Esto explica cómo Trueba figura entre los escritores castellanos. Por lo demás, los encartados no se diferencian de sus compatriotas del resto del Señorío. El mismo tipo vascongado, a la par gallardo y fuerte, de nariz aguileña, de mirada

inteligente y dulce, de frente despejada, de rostro ovalado y un poco deprimido por el extremo inferior, de tez sonrosada, de elevada estatura y de musculatura vigorosa y fuerte; la misma severidad de costumbres, el mismo infatigable ardor para el trabajo, el mismo valor indomable, el mismo patriotismo exaltado e intransigente. Las Encartaciones, cuya población es aproximadamente de quince mil almas, fueron el corazón de aquella heroica Cantabria donde unos pobres montañeses contrastaron las fuerzas del inmenso imperio romano. En todos tiempos han honrado la historia de Vizcaya con nombres y cosas ilustres, y hoy mismo, haciendo causa común con las provincias sublevadas, luchan con ciega energía contra el gobierno de Madrid. No hay país más a propósito a la vez para la resistencia y para la vida rústica y el trabajo pacífico. En sus montañas brotan muchos manantiales que, descendiendo a los valles, forman cinco ríos bastante caudalosos, que desembocan en el mar a corta distancia de su origen. Divídese su territorio en quince valles o concejos, y su circunferencia no pasa de veinte leguas. Aunque predominan en él las montañas quebradas y pedregosas, hay terrenos fértiles y generalmente bien cultivados. En los montes abundan los robles, las hayas, las encinas y los castaños, cuya madera se emplea en diferentes usos, y es uno de los mejores recursos del país; en los valles abundan los árboles frutales, como los cerezos, los nogales, los manzanos, los ciroleros y otros; las viñas se extienden por las faldas de las montañas y collados, y producen un vinillo llamado, chacolí, de sabor muy agradable. Las cosechas consisten principalmente en maíz, trigo y legumbres. Por último, abundan las canteras de mármoles, de piedra caliza, y las minas de hierro, de cobre y de plomo. Ya en tiempo de los romanos se explotaban algunas de estas minas, y particularmente las de la famosa montaña de Triano, inmenso banco de hierro cuya riqueza encareció el naturalista Plinio, y que aún suministra a la industria cada año más de ochocientos mil quintales de mineral. Antes de la guerra actual, hermosas carreteras, admirablemente conservadas por la administración foral, satisfacían las necesidades del comercio, y los torrentes que descendían a los valles daban movimiento a la multitud de molinos y ferrerías.

Tal es la comarca pintoresca y hermosa adonde nos transporta Trueba.

La acción es de por sí de las más sencillas, carece de grandes enredos y peripecias: la constituyen sencillas historias de amor y modestas escenas de la vida de familia, tal cual se puede desarrollar en el fondo de una aldeíta ignorada; pero el autor se complace en seguir a sus personajes en todos los pormenores de la vida, de la vida de honrados labradores, de cuyas apacibles alegrías hubiera él querido participar. Levántase muy temprano, da una vuelta por el establo, se complace en contemplar a los bueyes y la mula, acaricia al pasar al perro de la casa, está al corriente de las labores, habla como inteligente de la siembra, o da su voto sobre la próxima cosecha; al volver a casa al anochecer, dirige una miradita a la cena que preparan las mujeres, saluda a las muchachas, que van a la fuente, o charla con los chicos que traen el ganado del monte o del prado. todos estos cuadritos campestres enamoran con su vida y su verdad.

En otro concepto, no carece de interés, como es de suponer, el penetrar siguiendo a tal guía en el interior de esas poblaciones tan curiosas que, en opinión de los lingüistas e historiadores, están habitadas por la raza más antigua y noble de Europa. Es verdad que los vascos han decaído mucho de los tiempos pasados, del tiempo no lejano aún en que los gloriosos cónsules de Bilbao tenían jurisdicción en todo el litoral cantábrico, «desde Bayona a Bayona», es decir, desde Bayona de Francia a Bayona de Galicia; de día en día aparecen más restringidos, menos numerosos; incesantemente batidos por las olas de las revoluciones políticas y sociales, como las rocas de sus riberas por las olas del mar enfurecido, están destinados a desaparecer muy pronto; y un sagaz escritor, hablando de su decadencia, en esta misma Revista, ha podido con razón calificarlos de un pueblo que se va. Al menos habrán

Librodot

conservado hasta su último momento, con su lengua singular que no tiene relación con ninguna conocida, un carácter y una fisonomía especiales.
Lo que principalmente los distingue es el ardor de su fe, una fe sencilla, inquebrantable, que no admite discusión ni temperamento.
Parécele que en sus alturas el hombre se siente más cerca de Dios, y se ve irresistiblemente impulsado a elevar a Dios su pensamiento. Un cantar vascongado dice:
Madre, quiero que me cases
en los montes de Vizcaya,
que en los montes está el cielo
más cerca que en tierra llana.

El campesino vasco es profundamente religioso; descansa el domingo y los días de precepto, tiene sus santos preferidos, y se complace como un niño en las pompas religiosas. De aquí procede la influencia que ejerce el clero en las tres Provincias Vascongadas, influencia quizá exagerada, o que de todos modos no ha sido siempre beneficiosa. Otro sentimiento no menos profundo ocupa el alma de aquellos montañeses: el amor al suelo natal; pero el vasco, por muy adherido que esté a su casería y sus valles, no por eso es menos atrevido, emprendedor y animoso; cuando encuentra su puesto demasiado estrecho entre sus hermanos en el hogar paterno, no vacila en expatriarse. No irá a establecerse en las provincias del interior de España, donde no obstante se encuentran desiertos tan fértiles como en el Nuevo Mundo, pero donde perdería el beneficio de sus fueros, es decir, la exención de contribuciones y quintas. Trasladase a Méjico, al Brasil, al Perú, a Buenos Aires o Montevideo, y allí procura hacer fortuna. Cada año se embarcan con aquel destino más de mil jóvenes en
Burdeos, en Bayona o en los puertos de la costa cantábrica; pero nunca olvidan a su patria. Dondequiera que los vascos se encuentran, ricos o pobres, jóvenes o viejos, su mayor placer es reunirse para hablar la noble lengua de los euscaldunac, vestir el traje nacional y oír en el tamboril alguna sonata de su patria. Transcurridos diez, veinte años de ausencia, cuando se cree bastante rico, el vasco se apresura a realizar sus haberes y a volver a su país. No se le hable de las ciudades ni del bienestar que se goza en ellas; a toda otra residencia prefiere aún el rinconcillo donde nació; una vez instalado en él, como con todo su dinero no podría adquirir nuevas propiedades territoriales, porque allí cada familia conserva religiosamente las tres o cuatro fanegas de tierra que posee, levanta un palacio en el solar paterno; este palacio no pasa generalmente de una casa mayor y más sólida que las demás y pintada exteriormente. Al mismo tiempo se complace en fundaciones piadosas o benéficas, tales como una ermita, una escuela o un hospital, y entre tanto participa del género de vida de todos los que le rodean. Los vecinos de la aldea le llaman el indiano (para el pueblo, América es la India aun después de los descubrimientos de Cristóbal Colón), y no se encontrará acaso una aldea un poco importante en las Provincias Vascongadas donde no haya alguna familia designada con este nombre. De aquí se colige la parte imprevista que se mezcla con la existencia monótona del aldeano más humilde. ¡Qué sorpresa en la aldea, qué alegría en toda la familia, cuando llega uno de esos audaces colonos de quien acaso durante años enteros no se ha tenido noticia! También en las narraciones de Trueba ocupa un puesto preferente el indiano, cuyo papel en ellas viene a ser el que desempeña en otro tiempo en nuestras comedias el tío en Indias. Viene a ser el Deux ex machina; llega en el momento oportuno con el oro a manos llenas, con el oro que se hace estimar en mucho hasta en las comarcas de costumbres patriarcales; y el indiano remedia la pobreza, dota a sus sobrinas, hace olvidar la pérdida de la cosecha, y, gracias a él, todos están contentos.
A pesar de esto y a pesar también de sus esfuerzos no todos los que van a América hacen fortuna. Apenas llegan, el clima de los trópicos y el vómito o fiebre amarilla cansan terribles

Librodot

estragos entre ellos. Aunque se salven de las enfermedades, ¡cuántos trabajan toda su vida, sin poder reunir nunca la pequeña cantidad que les hubiera bastado para regresará Europa, y acaban tristemente en el lejano destierro! Esto basta para que Trueba, que por otra parte no es aficionado a la aventura, no vea con buenos ojos a la hermosa juventud de su patria atravesar el Océano.

Hasta la mar, cuyas olas traidoras vienen a acariciar la ribera invitando a la juventud a abandonar la patria, excita la indignación de Trueba, que la maldice con todo su corazón.

«Nací, dice, y pasé mi niñez cerca de la mar, y a pesar de que me encariño profundamente con todo lo que me rodea, con las personas a quien trato, con la casa en que habito, con los árboles que me dan sombra, con los pájaros que me dan música, con el arroyo que me da murmurios, con los montes y la vega que contemplo desde mi ventana, y hasta con el sol que me quema, y el frío que me entumece; a pesar, repito, de que me encariño con todo esto, no he podido nunca encariñarme con la mar.

»Era yo muy niño, y allá por el hondo valle que separa a mi aldea de la mar llegaban a mi pacífica aldea prolongados y sordos bramidos que me hacían estremecer y refugiar en el regazo de mi madre.

-¡Santa Virgen de Begoña -exclamaba mi madre con lágrimas en los ojos-, no desampares a los pobres navegantes que cruzan esos mares traidores!

»Y esta piadosa imprecación quedaba grabada en mi memoria, y en la confusión de mis ideas, la idea de la mar se asemejaba a la de los grandes azotes de la Humanidad.

»Y luego tú ¡oh mar! no eres mi patria: eres un vagabundo extranjero que llegas a nuestras risueñas y pacíficas montañas con la soberbia de aquellos otros extranjeros que llegaron acaudillados por los Césares y Agripas, y, como tú, vieron quebrantado su poder en nuestras rocas, y sólo consiguieron, como tú, penetrar en algunos de nuestros hermosos valles.

»Si un día la desventura me arroja a las soledades del Océano, compadecedme, hermanos míos, y compadeced, como yo compadezco, a los que vagan por ellas!»

Al lado de estas páginas llenas de emoción, se encontrarán otras escritas en tono festivo y sereno. No es necesario haber hecho un largo estudio de la literatura popular para saber toda la malicia que se suele esconder en sus apólogos. El pueblo, que es un niño grande, gusta mucho de reír a costa ajena. Véasele entre nosotros, en nuestras historietas y misterios, vengándose de sus trabajos y privaciones, divirtiéndose a costa de todos, así de las autoridades de la tierra como de los santos del cielo; con tal que pueda reír, está contento y casi satisfecho. Aunque en España el genio se ha visto por mucho tiempo oprimido por el terror de la inquisición y del Gobierno absoluto, esta tendencia del genio popular, hábilmente utilizada por Trueba, se revela en más de un concepto. El príncipe y sus ministros, el mismo clero, no se libran de la sátira popular; los jueces, los alcaldes, los médicos, todos llevan su merecido o inmerecido. En cuanto a los personajes celestes, el apóstol San Pedro es el que más chanzonetas excita; su calvicie, su humildad de espíritu, las debilidades de que habla el Evangelio, todo, hasta el oficio de portero que le ha tocado en el otro mundo, contribuye a hacer de él un personaje

cómico y casi bufo. Hay muchas ocasiones en que el pueblo español la emprende consigo mismo, y se ríe benévolamente de sus propios defectos; con aquel rústico buen sentido que caracterizaba a Sancho Panza, sabe en la ocasión oportuna devolver la pelota. Cuando se trata de la sátira moral, más de un dardo se dirige, como es justo, a las mujeres.

«Cuando Cristo andaba por el mundo sanando enfermos y resucitando muertos, una buena mujer le salió al encuentro, llorando como una Magdalena, y tirándole de la capa, le dijo:

-Señor, haga usted el favor de venir a resucitar a mi marido, que se ha muerto.

-No me puedo detener -le respondió el Señor-, porque voy a hacer un milagro de padre y muy señor mío, que es encontrar una buena madre de familia entre todas las mujeres aficionadas a

toros; pero todo se andará si la burra no se para. Lo que yo puedo hacer es que se te meta en la cabeza que tu marido ha de resucitar, y tu marido resucitará.
«En efecto, a la buena mujer se le metió en la cabeza que había de resucitar su marido, y su marido resucitó; porque ni los muertos pueden resistir la voluntad de las mujeres».
En este terreno es fácil resbalar, y parece que por él se va a esas alegres fabulillas, a esas historias picarescas de que gustaba el antiguo espíritu galo: pero Trueba sabe detenerse a tiempo. No diremos que sus narraciones tengan todas el mismo valor y ofrezcan el mismo interés, porque algunas hay tan sencillas que rayan en lo pueril, y no merecían el trabajo de recogerse, y otras exigían que se las tratase más filosóficamente; pero nunca ha procurado hacer efecto a costa de la moral.
Sólo una vez faltó Trueba a este principio capital. Era joven, y se ocupaba en sus primeros trabajos literarios, componiendo El libro de los Cantares. El editor, para despertar más la curiosidad del público, le pidió que compusiese algunos picantes, y, en efecto, los compuso; pero al ir a hacerse la segunda edición del libro, se apresuró a suprimirlos, y desde entonces ni una frase ni una palabra ha salido de su pluma que pueda prestarse al equívoco libre. Hasta en esto permanece fiel al carácter de su raza. ¿Podrá creerse que la lengua vascongada carece de toda expresión deshonesta? La blasfemia es en ella desconocida; y hoy mismo, en que las costumbres se han alterado algún tanto en las cercanías de las ciudades, cuando un vascongado se sirve de un término grosero, tiene que tomarle de la lengua castellana. Lejos nuestro narrador de hacer estos préstamos, siente que la lengua castellana no haya imitado la casta reserva de la eúscara.

III

Hacía veinticinco años que Trueba residía en Madrid; sus cuentos habían tenido tanta fortuna como sus poesías; las ediciones se multiplicaban en España, y las traducciones en el Extranjero, en Inglaterra, en Alemania, y hasta en Rusia; gracias a él, los vascongados despertaban en todas partes nuevas simpatías: cuanto más se les conocía, más se los estimaba. Lisonjeados en su amor propio nacional, sus compatriotas quisieron darle un testimonio de gratitud, al mismo tiempo que utilizaban su talento, y en 1862, reunidos los representantes de todas las repúblicas de Vizcaya en Junta general so el árbol de Guernica, Antonio de Trueba fue solemnemente aclamado archivero y cronista, con el sueldo anual de diez y ocho mil reales. Como es sabido, antes de la última guerra, las tres Provincias Vascongadas enviaban diputados a las Cortes como las demás de la nación; pero en virtud de sus antiguos fueros continuaban congregándose los representantes de sus pueblos para tratar de los asuntos interiores de cada provincia. Estas juntas generales se celebraban desde tiempo inmemorial bajo un árbol designado por la tradición, el de los alaveses en Arriaga, el de los guipuzcoanos en Guarequiz y el de los vizcaínos en Guernica. Sólo el árbol de éstos últimos se ha conservado hasta nuestros días, y aún se fechan los acuerdos con la frase de «so el árbol de Guernica», aunque las Juntas sólo se inauguran bajo el árbol, y en vez de continuar allí patriarcalmente como en lo antiguo, se trasladan a un gran salón inmediato construido al efecto, donde continúan. En cuanto al árbol, como naturalmente no puede ser eterno, se le reemplaza cuando muere con uno de sus renuevos que se tiene cuidado de criar a su pie. Cuando cae de viejo, le sustituye el más robusto de sus hijos, y la dinastía continúa así sin interrupción
La nueva posición de Trueba ponía a éste en lo sucesivo al abrigo de la necesidad, y además le abría un vasto campo de estudio que hasta entonces casi no había explorado. La Historia general del Muy Noble y Muy Leal Señorío de Vizcaya aún estaba por escribir. Trueba

concibió el proyecto de elevar este monumento a la gloria de su país, e inmediatamente se dedicó a reunir materiales para ello. La empresa era difícil y reclamaba tiempo. Allí, como en todas partes, el campesino en general cura poco de las reliquias de lo pasado, y a esta incuria se debe el que documentos preciosos se pierdan aún en nuestros días. El Ayuntamiento de un pueblo de España hizo arrojar al río gran cantidad de manuscritos antiguos conservados en su archivo, so pretexto de que estaban escritos en letra «que ya no se entendía»Además en Vizcaya existía no hace aún muchos años la costumbre de aprender a leer los chicos en procesos sacados de las escribanías y archivos, y el mismo. Trueba se acuerda de haber hecho cometas y monteras con papeles que más tarde hubieran sido para él un tesoro.

Mientras se preparaba a esta gran obra, ya envuelto en el polvo de los archivos y bibliotecas, ya recorriendo montes y valles por vía de observación y estudio, Trueba escribía, dejándose llevar de la inspiración del momento, lo que más hería su espíritu. Así se formó el volumen titulado Capítulos de un libro. En este volumen hay algo de todo: recuerdos de la infancia, narraciones familiares como las de los libros de cuentos del mismo autor, y páginas más severas, cuyo asunto procede de las crónicas antiguas. Puede calcularse por estas páginas cómo entiende Trueba que debe contar la historia. El estilo es conciso, enérgico, y el interés está hábilmente manejado, aunque acaso alguna vez puedan echarse de menos en el autor los conocimientos generales necesarios en esta clase de estudios, y el asunto no esté tratado siempre con suficiente elevación.

Hacia fines del siglo XIII el litoral cantábrico no estaba menos perturbado que el resto de Europa: las guerras de bandería en que tomaba parte la Nobleza dividida en dos bandos contrarios desolaban el país. A pesar de la intervención y los esfuerzos de los reyes y señores, aquellas guerras en que no se interrumpían el saqueo, el incendio y el degüello, duraron hasta fines del siglo XV, en que la enérgica mano de Isabel la Católica les puso término. Los partidos rivales que predominaban en las Provincias Vascongadas se distinguían con los nombres de oñacinos y gamboinos. Uno de los linajes que en las Encartaciones se señalaron más en estas guerras civiles fue el de Salazar, cuya genealogía bosqueja Trueba rápidamente: terribles hombres eran en verdad aquellos batalladores de la Edad Media, siempre preparados para lanzarse desde su torre solariega sobre el vecino y alancearle, valientes como leones, ávidos como lobos, ¡inaccesibles a la fatiga y las dolencias! Uno de ellos, García López de Salazar, llamado Brazo de fierro, muere en el cerco de Algeciras en 1334, a la edad de ciento treinta años, después de haber engendrado dos hijos legítimos y ciento veinte bastardos. Otro, Juan López, vive hasta los ciento veinte años, sin más ocupación que la de pelear; un segundo Juan López muere en compañía de un hijo suyo a los ochenta años, empozado por sus enemigos, con los pies atados y una piedra al cuello, y como el río es poco profundo, saca la cabeza, le hieren los verdugos con sus lanzas, y él insiste en sacar la cabeza, gritándoles: «Dad, dad, hijos de cabra, que si como tengo un alma en un cuerpo tuviera cien, no vos podríades vengar de mí, que yo he sido tal en sacar sangre del vuestro linaje, ¡que no lo podríades vengar en otros trescientos tales como yo! ¡Dad cuanto pudiéredes, hijos de cabra!» Por último, el más celebre de todos, Lope García de Salazar, valiente como todos los de su raza, cercado por su hijo llamado Juan el Moro, a los setenta y dos años, después de mil grandes hazañas, escribe en 1470, para ahuyentar negras imaginaciones, un libro aún inédito, titulado: Libro las buenas andanzas e fortunas, en que narra los sucesos conocidos de él o por él presenciados. Esta obra es la primera escrita en castellano que puede consultar la ciencia heráldica y arqueológica. Ocupándose en estos trabajos históricos, movido de curiosidad muy natural, Trueba tuvo la ocurrencia de averiguar la historia de su linaje.

Cierto que cada uno es hijo de sus obras, pero a nadie le disgusta conocer y poder citar en ocasión oportuna la larga serie de sus antepasados. El hecho es aún más natural en un país como Vizcaya, donde las dos terceras partes de los habitantes son nobles y hacen remontar su

nobleza al tiempo de las guerras con los mahometanos, y donde en la más humilde aldea se ve hasta en las casas más pobres el escudo de armas que campea en la fachada de piedra, sobre el arco de entrada. Trueba averiguó que, a pesar de la pobreza en que había nacido, el origen de su linaje era de los más esclarecidos. La familia y el apellido de Trueba proceden originariamente de una aldeíta del mismo nombre que existió en la merindad de Montija (Castilla la Vieja), confinante con la parte occidental de Vizcaya. Esta aldea, hoy despoblada, existía aún a fines del siglo XVI, según consta de una información de nobleza que se conserva en el archivo municipal de Bilbao, hizo Juan Fernández de Trueba, vecino de Balmaceda y administrador de las rentas de la mar. La casa de Trueba, muy antigua entonces, era patrona y fundadora de la iglesia parroquial del pueblo, y como tal percibía los diezmos de ésta. Una rama de este linaje se había establecido en las Encartaciones hacía ya siglos, y de ella procede nuestro autor. Es verdad que el que se dedica con demasiada minuciosidad a estas investigaciones genealógicas suele exponerse a descubrimientos bastante singulares, como le sucedió a Trueba.

Hojeando el libro inédito del antiguo cronista Lope García de Salazar que hemos citado, se encontró con la sucinta historia de un percance que le sucedió a un don Gonzalo de Trueba en el siglo XIV. Don Gonzalo andaba con otros mal llamados caballeros en los confines de Castilla y Vizcaya desbalijando descaradamente a los pasajeros con pretexto de cobrarles derechos de peaje que debían pertenecerle. La justicia logró apoderarse de él, y le ahorcó del primer árbol que encontró a mano. Hay que convenir en que éstos son títulos de nobleza que llenarían de orgullo a otro que no fuere el sencillo y pacífico autor del Libro de los Cantares.

Cuando Trueba, tomando a pecho su nuevo título, se ocupaba en revelar los curiosos y sangrientos recuerdos de tiempos lejanos, estaba muy distante de pensar que habían de volver para él los malos días, y su infortunado país, al cabo de treinta años, se había de ver por segunda vez, como en el siglo XIV, en tiempo de los Salazares, los Zurbarán y los Leguizamon, desolado por la guerra civil y los partidos. Nunca las Provincias Vascongadas se habían visto más prósperas y dichosas que entonces; mientras el resto de España estaba entregado a la anarquía hacía dos años, las provincias del Norte gozaban de paz y se dedicaban al comercio y la industria. Los almacenes de Bilbao estaban atestados de mercancías que los buques extranjeros llevaban poco menos que de lastre; diversos ferrocarriles ponían en comunicación las minas con el mar y las rías, levantábanse fábricas y talleres; el humo en los altos hornos oscurecía la atmósfera; a los valles donde brotan las aguas medicinales y a las playas marinas acudía a veranear la población acomodada de Madrid y otros puntos, dejando allí cada año sumas considerables. ¿Cómo los vascongados no han visto dónde estaban a la par su deber y su interés? ¿Por qué exceso de ceguedad ha consentido en seguir a los fanáticos y ambiciosos que los arrastraban a la perdición?

Trueba se había ocupado siempre muy poco en la política; apenas se encuentran en sus escritos algunas alusiones a la penuria del Erario y al exceso de indulgencia de la noble señora que a la sazón ocupaba el trono. Algunas bromas más o menos maliciosas sobre el modo de hacerse las elecciones y sobre la empleomanía, que hoy es una de las plagas de España; algunas palabras sobre los malos gobiernos y los pueblos ingobernables, sobre los hipócritas de Dios y los hipócritas de la libertad, y, por último, sobre los que pasan la vida conspirando para coger la sartén del mango; pero todo esto de un modo discreto, rápido, como de paso. Trueba no tiene pretensiones de reformador ni censor; deja para otros los ataques mordaces y las críticas apasionadas, porque no tiene vocación a la sátira política. En cambio se ha mostrado siempre partidario entusiasta de las libertades forales. Una vez, en 1864, tuvo ocasión de proclamar oficialmente las convicciones de su vida entera. El Señorío congregado so el árbol de Guernica, encargó a su cronista la redacción de un mensaje dirigido a la reina, con motivo de los ataques de que habían sido objeto en el Senado aquellas libertades. Este

mensaje, que se escribió en pergamino y firmaron los representantes de todas las repúblicas de Vizcaya y los Padres de provincia, se entregó solemnemente a la reina cuando esta señora visitaba en 1865 las Provincias Vascongadas; en lenguaje respetuoso, pero firme y enérgico, se pedía en él a la reina que no se atentase a las libertades de Vizcaya, que habían jurado so el árbol de Guernica monarcas tan grandes como los Reyes Católicos, y eran consideradas por los vascongados como su mayor riqueza, su honra y su derecho. En el mismo espíritu estaba concebida una Memoria titulada Bosquejo de la organización social de Vizcaya, que escribió su autor y se remitió al jurado de nuestra Exposición universal de 1867, y se publicó más tarde en virtud de acuerdo del Señorío reunido en junta general. No se necesitó más para que Trueba se hiciese sospechoso a todo un partido. Los habitantes de las Provincias Vascongadas no están todos interesados en la conservación de los fueros; esta antigua organización favorece singularmente a los campesinos, con detrimento de los grandes centros de población; para dar un ejemplo de ello, bastará decir que en las elecciones el último pueblo tiene el mismo derecho que la opulenta e industriosa Bilbao. Concíbese así que las villas, donde, por otra parte, el elemento forastero es mucho más considerable, lleven a mal que se abogase por un régimen que a ellas no les origina más que perjuicios, por lo que no desperdician ocasión de pedir la asimilación de las Provincias Vascongadas con el resto de España. De aquí el antagonismo cada vez mayor entre las villas y la población rural

Al estallar la última guerra, así como los campesinos tomaron partido por don Carlos, las villas le tomaron por los liberales, y, como sucede siempre en estos casos, las discordias públicas se envenenaron con los antagonismos privados. Todo aquel en quien se sospechaban simpatías por la causa contraria era denunciado, injuriado y preso. Trueba residía en Bilbao con su familia; a pesar de su carácter bien conocido, y a pesar de que, casi niño, para no verse obligado a tomar las armas en favor del primer pretendiente, había tenido que expatriarse y sus padres habían sufrido por ello persecuciones, se vio acusado de hallarse en inteligencias con los carlistas, se le trató de neo-católico, uno de los nombres injuriosos con que se denostaban los partidos; se le citó ante el gobernador, y se le despojó hasta de su cargo, acto completamente arbitrario e ilegal, pues sólo el Señorío congregado en Junta general tiene derecho a nombrar y destituir sus empleados.

Muy pronto tuvo que abandonara Bilbao, que iba a ser sitiado, dejando allí sus papeles y libros, y por segunda vez se vio arrojado de su país por la guerra civil, y tomó el camino del destierro «andando de espaldas», como él dice, para perder de vista a la tierra natal lo más tarde posible. Se encontraba tan pobre como en su juventud, y aunque era más conocido tenía una familia a quien mantener. Trueba se resignó valerosamente a volver a su antigua vida de privaciones y angustias, creyendo que si su pluma podía contribuir a restablecer la paz entre hermanos enemigos, todas sus penas le importarían poco. En 1874 apareció Mari-Santa, cuadros de un hogar y sus contornos, que tuvo un gran éxito. Este libro, con otros dos del mismo género, titulados Cielo con nubecillas, y El gabán y la chaqueta, publicados algún tiempo antes, pertenecen, si así puede decirse, al nuevo sistema del autor. No se los puede calificar de verdaderas novelas; Trueba no se adapta a las obras largas; ya se ensayó en ellas en su juventud, y él mismo dice que fue con mediano éxito. En sus últimas obras no procede con arreglo a su antigua costumbre, que eran los trabajos de corta extensión: toma una idea general que forma el lazo aparente y como la unidad del libro; pero en realidad sirve de pretexto a multitud de digresiones. Adivínase sin trabajo el objeto de estas digresiones, que es describir el país vascongado y encomiar a sus habitantes recordando su grandeza pasada y lamentando sus males presentes.

No ha faltado en España un crítico que acusase al autor de poca variedad en sus pinturas, de volver hasta la saciedad a los mismos asuntos, diciéndole: « ¡Qué! ¿Siempre vallecitos verdes, montañas, torrentes y casitas blancas, escondidas entre cerezos y nogales? Eso es monótono. ¿A qué viene eso?» A lo que el autor ha contestado con mucha agudeza: «¿Querría usted que sustituyese los cerezos y nogales con naranjos?» En efecto, Vizcaya no se parece a Andalucía; si otros sacan sus libros de la imaginación, Trueba los saca de lo que conoce y ama.

Aunque ha escrito mucho, pues los libros que hemos citado no son más que una parte de sus obras, Trueba es un escritor correcto y castizo. No tiene nada de pretencioso ni afectado, ni eleva nunca el tono; pero hasta en el género familiar se esmera en el estilo y en el respeto a los lectores. El mismo cuidado que pone en la elección de asuntos, pone en la elección de palabras; gusta de la expresión precisa, como del pensamiento recto, porque hasta esto es para él cuestión de probidad literaria.

Procura ser preciso y verdadero hasta en lo más insignificante, y sigue paso a paso a la Naturaleza. El mismo cita un ejemplo de esto muy curioso.

«Una crudísima noche del mes de enero, dice, escribía yo en un piso cuarto de la calle de Lope de Vega, número 32, el cuento que titulé De patas en el infierno, y como me ocurriese un detalle que consistía en explicar las alteraciones que experimenta el sonido del agua mientras ésta hinche un cántaro en la fuente, me encontré con la dificultad de que no había estudiado nunca estas alteraciones, ni en mi casa había en aquel instante agua suficiente para estudiarlas. Por la mañana a primera hora habían de ir de la imprenta a recoger el cuento, y me era indispensable dejarle terminado aquella noche. ¿Sabéis lo que hice para salir de mi apuro? A las tres de la madrugada, arrostrando la oscuridad y la lluvia y el viento, fui a la fuentecilla de la plazuela de Jesús con un cántaro bajo la capa, y pasé allí un cuarto de hora escuchando el sonido del agua que caía en el cántaro». Entonces sólo se expuso Trueba a coger una pulmonía; pero su

gusto por la observación debía exponerle a peligro más grave. La aventura es muy española y merece ser contada. Trueba se preparaba a escribir el cuento campesino titulado Las siembras y las cosechas, y según su plan debía de escribir el amanecer en el campo. Muchas veces había contemplado este magnífico espectáculo, pero para describirle mejor q contemplarle y estudiarle de nuevo. Una madrugada, mucho antes de rayar el alba, acompañado de Luis de Eguilaz, Diego Luque y Eduardo Bustillo, fue a los cerros de Vicálvaro, y cuando estaban haciendo provisión de imágenes e impresiones poéticas, se vieron acometidos navaja en mano por unos rateros que los habían creído gente de reloj.

En la vida privada, Trueba es el hombre que hace adivinar sus obras: dulce, servicial y bueno, por lo que todos le quieren en Madrid. Su exterior es el de un verdadero montañés: alto, fuerte, de maneras un poco torpes, de facciones regulares y sin nada marcadamente expresivo, y va siempre distraído y caviloso; pero bajo este exterior modesto, aquel hombre sencillo e ingenuo oculta un carácter enérgico, y ninguna circunstancia de su vida, por penosa y difícil que haya sido, le ha encontrado inferior a la prueba. Hoy le afligen, más que sus propios infortunios, los de su querida patria. Detesta la guerra civil, que llama «guerra de Caínes», y no tiene más que palabras de indignación contra los que, por satisfacer una ambición culpable, no han reparado en atraer sobre su patria los mayores desastres; pero no puede olvidar que los vascongados son sus compatriotas. Cuando en la Prensa madrileña se alza una voz justamente indignada, condenando la ingratitud de las provincias del Norte y reclamando la abolición de los fueros tan pronto como la guerra termine, Trueba protesta contra ella. Su patriotismo de campanario, bien excusable por otra parte, no le deja ver que la seguridad, el honor mismo de España, exigen el castigo de los rebeldes, y quiere que las tres hermanas conserven sus antiguas franquicias, de que no han sabido gozar prudentemente, sin hacer de ellas un arma contra la madre patria.

Librodot

No cabe la menor duda en que España, es decir, las cuarenta y cinco provincias que reconocen hoy la monarquía de Don Alfonso XII, triunfará pronto, aunque sólo sea por la fuerza numérica. ¿Se renovará entonces el escándalo de Vergara? ¿Se verán libres de toda contribución y exentos de quintas los que son la causa de que las cargas del Estado se hayan aumentado espantosamente en estos últimos cuatro años, y con la mayor frialdad de corazón han derramado a torrentes sangre española en los campos de batalla? Esto sería preparar allí el germen de una nueva rebelión. Las tres Provincias Vascongadas, por culpa suya, van a ser sometidas a la ley. El golpe, por duro que sea, no debe desesperarlas en modo alguno; que acepten francamente su derrota y la paz, y que aprovechen las ventajas de su posición, los recursos inagotables de su suelo y las viriles virtudes que distinguen a sus habitantes y nadie pone en duda, y no tardarán en contarse entre las comarcas más afortunadas de Europa: el mismo Trueba no tendrá mucho de qué lamentarse si al volver a sus queridas montañas y a sus antiguos trabajos puede terminar con una dichosa página, en el seno de su país, ya tranquilo y próspero, la Historia de Vizcaya, que emprendió hace años y se espera aún de él.

L. Luis LANDE.

Estoy seguro de que Mr. Lande no ha de llevar a mal que al terminar la traducción de su estudio me haga cargo de sus últimos párrafos, y diga en público sumariamente lo que en extenso le dije cuando le escribí dándole las gracias por lo que me había honrado, y acogió con la indulgencia y la modestia propias de los hombres de verdadero mérito.

Confieso que renunciaría gustoso la mucha honra que me ha proporcionado la Revue des Deux Mondes, con tal de no ver a Mr. Lande apreciando del modo que aprecia la cuestión vasco-navarra. Un escritor extranjero de mucho talento, como lo es Mr. Lande, puede estudiar y juzgar con completo acierto la personalidad y las obras de un escritor tan pequeño como yo, pero no así una cuestión tan compleja, tan obscura, tan extraviada y aun tan calumniada como la cuestión de que aquí se trata. Deberes de prudencia y patriotismo nos han movido hasta aquí a los que en ella nos interesamos más directamente a no colocarla en su verdadero lugar; pero es probable que cuando Mr. Lande reciba este libro esté ya convencido de que la juzgó mal, aunque la juzgase con entera buena fe y con el criterio generalmente admitido en la misma España. Como ya he dicho en alguna de las anotaciones que preceden, los fueros nada han tenido que ver con la rebelión carlista, y en todo caso lo habrán tenido los contrafueros. Las provincias vasco-navarras no se pueden calificar de rebeldes, porque la representación de toda provincia son sus autoridades legítimas, y éstas han permanecido fieles en las vasco-navarras. Por razón idéntica no se puede llamar ni se llama rebeldes a las provincias catalanas y valencianas, donde el número de carlistas armados ha sido tan grande como en aquéllas, con la diferencia de que el noventa por ciento de los rebeldes vasco-navarros han sido forzosos, y la totalidad de los de otras provincias han sido voluntarios. Aparte de esto, en cuestiones de esta índole la mayor suma de individuos no constituye mayoría, que la constituye la mayor suma de riqueza, de ilustración y de sacrificios. En este concepto la mayoría de leales ha sido inmensa en las provincias vasco-navarras, donde casi toda la población rica e ilustrada se ha mantenido leal y ha hecho heroicos sacrificios y esfuerzos por el anonadamiento de la rebelión. Castíguese a los rebeldes, como se ha hecho siempre que han ocurrido, en España rebeliones; pero no se castigue a un mismo tiempo a los leales y los rebeldes, como, nunca se ha hecho en

Librodot

España, ni se ha hecho en Valencia ni en Cataluña. La supresión de las libertades vascongadas, que son derechos propios y no privilegios, sería castigar a los leales y dejar impunes a los rebeldes. Los rebeldes apenas perderían nada con la abolición de los fueros, porque apenas tienen que perder. Los que perderían serían los leales de Bilbao, de San Sebastián, de Vitoria, de Pamplona, de Hernani, de todos los pueblos ilustrados y ricos, que son los que lo tienen.

No parece sino que el resto de España está completamente virgen de toda rebelión, al ver la indignación y el escándalo universal con que se ha visto el que a las provincias vasco-navarras (que por su situación geográfica, su topografía y su diseminada población se prestan a esta clase de rebeliones como ninguna otra región de la Península) se propagase la rebelión carlista más de un año después de aparecer en las provincias del interior, y de verse el país vasco-navarro hacía dos años desamparado de toda protección por parte del gobierno central. Treinta años hacía que aquellas provincias, a pesar de que cada día se había arrancado una hoja del código de sus libertades, que se tiene la audacia de decir que se había respetado escrupulosamente, habían dado ejemplo constante de sumisión y lealtad al resto de España, hervidero continuo de rebeliones, coronadas con el destronamiento de la reina Doña Isabel II, en que no tuvieron parte alguna las provincias vasco-navarras. La rebelión carlista en estas provincias es criminal y digna de castigo, pero no lo es más que en cualquiera otra parte de España. Las libertades de los vascongados no son, como se supone, un generoso regalo del resto de la nación, que se les deba estar echando constantemente en cara para acusarlos de ingratos y suponer que en ellos es crimen imperdonable lo que en el resto de los españoles se considera poco menos que peccata minuta y a veces glorioso: esas libertades son propias y tan legítimas como pueden serlo las de los demás españoles, y reconocerlas y respetarlas no es gracia, que es sólo estricta justicia. Tristísima gloria sería para la España del siglo XIX el derribar el glorioso y secular árbol de Guernica que las simboliza y ha visto pasar tantas generaciones de tiranos sin que ninguno osara herir su sagrado tronco. Vizcaya decía en 1864 a Doña Isabel II:

«No tendrán que decir nuestros hijos:

«Ahí estaba el santo árbol cuyo recuerdo evocan llorando nuestros poetas y cronistas cuando cantan y narran las glorias y desventuras de la patria, y nuestras madres de familia cuando arrullan a sus hijos en la cuna; a la sombra de aquel árbol se alzaba una tosca silla de piedra donde los grandes reyes de Castilla se sentaban a recibir el homenaje de Vizcaya después de jurar que respetarían y ampararían sus libertades; Doña Isabel II, que era su sucesora, dejó aquí de ser su imitadora, pues ella fue quien derribó aquel árbol y aquella silla, ¡bendecidos de sus progenitores y los nuestros!»No, no tendrán que decir esto nuestros hijos».

Yo espero que tampoco tendrán que decirlo del augusto sucesor de Doña Isabel II.

En cuanto a mí, aseguro a Mr. Lanque que, lejos de resignarme con la gran desventura y la gran iniquidad que anuncia como la cosa más justa y natural del mundo, mi última lágrima sería para llorarla, y mi última palabra para condenarla. Con toda la sinceridad que cabe en mi alma he de añadirle que la abolición de las libertades vascongadas no me aterra por lo que esas libertades valen, sino porque de su conservación he esperado para mi país una era de paz y de prosperidad durante el reinado de Don Alfonso XII, como la que gozó durante el reinado de Doña Isabel II, en que, como ya he dicho, las provincias vasco-navarras dieron constante ejemplo de sumisión y lealtad al resto de España, donde se sucedieron sin cesar las rebeliones, inclusas las carlistas, que duraron años enteros en Cataluña y el Maestrazgo. Abolir los fueros, equivaldría a enarbolar una constante bandera de rebelión a que se acogieran todos los rebeldes, blancos o negros, sembrando promesas y esperanzas que diesen amargo fruto a la patria.

Cuando el país de Gales perdió sus libertades, se hizo matar a los bardos para que no las cantaran ni lloraran. En nuestros tiempos no se podría matar a los bardos, y mucho menos donde cada corazón encerraría uno. Mr. Lande, que me cree capaz de cantar plácidamente al son de las cadenas, puede estar seguro de que mi corazón sería bastante grande para aposentar al más indignado de todos.

Madrid 27 de marzo de 1876.

FIN

Librodot